

EL GRIMORIO

Pilar G. Cuadros

Exordio

Un grupo de hadarios, entre quince y dieciocho años, pasábamos las vacaciones tras los muros de aquel inhóspito lugar; Nuestra era la tarea de ahuyentar a los pájaros, agitando bolsas de plástico, hasta más allá donde las auroras se pintan más fuerte. El padre Nicodemus, confesor nuestro y prior del convento, decía al respecto del trabajo:

“—A cuerpo desocupado, de alma, lo deja huero el diablo.

Muy útil, la sentencia, en cuanto a la brevedad y comprensión del mensaje, para sus intereses; no recibíamos salario, ni compensación alguna, que horda maldita éramos la mayoría, expulsada de sus hogares y rescatados por los frailes de la fangosa senda de la vida, casi de la fauces hambrientas del pecado, dándonos el tesoro y el lujo y el proceso de la voluntad bienaventurada, gracias a la fe cristiana.

Lo no previsto, por el padre Nicodemus, es que la ocupación de espantapájaros, por rutinaria, si bien cansa el cuerpo, deja gobernar ad tibiluin los sueños, desfavoreciendo con ello a la conciencia, abandonándola, y a disposición de los manejos de la mente; en libre, empeñosa y pecaminosa altanería, capaz de tramar e idear cualquier desatino que imaginar se quiera. El cansancio del cuerpo no templaba el espíritu por más que así lo aseveren sabios y santo: Es, de necesidad aconsejar a todo aquel, que hallándose atrapado en un capricho loco, haga por tener activa la mente, con guarismos cabalísticos de las ciencias de Pitágoras, o en substanciosas lecturas de amor y de misterio, que nutran con buen provecho unas, y otras dejen complacida la ánima, protegiéndola de embeleso o encantamiento mundano.

El final de mi vida monástica, en el convento de los Carmelitas Descalzos, llegó unos meses antes de cumplir la mayoría de edad:

Amanecía un día prometedor de rubios colores, miles de alandas cruzaban los cielos rematando el vuelo desde las copas de los árboles, hacia los campos de trigo candéal. No llevaba más de unos minutos avistando pájaros y espantándolos, cuando decidí satisfacer uno de mis más profundos anhelos; deseaba desde mucho tiempo atrás, en cuerpo y alma, el sentimiento irreprimible de oficiar una misa de difuntos, por demás, cantada y en latín. La razón de tal empecinamiento ni la sé, colase en mi cerebro el Día de Todos los Santos, haciendo de monaguillo al padre Nicodemus.

Absorbido por el majestuoso amanecer, que el cielo prometía en calores y bochorno, resuelto abandoné los útiles del trabajo en un recuesto del camino, oculto a las ventanas del convento, y tomé sendero hacia La Cueva de las Ánimas, lugar que usábamos, los Espantapájaros, para protegernos del clima cazurro de por estas tierras, y en la mayoría de las veces como punto de reunión. Allí guardábamos aquello que prohibían conservar en los dormitorios, en mi caso: libros de brujería; novelones de historias apasionadas; revistas de cine; fotografías de artistas; piedras de sal u otras de forma caprichosa; algunas herramientas; trozos de cables. Ese sinfín de pequeñeces que componen el tesoro particular de un muchacho. Tumbado, en el suelo, maquinaba la forma y manera de convencer a los demás a secundar mis planes. Tomé el motivo para reunirlos, en una higuera loca nacida de una grieta a la entrada de la cueva, que al tiempo de impregnar el interior de un perfume agrio, levanta en el estómago la ansiedad de la hambre. Me dije: Buena razón esta, la del comer y buen pretexto para una convocatoria urgente. ¡Tu gula sempiterna, no-necesidad! Como diría a su vez, el

padre Nicodemus. Abiertas las luces del razocíneo, por la feliz idea, me incorporé con la rapidez de un gato y saltando como una cabra montes, crucé el despeñadero, y mostrando los ardid de un zorro rojo, corrí por el sendero que va a dar al Monasterio.

Avancé, agazapado a los extramuros, toda el ala derecha del edificio hasta llegar a la altura de las cocinas, donde Fray Anselmo sin habito y en calzones cortos, removía con una rasera, de hierro, dentro de la enorme sartén repleta de migas. Distraer al hermano Anselmo era de necesidad; abrí un resquicio en la puerta del gallinero, con el pensamiento puesto en “Felipe” que salió, como una flecha, en dirección a las cocinas, desde donde llegaba el olorcillo a pan tostado, que tan bien conocía el avisado gallo. Mientras el hermano cocinero, lo atrapaba y devolvía al corral, yo llenaba una canasta de migas, y con esta ajustada sobre el padrequil, me encaminé a la capilla, en busca del vino de tres hojas.

“—Cuando retire la sartén del fuego vendré a por ti, para que alegres tu pico con las caídas al suelo”.

Escuché como iba diciendo el cocinero a un furibundo, “Felipe”, que no encontraba modo ni manera de hincarle espolones y pico.

Preparé, limpie y arregle, la Cueva de las Ánimas, sin olvidar un ramo de tomillo y margaritas silvestres, con la intención de dar un matiz familiar a las humildes vituallas. Llamé a mis condiscípulos a toque de silbato, en clave de morse. Poco después todos, los Espantapájaros, estábamos sentados ante un almuerzo compuesto de migas, tocino, chorizo y pimientos fritos, alegradas con el caldo, rescatado de la sacristía.

Al terminar la comilona, con el ambiente ya achispado, propuse:

“—¿Qué, si oficiáramos una misa de difuntos cantada, en la capilla del Cementerio Municipal?”

No era idea para espantarse, lo raro sería representar una comedia de variedades. Lo digo por el lugar y las circunstancias.

“—No hay quien sepa cantar misa y menos en latín —arguyó Juan, que era por sistema, remiso en hacer o decir cosa alguna que fuera o pudiera ir en desacuerdo con el modo vivendi de la orden.

“—Ya está resuelto...—le contesté, con la mejor de mis sonrisas y mintiendo con descaro.

Se avino ha secundarnos. En sabiéndole tibio y confuso, logró tomarme palabra, de que habiendo problemas lo exculparía. Así lo prometí en mal momento, lo digo porque a no mucho tardar me encontraría cumplimentando con la promesa.

Lo más complicado de resolver fue el ataúd, el hermano, Bonifico, cuando no estaba en la carpintería, la mantenía cerrada y con las llaves colgadas del manipulo. No hubo más remedio que conformarnos con uno descujaringado, rescatado de la hedentina, donde se deja podrir todo tipo de desechos recubiertos con coque, esto último con la intención de evitar malos olores y peor vista. Lo recuperamos con cuatro tablas y varias capas de nogalina.

Ya resuelto el problema de la caja, se llegó a la del difunto. Era costumbre, en Tierras Rassas, dejarlos al descubierto para que los vecinos le presentaran sus respetos, en forma de flores o recuerdos, sobre el cuerpo. Ya me diréis como hacer en una aldea de menos de cien habitantes, donde se conoce hasta el número de huevos que ponen las gallinas en el corral ajeno. Por votación se decidió que fuese, Juan, el “muerto”, ya lo parecía por lo lívido que estaba. Huérfano de padre, madre y parientes, no se presentarían los problemas de las ofrendas. Con un ramo de flores quedaría resuelto, y este a los pies del ataúd.

Esperamos la hora de la siesta, hasta el hermano portero cumplía con ella, y nos dirigimos en procesión hacia el pueblo, había que cruzarlo, pasando por la Plaza Mayor, para tomar camino al cementerio. Ibamos revestidos con los atributos y ornamentos que eran de menester, y precedidos por el Estandarte de la Orden. Para mi mayor desgracia había conseguido, con engaños, que nos acompañara fray Tomás, sufriende de ceguera a causa de una granada desperdigada, que ni en el frente estuvo, tal desgracia parecía, haberle dotado de un delicado sentido musical; era un organista de primera, el sacristán mejor cualificado que una comunidad pudiera desear: Destilaba el vino de misa; fabrica las hostias; lava, plancha y almidona albas, roquetes, paños de hombros, puñetas, etc. Además de cuidarse de un jardín, que buenas ganancias producían en cualquier época del año; donde florecen rosales, azaleas, lirios, tulipanes o crisantemos, sin olvidar las hierbas medicinales. Fama de beato tenía, andaba ya en boca del Vaticano, que seguramente esperaban su óbito para canonizarlo, en estos asuntos, la Iglesia, se gasta su tiempo, no debe parecerles serio un Santo Varón, vivo. Pienso.

El paso del entierro, por el pueblo, fue todo un acontecimiento. Pero, ¡malhaya sea el alcalde! que amagado estaba a la vera del camino, entre las frondosas hojas de una plantación de zahinas, en compañía de un alanco de mujer. Recuerdo que tuve el humor de hacer expreciones hacia ellos, con el isopo, y exclamando al tiempo:

“—¡Dios se apiade de vosotros, fornicadores!

Mientras fray Tomás entonaba el Ne recordéris peccátamea, con recogimiento.

Cuando llegamos a la capilla del cementerio, un nutrido grupo de campesinos nos seguían sombrero en mano, coreando los cánticos del santo hombre. El interior estaba a rebosar, se había producido un encadenamiento general, no quiero decir que hubiese una causa aparente, para tal despliegue de duelo en extraños al “difunto”, ni quiero decir que no la hubiese, sólo que la desconocía. Como desconocida era para nosotros, la idiosincrasia de la aldea; dándome en razonar, que la curiosidad es acicate de mal presagio, y esta, como una chispa había prendido en el pueblo.

Los feligreses comentaban, quién seria el difunto, apiadándose de su corta edad y del lozano porte. Habíamos cubierto el rostro, de Juan, con un trozo de tul bordado en oro, parte del manto de la Virgen de la Buena Esperanza, para evitar que le molestasen las moscas y diera un susto de muerte a los asistentes, y al escuálido cuerpo con un roquete largo hasta los pies, adornado con finos encajes de bolillos. Entre el sudario blanco de nieve; el ramo de flores y el velo más parecía una novia.

La costumbre hace hábito: niños, jóvenes, mujeres, ancianos y hombre, desfilaron a un palmo del catafalco, depositando sobre el cuerpo una flor o un ramo de ellas.

El peligro de asfixia olorosa era eminente; temiendo que el olfato, rebelde a santo patrón, no le diera en atronar el templo con una sátira de estornudos, máxime cuando el “difunto” era alérgico al polen. Decidí poner remedio.

“—Era muy devoto de San Francisco —digo, casi llorando de los nervios, mientras recojo la ofrenda floral—, las pondré en agua.

“—¿De qué murió el pobrecito? —Me pregunta una anciana.

“—Del mal de muchos, hermana, del mal de muchos —contesto con acento compungido.

Resuelto el primer escollo, comenzamos el Santo Oficio, pletóricos de cristiana fe. Ibamos por el Et Romo factu est, cuando escuché el alboroto: el alcalde y el padre Nicodemus, seguidos de una docena de monjes, irrumpieron en la placidez del momento, convirtiendo en un caos el sagrado recinto.

Nos pusieron como nuevos de sacrílegos y villanos; payasos y mercachifles, ante la parroquia, y no se cortaron un pelo en llamarlos a ello; simples y palurdos. Pura

envidia, nunca llegó a contar el padre Nicodemus, en sus homilias de castigos infernales y manzanas podridas, ni con una quinta parte de los allí reunidos.

Por fray Tomás, sólo por él, se angustió mi corazón, me acerqué con una disculpa que ni atinaba a hilar, el noble anciano me sacudió un pescozón con buen tino a pesar de la ceguera. Fray Tomás, parecía divertido y disimulaba lo mejor que podía.

De Juan, más vale no hablar a punto estuvo de necesitar del Santísimo Viático.

Ni el Rosario de la Aurora, en una madrugada lluviosa, tuvo punto de comparación con la vuelta al convento. El Padre Prior, que medía y mide más de dos metros, me arrastraba cogido por el pescuezo, dándome de trompicones. No fue de matarme la paliza, sí de molerme todos los huesos, aún sufro dolores cuando cambia el tiempo.

No me permitieron entrar en al recinto del convento.

“—¡Sacrílego! —El Padre Nicodemus, me miraba, enrojecido de santa ira—, esperarás sin moverte de aquí, lo que decidamos hacer contigo.

Llevaba medio día, en la contemplación de la amenazante puerta plateresca que da acceso al atrio, cuando el hermano cocinero me trajo un bocadillo de queso, una cantimplora con agua y dos naranjas. Con ojos asusta niños, advirtió:

“—¡Come, bribonzuelo, y ni se te ocurra marchar solo! Vendrán de tu familia a recogerte. Tienen instrucciones sobre ti hasta que llegue el señor Deán de la capital y ponga remedio a tu desgraciada vida. ¡Ni se te ocurra entrar a la iglesia, estás excomulgado!

“—¿Sabe quién vendrá? —Pregunto, esperanzado.

“—Ni lo sé, ni me importa —contesta, el fraile, de mala manera.

“—¿Puedo recoger, del campo, mi silbato de caña? —Ruego, con la humildad del pecador, sin atreverme a levantar la vista.

“—Cinco minutos —responde, desabrido.

Ya en La Cueva de las Ánimas, sin pensamiento de volver, no me había creído en ningún momento que viniesen de casa, ¡no iban a delegar hacienda y alma en manos de en una vieja sirvienta, más negra que el carbón y con fama de santera! Seguro que pasaría los dos meses que me restan hasta mi mayoría de edad en un correccional, y dos meses se pueden vivir de cualquier manera, pero, en libertad.

Me acurruqué sobre una raída manta, con la cabeza apoyada en Las Confesiones de San Cipriano, brujo rapta niñas, antes de santo.

Contaré, sobre las circunstancias que me llevaron al convento:

No tenía más de cinco años cuando perdí a mis padres en un accidente automovilístico y a mi tío “El Indiano”, de cólico miserere, allá en las Américas. Dos fortunas; la de mi tío en dólares y la de mis progenitores en euros y tierras, amen de otro tipo de heredades que no tengo humor para enumerar. Mis tíos, él, hermano de mamá, no pudieron o no quisieron, hacerse cargo de mí. El Tribunal de Menores nombró al municipio tutor, que a su vez confiaron mi educación y cuidado al Hospicio Municipal; viejo convento, alcahaz de almas, de claustros sucios y ennegrecidos paredones, que parecían no tener fin. El Prior de la comunidad, el padre Nicodemus, fue nombrado por el consistorio, albacea de los caudales de mis queridos difuntos, y censor de mi espíritu tan poco levítico. Las estrictas reglas de la orden, habían obrado como revulsivo en esta conciencia, pobre de legado religioso.

Las hilachas de algodón de la vieja manta, me tomaron por encantamiento, dándome en imaginar que reposaba en el lecho del Padre Prior, (no duerme en jergón de paja ni sobre catre de hierro como el resto de la orden).

Me veo caminando por un espacio mental, desconocido, quizá dormido; quizá abriendo un nuevo horizonte al espíritu, o quizá, en una proyección, de mi existencia, hacia el absurdo.....

El Viaje

Arribo a la estación de Tierras Raras, sin más equipaje que una escuálida maleta y un ato de libros, casi todos tratados de brujería a los que soy muy aficionado. En esta ocasión, mis tíos, han aceptado el tutelaje obligados por un revés de la fortuna. Es media mañana cuando el tren hace su entrada en el andén de mi destino.

No hay nadie esperándome.

Y como pasa el tiempo, inmisericorde, me pregunto: *¿Se podrá alguna vez medir los impulsos de querer o no querer? ¿Cómo podrían amar a un muchacho, de casi dieciocho años aquellos que me rechazaron, con cinco?* ¡Quizá, mediante el imperio de la voluntad, sea posible! El amor es un misterio impenetrable, por no ser un acto de la voluntad; sino una representación de los deseos, donde la conciencia fracasa.

Como sumergido en el extraño erotismo del gran Espinosa, me traen esta lenta mañana de verano, la historia muerta de un sueño más difunto aún. Es posible que este “yo” no sea, más que un “centro” carente de finalidad, en el tiempo del pensar mismo.

Intentando darle al tiempo un lugar inventado, y a mi mente el espacio suficiente para no enfermar de histeria. Busco, entre los recuerdos amables para entretener a la más loca de las cosas, la imaginación; no hallando caso alguno, desisto. Temo que se hayan confundido de día u ora, con relación a mi llegada..., o puede en castigo previsto por el padre Nicodemus, comprendiendo yo, como él entiende: que la fortaleza o energía psíquica, consiste en no desfallecer antes las dificultades.

Espero pacientemente, bajo un sombrero, sin confundir esta templanza que siento con, la fortaleza del alma. La pobreza mental y la abulia, son carencias del espíritu. Más cierto es: ¡No estoy dispuesto a emprender una caminata de cien kilómetros, los hay desde el andén hasta *La Casa Grande*! Dice, un adagio latino: *Fas est ab hoste doceri*. No pienso llegar a tanto, pero, sí sacar provecho de la lección, dada, en descuido hacia mi persona. Correctivo, de serlo, proporcionado por el padre Nicodemus, pese a sus predicciones, puede convertirse en el arte de erradicar; en rectificar la naturaleza de mis sentimientos; de romper el eslabón de amor vivo, hacia la descuidada familia.

El viejo apeadero, me trae el dulce recuerdo de las frecuentes visitas a *La Casa Grande*, a mano de mamá, y el recibimiento cálido y amistoso de mi primo Carlos. La bondad de estos recuerdos, pueden confundirse con la mansedumbre o llevarme a ella ¡no ciertamente! sólo, escancio los recuerdos en la escudilla del descuido, en virtud de mantener la armonía del espíritu y no sucumbir a la desolación.

Las tres de la tarde: al chorreante calor desparpillado sobre mi cuerpo, no le presta más alivio que el proporcionado por los ardientes vagones, con olor a fruto podrido. Hasta las copas desnudas de los plataneros, se dan sombra así mismos en una delgada línea recta con el horizonte.

Llegan las cuatro y pasan las cinco. Mi espíritu se ha desligado de lo terreno, creo que voy a dejar la vida por la puerta de la insolación. La taberna, que da vida y bullicio al apeadero, me parece el cielo prometido. Sin un céntimo en el bolsillo, me aleja de sus puertas; de los refrescos que adivino, hacia un infierno incandescentes.

He debido de prometer cualquier cosa por agua, quizá, vendido el alma a Lucifer, porque unas risas que me sonaran siniestras, me traen de regreso al mundo de los vivos.

Despierto, dentro de un apabullante corro de gente saltarina.

—¡Bebe, muchacho, es el calor!

Quien me acerca un vaso de agua a los labios, es una belleza de mujer, difuminada en colores entre, oro y pastel, azules y blancos. Bebo con deleite hasta la última gota, y me abstengo de preguntar: *¿Dónde estoy?* porque pareciéndome el cielo, no quiero estropear el momento, con frase que desbarate la ensoñación. Me incorporo animado y reanimado. Con dulzura de estudiante seminarista, murmuro:

—¡Gracias!

El lugar, miente en su realidad. En una verdad absorbente de imágenes sensibles. Un reloj de cuco, carcomido por los siglos, da las siete horas; segundos después lo hacen las campanas de Santa Inés.

—Va con retraso. Como siempre.

Comenta el camarero, en aclaración del desajuste horario y ríen todos. Parece un chiste conexo, mantenido por el tabernero con los parroquianos. Aplauden, entre grandes carcajadas. Escatimo hablar sobre tan disparatada conducta.

La *princesa*, ha dejado ante mis ojos, un enorme bocadillo de atún.

—Come, despacio —aconseja, entrecerrado sus ojos de hada madrina—, y tranquilo, invita la casa.

—Espero...

—Ya lo sabemos, han llamado de *La Casa Grande*, vendrán a la caída del sol. No te preocupe. Tus pertenencias están en la bodega.

—Gracias señorita...

—Isabel.

—Gracias, señorita Isabel.

Ella, parece moverse a voluntad de un acto incoherente, remoto del estado de vigilia. Siendo mensurable, la fantasía, en cuanto es perceptible: en este caso la realidad parece fundirse con la memoria..., ¡conozco a tan bella dama! Siento, como si alguna extraña substancia me hubiese perturbado la conciencia.

—¿Por qué? —casi susurro, avergonzado de la curiosidad, que se descubre sin entendimiento—, unos segundos de diferencia en la hora, provocan tanto regocijo...

—Es el sacristán del señor Deán, el tío Jimeno, espera hasta el último momento para echar a correr y tomarle la delantera al reloj de cuco: nunca lo consigue.

—Podría irse unos minutos antes.

—Ese, es el quid del asunto..., una larga historia de encuentro y desencuentros entre el reloj de cuco y las campanas de Santa Inés; siempre gana el reloj por unos segundos, salga el sacristán, cuando salga de la taberna —añade risueña—: ¡Pobre sacristán, anda quebrado con tanta carrera y maltrecho en su honor!

—¡Es inaudito!

—No tanto; el reloj de cuco, perteneció al dueño y señor del *Oasis Inventado*, el Mago Pintor, brujo de reconocida y muy temida fama. Cuentan: que estando muy enfermo, a causa de unos latigazos propinados a manos del Verdugo Real; el cura de Santa Inés, miembro de la antiquísima Santa Inquisición, rencoroso de antiguas rencillas, sin encomendarse a Dios ni al Diablo, subió hasta el campanario para doblar a muerto por el Brujo, este, que casi había salido por las puertas de la vida, regresó de la muerte y con grandes voces, aseguró:

“—*El reloj de cuco, perdurará por los siglos de los siglos jamás, y siempre dará las horas enteras, antes que las campanas de Santa Inés, en memoria mía, y en recuerdo del cura malintencionado, que me diera por difunto antes de hora.*

—¿Qué te parece? Hasta el día de hoy se ha cumplido la predicción.

—¿Qué pasó con el brujo?

—Cuentan que aun vive, y se regocija, con tanto ir y venir del sacristán.

Pensando, que el mal entender del hecho, se debiera al anublamiento de la insolación, callé discreto.

Recogí mis pertenencias, después de dar sentidas gracias, a la dama y prometer visita a toda la parroquia, en los próximos días. Salí al porche, sentado en los escalones busqué entretenimiento en observar al sacristán. Una hora después, se repite la carrera. Minutos más tarde la sombra del burlado, alcanza mi cabeza antes que su cuerpo. Con gesto de resignado y cansinos andares, me sobrepasa y entra en la taberna. Con gran curiosidad miro a través de los cristales, su vuelta, no ha provocado risas ni miradas maliciosas en los clientes; el tabernero le sirve un vaso de vino, hasta el borde y eso es todo. No veo a la *Princesa*.

Cada hora, hasta las ocho, me recreo con la carrera del sacristán y las risas contenidas de los parroquianos, siempre a la salida, que no a la vuelta; comparto con modestia el rutinario juego.

Son las nueve: El sol ya pinta ojerías por el horizonte, cuando veo llegar quienes supongo mis primos: Carlos, de mi edad; sonriente, resplandeciente, muy elegante; luce de primor, embutido en un clásico terno de lanilla azul fucsia, tono que atina a conjuntar con el color de sus ojos; ojazos de plácida mirada, agrandados por unas asombrosas, sorprendentes por negras, y espesas pestañas.

Mi primo es guapo, en superlativo; de señorial porte y modales exquisitos. Por el contrario; mi prima ¡ay! mi primita Adelaida, debe estar en los catorce; desgarrada, su aspecto desastroso, en extremo haragán, me provoca un sentimiento de violento de rechazo. Sus ojos sinoples pregonan airados, haber captado la repulsa. Un desconsuelo parecido a la hambruna se adueña de mi estómago.

Abrazo a Carlos. Mi prima se ha escondido tras de él, haciendo muecas horribles, con boca y ojos, a propósito de inquietarme.

—Adelaida —la dice, Carlos, con tono despreocupado—, dale un beso al primo.

Se planta la jovencita, entre los dos, soliviantando mi entereza.

—Claro, hermanito ¡ahora que es millonario y nosotros pobres!

Para verecundía de Carlos y vergüenza ajena mía, ignorando mi intención de besarla, escupe en la palma de su mano, antes de estrechar la mía.

—¡Adelaida! —A mi primo, le tiembla el labio superior—. ¡Discúlpate!

—Qué pasa, hermanito, lo hago con mis mejores amigos —los ojos le relucen en estrías de fuego—, no pienso pedir perdón.

¡A saber qué amistades tiene la pequeña fiera! Pienso, y digo:

—Pues claro, nada de disculpas, gracias por tanto honor —en viendo el desespero en los ojos de Carlos, añado—, ¡estos niños! Ha sido una broma, sólo eso.

—¡Eso! —Ratifica, con malicia la bruja en ciernes.

—Esperas hace mucho —pregunta, Carlos, al desgair.

—Lo sabes como yo —intercede la niña—, desde las doce.

Las últimas luces del atardecer, parecen gravitar sobre la melena de Carlos, sus ojos sufren con el esfuerzo de esquivar las lágrimas que amenazan por caer; es, como un dramatismo sutil, que parece crecer según su propia ley. No sé a dónde mirar. Dos

robustos mozos, se hacen con el equipaje; este ocupa la atención de la mocosa, para mi desgracia.

—¿Ya te has gastado los millones de la tietta? ¡Cuándo lo sepa mi padre te echará de casa! —Dice, moviéndose en círculo alrededor de mí, canturrea—, *¡te echará, ya verás, te echará!* ¡Si pareces un pordiosero! Y, pensar que a poco no mandan una cuadrilla de braceros, con capataz incluido, a recoger tus cosas!

¡Pobre! ¡Pobre! ¡Pobre! Parecen gritar hasta los vagones del tren, abandonados, por inútiles, en una vía muerta.

Miro a Carlos, descorazonado, intentando buscar algo con la vista para entretener y confundir el desgraciado momento, doy con la sombra alargada del campanario de Santa Inés, prestándome el motivo en pretexto de cambiar de conversación.

—Mira la sombra del campanario sobre los adoquines —digo, casi ronroneando, al tiempo que tiro del brazo de Carlos—, parece un dibujo a la tinta china...

—Es un minarete —contesta la niña—, y sí, podría pasar por una aguada, al no ser por las moñigas de vaca, que adornan el empedrado. ¿No te habías apercebido de ello, primito?

¿Pero, qué tiene contra mí, semejante monstruo? Reprimo los deseos de agarrarla del pelo rojo panocha, y arrastrarla por el andén.

Al punto, pienso tornar al convento y pedir al padre Nicodemus, perdón, si es necesario de rodillas. Un agridulce sabor a penas contenidas, retiemblan en mi estómago intentando subir a los ojos en forma de llanto y a la boca en bilis. Me parecen, mi prima, una vieja comedianta repleta de arcanos y Carlos un arlequín, en manos de un estúpido.

—No le hagas caso, Alfredo, está loca de la vida —interviene, Carlos, tomándome con ternura del brazo—, nos esperan con el motor en marcha.

Le sigo caviloso, temiendo estoy de encontrar en *La Casa Grande*, más enemigos que amigos. Por lo pronto mis tíos no han tenido la delicadeza de venir a mi recibo, y no me cabe la menor duda, ya, que la larga espera ha sido intencionada. Como tengo de porfía hacer de mi capa un sayo: vega lo que viniese no van a doblegar este espíritu díscolo, independiente, acostumbrado a beber de su propio dolor y soledad, en un triste contentamiento con la suerte. Siento junto a mí, los pasos saltarines de mi prima. No pienso dirigirle, vista ni palabra.

Subimos al destartelado automóvil tipo berlina, en silencio. Los asientos están dispuestos de cara: Carlos ocupa el que va de espaldas al conductor y me indica un lugar a su lado; la niña lo hace junto a los mozos en el otro. Pronto perdemos la estación de vista. Como los ojos de mi prima no se apartan de los míos, decido cerrarlos. Siento, la cabeza espesa como si se tratara de un mal sueño del que no puedo despertar, un maldito sueño dentro de otro más desgraciado.

Debo haber descabezado uno larguito, porque ya la noche es cerrada. Miro de soslayo a los ocupantes del vehículo: Carlos, parece embebido en la contemplación de sus propios paisajes; Adelaida, duerme hecha un ovillo; los dos muchachos están apretujados en un rincón para dejarla espacio, cuchichean entre risas contenidas. El más joven, monda un melocotón tan grande como su puño. Torno la vista hacia la ventanilla, evitando mirar, la sabrosa tentación.

Pasa, el coche, casi rozando la caseta del peón caminero, pintada de un verde desvaído por el tiempo, el sol y la noche. Ramas de rosales de pitiminí, arañan los cristales. Allá, hojas de higueras que como palmas de manos, baten abiertas al viento. Lejos, varas de cañizos cimbreados, hablan de un riachuelo de aguas fresca. Detrás, la campiña preñada de espigas maduras de trigo que ondean al paso del coche, y haciendo horizonte: apretados bosques de álamos, apuntando a lo alto como rayos textorios del cielo.

El olor, entre apestoso y dulce, del letame inunda el coche.

El lugar por donde pasamos, ahora, es en extremo árido y cambiante, brusco, de relieves insospechados, con poca vegetación. Aquí y allá, arzolllos; higueras locas y chumberas, de estas últimas, recuerdo que sufríamos un verdadero martirio con las espinas voladoras, que como hadas malignas buscaban las zonas más delicadas de nuestro cuerpo para cebarse: sin olvidar el escozor en los labios ocasionados por el jugo lechoso de los Isabeles. Recuerdos imperecederos de mi niñez. Estamos llegando a casa.

La Casa Grande, parece dormida, indiferente a mi llegada..., como una dama pintada sobre un lienzo, a ojos de curiosos.

Nos encaminamos hacia el porche por el Sendero de los Cipreses, precedidos por un Omar, que no ha cambiado en aspecto ni maneras, como le tengo recuerdo de la niñez. A nuestra derecha, queda la cancela que da paso a los jardines emborrascados y umbríos del parque, donde la hojarasca se pudre abandonada en los arriates de flores, pálidas y de tallos quebrados: Azaleas, geranios y Don-Pedros luchan entre los malvaviscos y la retama por un palmo de tierra. A la izquierda del Sendero de los Cipreses, un camino orillado de robles, que va a dar al antiguo mausoleo familiar, y final de la finca.

Queriendo mis cansados ojos, hallar cosa para alegrarse, doy en fijarme en un hermoso pimental, gigante, que medra en solitario, cerca del porche. Mi primo advirtiéndome la admiración que me provoca tan bello ejemplar, suspira satisfecho. Siento, que arde en deseos de distender el ambiente creado por su hermanita, me sonrío y con acento, en fiel imitación de un cicerone profesional, explica:

—Recuerdo de viejas glorias. Tu tío, no se cansa de repetir, queque debemos blasones y caudales a la exportación en tiempos de Yacud III, de tan primorosa semilla.

—¿La pimienta? —respondo, muy interesado.

Intento seguirle el juego, abriendo mucho los ojos y preguntando en un chapurreante francés, muy en mi papel de turista, por esto o por aquello, irrumpiendo en exclamaciones admirativas ante las explicaciones de mi primo, Omar nos mira con el intencionado porte, que incita una charla sin sentido, a un hombre cabal y ocupado.

—Adelaida tiene el ceño fruncido.

—*Que c 'éstjoli! C 'est merveilleur!*

Reímos, felices de haber roto el hielo.

Omar, abre la gran puerta de roble con una llave digna de la cerradura de un castillo medieval, sin dirigirnos palabra se adelanta renqueante por el oscuro zaguán, alumbrado, a medias, por una lamparilla de queroseno que porta el viejo. Nunca sabré por qué mi tío no quiere instalar, en esta pieza, luz eléctrica.

Por el hueco de la gran escalinata de mármol rosa de Portugal, con pasamanos de bronce bruñido, desaparece Omar, seguido por Adelaida. Nos hacemos con el farol que el anciano ha dejado sobre el primer escalón y subimos en feliz bullicio. Tiene el momento regusto a cosas añejas, olvidadas por el tiempo.

—Papá y mamá —dice, Carlos, con voz tranquilizante—, te piden disculpas, están en una reunión parroquial.

Disculpados, como no. Entiendo que no es un delito de desamor, por su parte, más sí un desatino por la mía, esperar sin cambios lo que me hizo latir el corazón, en un tiempos tan lejanos. Casi siempre, el encuentro con el pasado es un puro fiasco y tontería tierna, intentar rememorar y traer al presente hechos y circunstancias, sólo dadas es su momento. Puede ser una ventaja que nos presta la naturaleza, el crecer en continua mudanza de sentimientos. Me hace pensar, la situación, que la armonía preestablecida no existe, está claro que la destruye o prescribe la casualidad, la finalidad, o la contingencia de nuestros pensamientos. El espíritu responde,

intelectivamente, dándose así mismo el fenómeno de la intuición, sobre los hechos por ocurrir. La armonía del pensamiento no está anclada a las leyes de la naturaleza, como entidades lógicas que obedecen a una finalidad; de comportarme con la intencionalidad de mí naturaleza, la libertad estará garantizada... Temo que el mundo de mis recuerdos, se mueve hacia un lugar oscuro y desconocido; hacia el mundo febril de los celebros torturados. Asaltado voy por la sospecha de que algo dañino se está fraguando. Por imaginar, imagino: que pueden estar tramando asesinarme, varios miles de millones son muchos, tantos como para desalojar de la buena conciencia, a cualquiera; cuando la víctima es un sobrino in deseado, la tragedia está servida.

Observo el perfil sereno y aniñado, de mi primo, mientras caminamos por los alfombrados corredores del segundo piso. Quizá, mi mente calenturienta, romántica, alimentada por lecturas de misterio y terror, crea y da vida a tan lúgubres temores, siendo en su esencia misma una proyección ilusoria de lo leído. Intento entenderme; ¡conocerse a sí mismo, no es pleonismo retórico; es, poner clasificado lo que se lleva dentro y reconocerse!

Los aposentos a mi destinados colman con creces los deseos de intimidad de mis años en el convento: Un despacho amueblado con elegancia y sobriedad; un salón-recibidor y dos piezas amplias, separadas por un elegante cuarto de baño, que da a la terraza. La pieza que da al jardín, esta delicadamente enjoyada; una gran cama con dosel; el tocador forrado de zaraza; dos cazadoras de cuero repujado; dos mesillas de noche cubiertas con el mismo tipo de tela; escabel de raso rojo; balgueño de roble con repujados en hierro forjado, y un sillón frailerero del mismo estilo. En la otra habitación se amontona cajas y paquetes.

¡El dormitorio conyugal! pienso y digo:

—¿No es demasiado?

—Son cosas de papá.

—¿Y ellos? —Impregno la pregunta de indiferencia fingida—, ¿en dónde duermen?

—Ni te preocupes —ha recuperando su talante chistoso—, ¡hace años que no comparten piso!

Los silencios por una causa o otra se empecinan en aparecer y están logrando pesar en mi ánimo como pedruscos. Agacho la cabeza, para ocultar este desasocio empecinado en domesticar mi ánimo, finjo buscar entre los mullidos rizos de la alfombra, sabe Dios que. Deseo casi con furia, que mi primo desaparezca y ordenar en soledad mis pensamientos; temo que comienzan a descarriarse.

Le oigo decir, como en sordina:

—Hecha un vistazo al jardín, te encantará.

Se hace a un lado. Con diligencia descubre los pesados cortinajes, de rojo terciopelo. Sabiendo lo que se espera de mí, me acerco a las vidrieras para admirar el paisaje con voz y gesto, cuando en verdad, esta ánima no advierte más que soledad y abandono. Ocupa mi pensamiento un vacío desustanciado y frío. Cualquier cosa podría ser aquel jardín: un edén en plantas exóticas y no me complacería en nada, ni aliviaría el momento. Tocado por una premonición, pienso, que deben estar en *La Casa Grande*, todos sus habitantes atrapados por un hecho terrible, siendo yo por alguna desconocida razón, causa o motivo, algo así como el sacristán de Santa Inés.

Las manos, de Carlos, se posan sobre mis hombros.

Siento en la nuca un cosquilleo, impregnado de inesperado miedo.

—Pareces triste, desolado...

De pura congoja me retiemblan hasta los zapatos. Me obligo a dar palabra.

—No, primo, sólo cansado.

Para distraer su atención de mi tristeza, comento:

—Es una verdadera belleza la hija del tabernero.

—¿Quién?

—La cantinera de la estación...

—Hace años que está cerrada. Ese apeadero es prácticamente inoperante.

—Pues... —intento murmurar.

—El sol, primo, el sol te ha gastado una broma.

Callo, discretamente.

Hablando con voces animadas, Carlos, recorre las habitaciones deteniéndose en cada detalle o motivo y dándome cumplida explicación de ello.

—Esta pesa de medida, que hace de pisapapeles, está trucada, reposó en el Arco de Elvira, durante siglos, junto a la mano de su dueño. Aquel jarrón es de la dinastía de los Yacud, perteneció a Bella, una de sus reinas. Esa mesita de taracea es un regalo de Omar...

Lo esforzado de su comportamiento conmueve mi alma.

Abro las contraventanas del despacho, la luz radiante de la luna llena, se filtra por las tupidas hojas del pimental. Las ventanas dan, también, al jardín de la casa lindante, que luce tan en descuido como el nuestro. Casi había olvidado *La Casa del Boticario*, víctima propiciatoria de las incursiones vandálicas de mi primo y mías. Sin querer mi alma va echando sus viejas cuentas en soledades y olvidos.

—Cuida —dice Carlos—, que la Chacha Luisa no te “pille” con las ventanas abiertas, persigue el polvo como un inquisidor a sus víctimas.

—Espero no ocasionar molestias —resentido—, y menos a una sirvienta.

—No te enfades, primo, era un comentario sin más.

—Perdona, temo que el encuentro con el pasado me ha desquiciado —digo amable, más pienso ¿tratará de recordarme mi calidad de huésped?

—La culpa la tiene mi hermana, es lenguaraz y de un humor negro que asusta. Todo irá bien. Ya verás.

Rostros de oscuros entrecejos, es los que yo veo.

Empiezo a echar en falta la seguridad del colegio, hasta los desafueros del padre Nicodemus pareceme miel sobre hojuelas, comparándola con la soledad que adivino de por vivir en este enorme caserón, y cantos de carnaval los rezos en el convento. Me basta ver el presente, para percibir la esencia de un futuro desastroso, entre las viejas piedras de *La Casa Grande*.

—¿Cómo está encendida la alcobilla en pleno mes de junio? —Pregunto, cambiando de tema, con suavidad.

—Desde que murió la abuela Isabel, no se han usado estas habitaciones. Supongo; para que el fuego termine con los últimos vestigios de humedad.

—¿Murió aquí? —La idea de ocupar el lugar de un difunto me inquieta.

—¡Oh! No. A su muerte, mamá se trasladó a las de la abuela y papá duerme en una sala junto a la biblioteca. Y ahora te dejo. Nos veremos en la cocina, la cena estará casi a punto.

—De acuerdo.

Cuando al fin quedo solo, me doy en reflexionar sobre la apariencia de espejismo en todo lo que me acontece, incluyendo el recuerdo de la niñez. Decido gozar de un baño reparador. Cerca de la puerta ventana, que de la terraza, hay un vaso con un ramito de siemprevivas y una nota de Adelaida.

Hola, Alfredo, que te sea leve. Adelaida.

Sonríó agradecido y tranquilizado.

Vestido con mis mejores trapos bajo a la cocina, aunque la recordaba mucho más grande, conserva todo el encanto de los tiempos de mi niñez, donde el hogar no conocía reposo; las cocciones de succulentos caldos, o picantes salsas de carne perfumaban el ambiente, junto al especial del pan recién horneado; grandes cacerolas de té o café, siempre a punto sobre la plancha de hierro, en fócúlos miniatura, dispuestos para saciar la sed o el deseo de ellos a propios y extraños.

Entre los pucheros hay una grandiosa mujer negra. No puedo recordar donde viera antes su cara. Llega a mi corazón la imagen del Ama la vieja cocinera, siempre envuelta en un negro manto de flecos, y preparando con esmero y parsimonia, mi merienda favorita; almojábanas con chocolate y pan de higo.

Carlos, parece adivinar mi pensamiento, cuando dice:

—El Ama, murió hace cinco o seis años, a la Chacha Luisa la trajo Omar de África. Ven te la presentaré: Chacha Luisa, mi primo Alfredo.

Sin levantar sus ojos de sobre una bandeja de torrijas, me tiende la mano después de sacudírsela de un manotazo en la pechera del immaculado delantal. El azúcar glasé salpica de estrellitas brillantes la chaqueta de Carlos. Estrecho con frialdad la mano fuerte y grande. Eso es todo, despreocupada de mi presencia sus labios se mueven siguiendo una cantinela.

Nos sentamos, juntos, en el banco de madera que rodea la mesa.

Los ojos verdemontaña, de Adelaida, siguen cada uno de mis movimientos por leves que estos sean, dejando su mirada cada vez detenida en mis pupilas, para después recogerse bajo un aleteo de las rojizas pestañas; abre los párpados, de nuevo, para abandonar la sinople mirada, en mis labios. Siento la sensación de la sal y un regusto lejano como a firmamento estrellado; sublime, excesivo de toda medida. Hago un amago de acercamiento para agradecerle la nota y las flores, me detiene su indiferencia.

Adelaida posee la extraña virtud de conturbar mi espíritu.

Hay junto al hogar, un perro pastor, adormiscado, me acerco al animal, quizá, de forma inconsciente en busca de afecto, quizá, para hacer ostentación de la soledad que me rezuma por todos los poros.

—Buenas tardes, muchacho, qué tal... —le digo, al tiempo de inclinarme para estrecharle una pata, el chucho ni abre los ojos, pero lastra las orejas, advertido y advertidor.

—No lo haga, tiene muy mal despertar —dándose por aludida termina diciendo, la Chacha—. ¡Bienvenido a casa! ¿Está así mejor?

Sin levantar la vista de sobre el perro, contesto entre divertido y socarrón:

—Sí mucho mejor, son ustedes muy amables. ¿Cómo se llama el chucho?

—*Boca Negra* —interviene mi prima—, es mío y de Mala Sombra. Ha cumplido los mil años. Hasta quizá más.

Sonrío ante el desafuero.

—¿Qué tenemos para cenar? —Pregunta, Carlos, con simpatía.

—Sopa de verdura y empanada de carne —contesta, la Chanta, sin mirarle.

—¡Cómo siempre!

—¡Y, gracias! ¿O quiere el señorito langostinos a la plancha? ¡Sólo nos faltaba otra boca más!

El exabrupto me toma por sorpresa, de tanto bochorno como siento me tiemblan las rodillas. A punto de las lágrimas y sin saber que hacer con el cuerpo, digo:

—Quisiera poner en orden, el equipaje. Después bajaré.

—Omar, está ocupado con ello —contesta la Chacha sin mirarme—. A la cena le falta por servir, unos minutos.

Carlos, me toma por el codo usando de unos modales que se me antojan bruscos, zafo el brazo de un violento tirón. Me arden las mejillas. Un furor incommensurable se adueña de mi persona.

—¡Suelta!

—¡Caramba, primo! ¿Qué te...?

Algo dañino cree ver en mis pupilas porque retrocede un paso sin terminar la frase. La mano torpe de la ira se alza zarandeado mi espíritu apacible, por un natural.

—Quiero dejar claro, desde este mismo momento —casi grito dirigiéndome a la mujer—; antes de tomar decisión alguna con respecto a mí, el servicio me pedirá opinión y permiso. En cuanto a la cena; me da igual si se trata de carne, pescado o gachas, lo mismo que el lugar dónde decida servirla. Pero será cuando haya descansado del viaje.

Tan acalorado discurso, no parece impresionar a la mujer. Deja con calma lo que se trae entre manos, encaminándose a la puerta de la cocina que comunica con la casa, dice:

—Subiré para advertir a Omar —la voz de la Chacha rezuma falsa humildad—, es la costumbre. Intentamos ser amables, con nuestros invitados, disponiendo y ordenando su equipaje. En cuanto a la cena, si le apetece puedo servírsela en el salón, en el comedor, en la biblioteca, o en su cuarto, señor.

Apartando a Carlos de un manotazo, doy unos pasos hacia la sirvienta.

—Permíteme ser yo quien dé las órdenes a Omar —digo entre acaloros.

Un mal silencio se derrama sobre todos, me encamino a la salida de la cocina, ya en el umbral de la puerta me detengo con los ojos centelleantes.

—¡No olvidaré mi calidad de huésped, pero tampoco vosotros que soy un pupilo que paga su estancia en oro!

Olvidado el hambre y compostura salgo, todo lo digno que permite la situación de la cocina. Nadie adorna mi retirada, con una palabra.

Para mi sorpresa, el viejo, ni ha tocado el equipaje, se halla acucillado ante la chimenea, al parecer abstraído, atizando la lumbre.

—¡Puede irse, yo me ocuparé del bagaje!

Después de sufrir un pequeño sobresalto, que me parece fingido, se yergue.

—¡Ah! —Contesta, dueño de la sonrisa más insultante que jamás viera en rostro alguno—, ¿ya han llegado “todas” sus cosas, señor?

—¡Olvídese de sus ironías cuando hable conmigo! —Casi grito, descompuesto.

—Entonces, señor ¿esto es todo? —Responde, con sospechosa placidez.

—¡Fuera!

—Lo siento. Mal comenzamos. Sólo cumplo con mis obligaciones.

—Ciertamente. ¡Mal comenzamos!

Omar, tiene toda la razón. Quizá, por causa de unas suspicacias nacidas y exacerbadas en mis años de internado, quizá, porque el hado de la mala fortuna estuviese tejiendo mis sueños de amor y compañía, en la más negra de las sedas. Quizá, sería eso.

A las dos o tres horas, de estar rumiando como hacer para salir de la casa, he advertido que se sierran con llave; puertas y ventanales de la planta baja lo mismo que las cancelas que dan principio y fin a la rúa de viejos cipreses y a la casa en sí; pero, no la parte interior que da a los patios, y al lavadero donde no hay puerta para salir al huerto sino una valla baja de madera, y de ahí al campo abierto, sería cosas de unos minutos.

Estoy decidido ha emprender el regreso a *La Cueva de las Animas*, aunque tenga que hacer el trayecto a pie. Bajo a la cocina, con el pensamiento de coger algunas vituallas para el camino. Para mi asombro están, todos, esperándome sentados alrededor de la mesa, con los platos servidos e intactos. Hasta *Boca Negra* ha abierto un ojo y me mira, expectante. Derrotado ocupo el ángulo más apartado, arrastrando tras de mí, un servicio de mesa. La Chacha Luisa, se levanta con parsimonia, dispuesta a atenderme. La sopa de ave me trae dolorosos recuerdos, expende ese olor a apio y hierba buena que a mamá tanto le gustaba; el llanto se agolpa en mi corazón, no logro evitar que unas lágrimas desvergonzadas rueden por las mejillas hasta el tazón, es la primera vez que se hace tan latente su falta, y todas las calamidades sufridas en el convento. Lloro derrotado. Ocurre lo inesperado; *Boca Negra* buscan acomodo a mis pies; la Chacha Luisa se acerca hasta posar sus grandes manos sobre mi cabeza.

—Estará bien entre nosotros —dice, con su profunda voz—, seguro que sí.

—¡Gracias! —Le contesto atrapando un suspiro entre los dientes, como si se tratara de un garbanzo del caldo—, ¡lo siento!

—No tiene porque disculparse, es falta nuestra. No estamos acostumbrados a tener compañía, y en verdad que ha llegado en tiempos difíciles.

Sigo comiendo, sin poder superar en ningún momento la angustia que me atrapa. Es casi un martirio el tragar bocado. Sus amables palabras no absorben mi tristeza.

Decido contemplar hacia dentro las mudanzas del destino. No más quejas. Creer ser algo sin serlo, puede ser la mayor de las calamidades.

No hay intento de sobremesa.

Doy las buenas noches. *Boca Negra* me sigue, los ojos del hermoso animal, parecen recopilar toda la humanidad, de la que parecen carecer, los demás.

—Podemos decir, *Boca Negra* —me dirijo al animal, como a un amigo de toda la vida—, que la sobriedad de temperamento, tiene que nacer acto de presencia en mi comportamiento, desde ahora y hasta que dure mi estancia en esta casa.

Boca Negra, me contesta con un cálido lametón en la mano que había posado sobre su enorme cabeza. La chimenea del dormitorio, arde en una la gran fogata, a pesar de estar en pleno estío, no molesta, es más, me siento arropado; lujoso en las decadencias del romanticismo que su visión me provoca. Abro una hoja del gran ventanal, el rumor del viento entre la hojarasca del jardín, suena a mandolina. La luna campea sobre el pimental, juntos adornan y hermean la noche. Siento el espíritu mordido por el deseo sobrecogedor de encontrarme con los ojos de mi madre. Apoyo la frente en el frío mármol del mainel, rememorando viejos recuerdos de amor y ternura. Espero, con ansiedad, que del oscuro rincón de la memoria vuelva el rostro amado. Vano empeño, sólo máscaras que se deforma o se diluyen en una espirar negra y blanca. Dejo el mirador.

Acurrucado entre las sábanas del enorme lecho, intento conciliar el sueño; dan las doce; las dos; las cuatro de la madrugada..., cuando las campanas de Santa Inés llaman a maitines, aún no lo he conseguido.

Creo que las brusquedades sufridas, han debilitado de tal manera, la mente, que la realidad se mezclaba con los turbios manejos del subconsciente, haciéndome fluctuar entre la vigilia y el sueño... A los pies de la cama, está el balgueño y delante de este el sillón frailer, no puedo entender mis lo que mis ojos creen ver: ¡El sillón frailer, se mueve! Ora, deja ver parte del escritorio; ora, está al cabezal del lecho... La luz tenue del amanecer entra a ráfagas por la ventana, rompiendo en jirones las tinieblas de la noche que aún pueblan la habitación, inventándose sombras amenazantes.

Sabiéndome en estado de vigilia, y siendo incapaz de reconocer la identidad verdadera de las cosas, es inevitable llegado, a estos extremos, la soledad del cuerpo y la

angustia del espíritu. Las campanas de Santa Inés siguen tocando a maitines. Eso es real, tan real como el batir del viento en las contraventanas.

Un hálito frío se posa en mi frente, aterrado me obligo a levantar la cabeza, el intento se frustra, es entonces cuando la voz reconocible de mi abuela Isabel, llega tierna y dulce, ¡tan parecida a la de la cantinera!:

—¡Alfredo, hijo, me alegro de sentirte, soy tu abuela!

—¡Abuela! —Grito, espantado.

Allí, sentada en el viejo sillón está mi *princesa*. A mi cabecera y acariciándome frente y mejillas

—Muchacho, tranquilízate. Tengo unos minutos para comunicarme, hasta que los primeros tintes rosados del amanecer, iluminen el cielo. Te digo: ¡Tú eres el único que puede desentrañar la segunda parte de la fórmula del *Elixir de la Vida Eterna*!

—¿No estoy soñando, verdad?

—No querido. Escucha con atención: pronto esta casa será pasto de las llamas no quedará sobre sus cimientos, piedra sobre piedra. No lo olvides, debes de encontrar el Grimorio, en él está reseñada la primera parte de la fórmula, llegado el momento encontrarás la segunda..., en el *Diario* ¿Me lo prometes?

—¿Y, puedo saber, qué es un *Grimorio*? —Me escucho preguntar.

—El recetario de una generación de brujas. ¡Adiós!

¡Me estoy volviendo loco!

El hálito desaparece y el sillón torna a su lugar, las sombras amenazantes se pierden entre la claridad de la una mañana exuberante. Dejando, vagar la imaginación en compañía del loco inventor del subconsciente. Sacando, miedos y monstruos de sus dominios, logro alcanzar un sueño reparador.

Son las seis de la tarde cuando, la Chacha Luisa, entra a anunciar la visita del dueño de la casa, mi tío don Jesús. Sobre el sillón de mis amores, luce bien dispuesta la única muda presentable de mi ajuar. Me doy un baño. Cuando vuelvo repelinado y compuesto, la Chacha Luisa ha estirado la ropa de la cama y recogido las novelas, pringosas de viejas, ordenándolas sobre el balguero, desde donde parecen adueñarse del lujoso decorado, haciendo a la estancia guiños obscenos.

Mi tío, me espera sentado junto al ventanal, no ha cambiado un ápice de como lo recuerdo; delgado; de modales ampulosos; voz engolada y una sorprendente sordera para deseos ajenos. Sus ojos me contemplan, ausentes.

—Buenos días, tío —saludo, sintiéndome asustado.

—Buenos tardes, sobrino —y sin transición—, espero que te amoldes a las costumbres de esta familia, no consentiré ningún tipo de anarquía: el desayuno se sirve a las siete de la mañana; a las dos de la tarde la comida; la cena a las nueve. Sólo por motivos de trabajo u enfermedad se cambiará el horario.

Me doy por aludido.

—De acuerdo, tío, estaba muy cansado del viaje —intento una disculpa.

—Hay algo más: no se reciben visitas, salvo en fechas muy específicas, cumpleaños, Pascua..., siempre y cuando antes pidas permiso a tu tía o a mí. Tales normas son para todos los menores bajo mi custodia. Un punto por aclarar: te rogaría; no discutas mis órdenes con el servicio. Muy importante; por las tardes el señor Deán os impartirá clases de latín y humanidades. Con referencia al ocio: los libros —mira con infinito desprecio mis novelistas de bolsillo—, sufrirán la censura del señor Deán. Las puertas de casa al parque se cierran a las nueve de la noche. La verja de entrada al parque, permanece cerrada siempre.

Sin una palabra amable de bienvenida, se va pavoneando por el alfombrado corredor, como científico recién galardonado con el Nobel. La afectada gravedad del momento, convierte a su dignísima figura en un personaje de opereta. Es lástima que su inmodestia, se mantenga en el fundamento de una debilidad presuntuosa, peligrosamente elevada al rango de insoportable. En imitación, siempre, ha ido y va de personajes ilustrados. Tal amaneramiento es, como mínimo, fastidioso. No le interesa, a mi tío los sentimientos ajenos, y cuando escucha minimiza de tal forma y manera, el tema del otro, que se convierten los problemas del contertulio, en una simpleza. Nunca sabré de que se piensa *ilustrísimo*, pues sus ocupaciones fueron la de administras el patrimonio marital, a la sazón en quebranto, y ahora el mío.

Boca Negra, se sonríe, con ojos y hocico, ha leído mis pensamientos.

No estoy dispuesto en hacerle la vida fácil a nadie en esta casa, por lo pronto abro las contraventanas con furia, la Chacha Luisa, me mira sonriente, divertida por el infantil pataleo, y sale del cuarto cerrando la puerta con tanta delicadeza que me sulfuró aún más. Miro hacia los sembrados, los cerezo está cuajados de fruta. Decidido, estoy a pasar el drama de mi vida entre el campo y el bosque, alimentándome de bayas silvestres, si es necesario, hasta cumplir los dieciocho años. Recojo mis pocas pertenencias, ante la atenta mirada de *Boca Negra*. Me dispongo a salir para siempre de aquellas vidas desastrosas, cuando la voz y las manos de Carlos me detienen en seco.

—¡Alfredo, por tu madre, no me abandones! —Llora como un crío.

Es tanta mi sorpresa que suelto las asas de la vieja maleta de madera, desparramando el pobre contenido a sus pies.

—No seas majadero —digo irritado— ¡Sí serás teatrero! ¿A qué viene tanta pena, no estáis todos rezando para que me largue?

—Si yo te contara... —habla, entre suspiros.

—Pues cuenta, primo, cuenta.

Pasamos a mi despacho y rodeándose de mucho misterio, comienza diciendo:

—Van a pasar cosas terribles. Se ensaya un asesinato.

En verdad esperaba cualquier cosa, menos tal extravío.

—¿Qué? —Logro articular— ¿Cómo que se ensaya?

—Lo que se entiende por ensayar.

—No se tratará de la representación de Othello —ironizo

—No lo tomes a broma, es más tortuoso el asunto de lo que puedas crees.

Para entonces la curiosidad me ha atrapado. Ante su insistencia cierro la puerta que da al pasillo. Tomamos asiento frente por frente, con la pequeña mesa camilla de por medio. Los ojos, de Carlos, están enrojecidos y cuajados de lágrimas.

—¿Y bien? —Quizá, sólo trate de divertirse a mi costa.

—La futura víctima es alguna niña del Valle; intentan hacer de ella un imbunche. Verás, el señor Deán, cuenta Omar, es descendiente de un inquisidor de la edad media.

—¿Quién es el futuro asesino, alguien de casa? —Interrumpo, en son de burla.

—El señor Deán, cree que es una reencarnación de Esmeralda, si hacen de ella un imbunche tendrán a Mala Sombra. Cuando Esmeralda está ya reencarnada en Amelia, la hija del boticario. Cosa, me temo, que sea a ella a quien quieren matar.

A pesar mío, razono: *Aunque ciertos hechos se producen sin causa aparente, no quiere decir que no la tengan.*

—¿Puede saberse en qué consisten esos ensayos, qué es un imbunche; quién esa tal Mala Sombra y Esmeralda?

Después de unos segundos que, mi primo, emplea en observarme, dice, lagrimoso e hipante:

—Le cierran todos los orificios y les estampan contra el suelo, resultado: un servidor del infierno, un imbunche. En cuanto a Mala Sombra es una bruja que conoce la segunda parte de la fórmula del *Elixir de la Vida Eterna...*, y la bruja Esmeralda su aliada y protectora.

La historia me parece sombría y fascinadora, la noto infiltrándose en el alma como un veneno, recuerdo las palabras de la abuela y tengo un sobresalto difícil de definir. No es una locura suponer que existan leyes fuera de nuestra experiencia, o sea fuera del alcance de mi familiar mundo sensible. Ya no tengo ganas de reír, un escalofrío me recorre desde los dedos de los pies hasta los cabellos, como si estuviera sentado sobre una ráfaga de cierzo, sintiendo esa sensación que produce una pesadilla que torna después de soñada, al recuerdo de otro sueño.

—Creo que tendrás que explicarte, con más detalle.

—Estas paredes oyen, hablaremos más tarde.

Bienaventurados los limpios de corazón. Le creí. Decido quedar en casa en espera de los acontecimientos extraordinarios, que según él, acontecerían, el más tarde no llegó, quiero decir de las explicaciones, que de los prodigios quedaría saciado.

Las clases en la universidad, de derecho para Carlos y de Química Inorgánica para mí, no comienzan hasta bien entrado el mes de octubre, nos queda, pues, uno de asueto.

La mañana se anuncia como otra cualquiera del mes de septiembre, imprevisible.

Esté día, será el que cambie para siempre el concepto que tengo sobre la realidad de las cosas. Las campanadas de Santa Inés llamando a maitines, me han desvelado como de costumbre. Decido escapar de la finca y darme un paseo a caballo hasta la cantina de la estación, he decidido escribir un cuento sobre la historia del reloj de cuco, necesito más datos sobre la época para vestir a mis personajes y más detalles de los hechos.

Para llegar a las cuadras tengo que pasar por la cocina. Está desierta, me sirvo una taza de café que aún husmea al rescoldo de la palva, con ella en la mano salgo al emparrado, dispuesto a saborearla en paz y tranquilidad. Llama mi atención un mostrenco de libro, que parece rezumar toda la escarcha de la noche, temiendo que los próximos rayos de sol hagan una desgracia con él, lo recojo de sobre la silla de anea, propiedad de Omar, y me dispongo a devolverlo a la biblioteca, cuando me llaman la atención los caracteres extraños de la cubierta. Lo abro con tiento. Admiración, sorpresa, júbilo... qué sé yo, quizá, el compendio de todo ello. ¡Se trata de un manuscrito pleno de fórmulas y signos cabalísticos! Decido subir a las golfas de la cocina y leerlo con tranquilidad. Olvidando mi visita a la estación, por el momento. Limpio, con un puñado de forraje un tablero de madera destinada a leña, la apoyo sobre una caja a rebozar de olorosas manzanas, que me servirá de pupitre y me acomodo sobre una parva bien prensada.

El hallazgo

No bien he comenzado la lectura del manuscrito, cuando aparece Carlos; antes que presienta su acción, me arrebató los infolios de entre las manos. Dice casi gritando:

—¡Es mi diario! ¿Dónde lo encontraste?

—En el sótano, entre un montón de cucarachas —miento.

—¿Cuándo?

—Hace media hora, más o menos ¡ahora dámelo! —añado, sin pensar—, es el Grimorio de la abuela. Me ha encomendado que lo mantenga lejos de vuestro alcance.

—¿Cómo? —La sorpresa que manifiesta, Carlos, es genuina.

—Lo que oyes —contesto, sin convicción alguna.

—¿Has dicho el Grimorio?

—Es de la abuela Isabel —repito, sin tener más repertorio a mi favor.

—¿De quién? —Tartamudea apretando más, si cabe, el libraco entre los brazos.

Del rojo de los primeros momentos ha pasado al amarillo pálido.

—De la abuela Isabel, ya te lo he dicho, me pidió lo protegiera.

Sube de tono su palidez.

—Es mío, la abuela está muerta. No sé de qué estás hablando.

—Pues es fácil de entender. Mi primera noche en esta casa —le explico, como si se tratara del asunto más natural del mundo—, se presentó, en espíritu, encargándome su búsqueda. Lo he encontrado y pienso cumplir mi palabra de devolvérselo. Tú no eres quien para interferir en los deseos de una muerta. ¡Te condenarás por ello!

Parece dar por buenas mis explicaciones e intenta sonreír.

—Lo siento, este no es el manuscrito que andas buscando —dice, con las mejillas del color azufre—, estás confundido, “este” es “mi” diario y “aquí” sólo están reflejadas, hojas sueltas de mi vida.

—¡Pues, más parece el recetario de una bruja!

—¡Lo has leído! —Ya pálido de muerte.

—Buena parte.

Da media vuelta y sin mirarme emprende veloz carrera, bajando a trompicones los escalones mal trazados, esportillados; tropezando con las mazorcas de panizo de daimiel, puestas a secar por Omar.

Le sigo unos metros, hasta perderle de vista, el parque se cierra tras de él, cosa tonta sería seguirle, el antiguo laberinto francés, en el que tanto jugábamos de pequeños, está irreconocible..., además he olvidado por completo su entramado. Por la chimenea comienza a salir el humo negruzco de los primeros leños del día, Omar debe estar preparando el desayuno para mi tío. Decido llegarme hasta la cocina en pretexto de terminar el café, Omar, está espavilando el fuego, sentado en la silleta, nada en él indica que eche en falta el manuscrito.

—Buenos días, Omar —saludo, y pregunto—, ¿has perdido algo?

No levanta la cabeza de sobre los brasas, el humo sofocante de los fresco troncos no parece molestarle. *Boca Negra*, que está acurrucado junto al hogar, lastra las orejas nervioso.

Entra la Chacha Luisa con unos tarros de mermeladas y dos panes redondos, le ayudo a depositarlos sobre la mesa, sin perder de vista al hombre.

—No —Dice, al fin, Omar— ¿Ha encontrado “algo” que suponga me pertenezca, el señorito?

—Sí, un recetario...

—No. No es mío.

—Y suyo, Chacha Luisa.

—No. Y ahora, por qué no se adecuenta un poco, son cerca de las siete, hay pastelillos de hojaldre; alfinges de matalauva y crema de cereza. Sería una lástima que llegará tarde a desayunar, su prima ya está dispuesta.

Sin ánimos de atender a sus razones, repizco al canto de una hojaza y me acomodo en un banco de tijera, junto a la chimenea, masticando con fruición la suave textura recién horneada.

—Dudo que sea el diario de Carlos —digo al desdón—, se le nota viejísimo.

Nada de nada, o no sabe de qué va la movida o son dos redomados cínicos. Obsto por disfrutar de los pastelillos de hojaldre.

Adelaida, está atiforrándose de pestiños. Parece un come-cocos sentada a horcajadas en su lugar de costumbre. Levanta los ojos de vez en cuando para observarme. Me obligo a terminar el tazón de chocolate cálido y pastoso, dulce y amargo; me he propuesto que las inquietudes de este loco corazón, no intervendrán con las viandas, por esta vez.

—Tengan cuidado —advierde, la Chacha Luisa—, que la masa caliente empacha.

—Gracias, Chacha Luisa, pero no son los fritos lo que agotan mi estomago.

Como no me pregunta que desamparos padezco, sigo con la faena de mojar la porra de un enorme churro en el chocolate. Sé que sus ojazos negros, de tinta china, me están observando con un punto de inquietud. Pregunta, casi, en distraimiento:

—Y su primo.

—No sé —contesto, de mala gana.

Mi prima sonríe con la boca llena y dice:

—En la biblioteca, leyendo, el diario que Alfredo encontró en..., en la buhardilla, y que con muy malas mañas le ha arrebatado, Carlos ¿verdad, primo?

Sigo con la tarea de mojar churros y repartirlos con *Boca Negra*, sin contestar a la descarada jovencita. Adelaida, es la definición de un origen sin finalidad, tal vez la explicación que puedo dar, más aproximada de su carácter, sea imprevisible. Ella insiste, retozona.

—¿Verdad, primo?

La callada por respuesta.

—Eres un mal educado —dice, con la boca llena y ante la solapada curiosidad de la Chacha Luisa.

—Ya —contesto, abúllico.

Encuentro en la biblioteca, a Carlos, enfrascado en la lectura del manuscrito, cuando me ve llegar, hace un tenue amago de levantarse, que bien se puede tomar por un gesto de cortesía. Ocupo un sillón cerca de él. Despliego el periódico del día, para disimular el acoso de mis miradas; él ni levanta los ojos. Su aspecto angustiado y el temblor de las manos, le hacen, parece a un *Pedro Romano*, luciendo su anuncio de muerte y desolación. Como es imposible llamar su atención de manera *espontanea*, decido entablar conversación empezando por el tiempo. Me contesta con monosílabos, que no desgastan mi empeño, porque siendo la energía que uso, en lo concerniente al husmeo, cinética por naturaleza. Ni caso.

Termino, por pedírselo prestado.

—Es personal y sin interés para nadie, primo —contesta, casi con dulzura.

—Más parece un tratado, con las profecías de San Malaquías, lo digo por el interés, caótico, que te despierta.

—¡No digas tonterías! —Contesta, cerrado el libraco. Con paso vivo y altanero, abandona mi compañía dirigiéndose hacia el otro extremo de la biblioteca.

Contemplo su arrogamiento, pasmado, en la adjudicación presuntuosa en ese “algo” que no le pertenece y pretende disfrazar de legalidad o saber, en una forma emboscada de dominio, con el desprecio, implícito, hacia mis derechos de usurpado. Crece y crece en mi alma un deseo incontrolable de su posesión, hasta que tal afán se convierte en angustiosa inquietud y desesperada avidez.

Ni por un momento descuida, Carlos, su tesoro; come y duerme con él. Y, así llega la noche del tercer día: Llueve, cae el agua con furia, abriendo cientos de pequeñas veredas entre los viñedos, semejantes a arterias locas. Las tormentas siempre han influido en mi alma, inquietándola, así como el fuego o el ulular del viento en la espesura de un bosque. La ventisca trata de arrancar las tejas de la casona y hasta el cerezo de picotas, plantado al resguardo en la recacha que forma la cocina con la fachada de la biblioteca, pide auxilio golpeando las ramas contra las policromadas vidrieras. A salvo, tras las cristaleras, contemplo el estropicio provocado por la borrasca que arrecia por momentos; el maíz quebrado; la fruta en el suelo; la acequia transformada en un torbellino amenazante; esas y otras picardías con que disfruta el mes de las riadas. Las ramas de los árboles inventan dibujos perversos sobre los muebles de la salita de lectura, anexa a la biblioteca.

Como he estado esperado y deseado hasta dolerme el corazón, esta noche, por la destemplanza del viento, a las doce mi primo se dispone a retirarse. Después de desearme unas buenas noches simples y convencionales, toma rumbo al piso de arriba. Le sigo, al contrario de lo que él teme y espera no me detengo a su altura, sólo le susurro, en el momento que le sobrepaso y ya cerca de su habitación.

—La abuela, me ha dicho que esta noche irá a visitarte, si no me entregas ahora mismo el Grimorio. Está muy enfadada.

Puedo oír el castañear de sus dientes. No contesta, después de dirigirme una mirada reprochona y triste, entra en el dormitorio cerrando con delicadeza la puerta, no exenta, la maniobra, de una refinada grosería. Hago como si siguiera mi camino hacia el ala norte del edificio, unos metros más allá rehago lo andado con los mocasines en las manos, y me siento en el descansillo de las escaleras, a esperar. Dejo el calzado dispuesto para una emergencia, junto a mí. Son las dos de la madrugada y el cielo continua con sus estrépitos. Sigo esperando, recopilando toda la paciencia de que soy

capaz. A las tres de la madrugada, apaga la luz. Cuando en razón de los ronquidos, me sesiono que su dueño está en sueño profundo. Entro en el dormitorio con cautelas de ladrón. El libraco se ofrece tentador sobre la colcha y al alcance de mi mano. Lo tomo con el corazón tembloroso, en tan crítico momento un relámpago ilumina la estancia, ya estoy casi en la puerta cuando retumba con inusitado brío el trueno. El estruendo, despierta a un Carlos que me contempla atónito. De una zancada salvo la distancia que me separa del pasillo y bajo corriendo el tramo de escaleras que van a dar a la planta noble donde está la biblioteca, en olvido del calzado.

Escucho los pasos, de Carlos, cada vez más cerca.

Subo trepando, por la escala, que llegan a los anaqueles más altos de las estanterías, desde allí le veo entrar jadeante.

—No tiene ninguna gracia, baja y dame el Grimorio —pide con voz quebrada.

—¡Ni hablar! —Contesto, entre risas—, pienso leerlo a la luz de los relámpagos, si es necesario.

Unos segundos de silencio que emplea, mi primo, en encender la inmensa lámpara central. La palidez cerosa de su semblante y el temblor de sus manos, hacen en mí más efecto, que los improprios amenazantes que lanza descontrolado, por un encendido furor.. Nunca me pareció tan inmensa la biblioteca, a estas alturas los volúmenes intocados, hace siglos, desprenden ese tufillo tan particular que padecen los libros viejos, como si se inventaran un espacio fantástico que porfía con todos los olores del mundo real.

—¡Eres un cerdo, te mataré por esto! —Grita dislocado de furor.

—Como quieras —respondo mientras, abro el libraco, dispuesto a comenzar su lectura en tan desastroso equilibrio.

—¡Alfredo, estás jugando con nuestra amistad!

Sólo alcanzo a verle la cabeza con la gran boca hecha un buzón

—¡Vamos, primo, ni siquiera es tuyo!

—¡Maldito seas! —Grita, decidiéndose a subir.

—¡No lo hagas, la escalera no aguantará!

—Me da igual —dice, en voz baja. Mordiendo las palabras.

La escalerilla se balancea bajo el peso de los dos, poniéndonos en peligro de caer. Él sigue subiendo y murmurando “Me da igual, me da igual”. Me parece la situación tan absurda como la acuática emotiva. Logrando mitigar el agónico deseo de su posesión, y recordando lo que decía el padre Nicodemus: *Un día lo tendrás, si templado esperas*. Le lanzo la causa de la discordia a la cabeza. Sus hojas, como alas de mariposas masacradas por un niño loco, salen en todas direcciones, arrancadas de un lomo descuajaringado. Ocurre lo que menos puede creerse: una de las ventanas se abre con estridente chirriar de goznes, fallebas y pestillos, dando paso a una chorreante figura femenina, en un periquete se hace con las hojas ordenándolas con mimo, ante el pasmo de Carlos y la mayor de las sorpresas sufridas en mi vida. Siento que la mandíbula inferior, como al cangrejo, en el cuento *La Sirenita*, se baja hasta el pecho. La situación llega al límite del esperpento, cuando en el dintel de la puerta se perfilan las siluetas de don Jesús, su mujer, Omar y la Chacha Luisa; en camión todos ellos.

La sombra alada que ha entrado por la ventana como si se tratara de un murciélago desorientado, está pegada literalmente a mi primo y este al libraco. Prometo que conforman un cuadro, digno de los pinceles febriles del Greco.

Don Jesús, tan cariacontecido como el resto, se acerca al grupito con paso medurado. Carlos, parece aquejado por un pasmo del corazón, retrocede, con el miedo reflejado en el rostro. El caballero se detiene a unos centímetros del la pareja, y

señalando con su dedo índice irreverente, desvergonzado, hacia mí y al sombrero de mujer, por este orden. Vocifera más que pregunta:

—¿Qué está pasando? ¿Qué es esto?

Fuera lo que fuese *esto*, por lo que adivino en Carlos y mi propia ignorancia al respecto, poco o nada podemos decir. Eso sí, pienso en un segundo muchas burradas del intruso, como por ejemplo: que es un vampiro despistado en la noche tormentosa; el Guardián de los Libros de Terror; un demonio audaz en busca de su personaje.

Decido bajar, y me uno al dúo de mi primo con lo que, ahora visto de más cerca, asemeja una mujer

En verdad que el tiempo, ha detenido en la biblioteca su andadura, sólo los ojos parecen vivir clavados en el contrario o amagados, según a quien pertenecen.

Los de mi tío atacan en todas direcciones.

Los de Carlos derramaban un torrente de lágrimas.

Los miopes de mi tía, aparecen tan alelados como siempre.

Los de *Boca Negra*, resultan recriminatorios.

Sintiendo el aguijón del arrepentimiento, angustiado por el mal rato que está pasando, Carlos, intento dar una explicación para eximirlo de culpa. Es, cuando para mi asombro, que la Chacha Luisa, me repizca en el brazo sin muchos miramientos, en advertimiento de que guarde silencio.

Adelaida, que ha permanecido oculta tras la Chacha Luisa, se da a oír, gritando, ante la desesperación manifiesta de la pobre mujer.

—¡Es la bruja Esmeralda, que ha venido por su Grimorio, no es para tanto, dejad al primo y a Carlos, en paz!

Sin pensarlo dos veces me acerco a la “bruja” despojándola del mantón que la cubre, así como del libro, de un manotazo. Aparece una niña, quizá esta más crecida que Adelaida, y de aspecto más desastrado, si eso es posible. Todos los enojos del mundo parecen brotar por la mirada de unos ojos sinoples, febriles y altaneros.

—Es Amelia —dice, mi tía, no parece asombrada por ello.

Carlos, reacciona caballeroso, cubriendo con su bata los estrechos hombros estremecidos al aire, que más parece los alones de un pájaro a punto de desplume. Queda mi primo muy sexi en paños menores, y tiritando de un frío nervioso. No encuentro las ganas de reír, mereciéndolo el momento, que el caso no es embestida de pavo. Para mayor desconcierto, mi tío, nos obsequia con una regañina casi empalagosa.

—¿Podemos saber, qué hacen ustedes a estas horas en la biblioteca y en compañía de la señorita Amelia, hijos míos?

—No me creería —contesto, divertido.

—Inténtalo —parece, más preocupado de lo que aparenta—, por favor.

—Ni queriendo, podría —asevero, asombrado de estar diciendo la verdad.

La tal Amelia, sin apartar los ojos del libro que yo sostengo con fuerza entre los brazos, se dirige a mi tío y con más aplomo que años, dice desabrida:

—Si se empeña —los ojos de la moza están cargados de malignas regordecas internas—, lo haré yo. Su sobrino intentaba destruir “algo” mío, eso es todo.

—¡Es cierto! —Murmura, Carlos, saliendo de su estupor lacrimógeno.

Don Jesús, nos mira cauto como gato a ratón; sólo se escucha el chisporrotear de la leña húmeda y el estrépito de la lluvia. Mi corazón parece sentir por todos, exhalando los latidos como suspiros.

—Creo —dice, ya subido de tono mi tío—, que se hace necesaria una más explícita aclaración.

—Yo pienso que no te interesa, padre. En hoto—, interrumpe, Carlos, con frialdad amenazante.

El momento no posee cualidad alguna.

Hay para creer, en viendo el furor en los ojos de Carlos, que la practica de su carácter pordiosero, no es más que pura comedia: *Hoto*; es una de las palabrejas que mi tío usa para dar los buenos días, y que nos hace aprender a base de repetirlas durante la hora de las clases de gramática que corren a su cargo. Hay que emplearla hasta la clase aunque el caso no lo requiera, obligándonos ha rebuscar complejas oraciones en donde poder ensamblarla. Forma sencilla y rica, según él, de aprender vocabulario. Ahora el hombre no la recuerda; le sé rebuscando en la memoria, para encontrar el significado. Venganza sutil, Carlos, obsequia a su padre con una mirada justiciera, mientras que la del caballero adquiere ese brillo proteótico que tanto le caracteriza. Ha debido recordar, o quizá entender la velada amenaza de Carlos. Cambia de actitud, hasta expresar en gesto y palabras, una desdeñosa indiferencia. Lo más opuesto al brillo pendenciero de sus ojos, en color y forma de perlas grises que mantiene a diario.

—Total, por una chiquillada estamos perdiendo el tiempo —dice contra todo pronóstico, asombrando al resto del personal, que respirar satisfecho—, Chacha Luisa, traiga, por favor, un chal para la señorita y acompáñela a su casa.

¿Y, eso es todo? No es posible creerlo y menos en viendo como el estirado de don Jesús, cede con tanta facilidad, y quita importancia al asunto. Carlos, alarga las manos hacia mí. Tomado por sorpresa se lo doy. Los acontecimientos toman caminos de fascinación; en el preciso momento, de la entrega del libraco, mi tío, con una rapacidad asombrosa, se hace con el volumen, y en contra; con la rapidez de una Judini, la intrusa se lo arrebató y desaparece por donde ha entrado. ¡Un ventanal de al menos seis pisos del suelo, por el exterior y tres por dentro! Imposible de salvar con el sólo impulso de un salto, por muy olímpico que este sea, y para mí que sin nada en las manos. Lo más extraordinario del momento: ¡Nadie parece extrañado, cuando el más terrible de los desasosiegos invade mi espíritu!

Sin más se disponen a abandonar la biblioteca, dejando inacabado el asunto como si se tratase un rayo entre dos zonas, inmensas, oscuras, y porque temo estar perdiendo el apoyo en la razón individual y concreta, consciente y responsable de mis propios pensamientos, decido dar valor al tema.

—¿Qué está pasando? —Pregunto soliviantando los ánimos—, no resulta tan sencillo, ni me parece una chiquillada. Adelaida ha dicho....

Para mí, que el hombre fundó sus conocimiento en el asombro, cuando escucho a la Chacha Luisa, casi susúrrame:

—Señorito Alfredo, por favor, no llame la atención sobre Adelaida. ¡Es peligroso! Hágame caso.

De veras que mi cabeza es un caos de locos pensamientos. ¡Qué tiene que ver la “seguridad” de mi prima con todo aquel embrollo! Regoldé, como una ola de mala mar, contra la Chacha Luisa.

—¡Ese manuscrito es mío, lo encontré tirado! —Digo, casi gritando—, además la abuela Ana, me pidió que lo buscara...

—No. No es tuyo, cumple con el zaharrón —interviene, Omar, en voz baja—, ahora es tiempo de atenerse a las circunstancias, muchacho. No quieras dar caza a un animal fugaz, sin ser el día ni el momento.

Le miro sin saber que entender ni que contestar. Guardo un silencio hostil. Recapacito, primero; en el asombro suscitado, luego en el mito que puede arrastrar tal asombro. Después de olvidar la duda, la hipótesis..., me voy acercando a una certeza del propio conocer. Faltan muchas cuestiones por dilucidar, unas desvelan a otras,

porque no hay ciencia que sea una edición de verdades, ni prohibición endémica, en cuanto a buscar el conocimiento, allá en donde se halle.

Don Jesús, recuperada su prepotencia, nos desea unas buenas noches con voz tan fría, que más parece tener en venta nuestras almas.

Al pie de las escalinatas, Omar, desaparece entre las sombras de la pieza; la Chacha Luisa, acompañada de Adelaida se encamina a la puerta que comunica al vestíbulo con las cocinas y los patios interiores. Por unos segundos estoy tentado de seguirlos. Sólo por unos segundos.

Mi tío se encamina a la puerta de la calle, sin más prendas de abrigo que la bata, ni me importa. Retrocedo hasta las escalinatas que dan acceso a los dormitorios. Ya en el primer rellano, Carlos, me hace señas para que le acompañe. Acepto encantado pensando en aclarar los hechos y pedir toda clase de perdones, por la desafortunada incursión a sus dependencias.

Acomodarnos en la recámara, y después de vaciar sendas copas de licor de mora, intento la disculpa, Carlos me ataja nervioso:

—Lo hecho, hecho está, primo. Tengo problemas.

—Ya me lo parece, ya —interrumpo, disimulando la curiosidad.

—El libro que tanto te interesa es un viejo manuscrito —continúa sin parar mientes en mi interrupción irónica—, en realidad es el Grimorio de una bruja. O de una generación de ellas. Creo que la abuela Ana también perteneció al gremio.

—Ya te lo dije —contesto, retozón.

—Alfredo, la posesión de ese libro no trae más que disgustos.

—¿Y tú crees en esas zarandajas? —Interrumpo, a mi pesar interesado.

Sus ojos, casi blancos de celestes se achinan.

—Creo, sí primo. ¿O no te convence lo de esta noche?

—La verdad. Es imposible semejante salto.

Pienso, el padre Nicodemus en sus homilias de descrédito a las añagazas de los sentidos: *Los hechos asombrosos que son capaces de distorsionar la realidad, haciendo juzgar real lo aparente por observados y comprobados y después de ser admitidos sin ningún género de dudas por la razón, trastocan la realidad, pudiendo ser en extremos peligrosos para el cuerpo y el espíritu.*

Añado en voz alta:

—¿Y si lo soñamos?

—Puede, no está mal como pesadilla colectiva —contesta socarrón Carlos.

—Cambiano de tema, primo, ¿qué es lo que tanto les interesa del Grimorio?

—La primera parte de la formula del Elixir de la Vida Eterna.

—¿El *Elixir de la Vida Eterna*? ¡Es una autopía! ¡Valiente memez!

—¡No tanto, Omar, tiene más años que el pimental!

Carlos, se extiende en novelescas disertaciones. Le escucho tomando buena nota para el meollo de una novela fantástica. En realidad, pienso, que se está inventando lo que habla con la intención de distraerme del empeño en aclarar el porqué de su empecinamiento en poseer el Grimorio, pienso que tal conducta es una constante en todos los habitantes de *La Casa Grande*. Harto de tanta fanfarria, le dejo sin muchos miramiento, con la palabra en los labios. Que pronto se puede cambiar en desconfianza, cuando el pie que pisa llano tropieza con un inesperado guijarro.

La muerte

Paso, el resto de la mañana, echado sobre la cama, navegando sobre lo ocurrido sin llegar a puerto alguno. Al mediodía sufro, un agudo dolor de cabeza. Sin humor para compartir mesa con la familia, quedo en cama fingiendo estar peor de lo que en realidad me siento. Una somnolencia, dulce, me lleva hasta un duermevela en donde la ansiedad sufrida, se diluye en un suave oleaje.

Cuando despierto, las horas canónicas tocan en Santa Inés, ¡he dormido más de doce! Intuyo, que mi abuela Ana se comunicará en estos momentos. Y así es.

—¡Ojo avizor! —Susurra, y eso es todo.

—¡Abuela! —la llamo, acongojado.

Quien aparece es la Chacha Luisa, con la bandeja del desayuno. Tomo unos sorbos de café, sin alzar la mirada, ella sentada junto a mi en el borde de la cama, espera paciente. Declino sus ruegos de probar la tarta de fresas. Parece preocupada, la miro de reojo, sus ojos brillantes y enrojecidos, gritan penas. Me conmuevo sin querer, la razón me obliga: ¡nada de sensiblerías! Sólo puedo esperar de todos ellos; de una palabra diez mentiras.

—Agradezco tus desvelos. Ahora discúlpame, quisiera descansar un poco más.

La Chacha, se incorpora con ademán casino; retina la bandeja, y con tiento deja sobre la colcha y al alcance de mi mano una nota. Sale de la habitación, sin dirigirme el mirar, o la palabra. Con gran curiosidad desdoble la misiva escrita con letras mayúsculas.

AMELIA HA MUERTO

Debí leerla tres o cuatro veces antes de tomar consciencia de la terrible noticia. Miro con desaliento al vacío sillón. Es hora de recoger mis pobres pertenencias y salir por pies. Temo que lo vivido desde el día de la *misal de difuntos*, fuera en la desastrosa dirección de una duplicidad de aconteceres, irreales. Las finas sábanas de Holanda me pesan como jipijapas. Recuerdo una de las máximas del padre Nicodemus: *¡Huir de aquellas personas, conversaciones y lugares donde os deslizáis hacia la ficción, o de aquellas otras por las cuales se derrama el espíritu!* Y, ahora me están ocurriendo ambas cosas.

Una ducha de agua fría, me entona cuerpo y alma.

Descorro los pesados cortinajes, ávido de luz y sol. Junto al brocal del pozo el Deán está platicando con unos hombres vestidos de negro, junto a él con la frente orientada hacia la tierra, don Ramón. Otros dos hombres, de gris, transportan un féretro. El Cristo de bronce, clavado sobre la tapa, lanza un destello dorado hasta mi ventana. ¡Ay, Señor! ¿Qué hacéis en el hogar de una pandilla de herejes? Pienso. No, sin un gran esfuerzo de voluntad me dispongo a bajar al salón.

Leve rumor a conversación se oye a través de la puerta de la biblioteca. Dejándome llevar por un impulso en donde no interviene la voluntad, me acerco sigiloso. Perdiendo dignidad y compostura, arrimo la oreja a la sólida puerta. Y, como no me sirve de mucho, giro con levedad el picaporte. Mi tío, está diciendo:

—No parece haber otro medio.

—No estoy de acuerdo —le contesta mi primo.

—Tú dirás. El asunto es peligroso y de lo más delicado. Convendrás conmigo que es demasiado curioso. ¡Ahora que todo parecía llegar a su fin! Tiene que desaparecer, durante una temporada.

¿A quién o a quiénes se refieren? Pienso cada vez más asustado, recordando las palabras de la Chacha Luisa, y las advertencias del fantasma de mi abuela.

—No creo que le interese verse envuelto en semejante bodrio. Si me permitieras contarle la verdad.

—¿Qué verdad?

—Todo, las esperanzas de vida eterna que tenéis puesta en el *Elixir*; la búsqueda de Mala Sombra; el verdadero ser del Deán...

Demasiado, ni ganas ni necesidad tengo de escuchar más desatinos en tan delicada situación, así, es que empujo la puerta con una presencia de ánimo tan fingida, como el desparpajo del que hago gala al dirigirme a mi tío:

—¡Buenos días! ¿Decían?

Su turbación es tanta como la que yo intento disimular. Carlos, baja la cabeza enrojando con violencia, mientras mi tío casi deja caer la copa que sostiene la mano izquierda, a la vez que la derecha queda suspendida, a medias, en el aire.

—¿Escuchabas? —Dice, recuperando la compostura, y a imitación de mi tono—, no es por tú parte muy caballeroso, diría que indecente, gozar de conversaciones privadas usando de tales medios...

—¿Lo es? —Le interrumpo—, teniendo en cuenta, lo que traman, pierde agudeza tan denigrante adjetivo. No les parece que yo podría emplear un calificativo mucho menos, como diría, considerado ¿les acomoda el de asesinos?

Negras nubes cruzan las pupilas de don Jesús, negras y sombrías. Después de una pausa espesa, cuajada de malos presagios por mi parte y temores manifiestos por la de él, suspira, como si saliera de un trance y con el ánimo aparente de quien se entrega a una desgracia irreparable, dice:

—Está bien. Siéntate, hablaremos.

La mirada inquieta, de Carlos, dirigiéndose hacia un rincón que permanece en sombras, me advierte de la presencia de Adelaida. Está acurrucada, entre la embocadura de la chimenea y el hueco que conforma con un pilar maestro. Puedo ver como lleva la misma ropa de la noche anterior, ahora además de arrugada, mojada, chorreante de agua, así como las desgrednadas trenzas. Retiro molesto la mirada de la chiquilla. Adelaida ante un gesto perentorio de su padre, se incorpora con desgana y dice con cansino acento:

—De acuerdo, la culpa es mía. ¿Puedo irme?

—No es suficiente. Al menos para tu primo.

—Está bien —añade, dirigiéndose a mí—. ¡No sabes en dónde te has metido!

—¡Cíñete a los hechos! —Don Jesús, la mira furioso.

Me parece febril, tirita de forma convulsiva.

Mi tía Enrieta, no aparta sus ojillos negros y raposos de mi persona. El odio reflejado en su mirada, si no fuera porque mi espíritu está saturado de esa clase de encuentros visuales; en el internado es de lo más corriente, ese afán de imponerse por el miedo. Me dirijo a mi tía, sorteando el fuego maligno de sus pupilas.

—Tieta, pienso que lo primero sería mandar a la pequeña, a cambiarse de ropa.

—Tiempo habrá. Es por su gusto que está así —en diciendo esto, pocas veces interviene en conversación, tuerce la fina raya de la boca, instándola a continuar a su hija, con un mohín parecido al que sé hacer al oler a podrido.

Me dirijo a la Chacha Luisa, que como siempre está junto a un Omar, omnipresente en cualquier situación molesta; desagradable o extraña, por la que pase la familia.

—Traiga un jersey, Chacha.

Mi abuela, mejor dicho su espíritu, oscilante por la luz que proyecta el fuego de la chimenea, me hace gestos de silencio. Ya nada podrá sorprenderme, en esta vida. Advierto que la Chacha la ve, comenta algo con Omar, el hombre asiente mientras hace un tenue movimiento con la cabeza, hacia la aparición, mientras sus ojos se iluminan plenos de dulzura. ¡Pues ya somos tres! Respiro tranquilizado.

—Por favor, Adelaida —interviene, Carlos, luciendo la más llamativa de todas sus palideces—, terminemos con esto

—¿Y puede saberse por dónde comienzo? —Pregunta, la niña, con acento quejumbroso.

Seguro estoy de que sufre de fiebre, sus ojos brillantes y llorosos se posan inquietos en su hermano. Las manos, apretujadas sobre su incipiente pecho, más parecen dos pájaros moribundos. Pienso que nada les importa a ellos de sus pesares, ¡pobres manos, blancas de frío, temblorosa de miedo!

—¡Con el accidente que le ha costado la vida a tu amiguita!

—Anoche después de que Esmeralda se hiciera con el Grimorio, salimos a pasear por el terrado —refiere sin inmutarse, como si un tejado de inclinada pendiente hasta el mareo, cubierto de rotas tejas, fuera el Paseo de las Delicias—, hablábamos de nuestros asuntos, cuando resbaló al pisar cijela húmeda. No pude hacer nada. Eso es todo. Murió a causa del porrazo.

—Muy gráfico —digo, asqueado de la situación y más aún de las desapasionadas palabras de Adelaida—, ¿qué hacíais a esas horas y en medio de la tormenta sobre un tejado que hasta los gatos evitan? Por otra parte, no explica para nada, lo presenciado anoche en la biblioteca, ni las palabras escuchadas hace unos minutos —me ruborizo a pesar mío.

—Te entiendo, primo, sé a qué te refieres. Te explicaré: Tiempo atrás, mi hermano había oído una conversación entre mis padres de tan extraños términos y matices que no daba crédito a sus oídos. En un principio pensó que deberían estar refiriéndose al pasaje de alguna novela de Stephen King, por lo rocambolesco del tema, sólo y cuando vio la expresión de tus tíos al sorprenderle infraganti, comprendió que el asunto iba en serio. El tema de la plática era más o menos: *Cada vez nos encontramos peor, sin una dosis del Elixir de la Vida Eterna, no creo que lleguemos ni a fin de siglo.* Y ahí está, querido primo, el quid del asunto. Cuando alguno de ellos cinco, me refiero también a la Chacha y a Omar, te cuenten el interludio de esta opereta, yo te explicaré el final con el accidente de Amelia incluido.

—¡Maldita sea! —Explota, don Jesús, perdiendo compostura y modales— ¿De qué estás hablando?

—Ya lo sabes, papi. Si me obligas a dar explicaciones ¿qué esperas?

—Fuera de aquí, ¡loca indecente, si no quieres...!

—Si no quiero ¿qué? ¿Que me matéis como a la tía Soledad? ¿Os parece poco mil años de vida, verdad? —Y volviéndose hacia su madre—, nunca fuiste, una bruja inteligente ¡ni lo serás! La aparición del Grimorio ha sido suficiente para desencadenar un mundo de pesadilla. De poco os servirá. ¡Jamás lo tendréis en vuestras manos! De ello se encarga Isabel. ¿De qué cuerpo pensáis apropiaros, ahora? ¿Del mío, quizá?

Tal retahíla de desafueros me deja sin aliento y a mis tíos sin habla.

—¡Calla, pequeña, calla! —A causa de su color, la Chacha Luisa, no está amarilla sino de un morado de túnica Cristo del Gran Poder—, ¡calla criatura, por favor! Vamos. Don Jesús, con su permiso, me llevaré a Adelaida. Creo que desvaría a causa de la fiebre.

Sin esperar respuesta la mujer la toma en brazos como si se tratara de un bebé y con premura en el paso se va, seguida del fantasma de mi abuela y de un Omar, que camina con la cabeza gacha. Es por menos sorprendente ver al viejo tan alicaído. Cuando abandonan la biblioteca, el cuerpo entero me tiembla como atacado por la malaria. Carlos pasa un brazo sobre mis los hombros al tiempo que dice:

—Hay parte de cierto en lo dicho por mi hermana.

—Yo creo, que Adelaida está realmente enferma. ¿Quién es esa tal Isabel?

—Ella llama así a tu abuela, a nuestra abuela.

—Lo dicho esa niña no está bien.

Mi tío coge al vuelo mis palabras para dar un giro sorprendente a la situación, sus ojos son todo un poema de alevosía.

—La conversación escuchada por ti, te ha llevado a un error en el entendimiento de la desgracia, que estamos pasando: Adelaida está loca, una esquizofrénica diagnosticada cuando aun no tenía cinco años. Sin que su voluntad tuviera parte en ello, empujó a Amelia cuando estaban entregadas a eso juegos peligrosos en el tejado, ocasionando accidentalmente su muerte. Don Ramón y yo, hemos llegado a un acuerdo aconsejados por el señor Deán. Denunciar a Adelaida no devolverá la vida a la desgraciada niña, será ingresada en una casa de salud..., para su propia seguridad. A eso se refería tu primo, al decir si no habría otros medios. De todas maneras no hay evidencias de la culpabilidad de Adelaida. Un escándalo de este calibre perjudicaría a las dos familias. En cuanto al interés que he demostrado por el diario, es el normal en un coleccionista. No entiendo como fue a dar en tus manos, estando como estaba bajo llave, con otros volúmenes por el estilo, en mi despacho, son incunables, y como coleccionables, de gran valor. Data la última inscripción o nota en el insertada, del año 1440. Contiene fórmulas de espigaría. Eso es todo, espero que tu curiosidad haya sido satisfecha.

Las dos versiones contienen tantos desafueros que es imposible determinar la verdad. Llevado por un presentimiento profético, decido por el momento, hacerle creer que pienso de acuerdo con sus explicaciones. Estoy decidido a desentrañar el misterio, es obvio que lo hay.

—¡Es una pena! —Dice la bruja de mi tía, con perdón, sacándome de la ensoñación de mis sentidos—, siempre temí que esta niña algún día nos traería serios problemas. Es un peligro para los demás y para ella misma.

Parece todo dicho, la Chacha Luisa, con mi prima de la mano, abandonan el salón, les sigo, guardando tiempo y distancia, hasta las dependencias del servicio. La Chacha

Luisa, mece entre sus fuertes brazos a Adelaida, que al verme se da en reír como loca. Siento un dolor repentino apoderase del corazón. Beso a la jovencita en la frente. Sabe a tomillo y a humo de leña seca.

—¿Van a encerrarme otra vez, verdad que sí, primo?

—Vamos, cariño —la digo, en un murmullo—, eso no va a ocurrir. No lo consentiremos ¿verdad Chacha?

—No sería la primera vez —responde, la Chacha Luisa, sofocando un sollozo sordo, que suena como un gemido.

—¿Qué quieres decir?

—Hable con su tío.

—¿Qué está ocurriendo? Y no me refiero sólo al presente.

—Lo contado en la biblioteca, por Adelaida, es todo cuanto sé.

—¿Y del libro?

—Omar, cree ser su custodio mientras que Amelia llegue a la mayoría de edad. Es un poco complicado de explicar. Omar, lo puso en tu camino, las razones no la sé. Isabel, era su primera dueña, una cautiva cristiana de Zuliman El Cruel, esposa muy amada que fue de Omar, es posible que la abuela Ana sea, una reencarnación de ella, me refiero a Isabel la cautiva. Omar tiene gran interés en aclarar algunos puntos del Grimorio donde se hace referencia a... a otras circunstancias de este caso.

—Y cómo sabía, Omar, lo de mi abuela.

—Sueñas a gritos. Todos nos hemos enterado, incluso tus tíos. En cuanto a lo referente al *Elixir de la Vida Eterna*, es cierto. Tengo en ello experiencia.

—¿La supuesta enfermedad de Adelaida..., el supuesto asesinato de Amelia?

—En lo tocante a las dudas sobre la salud de su prima, sólo puede resolverlas usted, del desgraciado accidente de Amelia, decirle, que Omar no les dio ocasión para hacerse con su espíritu.

—¿Intentaban hacer de Amelia un imbunche?

—¿Cómo sabe...? —Parecía, en verdad, sorprendida.

—Tengo mis fuentes...

—Cosas del señorito Carlos, que como siempre cuenta los hechos a su manera. A eso me refería..., ahora andan desesperados con la muerte de Amelia, sin ella encontrar a Mala Sombra es imposible. Omar, no lo va a permitir, quiero decir que dañen de forma alguna el alma de la joven. Por demás no queda una gota del *Elixir*, me temo que a toda la familia le hace urgente falta. Por eso fue su llegada tan inoportuna. El señor Deán, es un verdadero demonio, poco le hubiese costado sacrificar a todos los bebés niñas del Valle, aunque nunca se dijo, ni está escrito en parte alguna, que de reencarnares en esta época, lo hiciera en mujer. Cosa que se esperábamos nos aclarase el Grimorio.

—Puede estar “ya” nacida...

—Posiblemente, por la edad de Amelia, quiero decir Esmeralda, ha de tener más o menos dieciocho. Quizá, estaba citada con ella en el terrado, y resbaló.

—O la empujaron —digo—, ya dentro de la descabellada historia

—Verdad, —interviene, Carlos, que ha estado todo el tiempo tras de mí—, más nunca la asesinarían, si buscaban la cooperación de Mala Sombra, por el Elixir... o quizá, pensaron esforzarla de esta manera, a terminar la fórmula, para ayudar a su amiga.

Miro a Adelaida, de tal forma, que hasta *Muza* se da por enterada, que buenas, ni medianamente creíbles me parecen las razones de Carlos, ni de la Chacha Luisa, que ya de mañana no posee nadie en aquella casa, para confundir mi espíritu. Me demuestro, a mi

mismo con solapada industria, que entre todos han hecho la cogulla, y para nada calman mis ansias de saber, las palabras huecas de sentido razonado.

Pregunto a mi prima, sorteando las pupilas de la Chacha Luisa, que me persiguen, sin comedimientos en malos humores:

—¿Viste a la bruja que tanto interesa a todos? ¿O, a tus parientes en el tejado?

—No.

—Pues sí que sí —digo desinflado—, pareces la única sospechosa y en verdad, si la suerte no te acompaña, te espera un futuro más negro que las trenzas de tu difunta amiga.

Indiferente a la mirada asusta niños que me lanza la Chacha Luisa, y apenado por el futuro de la pequeña, le acaricio la desgredada y estropajosa mata color azafrán, que le cuelga en enmarañadas guedejas, por sienes, rostro, pecho, y espalda hasta rozar el suelo como un manto espinoso, casi imposible de identificar como cabello.

—Primo —susurra, para mi mayor desconsuelo—, te quiero...

Parece como si sus palabras hubiesen cortado mi corazón.

—Deberías cuidar ese pelo —contesto, a su inusitada ternura, y sin esperar respuesta tomo rumbo al zaguán.

De lo escuchado, saco en conclusión que son conceptos en pura trivialidad, que abandonan o soslayan lo principal. Pienso, que estoy en el “caso” como una peonza, para bailar al ritmo de todos ellos y en círculo. Ya en el zaguán, con la intención de ir al parque y de ahí tomar el camino que va a dar a la estación, aunque me valga saltar la tapia y romperme la crisma. Deseo, hablar con la hermosa cantinera, y saca a colación a los habitantes de *La Casa Grande*; me presentaré bajo el pretexto de abonar los refrescos y el bocadillo, más bien en protocolo de visita, estoy por afirmar que la hermosa matrona no aceptaría que saldara una deuda, que en su bondad no existe. Para mi sorpresa, la puerta de la calle, y la cancela de la finca, están entreabiertas. El recibidor aparece iluminado por una infinidad de cirios; los espejos tapados con paños morados, y ramos inmensos de crisantemos, por todas partes. Quizás celebren aquí el sepelio. Creo recordar que *La Casa del Boticario* no tiene capilla, su lugar lo ocupa un impresionante laboratorio, mientras que nuestra capilla es más grande que la biblioteca, fresca y profunda con olor a incienso de lágrima y cera virgen. Que yo recuerde nunca se ofició misa, en ella.

Mi tío se despega de la pared, tan envarado como una estaca de hierro dentro del traje negro de ala de cuervo. Se acerca con paso medido. Dice, sin mirarme:

—Quiero que dejéis tu y Carlos, expedito el paso hasta la casa de don Ramón. Espero llevéis a cabo el trabajo con diligencia.

—¿El funeral se celebra en casa? —Pregunto, acoplando mis pasos a los suyos, como un perrillo faldero. Casi jadeo al terminar diciendo—, podría servir de gran ayuda mis conocimientos en el tema.

—No.

El duelo

La Casa del Boticario, linda con la nuestra por los patios de las cocinas, una herrumbrosa puerta de hierro hace de medianera. Por las apariencias debe hacer siglos que no se usa. Trabajamos a consciencia retirando escombreras y ramazones, durante más de dos horas. Terminado el trabajo y después de un baño, le propongo a Carlos ir a la casa de los vecinos, para presentarle nuestros respetos y de paso fisgar un poco. Accede sin mucho entusiasmo. La sorpresa que nos llevamos es de órdago, el túmulo mortuario esta levantado sobre la mesa de cocina ¡entre cacerolas!

De un rincón en sombras se desprende la figura de Adelaida, vistiendo los mismos harapos de hace dos días, dan la impresión de habérseles secado encima.

—¿No chocará con tus sentimientos, adecentarte un poco? —la recrimino.

A la luz de los cirios funerarios, sus ojos tienen un rebrillo azafranado. No es tan fea como me pareció, al arribo a la estación. Sonríe, como ofreciéndome con la mirada un regalo codiciado:

—¡Para los que estamos!

—No es pretexto, princesa, para que así te descuides. Pareces un pajarraco moribundo.

—¿Y como te crees que me siento, querido Alfredo? ¿Piensas, quizá, que la angustia de mi corazón es la manifestación de una enfermedad mental? Este estado de cansancio, desanimo, tristeza, impotencia, no es la angustia del psicópata que acaba situándolo fuera de la morar, hasta el extremo de acabar con la vida de su única amiga. Es, esta perdida para mi, un continuo llorar y un eterno padecer..., ¿tú serías capaz de amar en tales términos? ¿De amarme así?

Carlos está asombrado por la palabra y los gestos, bondadosos, de la pequeña fiera. Me parece, que aprieta la mancuera con fino talento alrededor de mi cuello. Las palabras se atropellan; contesto como un bacurriño, recién destetado. Las sutilezas, de la niña, hacen daño a mi honestidad, sus ojos son habladores de promesas suaves y de peligrosas ternezas.

—Quien anda entre astillas se hace bruto... —contestó, desairando la verdad.

—¿Y los demás? —Pregunta, mi prima, dando virazón a su tierno momento—. ¡Seguro que tratando con Satanás!

—No piensan hacerle a... a Amelia... un entierro cristiano —interviene la Chacha Luisa —llorando.

—¡Vamos, Chacha! —Adelaida, la abraza con su ternura—, a Esmeralda la da igual. Posiblemente, no piensan, que por cegar a un ruiñeñor se queden sin su canto para siempre. Hay pájaros que se entregan, en su desolación, a la muerte.

—Esmeralda no se suicidó, que motivos no hay para ello.

—El Deán...

—El señor Deán, sufrirá de su pérdida tanto como nosotros.

Con el rostro torvo, intervine, Carlos:

—¡Salgamos! —Sin esperar respuesta toma de una mano a su hermana y a mí de la otra, arrastrándonos tras él. Añade en verdad, enfermo— ¡Me ahogo ahí dentro!

Para mi, que su intervención ha sido muy oportuna a sus oscuros intereses.

Ya en el almizcate de las dos viviendas, y después de resoplar como un fuelle. Intenta aclarar, Carlos, el misterio y el porqué de un entierro tan deprimente.

—Lo del sepelio es cierto; nada de funerales, nada de responsos. En una palabra ¡nada de nada! La sepultarán en la cripta...

Siento la mano de mi prima, temblorosa, sobre la mía.

—¿Cómo lo sabes? —La pregunta no brota sólo de mis labios. Adelaida, mira a su hermano entre incrédula y asustada—, ¡si nuestra casa está adornada como para pasear a una docena de santos!

—Pues, sí, lo sé y de fuente fidedigna como diría padre.

—No puede ocurrir esto en el siglo XXI, ¡por favor! —Contesto, creyéndolo.

—Así están las cosas. Debe haberlo preparado para mañana, hay dos hombres trabajando en la antigua cripta, en un intento de recuperar una tumba entre las ruinas. Es de dominio publico, que enterramiento fue de brujas, y otros hijos nacidos de mentes calenturientas.

Sin poder con mi cuerpo y notando que me vuelven los dolores de cabeza, me recuesto contra el carcomido muro de piedra, con las nalgas mal aposentadas sobre un banco de madera húmeda. Debe ser mi aspecto de tan total desaliento que Adelaida, por primera vez desde mi llegada, parece apurada y comprometida con esta desesperanza humilde que ataca a mis sentimientos.

Me siento víctima y lo que es peor, una víctima propiciatoria de tan estafalaria familia. He llegado a un punto, en que la soledad de los sentimientos es inevitable; todo me resulta vacuo, inoperante, inútil; porque nada de lo ocurrido se puede asentar sólidamente en mi intelecto. Temo perder las ideas desalojada, mi mente, de una plausible realidad. Pregunto sin fe, ni pizca de esperanza de escuchar media verdad.

—¿A qué se debe tanto embrollo?

—No te preocupes —contesta, una amable Adelaida—, encontrarás, por ti sólo, una explicación a tanto misterio. Ahora, nos toca ocuparnos de Esmeralda. Mala Sombra aparecerá, estoy segura, antes de su entierro. Os dejo.

—Adiós, princesa, seguro que sí.

No tengo intención de retenerla, ni creerla. Por mucha curiosidad que haya levantado en mi sesera, *Mala Sombra*, nombre con regusto a viento de levante. Como se conservan las misivas de un gran amor truncado, mi conciencia retiene para siempre jamás, la mirada de los ojos sinoples inmensos, de mi prima, hermosos ojos cuajados de misteriosas promesas. Temo estar perdiendo la verdad sobre las cosas, inventando una interpretación *a priori* de lo que “es” y de lo que supongo “es” y cómo “es”. Lo que

algo “es” tiene carácter óntico... en el “cómo-se-comporta” Adelaida conmigo, en determinadas ocasiones.

Carlos, me saca bruscamente, de una radical subversión de valores familiares, con una propuesta divertida.

—¿Y, si vamos a ver lo que está ocurriendo en *La Casa del Boticario*, mis padres el Deán, acompañados de media parroquia, creo que están exorcizando la vivienda?

Cualquier cosa me parece bien con tal de tener la materia ocupada y la mente entretenida. El liberalismo, que profeso, debe comportarse con ciertas cautelas, en este caso, ni pensar quiero que una *enfermedad psíquica amorosa*, ataque a mis entendederas, que ya ando flaco de carácter ante los devaneos de la jonencita.

—Vamos —contesto, con fingida animación.

Después de observar el edificio desde todos los ángulos, decidimos entrar por una ventana del segundo piso, que parece no estar cerrada, simplemente encajada. Pasamos al interior de la casa, trepando por el tronco de una milenaria enredadera. Fuimos en dar a una destartalada habitación, libre de vida.

Casi nos falta tiempo de buscar cobijo bajo la cama. Cada vez más cerca, se escucha el rumor de voces entonando la salmodia de un canto gregoriano. Vemos, desde nuestro escondite, como la puerta se abre bajo la violencia de unas manos, que estoy seguro corresponder a un par de mocasines, bien conocidos, los de mi tía, seguida de un pequeño tropel de zapatos y voces que rodean el lecho. La voz, del Deán, se alza desafiante con precipitado afán, entre el murmullo de rezos. Tras unos minutos de silencio, salen de la habitación cerrando la puerta tras de ellos con violento portazo. Reanudan los cánticos corredor adelante hasta perderse en un eco. Nos quedamos como atacados por una atrofia de la tiroides, momentáneamente. La concomitancia al estímulo procedente de otras glándulas, nos producen el fenómeno más espectacular, la adrenalina, que deja un temblor violento en corazón, manos y pies, junto al irrefrenable deseo de salir corriendo.

—Estoy empapado en agua bendita —murmura Carlos, conteniendo una risa nerviosa, que comienza a atacarme a mí también.

Con cautela salimos del escondite, las palideces de mi primo ha tomado un tono verdoso de lo más alarmante.

—¿Quieres creer? ¡Mis padres me dan miedo! ¡Un terror de muerte!

—No digas tonterías, están ayudando a espantar los malos espíritus... —contesto en el tono tranquilizador—, ¡son una pandilla de supersticiosos!

—A mí me parece que están arengando contra Dios.

—¡No digas tonterías!

—Deberíamos salir de esta habitación..., por donde hemos entrado.

—¿No me dirás que tienes miedo, de un coro parroquial?

Sin recato, se aferra a mi brazo.

—Salgamos.

Recorremos en silencio el pasillo alfombrado, que amortigua hasta dejar en suave roce nuestros pasos. Pienso, que los latidos de mi corazón, ha de oírse a un kilómetro de distancia. Corredores y escalinatas, están vestidos de terciopelos y brocados, en forma de cortinas, y tapices colgantes que ocultan o disimulan, puertas secretas o inservibles; desportillados armarios u hornacinas ocupadas por figuras religiosas de mártires, de santos, en lastimoso deterioro por los siglos y el descuido. De gran utilidad, el revestimiento, para visualizar de cerca sin ser vistos, la sala de recibo donde se han congregado los “oficiantes”.

Miro con cautela, por la junta de una inmensa cortina, hacia donde se agrupa el mayor número de “exorcistas”. Están rodeando al Deán, que parece empeñado en

distraerse de la atención de los demás, dando buena cuenta de los pastelillos de leche frita (especialidad de la Chacha) los engulle con gula pecaminosa, muy al contraste de los melindres empleados por mi tía, la mujer es parca en todo; veo como en pretexto, para entrar en conversación con el hombre de Dios, se le acerca, con la botella de vino añejo y una copita de cuello alto, ofreciéndole del delicado caldo, al tiempo que pregunta con su voz de asmática:

—¿Qué piensa, padre?

—Parece, imposible hacernos con el alma.

Contesta, el cura, con la boca llena. Más parece que marchitadas las flores de juventud, sólo se le mantenga con vida, el estómago. Seguro que se irá por la puerta de la vida de un atracón.

—Carlos tiene copiada la primera parte de la formula. El problema está en encontrar a Mala Sombra, o su Diario, si desaparece Amelia indefinidamente, además de ser será inútil muerte, nos deja sin esperanzas de vida.

—¡Sólo tardamos unos segundos, y ya estaba allí Omar! —Murmura el Deán, con la boca llena.

—Unos malditos segundos..., y ahora, Esmeralda, sería un imbunche a nuestro servicio!

—¿Y si obligáramos a Adelaida, a hablar? —Mi tía tiene el gesto más torcido que nunca, parece un basilisco—, hay maneras, creo que intuye o sabe en quien está reencarnada la maldita Mala Sombra.

—No dará resultado —el Deán, va por su cuarta copita—, parece estar protegida por el diablo y dos accidentes serían demasiados... Omar, es el primer interesado en encontrar a Mala Sombra... o su Diario, y Adelaida quiere demasiado a su amiguita para dejar que se pudra en una tumba sin nombre. Es cuestión de saber esperar.

Nos miramos asustados; intento controlar el castaño de los dientes y las ganas de salir corriendo. Mi primo pérdida la compostura, cae de hinojos suplicando:

—¡Por favor, salgamos de aquí!

—¡Ni hablar!

Escuchamos decir, destripando nuestro dialogo de intrusos:

—Queda la Pluma Mágica. ¿Pero, cómo hacemos de ella? —Interviene una regordeta mujer a quien ninguno de los dos conocemos—, robarla es impensable, el Museo de la Ciencia, cuenta con una sofisticada red de alarmas.

—Volvamos cada cual a nuestra casa, su espíritu a volado a otro plano, o puede que Omar se haya apoderado de él —contesta, el cura, un tanto achispado—, nos reuniremos en la rectoría, como de costumbre. Allí estaremos a cubierto de oídos indiscretos. Ahora sólo nos resta esperar a que los dioses nos sean propicios.

Miro a mi primo, admirándome, de no admirarme más de lo que estoy, ante los desatinos escuchados; digo en pura exclamación:

—¡Iban en busca del espíritu de la joven, eso es lo que hacían, recorriendo la casa entre rezos y salmodias! ¡Como si el alma, ese *abstractum* intimo de todo ser vivo; ese don, esa esencia individual, fuera materia percibida por los sentidos, un despojo de la materia!

—¡Vámonos, primo, por favor!

Temiendo ser descubierto, las palabras del Deán suenan a profecía, decido atender las suplicas de Carlos. Abandonamos, escucha y casa, con tanto sigilo como a la entrada, y por el mismo lugar. Con las palabras comidas por el espanto, regresamos a *La Casa Grande*. Creo que anduvimos aquellos veinte metros, por el control fisiológico de

nuestro organismo, que pone en funcionamiento los huesos, haciéndonos caminar erectos, ¡que sino, ni a gatas!

En casa, sentados junto al hogar de la cocina, nos recuperamos con un tazón de chocolate, para nuestro mayor desconcierto, ofrecido por un Omar, amistoso. Sus inmensas pupilas, negras de noche africana, están prendidas de nuestras tremolantes figuras, parecen los ojos avizores de un arcángel que pretendiera rescatar, nuestras las almas, de los fuegos del infierno.

—Omar —le pregunto, con la esperanza de oír la verdad—, ¿sabe que está ocurriendo, venimos de *La Casa del Boticario*...?

—Falta una parte de la fórmula. La vida de Esmeralda..., de Amelia, depende de que fabriquemos el *Elixir de la Vida*, antes de la descomposición de su materia. Cosa no imposible, si os avenís a ayudar. *La Pluma Mágica* nos llevaría hasta Mala Sombra, de una manera u otra.

—¿La pluma mágica. ¿Qué clase de cuento es ese? Según ellos, está en el Museo de la Ciencia... no sé como podríamos.

—Podrás —Omar, parece casi divertido—, tú Alfredo, pareces predestinado a conseguir entrar en comunicación con Mala Sombra.

—¿Por qué yo? —Parezco un pez atrapado en el anzuelo de su mirada.

Atiza las brasas, y ni me mira para decir:

—Tienes en el rostro la impronta de un saber sibilino. *La Pluma Mágica*, te obedecerá.

—¿Qué quiere decir?

—No hay mucho por aclarar, los asuntos del Mundo de lo Oculto son variables, misteriosos y sorprendentes. ¿Estás dispuesto a intentar restituir la vida a... a Amelia?

—¿Me estás proponiendo que robe en el Museo de la Ciencia?

—Coger prestado. Con unas horas será suficiente.

—¿Y, qué se supone que puede hacer la dichosa pluma?

—Escribir la parte de la Fórmula que nos falta, o describir el lugar donde se esté Mala Sombra, deberá tener unos dieciocho años, tantos como Esmeralda, prometieron reencarnares justas.

—¿Tienes el Grimorio?

—Si estás de acuerdo, los detalles corren de mi cuenta —responde sin contestar a la pregunta.

Grito enfurruñado.

—¡Jamás robaré la tal pluma, no estoy dispuesto a terminar mi desgraciada vida entre rejas! ¡Y, contesta, querido Omar! ¿Tienes o no el maldito Grimorio que me mandara, la abuela Ana, proteger?

—Te doy mi palabra que no correrás peligro alguno. Está en tus manos la vida de Amelia, la libertad de Adelaida y nuestro futuro. ¡Es tan difícil lo que te pido! Después la devolveremos inmaculada, a su vitrina. Y, no. No tengo el Grimorio.

—He de pensarlo —contesto, casi convencido, pero, resabiado.

—No hay tiempo, la materia de Amelia no es imperecedera.

—Creo merecer una explicación, comprensible.

Omar no deja de atizar el fuego. Contesta, molesto:

—*La Pluma Mágica*, te aclarará todas las dudas. Quizá, se extravíe por la historia de cien brujos o más, pero el arte está en que leer, entre líneas, lo que escribiera cuando esté en tu poder.

—No pienso ir solo. Si es que me decido...

—Carlos, te acompañará.

—¿Yo? —Contesta Carlos, horrorizado. Es un... un suicidio.

—Ha veces el suicidio es plenitud de vida —contesto, con acento asusta niños—, ¡un dignifico enigma por resolver! ¡No crees! Grandes hombres pensadores, de la historia, escogieron esa puerta para salir de la vida.

—¡No pienso ir! ¡Es una locura propia de salvajes! ¡Y tú el mayor loco de la historia, pensando de tal manera ofendes a Dios!

—¿A ese Dios, creador de los hombres a su imagen y semejanza? Tuvo que estropeársele el trabajo a medio hacer. ¡Su Hijo más querido, se dejó matar! ¿No es, esa, una forma de suicidio... o asesinato por omisión? Pudo haberle salvado, y no lo hizo, mal ejemplo, primo, mal ejemplo! —Amonestando los principios del cristianismo.

—¡Eres un... un...!

—¿Ateo? No sé cómo decirte, primo, tan sólo pienso en la cantidad de anatemas que rodean a cualquier religión.

—Te condenarás...

—Ya estoy excomulgado —contesto, casi feliz.

—Y bien —intercede, Omar.

Contesto, con el conocimiento de estar padeciendo una imperfección cívica, incurriendo en la ingenuidad de interpretar, a Omar, en su clave esotérica.

—Saltándome los principio de la razón, que tiene sus equilibrio en leyes naturales y teniendo por desgracia, una imaginación tortuosa, que discurre libre y suele apoyarse en cualquier locura luminica: Traeré la pluma.

—De acuerdo —dice, Carlos, abemolando la voz—, te acompaño.

Buscando un pretexto para ir al Museo de la Ciencia, Carlos escoge como trabajo veraniego, la vestimenta en el siglo XII, don Jesús no pone objeción alguna, estoy por decir que le **anima**. El señor Deán nos proporciona las llaves del Museo de la Ciencia, sin hacer preguntas, ni dar explicaciones.

Comento con Omar:

—No me gusta nada tanta cooperación. ¡Nos han dado permiso para pasar la noche fuera de casa!

—Les **anima** el mismo deseo que a nosotros, aunque los motivos sean otros..., o casi otros. Intuyen por alguna razón, que tú *puedes*.

La Pluma Mágica

Luce la noche como pocas veces viera en mi vida. Los álamos, imperecederos guardianes, plantados a las puertas del Museo de la Ciencia, parecen tener vida humana, mientras que las almenas iluminadas por potentes focos, asemejan a pertrechados guerreros, y es que el miedo junto a la mala consciencia, se da en inventar monstruos. El Castillo, donde se asienta el Museo de la Ciencia, parece estar latiendo en cada piedra en cada junta de sus muros. Con la gallardía por los suelos y rezumando sudor la frente, atravesamos el sendero de acacias. Ya ante el inmenso portón de la entrada, exclama Carlos pelliscándome el brazo.

—¡Qué es eso!

Yo que estoy luchando con un manojo de llaves propias de la Guardesa de la Alhambra, entro a trompicones en el susto de mi primo. Allí, encaramado al picaporte de la puerta, una especie de ser humano, un pequeño duende o lo que sea, se columpia abrazado a sus rodillas; con la vista clavada en nosotros haciendo muecas sardónicas, espeluznantes, parecidas a los gestos de un roedor, se ríe, o eso parece.

—¡Es un duende! —Exclamo, admirado de mi propia *perspicacia* y añadido—, o un gnomo.

—Has dado en el clavo, amiguito —contesta aquel ser, sin abandonar postura y sonrisa—, me presento: Patiti, guardián del Castillo del Reino Encantado, lo digo por si pareciera otra cosa a vuestros ojos maliciosos. Es solución que podéis tomar: ¡Salir corriendo! Mis ahuzotes son de gran provecho para mí y de oscura suerte para vosotros. Advertidos quedáis.

Contesto haciendo vabratas, con voz y modales en donde sólo hay miedo, que mucho estoy menguado en él:

—¿Tienes algo para comunicarnos, o sólo tratas de intimidar?

—Según.

—Según, ¿qué?

—Lo que intentéis por hacer en el Castillo de mi Rey.

Me encuentro dando explicaciones, como si el tamaño de aquel personaje fuera tan grande como la negra estampa de mi sombra en el muro.

—Venimos a estudiar. Y tenemos permiso del director del Museo.

—No le conozco. Yo soy el único responsable, no sé nada de nada. Sólo obedezco a Su Majestad Yacud IV ¡Ya os estáis largando!

Pregunto como iluminado:

—¿Está Mala Sombra?

—¿Mala Sombra? Pues, no. Hace siglos que se perdió en el tiempo —parece interesado—, por qué la buscáis.

—La verdad. Venimos a por la Pluma Mágica, Esmeralda está muerta y, sabemos de la gran amistad que las unía —digo a ciegas.

—¿Y qué hay del *Elixir de la Vida*? —Responde, acentuando su sonrisa diabólica—, se supone que Esmeralda tendría suficiente hasta el día del reencuentro.

—Son razones, que ni entiendo ni me importa —lo cual es verdad, en parte—, lo cierto es, que a Esmeralda la enterrarán mañana al amanecer, por lo cual el *encuentro* se realizará en la eternidad, si no estás dispuesto a cooperar.

—De acuerdo, siempre que el Rey, consienta en ello.

Contesta, el duende, al tiempo que me arrebatara las llaves en un descuido. Al contacto de su mano se reducen al tamaño de un manojillo de espinas.

—¿El rey —pregunta mi primo estupefacto—, don Juan Carlos?

Desmadejado está, el subcúmbulo, entre un acceso de risa y el esfuerzo de componer la escuálida figurilla. Pasado el ataque, nos mira ceñudo y dice con voz atiplada:

—¡Pero hombre, en qué mundo vives!

Carlos, sigue sujeto como una sanguijuela a mi brazo.

—¿Sí? Pues no sabría que decir —le contesto—, es el único rey del que tenemos noticias, que exista en este país.

Carlos, cabecea afirmando mis palabras.

—Me refiero a Yacud IV. No pasaréis si persistís en vuestras bárbaras costumbres. ¡Cuándo se ha oído decir que unos malandrines como vosotros pongáis en duda la existencia de mi señor!

—Espero que seas tú, todos los impedimentos por salvar, antes de llegar hasta la Pluma Mágica —añado como iluminado—, Omar, se ofendería muchísimo.

—¡Quién lo iba a decir, os manda el Gran Omar! ¿Es verdad?

—Verdad. Y ahora dadnos las llaves.

—No hacen falta. Entrad.

Las doce horas, cuentan las campanas de Santa Inés.

Desde más allá del portón que comunica el patio de armas con las escaleras de la Torre del Homenaje, llegan a mis oídos risas y conversaciones atenuadas como si brotaran de un pozo amurallado.

Caminamos sobrecogidos, las copas rojizas de los castaños, que nos contemplan cabeceando desde su gran altura, parecen murmuran; “Peligro... peligro... peligro...”

—¿Escuchas, Alfredo?

—Es don miedo quien habla —digo, soportando el propio temor.

—¡Yo me largo!

—¿Y harás la vuelta en solitario?

Me sigue en silencio. No es que yo sea pertinaz ni obstinado, es, que como si un mal virus despertara en loca tempestad, todas las células de mi cerebro, en las situaciones que podrían llamarse de riesgo, obligándome a seguir adelante.

Dejamos atrás, con alivio, la parte antigua del edificio y nos dirigimos a la Sala 8, donde según Omar, está expuesta la *Pluma Mágica*. Para que nada falte a la desastrosa

expedición, un estirado celador vestido como un general del hace quinientos años, aparece como por arte de encantamiento ante nuestros ojos, impidiéndonos la entrada.

—Las invitaciones —dice, mientras nos contempla con gran desprecio y retraído talante.

—Vienen por razones de Omar, déjales entrar —interviene Patiti.

—No parecen caballeros...

—Chambelán Mayor..., son los ropajes, vienen..., disfrazados.

La nave parece una feria de concurrida: damas ataviadas con vaporosos trajes de noche; elegantes caballeros tan atildados como ellas; pajes vestidos de seda portando bandejas de licores; damiselas con guirnaldas de gardenias y jazmines; lacayos como generales. Del grupo se separa un engalanado joven, que después de obsequiarnos con una leve inclinación de cabeza, pregunta al parecer, admirado de nuestra vestimenta:

—¿Quiénes sois, caballeros, extranjeros tal vez? Yo: Yacud IV, y mi Corte.

El muchacho, que así se presenta, viste con la extravagancia de un tenor de opereta; verde marlota de terciopelo; camisa de hilo, guarnecida con pequeños diamantes y a los hombros un increíble manto de armiño. Para que contar, de los atributos propios de un soberano; corona de oro, engastada de piedras preciosas y un báculo digno de Carlos Magno.

—Carlos mi primo, y yo Alfredo —contesto, azorado.

—¿Caballeros de que...? El Guardián, nos ha comentado, que buscáis la *Pluma Mágica*, por encomienda del Mago Pintor.

—Sin título —respondo, resabiado—, en cuanto a lo de la *Pluma Mágica*, es cierto la buscamos, y sí por orden de Omar.

Contraviniendo todas las leyes de la naturaleza, lo que parece una pluma estilográfica se escapa de la vitrina, y con una pirueta gentil se posa sobre las manos del así, mismo llamado rey, y este la deposita en las mías con delicadeza.

—¡Ya la tenéis!

—Gracias —contesto, sin aliento—, muy, muy amable.

—¿Qué le ocurre a Esmeralda?

—¿La verdad?

—Es de suponer, caballero.

—Pues ¡no lo sé!

—Majestad —interviene, Carlos, enseriando el semblante—, Esmeralda ha sufrido un percance de muerte, es de vital importancia dar con el paradero de Mala Sombra. ¿Nos podemos llevar la pluma?

—Primero; la *Pluma Mágica* no me pertenece y segundo; no creo que sea tan sencillo dar con Mala Sombra ¡hace siglos que la busco!

—Pues te conservas muy bien... ¡de muerte! —Regojo.

—¡Primo! Cómo te atreves hablarle de forma tan descortés a Su Majestad.

Logra asombrarme. Parece pleno de elocuente seguridad.

—Me asombra saberte tan propicio. Hace unos minutos sufrías de miedo... pavoroso.

—¡Por favor, caballeros! —El enánísimo me mira irritado, capto la advertencia en el relámpago de su mirada, y recojo el velamen.

—Lo siento, son los nervios.

¿Logra sonreír con naturalidad, aquello?

—Bien, señores, tomen acomodo y empecemos.

—¿Qué empecemos? No sé que quiere decir.

—A escribir, ella te obedecerá.

Traen entre una caterva de sirvientes, una mesa y dos sillones. Como una sola persona, aquella asamblea, hace corro a nuestro rededor. La *Pluma* desprendiéndose del capuchón y sin el concurso de mano alguna se dispone a escribir. El Rey se retira, discreto, a un extremo del salón; disimula estar enfrascado en animada charla con Patiti. Ni diez minutos han pasado, cuando más de mil cuartillas se amontona pulcras, como a manos de un impresor, ante nosotros, y rellenas con fina caligrafía que más parece la obra de arte de un escribano cartujo.

—Lea con tranquilidad —recomienda, el Rey, con la voz cerca y el cuerpo lejos—, después hablaremos de la vuelta a *La Casa Grande*.

Un grupo de alabarderos cruzan sus lanzas en la salida. Mientras una docena de caballeros desvainan espadas, que se me antojan enormes y pesadas, sobre todo violentas.

—No hay cuidado —respondo, tomando acomodo de nuevo.

Doy comienzo a la lectura de la más intrincada historia de brujas y magos, que figurar pudiera, tan sólo hace unas horas:

...../

La Casa de los Darios

Omar, fue traído al Castillo de Tierras Rassas, en calidad de botín de guerra en el reinado de Dario I, que sabiendo captar en los ojos oscuros del niño un extraño fulgor de sabiduría, le proporcionó estudios, a nivel de su primogénito, empero, se guardó muy bien de darle libertad manteniéndolo por precaución bajo el yugo de la esclavitud. Omar, tocado de una ineptia desdeñosa aceptaba el cautiverio, como si al entrar en la razón que tenía su amo, en mantenerlo en servidumbre, estuviese de acuerdo con ella; el motivo, del monarca, no era otro que un miedo reverente a la extraña sapiencia del muchacho. La fama de mago le llegó, al muchacho, después de un cataclismo, sin una décima de error en el día y hora, en que profetizara su avenimiento. Gracias a él se salvaron cosechas y animales. De ahí la prerrogativa, en el presente y hasta su muerte, de permanecer cubierto antes los reyes. Además de ser nombrado: Hafiz Vitalicio de los Libros de la Cábala.

Promete Dario I, la libertad del sabio, a su muerte. Firmó y selló órdenes con este fin, en presencia del Escribano Mayor. En verdad, nunca pensó en cumplir con la palabra escrita. El Escriba Mayor tenía al respecto órdenes tajantes: la muerte del Mago si este le sobrevivía, y quería hacer valer los derechos adquiridos de libertad.

A la muerte de Dario I, Omar, se cuidó mucho de reclamar la emancipación prometida, alegando a todo aquel que quería escucharle:

“—¡Amo a Dario II, como a un hermano, es toda mí familia! ¡Nunca me iré de su lado! ¡Renuncio a la libertad!

El Escriba Mayor, se alegró de dejar tan oscura orden inoperante. Pasaron los años y el asunto quedó en olvido. Ni mucho menos, Omar, había pasado por alto ni perdonado la real mentira, esperaba su oportunidad. Una oportunidad bien trabajada.

Cuando nadie recordaba la alcaldada sufrida, predijo para el descendiente de Dario II, en el momento de su nacimiento:

“Dario III, será padre de siete niñas. La última nacerá bruja, encantará a sus hermanas y ella misma desaparecerá, dando fin a la estirpe de los Darios, por la rama paterna”

Si se trataba de una refinada venganza, nadie se lo planteó, porque no viviría, Omar, para disfrutarla y una venganza a tan largo plazo ni es venganza ni nada que se le asemeje. La profecía quedó, eso sí, reseñada en los anales de la historia del país, como una curiosidad más.

Al pasar de los años, de esta leyenda, tendría conocimiento Dario III. La desgraciada casualidad de estar esperado a su séptimo hijo, y pensar que también fuese una niña, que de ellas tenía seis, le hacía llorar por su reino, que pasaría a su muerte a manos de un hijo de su cuñado, individuo de mal porte y peores cualidades. Sabedor que Omar, estaba en la Cámara de la Reina, a petición del Galeno Mayor, pues se había hecho necesario administrarle sedantes y nadie como el Mago entiende de la triarcanía. Decide ir a verle en pretexto de preguntar por su esposa.

La Reina Madre, después de un parto difícil duerme inquieta, soñando con su hija, y sueña que un ser maligno de garras aterradoras le arrancan el almita. Allí está el monstruo, junto a la cuna de palosanto y oro. Está, sufriendo la pobre Reina, la peor de sus pesadillas

Él, Omar, sentado a los pies de la cama la contempla ceñudo, le ha administrado láudano a espaldas del Galeno Real, en cantidad suficiente, para hacerla dormir cien horas, más que suficiente hasta haber resuelto el mal asunto que se trae entre manos. En viendo llegar al Rey, se levanta con aspecto decaído y muy compungido talante —respirando satisfacción para su interior—, Omar, se inclina cumplidamente.

—Omar —dice, el Rey, levantando del suelo, al anciano, con delicadeza—, tenemos que hablar.

El Jardín de Invierno, es un buen lugar, solitario y triste, propicio para los manejos del Mago Pintor; donde los rosales crecen, enmarañados por las rocas que hacen de puente entre el Jardín de Invierno y la Cámara Real. Allí donde las palabras se pierden entre el canto del ruiseñor; el murmurios de fuentes y el rumor de una hojarasca, nacida salvaje en loco albedrío, desde que pereciera allí mismo, a causa de un desgraciado tropicón, Dario II, padre del presente monarca.

—Majestad.... —incita, Omar, con fino talante a las confidencias.

—Sabio Omar —suplica Dario III—, he de saber la verdad sobre la profecía que le hiciste a mi abuelo y la forma, de contrarrestarla.

—¡Sobre vuestra descendencia! —Exclama el ladino, Omar, como si lo acordase de pronto—. Es cierto cuanto leí en las estrellas..., majestad, es preferible que lo olvidéis, ya ha nacido la niña... —Omar, orienta la frente hacia la tierra y las manos al cielo, como si su corazón fuera la presa de un dolor irremediable— ¡La Reina, no tendrá más descendencia! Y vuestras hijas se desposarán. ¡Está escrito!

—Es el futuro de este país, lo que me aterra, Omar. Ya sabéis de la fama de mi sobrino, se comenta que asesinó a su padre.

—No puedo deshacer lo escrito por las estrellas, pero, sí enmendarlo. Si me permitid intervenir, majestad.

—Lo dejo en vuestras manos —contesta, el Rey, sin pensarlo.

Dario III, presenta a la Corte en primer lugar, y después al pueblo desde un florido balcón del castillo, a un robusto niño, bien cumplido un año de vida. Ni a la Comadrona parece importarle el engaño; ni al Galeno Real; ni al Chambelán Mayor. El señor Escriba Mayor, que nada sabe del trueque, mira pasmado a la criatura: Demasiado

grande, para dos horas de vida, piensa, más confórmase con reseñar en las efemérides, dedicadas al nacimiento del infante:

La augusta belleza del Príncipe Dario, madura su tierno rostro.

Pasan los días, los años.

Omar, bebe del vino rojo de la venganza, con desaforada alegría, a solas, mientras en presencia de Dario III, sus ojos africanos se cubren de luto, porque el Rey anda loco de tristeza y febril de remordimiento.

Fue el fiasco más grande de la historia del país, compartido entre la oligarquía y gobierno. Hay una razón para tanta concomitancia: el príncipe Talio, sobrino de Dario III, más conocido por El Cruel, joven violento, sanguinario y estúpido; dado a las juergas y al despilfarro; odiado y maldecido y temido por propios y extraños, es el primero en la sucesión a la Corona. Por entonces estaba en vigor la Ley Sálica.

Esto fue lo ocurrido, con la hija del Rey:

Media hora, después del nacimiento de la princesa, la aya Ana y el neonato, son conducidas por, Omar, hacia un remoto lugar llamado El Pantano de la Muerte, azote de personas y animales.

Tres días con tres noches tardan en hacer el camino, a lomos de un burrico garrulo, y de un mulo pecherón.

Viendo, Omar, los grandes ojos verdemontaña de la pequeña, brillando bajo las estrellas, suspira, al decir a la atribulada mujer:

—Será espiga temprana...

—Es una fechoría lo que hacéis con la princesa —murmura, asustada la aya Ana.

—... cerca de ella, alegre el agua brotará —continúa, el brujo, sin parar mientes en el reproche de la mujer—; florecerán las ramas verdes a su paso...

—Más le valdría florecer junto a su madre —bisbisea, la anciana dama, entre lloros.

—... aunque estemos predestinados a ser enemigos, reconozco y acepto el gran poder que te concederá el Mundo de lo Oculto. Te envidio, sobre todas las cosas por el amor que disfrutarás de Isabel; la confianza de Mala Sombra y de los sueños y las vidas que gozarás más allá de la propia conciencia, en el filo mismo de la eternidad.

Dicho esto, se ensimismo en sus pensamientos.

Un silencio, espeso, pesa sobre el grupo; silencio que tumba cavó en la noche oscura del alma de las cosas. Ni una tormenta de piedra hubiera logrado romper el hermetismo del momento. Llegados al lugar elegido por Omar, roba, este, a la mujer memoria y habla. Ya seguro que la anciana tiene la mente tan en blanco como el alma del bebé que reposa entre sus brazos, le entrega una bolsa repleta de oro y una moneda con la esfinge de los Reyes y en el reverso, el rostro de una niña con fecha y hora de su nacimiento. Una vez dispuesto el futuro a su modo y acomodo, se aleja seguro y complacido. Más, el Destino, veleidoso, tenía previsto otro final.

Crece, la niña, sin el don de la palabra humana. Aunque pronto aprendiera el idioma de los animales del Pantano; de las aguas; del cielo y sus astros, no siendo sorda al de las plantas. Gusta, la Princesa, de corretear por el bosque en compañía de bichejos, animales de todas las especies y plantas, que alguna las hay andadoras.

Una anochecida, de esas locas del mes de febrero, pierde camino en seguimiento de Rita, la urraca, que en escorzos de cógeme que no te dejo, se adentra en una zona desconocida, de belleza imponderable.

Grande es la sorpresa de la niña, cuando se da de frente con una joven ataviada con ropas impensables al conocimiento de la niña. Como diera un traspié, en parte por

culpa de un peñasco, la joven le tiende en amoroso gesto los brazos. Crecida sin la consciencia de peligro, la Princesa, corre a refugiarse en ellos.

Después de unos segundos de complacido acercamiento, la aparición, le hace entrega de un manuscrito voluminoso, de muy vestuta apariencia, al tiempo que la dice con ternura:

—Me llamo Isabel, conocida en el país del moro como Celima. Tenemos sólo unos minutos para hablar. Te hago entrega del Grimorio. En él se halla inscrita la primera parte de la fórmula del *Elixir de la Vida Eterna*. Serás su guardiana hasta el nacimiento de la Séptima Bruja, *Mala Sombra*, nacerá bajo el reinado de Yacud III. Muchos serán los avatares que padecerás mientras esté en tu poder el Grimorio. Teme y respeta a Omar. No olvides que *Mala Sombra* es una reencarnación mía. Allá por el año 1442. Si tienes que hacer “tratos”, con Omar, procura tener frutos del Árbol Sagrado de las hadas, el Alianto. Sólo las almas honestas y cándidas pueden hacerse de ellos. Dan la invisibilidad a la materia, por un tiempo.

Después de una pausa que emplea, la bella, en saca una botellita de plata, de la faltriquera. Continúa ante la expectación de la joven.

—Tu nombre es Esmeralda. Toma este frasco, lo necesitarás. Sintiéndolo mucho, querida mía, te dejo.

—Bien —contesta, la Princesa, no sabiendo que añadir, sobrecogida por la sorprendente aparición y la comprensión del nuevo lenguaje.

No hay color en el bosque, la hermosa lo ha absorbido. A lo lejos las notas dulces de una canción de cuna atraen a las aves y al murmullo del viento que dormita de siempre, entre la hojarasca. Rita, revolotea hasta posarse en el hombro de la Princesa, diciendo consoladora:

—No te preocupes, yo te protegeré ¡de veras! No es tan difícil el oficio de bruja. Además contamos con la ayuda de Mandrágora.

En el pantano de la muerte

Lo aprendido de forma semoviente, toma conciencia en el espíritu de Esmeralda. A los quince años, es ya una experta en la Ciencia de la Cábala, descifradas las runas y los extraños jeroglíficos de que está compuesto el Grimorio, es sabedora de cientos de remedios, recetas y potingues. Mientras su propia existencia es un misterio, en ningún momento ha pensado o creído que la anciana mujer fuera su madre. Sombras penitentes rondan sus pensamientos. Sombras de otros rostros, de otros lugares; palabras quebradas, temblorosas que se adentran en sus sueños al grave acorde lejano, de suspiros de mujer.s. La aya Ana, muere. Lloro Esmeralda con tal desconsuelo que contagia, su pena a plantas y animales. Las flores cabecean mustias de dolor; los lamentos de los animales cubren tierra y cielo. En la montaña que rodea el Valle, no luce más color, que el tierra-cien. Tal es la exasperación en la Naturaleza, que se ve obligada, Mandrágora, a dejar su lugar favorito junto al pozo del tío Antón y tomar camino hacia la cabaña de Esmeralda, decidida a poner remedio a tal desquicie de sentimientos..., si era de razón hacerlo. Así, como ha venido a increpar la locura, en las desaforadas muestras de dolor, se hace partícipe de la angustia general, llorando más que nadie. Esmeralda, olvidando su terrible congoja, le ofrece una tina de agua fresca —el camino hasta la cabaña, desde el pueblo es árido y pedregoso—, además de paños húmedos para la frondosa corola

—En tus manos está hacer recobrar, a tu madre, la vida —dice, la suspirante, Mandrágora, ante el sorprendido silencio de los presentes.

—¡Calla! —Esmeralda, la mira con un extraño brillo en las pupilas verdemontaña— ¡No intentes mofarte de mi dolor!

—¿No recuerdas el frasquito de plata que te dio Isabel?

—¡Lo había olvidado! De todas maneras no sé que contiene.

—El *Elixir de la Vida Eterna*. Bastará con unas gotas.

—¡No recuerdo donde lo dejé! —Exclama, azorada.

Mandrágora, mira en rededor en busca de Rita. Sale al porche, el ave está encaramada en un saliente de la parte interior del hastial, con el pico entre las alas, haciéndose la dormida, la llama a voces:

—¡Rita, trae el frasco!!

Rita, mira hacia abajo.

—¿Qué son esos gritos? —Contesta, con destemplanza.

—La botellita de plata de Isabel. ¡Pico largo!

—¡Evítate en proferir semejante insulto, planta del diablo! Que luego vienen los arrepentimientos ¿De qué botellita hablas?

—El de plata con el cierre de rubí. Contiene *Elixir de la Vida* ¡Rita, tráelo al momento!

Mandrágora, está dispuesta a trepar, usando de raíces y ramas.

Rita la mira, bostezando sin ningún pudor.

Como está en su naturaleza le cuesta una enfermedad entregar el pequeño frasco. Sólo por el tapón labrado en un rubí, hubiese dado media vida, sin parar mientes en el recipiente en sí: un diamante vaciado y cubierto de plata ¡la perla de su tesoro!

De esta manera se frustraron los deseos de Omar. La anciana no sólo recuperó la vida y el habla, sino la verdadera historia de los hechos y de las cosas. Los recuerdos, le llegan, como pájaros locos picoteando su mente con un ritmo interior frenético, llevando hasta la superficie los más mínimos detalles, que explica a una Esmeralda espectadora, de su propio pasado.

Mandrágora, por su parte, le expone que el legado *De Las Brujas de Siete Mundos*, le están reservados, intentando borrarle del pensamiento las atabaladas confesiones del aya Ana.

—El Grimorio —La planta, pone énfasis en este tema—, es un precioso tesoro, donde aprenderás la razón de que el *Vino de la Vida no pudo rebosar, nunca, de la copa*. Ya eres una verdadera Mujer Sabia, hija mía, hoy has secado la fuente de tus lágrimas.

La urraca repuesta del berrinche, desciende hasta el regazo de Esmeralda y alargando el empelucado cuello, hasta los labios de la joven, dice:

—Cuando la ultima campanada de las doce, de en el convento de Santa Inés, una noche del dos de febrero del 1442, nacerá Mala Sombra, te prepararás desde hoy para guiarla en sus primeros pasos, a ella y a otras brujas que, quizá, irán llegando.

—Así, está escrito —corrobor. Azrael, el gato persa, sin moverse de su lugar preferido, junto al hogar.

La alegría, de Mandrágora, no dura mucho, también está escrito que la vida se le complique en la persona del aya, la mujer sólo tiene ojos para Esmeralda. No puede creer lo que estos ven. Con las mejillas arreboladas repite en el colmo del estupor:

—Princesa, Omar, os raptó. Vos sois la séptima hija de Dario III.

El pasado, está enraizado en el presente, sin solución. Así lo entiende la planta, así lo entiende la vieja urraca.

—En el bosque sólo se sabe —dice, sin ninguna esperanza, Mandrágora, viendo crecer y crece en los ojos de la muchacha, la curiosidad—, que llegasteis las dos, a lomos de un escuálido caballo.

—No. No es todo —insiste, la resucitada—, entre el heno del establo, recuerdo haber escondido un bolsillo de cuero con joyas y una moneda de oro, por una cara grabada la esfinge de Dario III, y por la otra la de una niña. Me la entrego, Omar, poco

antes de abandonarnos, con la recomendación de entregársela a la Princesa. “*En su momento*”. Fueron sus palabras exactas.

—De un niño, no de una niña —intenta hacer callar a la mujer, la ya muy asustada planta.

—Bien. —Esmeralda, contempla a Mandrágora, con fijeza—, sería bueno sentirme tan segura como tú, no puedo evitar de preguntarme, el porqué de los trabajos que se tomó, ese tal Omar, de ser hija del pueblo. Si en realidad Dario III, es mi padre desearía conocerle. Pienso, buscar la moneda para verificar si es niño o niña.

—¡Los neonatos se parecen! —A la planta le amarillean las hojas.

—Es de esperar que se reseñe si es varón o no, incluso el nombre y la fecha de nacimiento. No veo el porqué de tu miedo, si todo es tal cual dices.

—Esmeralda, querida niña, fuera de la seguridad del Pantano, sólo hay caminos sembrados de espinos y sendas en blanco, que has de rellenar con el color de tu propia existencia, quizá, muerte y soledad. No pareces tener en cuenta los consejos de Isabel —contesta, Mandrágora, con desespero sabiéndose derrotada.

—Claro, amiga mía —los ojos verdemontaña, resplandecen—, lo cual no es óbice para querer saber del pasado.

—Omar, es muy peligroso, lejos del Pantano de la Muerte, tu vida puede convertirse en un infierno, no cejará hasta saberse dueño del Grimorio. Arrebatártelo y deshacerse de ti.

—De acuerdo, no iré a parte alguna. Dime pues, quién soy.

—No lo sabemos —miente, con descaro, la planta.

—Yo creo que sí.

—¿Tan mal nos hemos portado contigo? —Responde la resabiada Mandrágora— ¿Nuestro amor no suple en tu corazón a unos hipotéticos padres? Ellos te abandonaron en el Pantano con la intención precavilosa de tu muerte. ¿Acaso el pensamiento de ser una princesa te ciega? Esperemos no olvides: que junto al Aya; silvanos, grifos y plantas del bosque, hemos constituido tu familia durante dieciséis años.

—Olvidemos lo dicho, por favor —casi, suspira Esmeralda.

Cada cual toma camino a su casa.

La madrugada sorprende, a Esmeralda, dormida junto a su amigo el Espino Solitario. Sueña que Isabel le advierte: “*Calma tus ansiedades, querida amiga, y recuerda: el dos de febrero del 1442, será el día del nacimiento de Mala Sombra, en el país de Tierras Rassas y bajo el Reinado de Yacud III. ¡No lo olvides, y raciona el Elixir! El poder de ser invisible lo encontrarás en el fruto del Alianto, el Árbol Sagrado de las Hadas, sólo existe uno y crece en el Monte de la Luz, la única forma de hacerte con ellos, está en usar de un ser aguerrido e inocente. Te serán de gran utilidad, para cerrar tratos con Omar. ¡Adiós, querida, y por favor, ni se te ocurra indagar por tu cuenta, los habitantes del Castillo son peligrosos! Tiempo habrá.*

Desaviniedo consejos, Esmeralda, tiene la resolución de conocer los motivos de su abandono en el Pantano de la Muerte.

El Espino Solitario, le advierte, angustiado:

—Encontrarás entre los humanos locura amarga, amiga mía.

—La ignorancia del pasado oscurece la luz de mis ojos, seca, la risa en mis labios —termina, llevando la sonrisa al Espino Solitario—, ¡me fatiga este estar *in albilis*!

—¿Por qué no dejas al Futuro, ser un enigma por resolver? No esfuerces al Destino, querida Esmeralda.

Aconseja, Espino Solitario, a sabiendas del fracaso de sus recomendaciones.

—¿A riesgo de no cambiar ese futuro por otro mejor? ¡No pienso ser, tan dócil como el hierro que se consume para dejar oro en el crisol.

—Que tengas suerte —suspira, derrotado, ante el empeñamiento de la muchacha.

—Volveré, querido Espino, no te quepa la menor duda.

Al salir del encantamiento del Pantano, sonidos ásperos a muchedumbre, martirizan los oídos de Esmeralda, teniendo como tiene el alma vacía, carente de la memoria humana, la vida se abre a sus sentidos asombrosa y violenta. Las estrechas callejas atiborradas de encurtidos; animales degollados colgando de garfios sangrantes; el olor nauseabundo de aceites refritos; las voces de los comerciantes alabando sus mercancías con reclamos soeces; las emanaciones pestilentes de los cuerpos que se rozan contra el suyo. Pálida de rostro, y clamando por el silencio amable del Pantano, cubre despacio, temerosa de tropezar con su propia sombra, el trecho que le separa hasta unos jardines que se dejan ver entre los tenderetes del Zacatín.

Es el Parque Real.

La sombra fresca de los castaños, la acoge con ternura, admirados de sentir en sus corazones de madera, el alocado latir del humano.

—Es una bruja —murmura, entre las ramas, el viento.

—¿Una bruja? —Pregunta, un álamo, seguro de haber oído mal.

—La bruja Esmeralda —afirma, una mariquita.

—No sabrá que es el jardín del Rey —se admira un eucalipto.

—No, seguro, que no —comenta, el viento.

—¡Muchacha! —Advierte el engreído Cinamomo, en viendo a Esmeralda dispuesta a sentarse bajo su florido ramaje—, ¡ni se te ocurra, es el lugar preferido de Dario III!

—Por lo pronto —le contesta, Esmeralda—, es el mío. Intuye que el momento de conocer a su padre se acerca.

Para darse valor, intenta pasar el tiempo acallando los sobresaltos de su ánimo, con el entretenimiento de preguntar por sus vidas; a plantas, flores, a los pájaros y a las mariposas, que vuelan en bandadas a su alrededor. Pasmado queda, el Cinamomo, ante el entendimiento de la joven de todos los idiomas hablados en el Reino Vegetal, tratándola desde ese momento, con más respeto.

Los trabajos de Esmeralda

La curiosidad, atrae una familia de gorriones que miran y escuchan moviendo a derecha e izquierda sus cabecitas, repitiendo van:

—¡Es una bruja, la Bruja del Pantano de la Muerte!

Con el tramonto del sol, llega Dario III, es la hora de su paseo. En esta ocasión va sin escolta. Mucho se extraña de la presencia de una mendiga en el recinto del Parque, y por demás sentada bajo el Cinamomo, en el alhamí que tiene como respaldo un tapiz de almoraduj, tejido por las hadas para su descanso. Temiendo ser víctima de una

emboscada, echa mano a la espada. Los ojos sinoples de Esmeralda, le miran tranquilos, curiosos, quizá esperanzados.

—¿Qué haces en el Parque? —Inquieta, con inquietud, el Rey.

—Descansar ¿y tú?

—¿Yo? ¡Yo soy el Dario III, tú Rey y señor!

—Bien, Rey, puedes sentarte hay espacio para los dos.

El Rey, atrapado en la tristeza de las luminosas pupilas, pregunta:

—¿Quién no te enseñó modales?

—Quién me abandonó, como gato de parto múltiple.

—Mala persona.

—Mal padre.

“Mal asunto” Dice para sí, Rita, que fiel a su promesa de cuidar de la bruja en ciernes, no pierde punto de la conversación.

—Me llamo Dario, y tú.

—Esmeralda.

—¿En verdad, no tienes padres, Esmeralda?

—Sí, de padres y madres no es de lo que carezco.

—¿Cómo es eso, cuantos años tienes, pequeña?

—Dieciséis.

—Pareces más joven, de tan escuálida. Mi hija pequeña...

El Rey calla pasmado, después de tantos años de obligarse al silencio, ahora allí y al oído de una mendiga, quién sabe si no se trata de una espía, ha estado en un tris de confesar el peor de los pecados. Con el rostro color de aljez, se levanta, dispuesto a volver al Castillo.

Esmeralda le mira, solicitando del regio corazón una catadura de la melancolía que siente el suyo. Dice:

—Sé de las desgracias que te afligen.

—¿Cómo podrías? —Ya está seguro, que se trata de un complot bien organizado por su sobrino Talio el Cruel.

—Sé del pasado y del presente. Tus males, son como eslabones de una cadena, fabricada por, Omar, a través de los siglos. Te dejaste aconsejar por un enemigo.

“¡*Mal terminaremos!*” Rita se devanaba los sesos intentando interrumpir la fatídica conversación. Siente la garganta apresada como por una carlanca puesta al revés.

—¿Qué sabes tú! ¿Quién eres? —Casi, brama, el Rey.

—Una mendiga, tú lo has dicho. Si admites un consejo, te diría: destierra a Omar, ese hombre será el causante de la verdadera ruina de tu país. Se inventó una profecía sólo con la intención de vengarse. Si tú la crees se cumplirá.

—¿Tienes testimonios que acrediten tus acusaciones?

—¿Cómo tenerlos? Ese hombre es en extremo cuidadoso... más, no te costará poner su lealtad a prueba, para nadie es un misterio de la sana longevidad que disfruta, pues bien, dale a entender que conoces su secreto y pídele que comparta contigo el *Elixir de la Vida Eterna*.

Sin esperar respuesta, Esmeralda, emprende camino de regreso al Pantano de la Muerte. Ha conocido a su padre, eso es todo.

Omar, ignorante de la visita de Esmeralda, niega la existencia de tal elixir, pero el temblor de sus manos y las palideces del rostro cetrino, confirman lo contrario. Omar, es además de mago, un buen actor, pronto se repone del pasmo y niega con gran aplomo.

—¡Ni he oído hablar de la existencia de tal menjunje!

Incurre, Omar, en gran desacato.

El Rey, duda con razón, haciendo cuentas desde que entrara al servicio de su abuelo, como mínimo ha de tener cumplidos los ciento cincuenta años, o más.

—¡Nadie tiene derecho a ocultar a su Rey, un secreto semejante!

Dario III, sólo pensando en aliviar su conciencia de la pesadumbre que le embarga, no encuentra mejor medio y excusa que descargar toda la responsabilidad de lo ocurrido sobre el Mago. Es de razón aclarar, en honor de Omar, que en bochornoso olvido de otros muchos servicios prestados a la Corona, sin rubor ni vergüenza le culpan hasta de los siete años de sequía sufridos hace dos lustros; de las incursiones del reino vecino que asolan las aldeas fronterizas. Un desvarío de cosas y casos, tantos como pudieron recordar ministros y señores de la corte, de tiempos presentes y pasados, y como no, de la supuesta suplantación y la entrega de la Princesa a las brujas.

El Señor Fiscal Mayor, pide el destierro para Omar; el Rey acepta; el pueblo aplaude. El señor Inquisidor amenaza a Omar, con un juicio paralelo, si no le hace participe del secreto. Para salvar la vida, entrega al dominico, un dedal del Elixir, jurando ser aquel todo cuanto le queda, y perjurando que la fórmula es propiedad de la Bruja del Pantano de la Muerte, detalle este, que da con precavilosa intención.

Entiende, el señor Inquisidor, por experiencia, que sería inútil porfiar con el Mago, ni en el tormento se avendría a dar más cantidad del Elixir, ni más razones sobre él. Manda, eso sí, buscar entre su pertenencias, a una caterva de sicarios. Omar, de proponérselo no hubiesen encontrado ni un celemín, en una botella transparente y esta en una vitrina de cristal y a la vista, pero como no está de humor para juegos, esconde el frasquito entre la maraña de sus barbas, lugar que nadie se atreviera, ni pensar, en registrar. No imagina, el Fiscal Mayor, que junto al destierro le han proporcionado la ansiada libertad.

El destino final, de Omar, es una pequeña isla abandonada de Dios y de los hombres. Donde medra el lobo entre los riscos; donde la cuarteada arena es cubil de escorpiones y serpientes; nidos de águilas y buitres, las rocas peladas de la siniestra sierra que rodea el pequeño islote, donde andan perdidas algunas cabras salvajes..

Promete Dario III, entregar en matrimonio a la Princesa, al caballero que la rescatara de la furia del Pantano, y abdicar en ellos.

El señor Inquisidor, nada dice a Daño III, de estar al tanto de la visita de la mendiga. Sospecha que la Princesa, la Bruja del Pantano de la Muerte y la jovencita vista con el rey en el Parque, son la misma persona. Hace votos para que así sea y el caso se repita. De ser cierto que conoce la fórmula del Elixir, no le será difícil hacerse con ella.

Entre tanto revuelo y noticias jugosas, Omar, se dispone a cumplir la pena; un paseíllo cruzando a pie el centro del pueblo y revestido con el Sambenito de costumbre. El trayecto a recorrer no llega a medio kilómetro, no mucho, sí lo suficiente para que la plebe se desfogue. El resto de la troncha lo hará a lomos de una vieja mula. No quiere el señor Inquisidor terminar con la gallina de los huevos de oro, en caso que le falle sus premoniciones sobre la mendiga. Todo el pueblo sale al encuentro de Omar, divirtiéndose como posesos con la antrueja comitiva que conforman los esbirros inquisitoriales y el preso. Disfrutan lanzándole piedras e insultos a cuál más grande unas, y desatinados otros. Omar, jura voz en grito vengarse con la muerte de media aldea, de tal afrenta. Advirtiéndole, además, que todo aquel que se atreviera a rescatar a la Princesa: “*¡Perecerán entre grandes tormentos, tragados por las siniestras aguas del Pantano!*” Lo que en realidad se propone, el Mago Pintor, es amedrentar al pueblo, no entran en sus cálculos el regreso de la Princesa, por ahora. Piensa: “*Sea cuando esté en*

la plenitud de sus poderes. Lástima que los acontecimientos se hayan precipitado, ni soñar pude, que Isabel previniera la muerte del aya. ¡Esta niña tiene su Daemonium particular! ¡Todo se andará!”

No bien, Omar, ha abandonado los límites de la aldea, una espesa boira se aproxima, como una desbandada de buitres locos, desde la Montaña de la Luz, hasta el Valle, minutos después una tormenta de granizos como puños caen de los cielos junto a una invasión de ranas; brotan de la tierra manadas de ratas hambrientas en medio de torrentes de agua. Mueren miles, entre niños, mujeres, hombres; ganado y animales de compañía. Una catástrofe. El miedo sacude el espíritu del Reino, impregnando los corazones con ese tipo de terror que doblega el valor y empaña el honor. Ni hombre maduro, joven o viejo, noble o plebeyo, se ofrecen en salir en busca de la Princesa.

En las mazmorras de la cárcel, está prisionero un corsario. Toda una leyenda. Dicen unos: *“Es hijo de reyes raptado en la cuna por un hado maligno; otros: “Sus padres surgiendo de los abismos de la mar en una tormentosa noche, abandonándolo en la arena”* En resumen: el joven carece de pasado, por mucha historia que tenga en el presente. Como los delitos cometidos por el truhán nunca fueran de sangre, en varias ocasiones es indultado por el rey; saliendo de la prisión bajo palabra de arrepentimiento y volviendo, a poco, sin ella. Es el tal Fabrián; guapo, gentil y gallardo: también tiene otras cualidades como; tramador, conspirador, intrigante. Perdulario él, no teme a muertos ni vivos en cambio siente un respeto atávico por brujas y magos. Pensando en sus cadenas, decide echar en olvido las historias contadas por las viejas cuidadoras del hospicio que aterraron sus noches de niño solitario, y ofrecerse para rescatar a la Princesa. Dando por descontado que no consentirían entroncarlo con la Casa Real, decide pedir a cambio de sus servicios: la libertad, una bolsa de oro; un caballo y una mula. *“¿Quién ha pensado en las ataduras del matrimonio?”* Se dice entre ufano y meditabundo. *“El problema estriba en hacerse oír por el rey, ni ataño ni hogaño, hay licencia ni habrá para ello al alcance de cualquiera y menos si ese cualquiera, es un ladrón empedernido como yo”*

Rumiando la forma y manera de llegar hasta Dario III, falto de sosiego para dormir o comer, van pasando los días. Una noche cuando más desesperado está de encontrar la manera de resolver su problema, cree divisar en lo alto de la tronera que abastece a la mazmorra de luz y aire, un pajaraco negro. Llama su atención los giros que toma y las muecas que hace. Abre la boca admirado, momento aprovechado por el ave para dejar caer de su pico un fruto del Alianto, que va a dar con buen tino entre los labios de Fabrián, el sabor le parece entre picante y dulzón, se lo traga casi sin masticar, en pensando: *“Si es del gusto del pajaraco también me de provecho, que las vituallas de la prisión no están cocinadas para agradar al paladar ni satisfacer al estómago”*

Por lo pronto nada nota Fabrián.

Es la hora de la cena. El carcelero entra en la celda; recorre con la mirada el reducido espacio, quedándose con la escudilla, de sopa, entre las manos sin saber que hacer. Después de unos segundos de desasosiego, con un giro taurino, derramando el caldo, sale a todo correr, gritando:

—¡Fuga! ¡fuga! ¡fuga!... ¡en la tres!

Un tropel de pasos irrumpen en el ergastulo, para sorpresa de Fabrián, aquellos hombres miran hacia él, al parecer sin verle.

Pensando que se trata de un sueño, se pellizca las mejillas.

—¡No pesan las cadenas! —Exclama, estupefacto.

A su grito, todos los visitantes, a una, clavan los ojos en su *cuerpo* y, como si se tratara de un solo hombre, retroceden, formando un tapón humano en la puerta, la razón

está en que han escuchado una voz y visto moverse las cadenas, sin cuerpo de carne que arroje ambas cosas.

—¡Soy invisible! —Grita, presa de la locura colectiva.

Sin creer en su suerte recorre pasillos, sube escaleras, traspasa puertas y portones con la suavidad de un hálito de brisa. Ya en la calle y sabiéndose en verdad libre e incorpóreo, decide tentar a la suerte, se dirige al Castillo, al pasar junto al soldado que monta guardia, dice con voz cavernosa:

—¡Aparta mostrenco, soy la Muerte que viene a visitar a tu señor!

—¿Conque sí? —Contesta, el barbado centinela propinándole un certero puñetazo entre ceja y ceja— ¡Pues toma por inoportuna!

Despierta arrojado, en presencia del rey y de la corte en pleno.

—¿Cuál es el truco? —Le pregunta el Chambelán Mayor, no bien ha abierto los ojos.

—Qué... —tartamudea, Fabrián, sintiéndose dolorido y apaleado.

—Tenemos más de cien testigos.

—¿Has hecho un pacto con el Maligno? Quizá sea eso —interviene, el señor Inquisidor, relamiéndose de contento.

—¡No sé nada, de nada!

Fabrián, está diciendo la verdad por primera vez en su vida.

—¿Ni de haber amenazado de muerte a tu rey? —Interroga el Magistrado Mayor, como el que no quiere la cosa, mientras se atusa el impresionante mostacho, retinto de campeche.

—Sólo ha sido una broma. Creía ser invisible.

—¿Ratificas lo dicho al centinela?

—No era mi intención... —Ya siente, Fabrián, la mancuera al cuello y la caligo de la Parca en el corazón—, sólo quería ayudar en la búsqueda de la Princesa. Sé como hacerlo.

Ante la admiración general, explica Fabrián, cómo piensa rescatar a la Princesa, guardándose, eso sí, de explayares en detalles que pudiesen aclarar dudas a unos y prestar ideas a otros. Es de contar la cólera de Dario III, al escuchar las pretensiones del bribón, en un tris está de rebanarle el pescuezo.

Fabrián, en viendo el cariz que toma el asunto, se apresura a aclarar con humilde tono, con la barbilla a ras de suelo.

—A cambio: La libertad, un burro, un caballo y una bolsa de oro.

Manda, Dario III, entregárselo al señor Inquisidor como reo de herejía, mientras busca consejo en su esposa. Es cierto que la reina sufre de una extraña enfermedad de locura, desde la desaparición de su bebé, con todo, y así lo requiere el protocolo y así se hace.

Cuando llega, el rey, a la Recámara de los Cien Espejos, todos ellos cubiertos con chales de Cachemira, aparece la reina arrastrando los pies, con pasos de fantasma suspirante.

—Señora —dice Dario III, —hay una posibilidad de encontrar a nuestra hija, y hemos de estudiarla.

Sin más, con un beso primoroso en el dorso de la mano, de la cuitada, se dispone a salir del Salón de los Espejos, acompañado del Chambelán Mayor y el Galeno Real. Le sufre el alma, viendo el aspecto de la mujer que en otros tiempos fuera una belleza nacional. Desde hace quince años nada es igual en el Castillo, hasta los recios muros padecen ataques de remordimientos, se desmoronan de día en día y crujen en la soledad de las noches tormentosas, imitando lamentos humanos.

La voz cascada, de la reina, les detiene a mitad de camino.

—¿Quién, amado esposo, nos protegerá contra Fabrián? Puede soliviantar al pueblo y hacer que cumpláis la promesa de abdicar. Tengo entendido que ese tal Fabrián, es un estafador de buenas mañas.

Con lo que demuestra, no estar tan “ida” como aparenta.

—Creo, esposa querida, que tal cosa ni se le ha pasado por la cabeza. Le daremos suficiente oro para gastar su vida en diversiones y bebida.

—Tus palabras no son sabias, en esta ocasión —contesta, la reina—, parecéis olvidar de quien se trata y la aureola romántica que le rodea. El pueblo está hambriento de historias de amor y de misterio... ¿supones, quizá, que no apoyarían tan novelesco romance?

—Señora, el pueblo ya sabe, desde el proceso de Omar, el “caso” de la Princesa, dejemos, en manos de nuestros consejeros este asunto.

—Este asunto, es mi asunto, no permitiré que “vuestros” consejeros destrocen mi corazón en viendo a mi hija, si es que lo es, desposada con un malhechor de la calaña de ese tal Fabrián. ¿Y qué será de nuestro amado hijo adoptivo, lo habéis pensado bien? Es el hijo de mi alma.

La reina, torna a su estado de pasmo, sin prestar oídos a más razonamientos.

Dario III, pregunta al Chambelán Mayor:

—¿Cuál es vuestro juicio?

—Hay que encontrar, a la Princesa, empleando los medios que sean necesarios. Propongo, que se conceda el perdón a Fabrián y una vez recuperados los derechos civiles, pueda prestarnos su ayuda; en cuanto a la recompensa será la estipulada por él, me parece justa. No temáis, majestad, hay medios para obligarle a desistir de otros propósitos, si los tuviere. Creo que el, señor Inquisidor, le está dando un buen repaso, en preludeo y como aviso.

—¿Qué dice, el Príncipe, de todo esto?

—El pobre chico templea su alma en el ejercicio diario, es un excelente soldado. Ha pedido permiso a su Mentor para salir en busca de la Princesa.

—No lo consentiré, es la alegría de la reina. ¡Pobre muchacho!

—No tiene porque cumplir penas ajenas, majestad.

—Es público y notorio su bastardía, nadie lo aceptará como heredero. Mi sobrino Talio, anda haciendo campaña entre el pueblo y soliviantando a mis leales.

—Por lo pronto, majestad, propongo ponernos de acuerdo con el ladronzuelo, si encuentra a la Princesa, ya hablaremos, si no divulgaremos un desmentido. También podemos asegurar que nacieron mellizos y la niña fue robada por la aya Ana.

—Lo dejo en tus sabias manos, mi querido Chambelán.

Sabedor de todos los retruécanos del oficio de ladrón, Fabrián, cubre el bosque del Pantano de la Muerte, aplicándose en sus pesquisas, con la delicadeza de un felino. Ni una hoja alborotada en el rastreo.

Son las doce de la noche, cuando divisa las aguas turbias del Pantano. Su cabalgadura reprime un relincho de espanto. Buen caballo y mejor jinete. En la orilla opuesta, una apretada mata de robles se alza a un metro sobre el nivel del agua, no dejando ver nada más allá del verde oscuro de su follaje. Fabrián alcanza la rivera a nado, con el corcel bien sujetos de las bridas, y este al asno. Cuando alcanza tierra, ata al noble bruto al tronco milenario de un roble, le cubre el lomo con una manta de lana y entre caricias le dice en amigable tono:

—En buena compañía te dejo, los robles son atentos compañero de los seres vivos, no temas estarás tan protegido bajo sus ramas, como en el establo real, el burro me lo llevo que es de oficio.

El animal sacude la cabeza en gesto de asentimiento.

Entre el espeso follaje, una hermosa planta, suspira entre desolada y satisfecha, se están cumpliendo lo dispuesto por Esmeralda.

Fabrián, convencido de su buena suerte, ve aparecer a una jovencita en distraimientos con una urraca. Deduce que se trata de la Princesa. “¿*Quién sino, estaría jugando a tales horas junto al lago maldito?*”

Triunfador, con su presa amordazada y a buen recaudo dentro de un saco y este sobre el burro; canturreando feliz se encamina al Castillo.

Es de admiración el desparpajo al cruzar, el corsario la Plaza Mayor, montando en tan fino alazán, con las ínsulas de un caballero. Los vecinos salen en desbandada por puertas y ventanas, siguiéndoles entre risas y saltos como si se tratara de una comparsa carnavalesca. Llama la atención sobre todo y de todos, un asno de ojos avispados, que soporta sobre el lomo un extraño bulto, y que camina al costado del caballo como un espolique, bien enseñado.

En la Plaza de Justas, dos duques, que se preparan para entrar en amistoso combate, quedan desconcertados, imaginando cada cual una razón para que el famoso corsario, en cuestión de horas, pase de ser un proscrito a hombre libre... y con privilegios. Los asombrados caballeros pueden ver como cruza el Patio de Armas sin desmontar y cubierto. Y, como el Chambelán Mayor sale a su encuentro, haciéndose con los rendajes de las dos cabalgaduras, y conduciéndolas con mano propia a las Caballerizas Reales, sin usar de mayordomo o criado.

—¿Qué está pasando? —Comenta el duque de la perilla pelirroja.

—Estoy por decir que traen a la Princesa muerta, el saco tiene la forma de contener un cuerpo —le contesta su contrincante—, continuemos con lo nuestro, en el Castillo se están poniendo feas las cosas, no me extrañaría un punto, ver a Su Majestad derrocado.

—¡Señor de Olot, tened cuidado con vuestra lengua! —Advierte medio en serio medio en broma el de la perilla pelirroja.

Dos pajes, ataviados con los colores de sus dueños, se acercan precedidos por sendas flámulas y conduciendo hermosos ejemplares bayos, exactos en color y talante, sólo distinguibles por las antojeras; uno en negro, otro de un gules subido. Los caballeros montan a pelo, que así es de mas lucimiento.

—Es nuestra estirpe de muy ilustre abolengo para temer decir la verdad —dice el llamado Olot, mientras se calza los guanteletes.

—Nunca se está lo suficiente cimeros, querido duque, delante de una conspiración.

—Tal cosa tendría que haber pensado nuestro bien amado Dario, antes de cometer el peor de los delitos, desafiar a su hija, y dar al pueblo gato por liebre, con el hijo de una sirvienta, que para colmo hicieron morir en la hoguera.

—Cosas de la política. No olvidéis que se trató de un acuerdo tácito, entre el clero y la nobleza. Convendréis conmigo, querido señor de Olot, que peor solución era el sobrino.

—Ya.

Los dos caballeros siguen, después del vapuleo al Rey, con el entretenimiento de dar y recibir mandobles.

En las cuadras, el Chambelán Mayor y Fabrián se disponen a liberar a Esmeralda de sus ataduras. La sorpresa fue en igual para ambos. De un salto y sin el concurso de los muy pasmados caballeros, se planta Esmeralda, a dos palmos de las narices del Chambelán gritando:

—Bien. ¡Aquí me tenéis!

Ni el bufido de las bestias se advierte.

—¡No puede ser! —Fabrián, está pálido de muerte—, yo mismo la até y amordacé. ¡Es cosa de brujería!

—¿Y qué esperabas? Ahora, llevarme ante vuestro Rey.

—Tendríais, alteza, que cambiaros de vestimenta —indica, el Chambelán Mayor, azorado.

—Así he vestido, durante toda mi vida, y así lo seguiré haciendo.

Un año después.

El anciano Escriba Mayor, comenta con el Rey:

—La Princesa, es de tan preclara inteligencia, majestad, que nada hay en mí, por enseñarle. Posee dotes naturales en el arte de la medicina. Se debería tener en cuenta su empeño en estudiar esta disciplina. El Galeno Real, haría un excelente profesor.

A lo que contesta, el Rey, en verdad, escandalizado.

—¡Nunca se supo de tal caso en mi familia! Aprenderá música y danza como sus hermanas.

No siendo cosa de indisponerse con el Rey, el anciano se encoge de hombros de forma casi imperceptible, y con una inclinación de su honorable cabeza, hace un ambiguo gesto que lo mismo puede decir: estoy de acuerdo, como me importa un bledo tan “regia” decisión.

Otro son los juicios, sobre de la díscola Princesa, tríadas por su Dama de Honor, que cuenta, entre azoramiento:

—Majestad, en verdad que siento comunicaros lo siguiente: La Princesa, no quiere vestir como le corresponde. Sólo cubre su cuerpo con un burdo sayal, inconsutil, de estameña que ella misma lava. Para colmo, mientras se secan los harapos tendidos en el mástil de la bandera, recorre el Castillo con... ¡con un taparrabos! Majestad, en tales ocasiones —continúa, casi llorando—, hasta los pajes mas jóvenes la siguen a escondidas.

—¿Hace progresos con el piano? —Pregunta, el Rey, sin querer parar mientes, en el sentido que la dama, da a la queja.

—No.

—¿Quizás, en la danza? —Dice, esperanzado—, hemos observado que cuando la Princesa se cree sola, recorre los senderos del jardín con alados pasos de baile, alegres y rítmicos.

—No —el tono de la Dama de Honor es muy seco—, baila cuando se le antoja sin amoldarse a pauta alguna. Siento muchísimo no poder traeros, majestad, noticias más agradables.

Promete, el soberano, enmendar la conducta de la Princesa, en el corazón de la Dama suenan las promesas del Rey, a música lejana. Cuando la muy noble anciana se ha retirado, pregunta Dario III, al Chambelán Mayor:

—¿Qué hay de cierto?

—Todo y más, lo que la Dama de Honor, no se atreve a decir; es que la Princesa es motivo de escándalo; fuera y dentro del Castillo, se comporta como un potro salvaje. Es temida hasta por la tropa, por la virulencia de sus bromas ¡hay una docena de

soldados en la enfermería, les obliga a hacer de diana! es uno de sus pasatiempos favoritos. Sus hermanas, la rehuyen como a una apestada, y en venganza cuando atrapa a una de ellas..., la obliga a bañarse en el Estanque de los Nenúfares a la vista de todos, sin prenda alguna. Y otras picardías por el estilo. En las cocinas es temida como a una plaga, usa de los mejores pucheros para fabricar repugnantes mejunjes. Sólo la aprecian los animales de cuadras y corrales; el Jardinero Mayor y su esposa, sin olvidar a su Alteza Real el Príncipe, que parece adorarla ¡la está iniciándose en el manejo de la espada! Tal es la situación a grandes rasgos, majestad.

—Quiero hablar con el Jardinero —ordena, el Rey, por toda respuesta—, ahora mismo.

Se presenta el Jardinero Mayor, muy azorado ni atina a cumplimentar al Rey. Temiendo haber incurrido en su desagrado, casi llora. En contra de todo pronóstico es invitado a sentarse a la mesa, desconcertando más, si cabe. Después de un refrigerio, servido por el Chambelán Mayor, después de unos placidos minutos, entendiendo que el Jardinero Mayor ha tranquilizado el ánimo, pregunta, el Rey:

—¿Qué hace, Su Alteza, tantas horas en vuestra compañía?

—Le ayudo con el plantel de semillas que ha traído del Pantano, con los animales.../

Termina su charla informal con Dario III, asegurando:

—Majestad, la princesa Esmeralda es una criatura amable y bondadosa, además de Mujer Sabia, cuida y cura a los animales heridos o enfermos que acuden a ella desde todas partes del Reino. Es asombrosa su facultad en el entendimiento del lenguaje de cualquier bichejo. Diría que hasta las plantas la quieren, cuando pasa junto a ellas, tornan sus corolas perfumando el aire, y podría jurar, majestad, si no temiera que se dudara de mi cordura, que le hablan y ella las entiende.

—Dirías que la Princesa es normal —apunta, el Rey, con timidez.

—¿A qué se refiere, majestad? —Responde el hombre a la defensiva, no alcanza a entender los motivos, en saber su opinión.

—¿Consideras el comportamiento de mi hija, raro?

—A mí, no me lo parece, majestad.

—Se habla sin respeto y muy mal de ella.

—No delante de mí, la gente suele odiar y temer lo que no comprende. Es, dueña de un razocinio individual, concreto, consciente y responsable, encausado en liberar sus fines de amor y comprensión.

—Pareces entenderla bien...

—No es tan difícil, majestad, sólo intenta vivir su vida, dedicada al bien de los animales y las plantas... dónde encuentra amor y cariño.

—Una Princesa, no puede hacer lo que se le antoje.

—Comprendo, majestad, pero ese argumento carece de base para Esmeralda. Ni se considera una princesa, ni ha sido educada como tal.

El tono en la voz del Jardinero, raya en la descortesía.

—¿Estas cuestionando mi buen hacer como padre?

A lo que contesta el Jardinero Mayor:

—Hay verdades dichas para ser escuchadas, tanto por el humilde como por el poderoso. La cuestión está, en si se quieren entender y atender, majestad.

El Rey, está pensando en una treta para sacar a la hija descarriada, de su mundo. Sin tomar en consideración los velados reproches del Jardinero, dice amable:

—Te agradezco, la estima que tienes a Su Alteza Real, ahora si no te importa, me acompañarás al jardín.

El hombre obedece, sabe donde una orden, donde una súplica.

Soberano y Jardinero, se allegan al parque.

Esmeralda, ensimismada, está entretenida en el abonado de una pequeña parcela. Los dos hombres detienen sus pasos.

—Exquisita muchacha —comenta, el Rey.

Es la caída de la tarde, el ambiente empieza a perfumarse con el aliento de los Galanes de Noche. Admirase, el Rey, de la placidez que desprende el lugar. Las flores parecen estar enfrascadas en un íntimo coloquio con su hija, una en especial hermosa de celestes pétalos y tallo azul, se entretiene en alborotar más, si es posible, las greñas de Esmeralda, que advertida, por Rita, de la presencia de su padre deja con suavidad sobre la tierra el rastrillo. Saluda con discreta elegancia. Preguntándose en su fuero interno, qué problemas se le avecinan. Por su parte, admirado está el Rey, de las cortesanas maneras de la muchacha, piensa: “*¡Después de todo no parece haber desaprovechado tanto las clases de urbanidad, como asegura la vieja!*” Y dice:

—Esmeralda, hija, es mi deseo presentarte de forma oficial al Reino, presidirás junto a mí, la recepción. Tienes un día para prepararte. Modistas, sastres, costureras, orfebres y chambelanes, estarán a tu disposición. Pedirás consejo a tu Dama de Honor, en la elección del caballero acompañante, tendrás que escoger entre los nobles del Castillo.

Rita abarrunta tormenta.

—Bien —contesta, Esmeralda—, haré cuanto deseáis, señor.

Tan ufano se siente, el Rey, de su inocente treta para sacar a Esmeralda de su aislamiento social, que se marcha sin dedicar a la joven una frase cariñosa. El amor de padre es cosa que se fragua en el corazón día por hora, quien lo olvida una vez lo hará siempre.

—Debe pensar, mi padre, que se puede colmar de riquezas a un pobre y negarle después un trozo de pan. ¡Pues no! —Murmura con aspereza, Esmeralda, viéndole alejarse.

—Alteza —el Jardinero, está preocupado.

—Mala cosa, sólo le interesa su propia tranquilidad y yo prometo que..., ¡el sol tendrá el brillo de la hojalata, en la dichosa fiesta!

El Jardinero, sonríe triste, en previsión de males mayores, le advierte con cariño:

—Princesa, no estropeéis más las cosas, sólo conseguiríais sufrir. No le desobedezcáis, por favor.

—Quién ha dicho o pensado en tal cosa. Los deseos de mi padre serán cumplidos... a mi manera.

—Lo ha prometido —el anciano tiene los ojos llenos de lágrimas.

—¿Convendrás, ser de razón, que al caballero lo escoja yo?

—¿De la Corte de vuestro padre?

Indaga el Jardinero, temiendo invitara a un brujo o algo parecido, intuye, que el extraño saber y profunda sabiduría de la Princesa, tiene su fuente en las Ciencias Ocultas.

—Del Castillo. Promesa te doy.

Piensa, Esmeralda, en Fabrián. Para nadie es un secreto el enamoramiento del mozo; si en la cocina ayuda, es por estar cerca de los cacharros, cuando ella destila, si en los lavaderos, por ver como renta la princesa el pobre ajuar; si de fregona por los salones, para recoger la escudilla en donde ella deposita los tallos quebrados de las flores. Además el corsario ha conseguido ser indispensable en las monterías, gracias a sus indiscutibles artes en el manejo del arco y saber en el oficio de la farconería, no le

ha sido difícil ganarse la confianza y el respeto del rey. Vive en el Castillo en las dependencias de la servidumbre de más baja categoría, junto a mozos de cuadra: pinches de cocina, o barrenderos, a pesar de su bolsa bien repleta de oro. Fabrián sufre, en silencio, los embates de su orgullo por el placer que le reporta estar relativamente cerca del objeto de sus amores. Son, estos, servilismos que se da en sufrir un corazón enamorado. Pobre logro, porque la Princesa sabedora de sus sentimientos, le rehuye con esmero.

Desde un mirador, el Rey, ve como su hija pequeña montando a pelo un caballo árabe de pura raza, galopa hacia los suaves prados y frondosos bosques, destinados a la cacería. Los tonos cárdenos del ocaso cubren montañas y llanos. Temiendo un desatino de la loca princesa, manda al vigía no perderla de vista, y si intenta cruzar el limen con el Pantano de la Muerte, la detengan.

Desmonta, la Princesa, entre las frondosidades de una espesa mata de manglares que casi cubren la huta, en donde Fabrián pasa gran parte de su tiempo oteando las piezas de caza. En esta ocasión el mozo, con esmero canta unas estrofas de amor, llenando los intervalos con las notas dulces de una zampoña, tallada por él mismo en una caña de bambú.

*Entre las frondas se escucha
leve rumor de pisadas.
¿Será el amor sigiloso,
quieto, dulce, o la celada
de aquel otro amor que tiene
las mentiras desoladas?*

No advierte, Fabrián, la presencia de Esmeralda, ni escucha el resoplar nervioso del rocín. Después de unos minutos de observarle a escondidas, la Princesa, sonríe satisfecha. Cuando, el mozo, ha terminado de cantar.

—¿Decías, querido Fabrián? —Su voz es todo un poema, burlesco, digno de Maese Bufón.

—¡Alteza! —Atina a contestar.

—Creí oír que moríais de amor por mí, ¿es cierto?

—¡Alteza! No está nada bien escuchar a escondidas.

—Claro y menos en una princesa. Pero —añade remendando los acentos del hombre—, señor mío, ¡soy la Bruja del Pantano de la Muerte! No una delicada damisela.

—¡Es cierto, os amo más que a mi vida, Princesa!

—Pues, pí deme en matrimonio —replica, Esmeralda, entre risas—, quizá accedan gustosos.

—Es una broma de mal gusto, alteza, diría que cruel.

—Nada de eso. Mañana se celebrará una fiesta en mi honor, he venido a invitarte.

—Lo sabe vuestro padre.

—No. Claro que no, por lo pronto. ¿Aceptas?

—No puedo.

—¿De veras? Qué te parece si le cuento, a mi padre, que me has ofendido gravemente, en un encuentro fortuito en el bosque. Vete haciendo a la idea, porque yo sí, pienso pedir tu mano.

No puede creer en su suerte, titubea; la muchacha le mira en espera de una respuesta, con el ceño fruncido en un gesto voluntarioso.

Sin salir de su asombro, dice Fabrián:

—¿Puedo atreverme a pensar, que no os soy indiferente?

—Totalmente, amigo mío, totalmente indiferente.

—¿Entonces? ¡Cómo podéis pensar en casaros...!

—Adivina. ¿Y bien?

Para no dudar de la ceguera de Cupido, contesta Fabrián:

—De acuerdo. Tened en cuenta que juré renunciar a vos.

—¿Cómo es eso? —Esmeralda, se hace la desconcertada.

—Era la recompensa ofrecida a quien os encontrara.

—Ya —ante el silencio del hombre, continua—, ves como tenía razón al escogerte.

—Vuestro padre no lo va a permitir.

—De lo que mi padre consienta o no, es cosa mía. ¿De acuerdo?

—Sí, mi bella Princesa.

Como la muchacha emprende camino de regreso sin dedicarle sonrisa o mirada de aliento, se dice para consolarse: “*¡Ya procuraré llegar a tu corazón!*”

Es noche cerrada cuando le dan aviso a Dario III, de la vuelta de la Princesa y en compañía de Fabrián. No sabe, el Rey, si alegrarse o llorar. Cabalga el mozo tan cerca a Esmeralda, que las grupas de los animales se rozan.

Cientos de invitados arriban al Castillo; los militares de alto rango montando en alazanes briosos; la nobleza joven del país en coches de caballos; los príncipes, de reinos vecinos en carrozas doradas; las damas; en sillas de mano; las altas jerarquías en baldaquines.

No todo son alegrías en el Castillo en fiestas. Tres corazones, aguardan yertos de temor, los caprichos del Destino: El del Príncipe, padeciendo, con repugnancia, el maldito legado, que está en su espíritu desdeñar honores y prebendas y no sabe como, sin herir los sentimientos de la que es y fue madre tierna. El de la Reina Madre, abrazado por las penas que adivina en el alma noble del hijo amado, y el del Rey, que siente el regurgitar de cristales, cuando intenta disuadir a la Princesa del acompañante escogido, explicándole la clase de sujeto que es y de los muchos robos purgado entre rejas.

Esmeralda, le escucha con atención mientras piensa: “*¿Quién a su hijo rechazó y se llamó hombre...? ¡Es el colmo que ahora vaya a dar consejos moralistas, a aquella a la que abandonó!*”

—Fabrián es una bella persona —contesta, Esmeralda, con dulzura, sin hacer uso de su taimado carácter.

—Un ladrón, hija mía.

—Lo cual no fue óbice —apunta, la Princesa—, para que le encomendaseis mi búsqueda. Se le debe una satisfacción.

—No hubo otra alternativa.

—Ya, deberíais decir y que ninguno de los atildados caballeros, que tanto respeto os merecen, tuvieron el coraje de adentrarse en el Pantano de la Muerte y enfrentarse a una supuesta bruja de dieciséis años. No veo el porqué, *esos caballeros*, han de gozar de mis favores o preferencias. Mientras el que se juzgó la vida, anda limpiando mierdas en los establos.

—¡Son cosas de Estado! —Intenta, Dario III, poner fin a los razonamientos de su hija— ¡Y no emplees tales vocablos, en mi presencia!

—Cosas de Estado, mágico concepto, de muy malos recuerdos.

—Hija, hay un tiempo para todo.

—Se hará así, o no asistiré. Tenlo por seguro, este es mi tiempo.

—Me diste tu palabra.

—Que escogería entre los “caballeros” del Castillo, eso he hecho

—No es un caballero...

—Para mí, sí. Procurar que lo sea para vuestros amigos.

El Chambelán Mayor, mira al padre y a la hija, pensando en los agrios caminos de la desconfianza, sin saber que partido tomar, admirándose de los recursos empleados por la Princesa, intuye que nada ni nadie le hará cambiar la decisión tomada, y queriendo evitar males mayores, propone:

—En cierta manera, majestad, razón tiene vuestra hija, sin olvidar por ello que una buena acción no forma caballero. Más, comprendiendo los deseos de la Princesa podéis, majestad, nombrar al tal Fabrián, Señor de la Montería, sin ser un título nobiliario ni retribuido, le otorgaría la gracia de poder asistir a fiestas, conmemoraciones y otros eventos de la Corte, y acompañar a Su Alteza Real, en esta ocasión.

—Nadie se ofrecerá a apadrinarlo —contesta, el Rey.

—Puede que el Príncipe...

—¡Sea! —Dice, Dario III, en confianza al Chambelán Mayor.

Así es, como a Fabrián el Corsario, después de una noche de recogimiento en la Capilla del Castillo, se le ordena caballero a manos del Príncipe, sin pompa ni boato, y ante el desentusiasmo de los cortesanos.

Los problemas no han hecho más que comenzar.

Es la víspera de la fiesta.

Las seis princesas bellamente engalanadas, sin necesidad de más ni mejores adornos, se empecinan en cubrir sus insulsos cabellos con las flores del jardín de Esmeralda. Eran aquellas unas flores muy delicadas que mueren a los pocos minutos de separadas del tallo. Las princesas, encaprichadas, las reponen una y otra vez. Esmeralda las deja hacer con la esperanza de que desistan del empeño. Cuando sólo quedaban seis, se interpone en su camino, amenazante.

—Ni una más, queridas. Ni una más.

Como intentan pasar a empujones, Esmeralda la emprende a palos. Corren las princesas en busca del Rey, atolondrando el jardín con sus lamentos. No a mucho tardar vuelven, esta vez, acompañadas de soldados y una Orden Real. Esmeralda las ve llegar, calmando sus ardores, dice al Jardinero.

—No es mi intención, señor Jardinero, interponerme a los deseos de esas locas, pero, estas flores no se han hecho para adornar sus cabecitas huecas.

—Tendremos problemas, Princesa —contesta el anciano—, no cejarán en su empeño, están decididas no sólo a marchitar la alegría de las flores, también a arruinar vuestra vida. Sus corazones, no captan la verdadera naturaleza del amor. Son peligrosas; tienen poder, y la envidian. El entendimiento, para ellas, es una facultad ciega.

—Los principios morales, no se inventan, existen en la conciencia de todas ellas, de todos los seres, aunque no los hayan descubierto..., sólo tienen que ser fijados en sus entendederas.

—Nada da provecho cuando se hace sin reflexión.

—No te inquiete, amigo mío ¡tengo recursos y paciencia!

Seis soldados y seis princesas; doce fueron los que irrumpieron en el apacible jardín de Esmeralda, hollando plantas y flores.

—Entregad las flores, Alteza —dice uno de los soldados—, el Rey promete traeros, sacos de semillas del Pantano.

Cambiando de semblante, Esmeralda, se dirige a sus hermanas.

—Podrían las princesas, explicarme la razón de tal empeño.

—¡Son tan bonitas! —Contesta, Exa, en especial fea y desgarbada

—Pero, comprended que sólo quedan seis.

—Los jardines son de nuestro padre, no tenemos porque darte explicaciones ¡aquí no hay nada tuyo ¡bruja asquerosa!

Los verdes ojos, despiden brillos diamanticos.

—Bien, como gustéis —contesta, Esmeralda, luciendo la más humilde de las sonrisas, y dice a los soldados—, contad a mi padre que he acatado sus deseos. Podéis ir tranquilos.

—Gracias, Alteza —suspira, tranquilizado, el capitán, del pequeño destacamento.

—Pues claro, ¡intrusa! —Explota, en celos la segunda.

Cuando la soldadesca vuelve grupas, Esmeralda como si descubriera de nuevo a sus hermanas, pregunta:

—¿Os gustaría ser tan bellas como mis flores —parece de tierna, una paloma torcaz—, queridas hermanas?

—¡¡Síííí!! —Contestan, las seis, a coro.

—¡Qué así sea!

Dicho y echo, las seis princesas quedarán por los siglos transformada en flores. El Jardinero Mayor, testigo del hechizo, se santigua asustado.

—¡Es cosa de brujería, nos quemarán vivos! ¡Devolved el ser, a vuestras hermanas!

—Ni lo pienses, Jardinero, ni lo pienses.

—¡Dios ampárame! —Reza, el Jardinero, en viendo que la Princesa, se aleja tan feliz.

Esmeralda en el Castillo

Esmeralda, baila en brazos de Fabrián, se la ve tan bella. Esmeralda, resplandece bajo las luces del salón. Alisada la melena, por las manos sabias del Peluquero Mayor, le llega hasta la orla del vestido en oleadas, prestando a los más de mil espejos que reflejan sus figura, un encendido fulgor a cobre viejo. Los imposibles ojazos verdemontaña, compiten con las gemas de la diadema principesca, animando las esperanzas de amores encendidos, en todos los invitados.

No le pasan desapercibidas, al Rey, las miradas de pasión de príncipes y caballeros. Admirado de semejante metamorfosis, habla y habla, orgulloso, con el Chambelán Mayor, ponderando la belleza de la benjamina.

Esmeralda, luce como una diosa, en esta noche que nace vieja.

Para sorpresa de todos, el Señor Conde Duque de Olot, suplica al Soberano, que le conceda un baile con la princesa Esmeralda. El Duque posee más tierras, tesoros, poder y viejo abolengo que la Corona. El Conde Duque de Olot, es un excelente partido.

—Encantado, caballero —contesta complacido, el Rey, como si se tratara de su propio baile.

Sólo la Reina Madre, mira a la hija recuperada, indiferente. Ella recuerda una niñita llorosa, en ningún momento su mente enferma, la relaciona con aquella extraña criatura que sólo logra asustarla. Cruzando las manos sobre su corazón vacío, lívida de muerte, sale del Salón del Trono. Dice al pasar junto al Chambelán Mayor:

—De manos de esa mujer, se cumplirá la profecía de Omar.

El Galeno Real, maldiciendo la propia suerte, la sigue. La Reina, tiene la virtud de sufrir sus crisis en los momentos más inoportunos.

A las dos de la madrugada, el Rey, pregunta por sus otras hijas. Nadie sabe nada. Salen en su busca; primero los pajes; después los mayordomos, para terminar enviando a todos los soldados disponibles. No queda lugar, en el Reino, sin recorrer mil veces.

De las princesas ni rastro.

Se suspende la fiesta. Los invitados vuelven a sus hogares, comentando el extraño caso. El pueblo recuerda a Omar y tiembla como una sola persona. Para nadie ha pasado desapercibido el percance de las flores. Aunque sí, inadvertido el funesto final. El recuerdo de tal hecho, toma en el corazón de Dario III., tintes de terrorífica desconfianza. “*¿Y si Esmeralda ha intentado vengarse de sus hermanas?*”

Sin cuestionárselo, ni tomar consejo sobre ello, se acerca a Esmeralda, que está en charla animada con un Duque, acaramelado y gentil.

—Hija, siento hacerte semejante pregunta: ¿Has tenido parte en la desaparición de tus hermanas..., se trata de una broma, verdad?

—Tened la seguridad, majestad, que las princesas están en donde escogieron estar. ¿Cómo os atrevéis a recriminarme de esta manera y en presencia de nuestro invitado? —Contesta, Esmeralda, con furioso dolor reflejado en las pupilas

—¡Es mi deber! —Responde desabrido, el monarca, en recordando con miedos atávicos los vaticinios de Omar—, si no te molesta tendrás que contestar a mi pregunta.

—Pues me molesta, para conmigo, olvidáis vuestro deber con harta frecuencia, padre.

—No te permitiré... —comienza a decir, Dario.

Hay momentos que se eternizan. Los ojos de Esmeralda son pozos sombríos. La desconfianza, del padre, madura en su corazón una infortunada idea de venganza.

—De querer recuperarlas, sí que vais a permitir; primero mi boda con Fabrián; después abdicaréis. Si no me engaño, prometisteis mi mano al hombre que tuviera el valor de rescatarme del Pantano de la Muerte, junto a la sucesión al trono —dirigiéndose al sorprendido señor de Olot, sin dudar en que tomará partido a su favor, añade—. ¿Verdad Duque?

—Sí, alteza, lo es —contesta este con el corazón roto.

Hace su aparición la Reina, que mira furiosa al esposo y lanzando gritos terribles, desvaría hasta la idiotez más profunda.

—¡¡La culpa es del Corsario!! —Berrea, loca de la vida.

Fabrián, sale a escena confuso y asustado. Temiéndose una mala jugarreta del Destino, exclama traidor:

—¡Yo no deseo tal cosa! ¡Jamás pensé en desposar a Su Alteza!

El Conde Duque de Olot, mira al corsario con una ceja en alto, demostrando sin palabras, el desprecio que le merece la cobarde actitud del recién armado caballero. Desafiándole con el acero de sus ojos, al fin dice, con voz ronca:

—Hay valientes en tiempo de paz, y cobardes en tiempos de guerra. Para ti el deber y el amor puede que sean juegos de taberna. Tendrás que dar cumplidas explicaciones en el campo del honor. Escoge arma —diciendo esto le arroja un guante con sumo desprecio, al rostro.

Esmeralda, refulge desprecio al contestar sin mirarlo:

—¿Quién te ha pedido opinión, mi amado Fabrián? Y, señor de Olot, no puede ofender quien quiere, mande a un lacayo recoger ese guante. Fabrián ha perdido todas sus prerrogativas de caballero, y serán los criados quienes le arrojen del Castillo, después de propinarle una paliza —insiste, Esmeralda, en viendo el furor incontenible en las pupilas del Conde Duque—, por favor, señor...

Interviene, inesperadamente, el Príncipe, que nadie viera ni echara en falta, en el festejo.

—Es a mí a quien corresponde, cuidar del honor de Su Altera. Gracias, señor de Olot —diciendo esto, el gallardo joven se inclina y sin ningún rubor recoge y entrega el guante a su dueño. Ante la expectación general, da una tanda de mandobles en las posaderas, del malandrín, con la espada envainada, al tiempo que le arrea hasta la salida del Salón del Trono, donde le esperan dos caballeros del séquito del Príncipe que le arrojan a empujones del Castillo.

Ni resuella, Fabrián, ante el bochornoso trato, que maestría tiene para tumbar a los dos adversarios. No es que sea cobarde, el mozo, sí precavido, que su profesión no es la de cortesano. Los grandes problemas en la vida de Fabrián, tiene sus raíces en la concreción que posee del sí mismo y de su mundo. A sí, es que da media vuelta y se encamina a las cuerdas, entra a las dependencias del servicio, coge su bolsa de oro, el laúd y un ato de ropa, vuelve a las cuerdas y ensilla su hermoso alazán, bayo. Monta sin tristura y sale de la vida presente de Esmeralda, por las puertas del deshonor.

Mientras tanto, Esmeralda, está abrazando a su hermano del alma con gran contento. Sabe, la bruja, que la personalidad es la ratio de cada ser, y ahí está la

singularidad del muchacho que tiene entre sus brazos, no en la nobleza “por generación”. Dice Esmeralda a su padre:

—Padre, prometisteis abdicar, hacerlo a favor del Príncipe Dario, mi hermano. Él se ofreció en ir en mi busca, al menos cumpliréis con parte de vuestra palabra...

Dario III, parece tocado por el mal de muchos.

—Jamás consentiré que una bruja y un bastardo, rijan los destinos de mi pueblo. Daría media vida por reparar el daño que te ocasioné en el pasado. Te quiero, hija. Pero, lo hecho, hecho está. El esposo de la mayor de mis hijas será el regente, a mi muerte, hasta que tengan sucesión. En su defecto la siguiente... ¡Nunca tú, ni el bastardo!

—¿Que me amáis aseguráis...? —Los ojos verdemontaña, han perdido todo su esplendor— ¡Cualquiera de los bichejos del parque, me quiere cien veces, más que vos!

—No digas eso, Esmeralda...

El Rey, no sabe como salir del trance. Las palabras de Esmeralda pesan en la conciencia de todos. El Conde Duque de Olot, con una cortés reverencia se despide, avergonzado por la situación del Príncipe Dario, que se ha retirado discretamente, con lagrimas en los ojos. Mientras que Maese Bufón, intenta despistarse, no encuentra palabras que sirvan de sal y pimienta a la situación.

—¡Señor, es triste no saberse amada! —Murmura, Esmeralda, con humildad engañosa.

—Si al menos ocupara en tu corazón, el lugar de uno de esos bichejos que tanto adoras... —responde, el Rey, reconciliador—, ¡todos felices! ¿Y ahora dirás, que has hecho de mis hijas?

—¿En verdad, os haría, feliz, ocupar el lugar de unos de esos animalitos a los que llamáis, *mis bichejos*?

—Sí, hija mía, claro que sí.

—Majestad —interviene, el Chambelán Mayor, asustado—, no ahondéis en el pozo de vuestro desamor. Dejad las cosas tal como están. No hay evidencias de que Esmeralda sea la culpable. Quizá, se resuelva solo, este desgraciado asusto. ¡No respondáis!

—¿Y bien, padre? —insiste, Esmeralda.

El Rey, respira satisfecho ante la aparente venida a razón de la Princesa, sin prestar atención a las palabras del Chambelán Mayor, y sin ningún tipo de reflexión, baja la frente al suelo queriendo ocultar la sequedad de su semblante, repite desabrido:

—Pues claro, hija mía ¡sin dudarlo! Y ahora, por favor, devolvernos a nuestras princesas.

—¿Estáis seguro; vos y toda la corte? —Insiste, Esmeralda.

—¡Majestad! —El Chambelán Mayor, abarrunta inusitados peligros—, ¡No contestéis... es, es una trampa!

El Rey, relincha, como fustigado por mil látigos, y añade dominando a duras penas un furioso rencor que deja aterrados a los presentes.

—Sí, Princesa, claro que sí. ¡Y ahora bruja maldita devuélveme a mis hijas!

—¡Qué así sea!

Esmeralda vuelve al Pantano de la Muerte sin mirar atrás. Acompañada va, de su hermano el Príncipe *Repudiado* y el Jardinero Mayor con su esposa.

Cuentan las crónicas de la época:

Más de cien plantas les seguían en gallardo solmenar.

El Juicio de Dios

Dario III, está desolado, cuando dijo “bichejo” no podía esperar lo que el Destino le tenía reservado. Se había convertido en una pulga. Las gemas de la Corona Real le sirven de Trono, y el Trono de montaña difícil de escalar, que se convierte en su mejor pasatiempo para las horas de asueto, que son muchas, en la presente situación. Enlutada tiene el almita, y el juicio a punto de perder. Las felpudas alfombras en las que nunca reparó, se han convertido en intrincados laberintos de mareantes colores.

Todo el Reino se ha reducido al diamante más pequeños del Cetro, donde pasa el día meditando sobre el caso de su metamorfosis, sin hallar remedio para aliviar el espanto. Eso sí, consolado en parte, a la vista del Mariscal de Campo, luciendo, con la gallardía de un saltamontes, espada y plumífero sombrero, y/o al Chambelán Mayor sin poder reprimirse en los giros de una mariquita coquetuela, yendo y viniendo por los encorchados de los cortinajes, sediento de venganza.

Quien lo está pasando peor es Fabrián, ha ido a parar, en su calidad de sapo a la alberca. Mendocino por naturaleza atribuye la desgracia ocurrida, a cosas tan simples; como haber pasado bajo unas escaleras, aquel aciago día; eso sí, conserva íntegra una de sus grandes virtudes, quizá la única, el don de la supervivencia. Máquina la forma y manera de remediar el entuerto. Espera con paciencia el otoño, para que el largo y pedregoso camino hasta el Castillo, le sea propicio.

Llegaron las lluvias con los primeros fríos y con ellas la esperada oportunidad. Con una mochila repleta de vitualla, no era cosa que a la vista de la Corte le abriese el apetito, emprende camino al Castillo.

Después de dos horas de saltar sin descanso, avista al centinela dormitando al sol, cabeza abajo. Se trata de una libélula. Acercase Fabrián, a menos de un centímetro y dice al aterrado insecto, escupiendo las palabras:

—Soy Fabrián, es de vital importancia que hable con Rey.

Sin parar mientes en cuán peligroso pudiera ser para la integridad del gobierno en pleno, el centinela le deja, expedito, el paso. Piensa, y piensa bien: *“No son tiempos de heroísmo, además, ¿de qué me servirá negarle la entrada con una lanza, por única arma, y esta más pequeña que una aguja de engarzas perlitas?”*

Si bien la Corte ha perdido la regia dignidad, el sapo no olvida ni una de las cortesanas costumbres. Después de cumplimentado el protocolo hasta el último detalle, explica, al Rey, el motivo de su visita, terminando por suplicar:

—Majestad, permitirme ir en busca de la princesa Esmeralda.

Un escalofrío recorre los cuerpecitos de los presentes. El Magistrado Mayor, un mosquito trompetero, en verdad escandalizado, se llega hasta las fauces del sapo, con el aguijón en ristre.

—Bien, estamos como estamos —conjura, atropellando las palabras—, seguro que la malvada Esmeralda ya inventaría algo peor.

—Majestad —insiste Fabrián—, pensar en las princesas, Esmeralda se avendrá a desencantarlas. Sólo es, que está dolida.

—¿Qué podría ayudar a las princesas? ¡Si ya se deshojaron! —El Inquisidor, ahora un escarabajo negro y repleto de grasa, está furioso.

—¡Verdad! ¡Verdad! —Corean, los presentes.

—¿Vos que decís, majestad? —Fabrián mira, al Rey, con sus ojos saltones, llenos de esperanza—, es tiempo, de recuperar el corazón de vuestra pequeña.

El Rey, se vuelve hacia el Chambelán Mayor y le pregunta en voz queda.

—¿Qué pensáis, querido amigo y sabio consejero?

—No —dice este resuelto—, nada de incursiones al Pantano. ¡Y ahora, majestad, arrojad de vuestra presencia a este maldito sapo!

Y, Dario III, dice:

—¡Fuera!

—¡Fuera! —Correa la corte.

El muy ladino Fabrián, ladeando su enorme cabezota, engulle en un segundo al Magistrado Mayor.

Ante las súplicas de Dario III, se avine a liberar con un regüeldo escandaloso, al ofendido caballero.

—Majestad —dicen un alegre, Fabrián—, no todos los sapos de vuestro Reino son cortesanos, ni todos tienen la naturaleza de hombres ¡se alimentan de insectos! Y, eso sin contar con una irrupción sorpresa de Tierras Bajas, o de Montañas Azules, que este *asunto* no va a quedar por la eternidad en secreto.

Después de unos minutos de meditarlo, el Rey, contesta:

—De acuerdo. Pero, después de consultarlo con la Hada Madrina.

Y, la Hada dijo: “Sí”. Pensando que ya habría tiempo de deshacerse de la Princesa Bruja. Es de considerar la ansiedad por recupera su ser halado, está espantosa con su aspecto de sanguijuela. Habiendo hecho el ridículo, más desastroso, al intentar el desencantamiento de ella misma y de la Corte. Arde en deseos de vengarse de la descarada, pero, tiempo habrá...

Más de mil arañas, confeccionan dos cerones sobre el lomo de un burrico manso. Un halcón muy amigo de Fabrián, de sus tiempos de halconero, lo iza hasta la montura, y *Boca Negra*, la mejor perra rastreadora, toma sendero hacia el Pantano de la Muerte conduciendo con diligencia al pollino por las bridas.

Cuando el cortejo cruza a nado el Pantano de la Muerte, el cielo hasta entonces de azul cobalto, tornase retinto, oscureciendo el bosquecillo de robles, donde Mandrágora, espera de ver aparecer a Fabrián, junto al Espino Solitario, con el cual comenta:

—Se avecindan nuevos y peores males. Esmeralda, es muy joven.

—La vida de todos nosotros, depende de ella. Esta Vida Mágica que nos diferencia del resto de los mortales. Esmeralda, es nuestra esperanza hasta el nacimiento de la Séptima Bruja.

—Mala Sombra... —murmura la planta—, lástima que el Grimorio de Isabel esté incompleto.

En estas y otras reflexiones, están cuando aparece el sapo montado en el renqueante pollino. Mandrágora, se levanta con desgana y con paso cansino se acerca al

sapo, poniendo extremo cuidado de no espantar al pollino, se hace con las bridas; *Boca Negra*, se las entrega con gran contento, reflejado en sus ojos marrones inmensamente inteligentes. Dice Mandrágora al noble animal:

—Puedes regresar al Castillo o quedarte con nosotras.

Boca Negra, ladea la cabeza con atenta expresión y contesta:

—Quiero a Esmeralda, es mi mejor, quizá, única amiga...

—Síguenos, pues.

Solucionado el futuro de *Boca Negra*, se dirige al Fabrián:

—¿De nuevo tú? —Comenta, con suavidad, al oído del sapo.

—¿Me esperabas? —Murmura, este, por decir algo.

—¿Que supones? ¡Vamos descabalgá! —Le ayuda de un sopapo, obligándole a tomar tierra, malamente. Añadiendo en referencia al burro—, no pensarás que este zopenco garrulo, cruce la senda y destroce el sembrado de margaritas.

—No... no, señora tartamudea, Fabrián, ante la inmensa corola que se balancea con malas intenciones.

—Buen trabajo —Mandrágora, observa, la obra de las arañas, admirada del delicado entramado—, siempre preocupado por tu comodidad. ¿Y dime, que te trae por El Pantano de la Muerte?

—Es asunto entre Esmeralda y yo.

—Pues tendrás que esperar los próximos mil años. Esmeralda, está muy atareada. Por una tontería no voy a molestarla.

—¿Y, si te contara?

—Hablemos.

—Es, es por el Príncipe, la Reina, está sufriendo su ausencia.

—Si el motivo de tu visita, es ese. No hay trato.

—Quizá, si os dijera ser encomienda del Rey, padece por su hija.

—Es posible que el Rey lllore, pero no por Esmeralda. Vamos, Fabrián, cuenta la verdad.

Esmeralda, que ha seguido la conversación escondida tras una mata de robles, se deja ver sonriente.

—¡Buenas tarde, amigo! —Saluda, con una gentil reverencia.

—¡Querida, princesa Esmeralda—contesta, el malandrín, con ternura, no fingida—, cuánto deseaba verte!

—¿De veras? —Esmeralda, le retira de su lado, con la punta del pie— ¡Cuidado sapo, que me estropeas las madreñas! Tres días con tres noches viajando sólo por verme, sin olvidar los peligros del Pantano, dime Fabrián: ¿Qué recompensa te espera esta vez, si consigues convencerme de volver al Castillo?

El sapo intenta, azorado, entretener su mirada lejos de la atención de la Bruja, que el genio pertinaz en la mirada, de ella, le aterra.

—El Rey, desea vuestro perdón, Princesa —dice, angustiado.

—¿Vienes, de parte del Rey?

—Por él.

—¿Portador de su bendición?

—Y de su amor...

A Mandrágora, una risa de malos augurios le alborotaba las hojas aterciopeladas. El descaro de Fabrián la enfurece, nunca se le dio muy bien entender el carácter farandulero del antiguo corsario. Piensa: "*Hombres como este no cambian, a su*

alrededor hay tendida, siempre, una trampa mortal para incautos. La atracción que parece sentir por Esmeralda, sólo puede traer complicaciones.

Esmeralda, pregunta con amabilidad:

—Si decidiera acompañarte, que garantías me ofreces. No sería de extrañar que una vez en el Castillo y los cortesanos dueños de sus fueros y cuerpos, no sólo esté en peligro mi libertad.

—Tenéis mi palabra. Y la del Rey, por supuesto.

—No me anima nada saberlo, ¡la palabra de mi padre y la tuya valiente garantía! Pero, como castigo ya es suficiente, te acompañaré —en viendo, que Fabrián, se da en brincar de contento, añade con voz desabrida—, con una condición; tú continuarás tal cual, me debo esa garantía, al menos por un tiempo.

El sapo está confuso, sus ojos saltones parecen dos ventanas abiertas a la locura. Contesta gritando:

—¡Quiero mi cuerpo!

—Quiero, quiero. Me parece, señor sapo, que no estás en condiciones de exigir. Este es mi trato, puedes irte por donde has venido.

Fabrián, como atacado por la enfermedad de la Reina, voltea la cabezota hacia el cielo casi muerto de estupor. Esmeralda, le sacude por un anca, levantándolo a un palmo de sus ojos.

—Estoy en espera de tus palabras.

—Está bien —logra articular, tembloroso—, de acuerdo.

—¡Que así sea!

Antes de su marcha, Esmeralda, no teniendo seguridad en su futuro, convierte al joven Príncipe en halcón y al Jardinero y a su esposa en robles.

—De no volver, querida Mandrágora, conservarás el Grimorio a riesgo de tu vida. Ya sabes donde está el Elixir, si tienes que usarlo, hazlo con precaución ¡aún faltan siglos para el nacimiento de Mala Sombra.

—No te preocupes, amiga mía, cuídate.

Y así, es como, Esmeralda, por segunda vez abandona el Pantano de la Muerte, cumpliendo con su destino.

El Juicio de Dios

En reparo de agravios pasados, el Rey, dona a Esmeralda los jardines que rodean el Estanque de los Nenúfares, prometiendo castigar con penas de prisión —sin importar rango— a quien, por cualquier razón, traspasara la verja de hierro sin su consentimiento. Para asegurar el cumplimiento de esta ley, dos soldados bien pertrechados, custodian día y noche el lugar. No a mucho tardar, en el jardín, crecerán hermosas plantas, adornadas de extrañas flores de los más bellos colores que nadie viera jamás, y hermosos árboles, nido de amor para aves, venidas de todo el mundo; un jardín de ensueño, para el Amor; un paraíso de tranquilidad y belleza, para almas solitarias.

Esmeralda, pasa parte de su tiempo, en las antiguas habitaciones de Omar, enfrascada en la lectura de libros esotéricos, un tesoro que el anciano en su exilio se había visto obligado a abandonar. Allí está: La colección completa de Astrología del Rey Ausurbanipan; Las Reglas de los Magos, y otros rarísimos tratados de las Ciencias de la Cábala..., conocimientos, prohibidos al pueblo, por el señor Inquisidor.

El señor Inquisidor espera, paciente, un desliz en el comportamiento de Esmeralda, para desacreditarla ante la iglesia y espoliarla de los libros incunables.

Rezando pasa los días, el señor Inquisidor, para que se encuentre entre ellos el Grimorio. El señor Inquisidor, es un hombre de repelente aspecto. Peor fortuna tiene su alma, vendida a las fuerzas del Averno. Cien mil reencarnaciones serían pocas para purificar su espíritu. Es un viejo miserable, sediento de sangre, muerto en vida por el requemor de su flaca naturaleza. El señor Inquisidor, es un verdadero peligro público.

Para desgracia de unos y suerte de otros, Dario III, ha enfermado con peligro para su vida, después de ingerir una porción considerable de malaparent camuflada de rovelló, en el guisado de buey.

Los remedios del Galeno Real, fracasan.

Se ofrece, Esmeralda, en intentar la curación de su padre. El Chambelán Mayor, arropado por el propio médico, deciden dar una *oportunidad* a la Princesa.

Esmeralda, prepara una poción con frutos del arzollo; del Alianto, con el añadido del destilado, de diez malaparent.

Dos horas después de haber ingerido el preparado, Dario III, recuperado, entra por las puertas de la vida con gran contento de corazón. Da las gracias con lágrimas en los ojos a la Princesa. Para mayor desgracia de Esmeralda, propone a la Corte:

—Esta niña es un pozo de sabiduría, es mi deseo sea nombrada, Sonadora Real. Cejos, rabia y malicia en el corazón del Galeno Real. Razonada alegría en el hueco corazón del señor Inquisidor, itinerante transgresor de hechos, que de eso va su oficio, da en decir entre sus afines.

—La princesa Esmeralda, envenenó al Rey; curándolo, después, para ganarse su respeto..., y posiblemente la sucesión a la Corona.

El Galeno Real, está de acuerdo, como no, en secundar la añagaza. El bulo toma vida propia, a no mucho tardar pierde la propiedad del autor. Está satisfecho, el señor Inquisidor, viendo arder en sus dedos la temida cerilla.

Para colmo de males, Dario III, sufre la picadura de una avispa a las que es alérgico, por propia decisión deja su cura en manos de Esmeralda. El señor Inquisidor entra en alegría loca.

Sicarios del Inquisidor, dieron en propagar que los accidentes sufridos por el Rey, se debían: no a la casualidad, y sí, a un *astro* de fatalidad, cruzado en el camino Real. Hasta los más inocentes se preguntaban, si la mala suerte no estaría rondando al Rey, en la persona de Esmeralda. Los pensamientos, de esta índole, fermentan como la cebada caliente. La levadura, en este caso, es una huésped de Esmeralda, la vieja Prímula y sus cien o más gatos. La conoció, Esmeralda, de la siguiente manera:

Una anciana zarrapastrosa, mendigaba las sobras a la puerta de las cocinas del Castillo. Esmeralda, llegó a ver como los sirvientes la escoban para hacerla huir; pero, la viejaruca se defendía a gritos, pidiendo comida para sus gatos. Sorprendida, corrió hasta el vociferante grupo.

“—¿Qué pasa? —Dijo, sofocando el alboroto con muy malos modales y peores formas.

“—¡Esta vieja bruja...! —La criadita, una chica vivaracha, titubea, viendo como los ojos, de la Princesa, se inflamaban tormentosos.

“—¿Y?

“—Siempre anda pidiendo para sus dichosos gatos —intervino la Cocinera Mayor, en ayuda de la joven sirvienta—, no tiene permiso para entrar a las cocinas. Es una mala mujer.

“—Presta andas en calumniar. ¿Y, lo de mala mujer?

“—Daña los campos..., provoca el granizo...

“—Ya. Y tú sin fincas para proteger, te importa mucho.

“—El no tener propiedades no quiere decir, ser sorda ni ciega a lo que pasa —a sabiendas de estar librando una batalla, con la Princesa continúa—, además este es mi feudo, y le doy las sobras a quien me apetece. Son brujas y gatos lo que sobran en el Castillo.

“—¡Cócora, carne de guarapa! —La apóstrofa, Esmeralda, perdiendo el control de los nervios ha profeso—, ¡más te valiera ocuparte sólo de tus ollas!

En el colmo de la desfachatez, la Cocinera Mayor, replica:

“—No faltaría más, pero recordad, Princesa, que a todo cerdo le llega su San Antón.

“—Bien —contestó, Esmeralda, con tranquilidad aparente—, por lo pronto llena el morral de la anciana y no de sobras, por esta vez. ¡Entendido!

La vieja, se vuelve airada hacia Esmeralda.

“—¿Y tú, quién demonios eres para meterte en mis asuntos?

“—Quién te puede ayudar —Esmeralda, la mira risueña.

“—¡Pido lo que tiran! —Grita, la vieja, hecha un basilisco—, ¡mis gatos pasan hambre, mientras esta desgraciada, me niega una pequeña parte de los desperdicios que hecha a sus cerdos!

“—¡Eso no es cosa que te importe! —Grita, la Cocinera

“—¡Guisas diez veces diez, lo que consume, el Rey, en su mesa!

“—Cosa resuelta, mujer —interviene, Esmeralda—, desde hoy y para siempre tendrás tu parte del *botín*.

Los gatos eran cien. Cien mininos, de todas razas y tamaños.

Esmeralda, decide tomarla bajo su protección, instalando en el jardín, una casita de madera, para ella y sus amigos, que también tiene más de mil canarios. Prímula, compensa el favor de la Princesa, ayudándola en el cuidado de los animales enfermos. Sus dotes magistrales han pasado las fronteras, su fama de curandera a dado la vuelta al mundo. Día y noche rodean, al Castillo, formando largas colas; personas y animales enfermos. El señor Inquisidor, sufre de cuartanas en viendo que Esmeralda, por una u otra razón, parece estar cada vez más lejos de sus garras. Hasta el eterno enemigo de los Darios, el Rey de Montañas Azules, ha enviado Emisarios de Manos Blancas, con la encomienda de concertar una entrevista con la joven Princesa, en teniendo gran duelo por una enfermedad incurable, de su esposa; tal hecho es una buena nueva que se oculta al pueblo, sufriende de las escaramuzas del Rey vecino. No le conviene, al señor Inquisidor, hacer un mártir de un ajusticiado, tal cosa podría acontecer si aparece, Esmeralda, como la hacedora de la paz. Lo mismo está ocurriendo con Tierras Bajas, su Astrólogo Real, ha pedido permiso a Dario III, para visitar a la Princesa, ofreciendo a cambio un alto en los combates librados en los pueblos fronterizos, que son de costumbre y entretenimientos de la nobleza de ambos países. Hay otro escollo por salvar: el Duque de Olot, enamorado sin alardes de la Princesa, que bajo pretexto de verla, le lleva a *Raudo*, caballo de fina estampa y a sus mejores perros, después de cada cacería, y esto es un día si y otro también; llegando al extremo de confiarle su propia salud.

El señor Inquisidor entiende que el Duque, es un mal enemigo, demasiado poderoso para enfrentarse con él, abiertamente. El señor Inquisidor, no puede ni celebrar los Santos Oficios, con calma, a causa del rencor que le carcome su negra alma. Miedo provoca, en el pueblo, contemplar el demacrado semblante del hombre de iglesia, sabedores a donde irán a dar tales humores.

Una noche, el desagradable hombrecillo, pare una genial idea:

—¡Cómo no se me ha corrido antes! —Grita, saltando, de contento, sobre el colchón— ¡Prímula, ella será el cabo del ovillo! ¡Machacaré a la Princesa, sin indisponerme con la nobleza, todos ellos amigos o familiares del Conde Duque de Olot! ¡Soy un genio!

Sin cuidarse de su aspecto, el cura, loco de alegría, corre en camisón, hasta las habitaciones del Galeno Real.

—¡Despierta! ¡Despierta! —Grita, hasta desgañitarse.

El Galeno, toma láudano para dormir, por lo que tarda su tiempo en despertar, de sobra para reunir a la cabecera de su cama, a medio cuerpo del servicio interior de seguridad, que miran boquiabiertos los desmanes del señor Inquisidor, brincando, como un mono de feria, del suelo a la cama de la cama al suelo. Cuando el Galeno abre los ojos está a punto de sufrir un soponcio.

—¿¡Qué... que... pa... paaaaa... sa!?

—¡Fuera todo el mundo! —Vocifera, el señor Inquisidor, soltando mandobles con una espada imaginaria.

—¡Señor Inquisidor! —exclama, el Galeno, pensando si no estará soñando.

Cuando la puerta se cierra tras los cariacontecidos sirvientes. El hombrecillo recompone la figura y se acurruca junto a la cabeza del otro, que sin poder evitarlo se aparta de un brinco.

—Tenemos que hablar —dice, sin molestarse por el rechazo.

—Tú dirás —el Galeno, ya despejado, le mira un tanto asustado.

—La amistad que une a Esmeralda con Prímula, se presta a la maledicencia, hallaremos la forma y encontraremos la manera, de azuzar al pueblo contra Prímula, de rechazo Esmeralda caerá en nuestras manos como fruta madura.

—Quiero entender..., socavando el prestigio de la Princesa....

—¡Exacto! Cosa por otra parte, que ya está medio gestada.

—No es mala idea.

—Genial, diría yo, señor mío.

—Tiene sus inconvenientes...

—Hablabamos con el Magistrado Mayor. No ha perdonado los meses sufridos como mariposa.

De acuerdo los tres hombres, elaboran el plan. Comienzan por sobornar a la Cocinera Mayor y a dos o tres mujerucas del Valle. La conspiración está por dar resultado.

Esmeralda y Prímula, en el colmo del descuido nacido de una confianza desastrosa, se han dado en cultivar hierbas medicinales, prohibidas por la iglesia. Allí crecen: la ruda servidora de los partos; la belladona, señora de las pupilas; el extramonio, caballero de los sueños..., entre otras.

La Cocinera denuncia a Prímula, de robo; apoyada en el talento del subversivo señor Inquisidor, afirma:

—La tal Prímula, gozando de privilegios otorgados por la Princesa Esmeralda, entra y sale del llagar, cuando quiere, en pretexto de buscar alimento para sus cien o más gatos, teniendo por ello mil oportunidades para manipular los platos, especiales, destinados a la mesa de sus Majestades.

A nadie parece preocuparle, que los accidentes sufridos por el Rey, hubiesen ocurrido dos meses antes del arribo de la vieja. Tres mujeres del Valle juran haber visto a Prímula recolectando setas venenosas cerca del Pantano de la Muerte. De tal forma y manera se llevan las preliminares, que Prímula es condenada antes de ser juzgada. Después de sufrir bárbara tortura, la llevan a interrogatorio público. Prímula, dislocada

de dolor, se dio en inculparse de todo y cuanto el señor Inquisidor le inducía a admitir. Sólo deseaba que la dejaran en paz, y si con ello llegaba la muerte, mejor. Confesó lo que querían oír, ante el espanto del pueblo. Buscando pruebas, les convenía en este caso, se pasó por rastrillo los jardines propiedad de Esmeralda, ante la apatía del Rey, que dio consentimiento, olvidando los derechos de la Princesa, y su palabra empeñada.

Como el Galeno Mayor esperaba, se halló; cicuta, extramonio, ruda, belladona, mandrágora, todas ellas plantas venenosas, además de tenidas por demoniacas.

No han de ser muy avispados, los demás miembros del tribunal, para dar en ver las connotaciones, de la Princesa, con tan feo asunto.

—¿Quién dudará ahora? —dice, el señor Inquisidor, al Galeno—, que, Esmeralda provocara los accidentes sufridos por el Rey ¡Antecedentes, no es lo que faltan en su hoja de vida!

—La cizaña está sembrada —contesta, el Galeno—, esperemos.

En viendo el cariz que toma el proceso, Esmeralda, decide poner medios para salvar a la desgraciada Prímula y ayudarse a sí misma. Va a la charca en busca del sapo y le dice:

—Fabrián, no consentirán las hadas que yo salga del Castillo. Cuenta a Omar lo que está ocurriendo, él sabrá que hacer.

—Lo haré, Princesa —contesta el sapo—, con una condición, me restituiréis mi ser.

—De acuerdo. Cuando tenga la respuesta de Omar.

—¿No os fiáis de mí?

—No. Mi hermano el Halcón, te transportará.

—¿Tu hermano, aún sigue en encantamiento?

—Por lo pronto, es su deseo ser rey del cielo.

Dos frutos del Alianto es lo que trae, Fabrián, de su encuentro con el Mago Pintor. Esmeralda cumple con su palabra, y le restituye forma y figura. Huye el antiguo corsario a lomos del mejor caballo de las cuadras del Rey, con una bolsa de oro que le pesan en las costillas, tanto como en la conciencia.

Grande fue el chasco, de Esmeralda, cuando los frutos se arrugan, minutos después de su entrega, hasta desaparecer, en la palma de su mano.

—¡Bien por el desgraciado! —Grita—, mi maldición te perseguirá por los siglos de los siglos. ¡*Trovador Errante*, serás! ¡Que te consumas de remordimientos, y se duplique por cien, el amor que me profesas! ¡Que así sea! ¡Y el oro que transportas, vuelva a su ser de hierro allá en el atanor donde lo fabricaron las hadas!

Esto es lo que había ocurrido: El Señor Inquisidor, a instancia de las hadas, mandó vigilar a todos los amigos de la Princesa, en especial a Fabrián. Cuando este se disponía a subir a lomos del Halcón le atraparon, llevándole a una oscura mazmorra. Después de medio aplastado en un artificio ideado para causar dolor, le dieron dos opciones:

—O, cooperas con la ley, o mueres de tal manera que tus huesos y tu carne serán una misma cosa —amenaza, el señor Inquisidor, en su locura asesina—, de cualquier manera no tendrás oportunidad de salvar a tu Princesa. Si te avienes a nuestros deseos prometemos cuidar de ti. Te cubriremos de oro.

—¡Es una cobardía! —Llora el cuitado.

—Más vale un cobarde vivo, que un valiente muerto.

Ya sabemos lo que respondió Fabrián.

En viendo Esmeralda que la oportunidad de salvar a la anciana, se había volatilizado junto a los frutos, decidió interceder con su padre.

—Consíguele un buen abogado —pide, con humildad, Esmeralda.

—De acuerdo —contesta, el Rey.

Nadie quiere encargarse del caso, y menos indisponerse con el señor Inquisidor, Suplica y llora, Esmeralda, con desconsuelo. Promete y amenaza sin resultado. El Rey, dice a Esmeralda, ni convincente ni convencido:

—No puedo obligarles, cada cual tiene sus responsabilidades y la del señor Inquisidor, junto al Juez Supremo, son las concernientes a la Justicia. Prímula, puedes estar segura de que tendrá al defensor que se merezca, ¡el diablo a quien sirve! Bien harías, en ocuparte de tus propios asuntos.

—¡Pero, padre, eso es precisamente lo que hago —dice, Esmeralda, dolida en el alma—, se trata de una trampa para involucrarme!

—¡Tonterías! Todos te respetan por tus dotes curativos; no impliques, a la Corona, en un asunto de tal cariz.

—No te dejes engañar, padre, soy el objeto y el fin de esta pantomima de juicio. Ayúdame.

—Lo siento, hija. No es esa, responsabilidad mía.

—¿Puede saberse, cuál es?

—Me refiero, Esmeralda, al asunto de Prímula.

Viendo, Esmeralda, que nada puede esperar de su padre, monta en Azrael y desaparece, tras un cúmulo de limbos, que presagian tormenta.

El fallo del Tribunal de la Santa Inquisición es publico, costumbre establecida en los procesos por brujería, tal espectáculo tiene un entramado rocambolesco entre coactivo y placentero, escenificado por el poder judicial para salir indemnes de las matanzas escalofrantes, a ojos del pueblo. Pretenden hacer creer, que el terror reflejado en los rostros de los condenados, es provocado por el remordimiento de su delito. Un temor, aseguran los hombres de Dios, que se levanta como prueba externa de su responsabilidad, en los hechos. Aseguran, que son los ajusticiados, sus propios “testigo de cargo”, obligándose a sufrir por su propia conciencia. Provocando, así, un concepto de causa creada, en la purificación de la hoguera para alcanzar el Cielo, de aquellas pobres almas. Dándole con el horrible sacrificio, el perdón, misericordioso, al espíritu del reo. Así, lo cree el pueblo, sediento de sangre ajena, que victorea a los jueces, y bendicen su *caridad* con el futuro celestial del ajusticiado..., y de paso se divierten.

Por las connotaciones, de este caso, con la Familia Real, acude tal gentío que se habilita para la vista el Salón del Trono. Dario III, preside el Tribunal Público.

Pregunta, el señor Inquisidor, si entre los presentes alguien quiere testificar en favor o en contra del reo.

Se desbordan las predicciones del señor Inquisidor. El pueblo ávido de protagonismo, desfila a cientos, jurando haber visto a Prímula *la de los Gatos*, volar acompañada de una nube de felinos. Otros afirmaron que: “*Encaramada sobre el campanario de Santa Inés, hace extraños signos, enarbolando su escoba hasta provocar el granizo, destrozando con ello las cosechas.*”

Una mujer, entre mocos y lagrimones como puños, y un mesar de la pelambrera estropajosa, que asusta, afirma:

—¡Esa, vieja bruja, ha raptado a mi bebé! ¡Le mató!

Extrañas circunstancia aquella, ya que la muy indecorosa no había parido jamás. Conclusión: Prímula. es condenada a morir quemada en la Plaza Mayor. Ya se levantan los componentes del Tribunal, para hacer cumplir la punición de muerte.

Una voz, de entre el público, se alza desafiante.

—¿Siempre, el pueblo ha de acarrear con los castigos? ¡Los delitos de esa vieja, se quedan cortos ante las maldades de la Princesa, que puso en peligro al mismo Imperio, atentando contra el Rey! ¡Ella es la instigadora! ¡Muerte a la Princesa Bruja!

—¡Muerte! ¡Muerte! ¡Muerte! —Corean, mil voces.

Después de unos minutos de desasosiego por parte de la nobleza, y claro silencio amenazante en la multitud, se deja oír la voz del señor Inquisidor.

—Ciertamente, tienen razón, propongo que Su Alteza Real, sea juzgada. Su inocencia será establecida por un Juicio de Dios.

—¡Yo la creo culpable! —Vocifera el Herrero, marido de la Cocinera Mayor—, por lo tanto me corresponde ser la parte acusatoria.

En aquel momento entra por un ventanal, la Princesa, cabalgando sobre Azrael; provoca un estremecimiento general de miedo supersticioso, hasta en el señor Inquisidor. Desmonta del felino con movimientos cautos y sin quitar la vista de los componentes del tribunal, Esmeralda, toma asiento junto a la destrozada Prímula, cubriendo el tembloroso cuerpo, en un abrazo.

En medio de un silencio expectante, el Conde Duque de Olot, se acerca con digno porte y respetuosas maneras, a la Princesa. Hincando una rodilla en tierra, se ofrece:

—Permitidme, Princesa, que ponga a vuestro servicio mi corazón y mi espada.

—Gracias, Duque —le contesta, con ternura—, de acuerdo, siempre que en el mismo duelo se juzgue a Prímula.

El Rey, considera lo justo de la petición. No teme por la vida de su hija, es más, piensa que de una vez por todas se limpiará su nombre. El Duque es la mejor espada de cien reinos. Dice:

—Es de razón. Concedido.

El señor Inquisidor, que ve fantasmas por todas parte, interviene.

—Majestad, Prímula, ha sido condenada por el Santo Tribunal...

—¡Es mi deseo! —Contesta, inflexible, el Monarca.

El pueblo está de acuerdo, celebra la decisión real con aplausos.

Se prepara, al detalle, una fiesta que promete no tener desperdicio. La Plaza de Justas rebosa en un lleno absoluto. Los niños, encaramados a los puntales de los toldos, parecen racimos de abejas, susurrantes. Un silencio palpitoso acoge al gentil caballero, que defenderá con su vida, el honor de la Princesa, y al Herrero, embrutecido jayán, vendido al señor Inquisidor por unas cuantas monedas de cobre. Caballero y villano, aquel con el empaque de un rey y arropado por diez escuderos que portan lanza y espada, y por contra la ordinaria figura del Herrero cargando él mismo con sus bártulos.

Elegantes pajes, vestidos de seda y terciopelo, conducen dos briosos corceles enjalbegados para la ocasión. Advierte, Dario III, cuando los contrincantes se arrodillan, sobre la arena, para rendirle homenaje:

—No olvidéis que el combate no es a muerte, el primero que sea derribado de su montura o tocado, será el vencido. No deseo añadir más dolor a esta desgracia. ¡Es mi voluntad!

El pueblo acoge con pateos y silbidos la decisión real, y lanza insultos a Esmeralda. Sofocado por el desacato del pueblo hacia la desgraciada Princesa, y temiendo que se torne contra él, añade:

—Y..., la de Dios.

No está muy contento el personal, esperaban divertirse con sangre y muerte. Más no había nada por hacer. Es palabra de Dios, y Dario III, lo representa en la tierra. Se disponen a pasarlo lo mejor posible, desfogándose con voceños.

Es costumbre que los acusados por brujería o herejía esperen en el lugar de martirio, dispuestos para cumplir castigo, hasta el resultado del Juicio de Dios, si

adverso se aplica en el acto; de demostrarse su inocencia, son agasajados en el mismo lugar que sufrieran afrenta, y el Estado les devuelve honor y hacienda.

Dario III, en verdad que está espantado en viendo a su hija atada al poste, junto a Prímula, sobre una pira bien dispuesta de leños resacos y rodeados de engrasadas parvas. Los ojos verdemontaña de Esmeralda clavados en su semblante, hablan a su conciencia. El horror de la tragedia que está a punto de desencadenarse, preconiza en el corazón del Rey grandes males. No puede olvidar el vaticinio de Omar. Entiende estar abandonado a su hija, por tercera vez, aunque en los profundos mares borrascosos de su consciencia, no cree en la inocencia de la Princesa. El miedo a perder el Trono es superior a cualquier otro sentimiento, no hará nada para evitar la Justa.

Dos minutos mal contados dura el duelo, ante el estupor general el caballero rueda por tierra a un empuje ridículo de la lanza del Herrero. Nadie para mientes que el señor de Olot se tambaleaba sobre su montura, segundos antes del encuentro.

¿Lo entiende así, el Rey?

¿Lo entienden los presentes?

Sí. Pero el espectáculo esperado, en todos sus horrores, ciega ojos y corazones de unos, y pinta miedos en otros. El intervenir en el veredicto den un Juicio de Dios, como poco puede costar salir de la vida, por las puertas de una muerte piadosa.

—¡Qué se cumpla la Divina Voluntad! —Suspira, el Rey, y sin ánimos para contemplar el suplicio, se retira a sus aposentos, acompañado de su alélada esposa.

El Verdugo, está entretenido en dar los últimos toques “artísticos” a la ejecución. El cielo comienza a alborotarse, como los cabellos en la cabeza de una loca. Un viento de reencuentros que conforma pequeños remolinos, lo bastante para entorpecer, los intentos del Verdugo en prender fuego a la antorcha.

Gotas de lluvia, grandes como monedas de plata, caen despaciosas, sobre la multitud de curiosos. Cambiando de táctica, el especialista en hogueras, obsta por prender directamente de la parva más cercana a las dos mujeres, empleando un puñado de hornijas y carrascos, que ha logrado hacer arder, en el hueco de sus grandes manos. Dulcemente se alegra el fuego.

Si quería espectáculo, el populacho lo va ha tener.

Los cien o más mininos, al mando de Azrael, irrumpen en la Plaza Mayor, acompañados de una estruendosa sinfonía de maullidos. En unos segundos se encaraman a la pira, sofocando con bufidos, las tímidas llamas...

El gentío ve, como el “sombrero” que cubría hasta hace unos momentos la Montaña de la Luz, se acerca a una velocidad pasmosa, los retintos limbos se encienden con miles de lostregos. El cielo retiembla. El suplicio de muerte pierde interés, la plebe comienza a desfilar, corriendo hacia sus casas. Cuando la nube deja caer toda su furia sobre la Plaza de Justas, no hay curiosos, sólo gatos resoplando; el Verdugo sin lograr su intento; los Jueces; el señor Inquisidor y las propias víctimas, sin contar al Conde Duque de Olot, que sigue desparramado sobre el empedrado, casi a los pies del Chambelán Mayor.

Se han perdido, el sentido de las apariencias.

Los gatos, se lanzan sobre el Verdugo, dejándole hecho un asquito de un puro arañazo; el hombre obsta por poner tierra de por medio. El Señor Inquisidor, encomendándose a Todos los Santos, decide por su mano, poner punto final al ajusticiamiento. Enciende, arropado por sus sicarios, una antorcha y a paso medroso —que su miedo tiene— se acerca a la pira. Agachándose, intenta introducir la cerilla por un hueco que hay entre dos troncos, justo a los pies de Esmeralda.

El Chambelán Mayor, contempla la escena, amarillo de rostro y temblón de cuerpo, a sus pies el Duque lucha por incorporarse.

Esmeralda, clava la mirada en la cabeza inclinada del señor Inquisidor, el hombre levanta la vista azorado.

—¿Señor —le dice, con dulce acento—, estáis contento?

Contesta el señor Inquisidor:

—Pues la verdad, Princesa, no. Con vuestra muerte desaparece el Elixir, sólo era mi intención mandaros a prisión, pero, ya veis.

—Os dio Omar, del *Elixir de la Vida Eterna*. ¿Verdad?

—Sí.

—A cambio de qué.

—De su vida. Princesa, no intentéis alargar el tiempo.

—Tengo para vos, si nos ayudáis a salir con bien, el doble de aquella cantidad.

Los ojos del Inquisidor, bizquean de puro nervio.

—No está en mí, el Tribunal de la Santa Inquisición, ha hablado.

—Bastaría con desear firmemente, en nombre de todos, tornar al pasado.

—De acuerdo.

—Decid. Sí, quiero.

—Sí, quiero.

—¿Qué así sea!

—¡No contestes! —Grita, el Chambelán Mayor.

Tarde.

La transformación es tan rápida que de estar presente, el pueblo, ni lo hubiese notado.

—¡Gracias a Dios! —Suspira, el señor Conde Duque de Olot, aún anubilado, desatando con mano temblorosa a las dos mujeres—. Perdonarme, alteza —suplica el caballero, avergonzado—, no sé que ha podido suceder...

—No os preocupéis, vuestro paje os drogó. Todo está resuelto. Ahora os necesito más que nunca, señor Duque, ¿puedo contar con vos?

—Soy vuestro, disponed.

—No os opondréis a que el rey Atiene de Tierras Bajas, gobierne Tierras Rassas, en mi nombre. De esta manera evitaremos una guerra. Mi primo no tendrá nada que hacer si vos estáis de mi parte.

—¡Oh! Princesa, nos hemos batido en cien ocasiones, es mi enemigo natural.

—Honor, familia, amigos y hacienda os será respetados. Nada cambiará en este País, vos procuraréis que así sea. Además, Duque, adoptaréis al muchacho robado por mis padres, al príncipe Dario, procurar que conserve los honores, atributos y el tratamiento de Alteza Real. En las antiguas dependencias de Omar, encontraréis diamantes suficientes para comprarle mil principados, y reforzar vuestro ejercito, por si fuera de necesidad.

—Os lo prometo, Princesa, contad con mi lealtad.

—Gracias, Duque, siempre estarás en mi corazón.

—¿Pensareis, alguna vez en este rendido corazón, Princesa, tan rendido como fiel? —Casi ruega, el señor Conde Duque de Olot.

Esmeralda, le besa sobre los párpados con infinita dulzura.

—Si pudiese amar y no perder mis poderes..., que ni siquiera me pertenecen, seriais el escogido de mi corazón. Os deseo infinita felicidad.

La estirpe de los Darios toca a su fin. La venganza de Omar, queda cumplida.

Esmeralda y Prímula, con su séquito de gatos abandona el país de Tierra Rassas, que durante los siglos venideros se conocerá como *El Reino Encantado*.

La Casa de los Yacud

Mandrágora le espera en el limen del pueblo, hace camino junto a Esmeralda, con las hojas alicaídas, exprimiendo sus pensamientos, como la yuca en el cibecán, el zumillo que destila es más venenoso que el yale. Dice, en viendo el estado que se encuentra la anciana.

—¡Es para volver y aplastar como a pulgas, al Gobierno en pleno!

—Es tiempo de olvidar, Prímula, sanará bajo nuestros cuidados.

—El *Trovador Errante*, sabe como encontrarnos —barrunta Mandrágora, al tiempo que acuna entre sus raíces a un gato recién nacido—, ya embaucará a alguien para lograr su ayuda, no es de los que se amachinan ante las dificultades.

—Nos quedaremos en esta parte del Pantano de la Muerte, el tiempo necesario para recoger el Grimorio y desencantar a mi hermano, al Jardinero y a su esposa, el Conde Duque de Olot les protegerá hasta la muerte. Nuestro paradero será un secreto, para todos.

—¿Dónde iremos?

—A Tierras Bajas. El rey Atiene nos dará cobijo.

—¿El enemigo más acérrimo de tu padre? ¿Qué me dices?

—Precisamente, por ello estará feliz de ganar esta batalla sin sangre..., su esposa es estéril... ya me entiendes.

—¿Quieres decir? —La planta, no quiere entender, nada de nada.

—Pues lo que estás pensando, Mandrágora, el rey Atiene es noble de espíritu y de corazón generoso, administrará el *Reino Encantado*, con benevolencia. Ha prometido respetar el Castillo y a sus habitantes, a cambio nos cederá el bosque del Pantano de la Muerte, que linda con el de Tierras Raras.

—¿Y cuándo, si puede saberse, has hecho tan sorprendente trato?

—Cuando el proceso de Prímula. No podía contar con la avocación de mi padre, sabía muy bien que terminaríamos siendo víctimas del señor Inquisidor.

—Entonces el Duque...

—Ideal para un tránsito pacífico.

Después de unos segundos de silencio pregunta la planta:

—¿Herederero o heredera?

—Mellizos.

—¡Qué bien, y yo sufriendo! ¿Y por qué en Tierras Bajas?

—Es la única manera de que el Pantano de la Muerte; el Lago pequeño y la *Fuente de la Salamandra*, se aúnan bajo nuestro feudo.

—¿Te lo ha prometido Atiene?

—Sellado y firmado, por él y su Corte.

—Pierden diez kilómetros...

—Una franja de tierra, sin valor para ellos. Además de una bolsa de frutos del Alianto al nacimiento de los niños, por las hadas. Yo he prometido no bajar al Valle jamás.

—¡Frutos del Alianto! ¡Tú sueñas!

—Se los he prometido a Omar, en pago de su ayuda con los gatos.

—Las Hadas Madrinas, no lo consentirán.

—Pues morirán los príncipes, en sus años mozos.

—

Lenio y Yacud, son tan diferentes en forma y carácter que ni parecen mellizos. Lenio fuerte y nervioso, dado a las artes del guerrero. Yacud delicado; de sentimientos febriles y poéticos dones. Con el beneplácito de sus consejeros, el rey Atiene I, decide nombrar heredero a Lenio. Los hermanos se quieren de corazón, no empaña para nada su tierna relación, las preferencias del padre.

Los dos reinos, de Atiene I, son ricos en tierras de labranza y en el comercio de lanas. El pueblo vive tranquilo sin el peso de grandes impuestos. Está abolida la esclavitud, y cuenta con un Consejo de Ancianos, nombrados en libre y pública votación. Hace veinte años que el *Reino Encantado* prospera bajo el gobierno del virrey Anaón y su esposa Bella, hermana de Atiene I, aun siendo un pueblo vasallo, goza de los mismos privilegios de Tierras Bajas. El señor Conde Duque de Olot supervisa el cumplimiento de leyes y prerrogativas nuevas, o en cambio de serlas, con pupila de avaro.

Una tarde:

Los príncipes pasean por el Parque Real, en espera de que *el Baile de Presentación*, de comienzo. Yacud confiesa, a su hermano, de los sueños que le

atormentan desde hace mucho tiempo, referentes a la bruja que vive en el Pantano de la Muerte.

—Se me presenta como una joven muy bella; de ojos verdes como la menta, y cabello largo de noche lunar; cuerpo gentil, un sueño maravilloso. Una visión de rayo amoroso que embriaga mis sentidos.

—Los sueños, sueños son.

—¿Tú crees —pregunta, Yacud—, que una bruja tiene que ser por naturaleza fea y mala?

—Nunca se dijo, que a un rostro mal dotado le acompañe un alma bondadosa.

—Maese Bufón es un esperpento y su corazón es tierno como un cordero.

—Lo sé —contesta, Lenio, con voz de añoranza—, pero, en el caso de la bruja del Pantano se cumple el dicho. Se llama Esmeralda y es fea, tanto como quieras imaginar.

—¿Cómo lo sabes?

—Es, lo que se cuenta —los ojos, de Lenio, están llenos de un hálito de nostalgia.

—Quisiera visitar el Pantano de la Muerte, y verla.

El Pantano de la Muerte, es propiedad de la princesa Esmeralda, nuestro padre se lo cedió. Recuerda que tenemos prohibido cruzar sus límites, tanto por Tierras Rasas como por aquí.

—Entonces es cierto, que existe un pacto entre padre y ella.

—Son cosas del pasado, quizá, a razón de la conquista del *Reino Encantado*. La bruja es una de las hijas de Dario III, —contesta Lenio con voz insegura—, se comenta que resultó culpable en un Juicio de Dios, amañado por el Inquisidor y el Galeno Real. Sea lo que sea, esa mujer es muy peligrosa. Piensa, hermano, que lo ocurrido a su país es obra de ella ¡desapareció toda la familia real junto al gobierno! Sólo anda por el mundo un hermanastro tan peligroso como ella, del que nadie viera cuerpo ni sombra.

—¿Cómo es que sabes tanto de esa historia?

—Ni sé cuando la escuché, quizá fuera en boca de un criado. Son tantos los agravios de esa mujer, a su pueblo, que hacen exculpar a los tiranos más irresponsables.

—Quiero hablar más sobre ello.

—Es cuanto sé. De veras.

—Le preguntaré a padre —dice Yacud amohinado.

—¡Ni se te ocurra!

Lenio, ha desobedecido, las órdenes expresas del Rey, en cuanto no pisar las tierras que rodean el Pantano de la Muerte; habíale dicho: “*Es de razón, que conozcas todos los secretos de los dos Reinos, para así poder defender tus derechos y los del pueblo, pero cuida de inquietar el alma de tu hermano, con historias extravagantes.*”

—¡Has estado allí, y presiento que has visto a la bruja! —Está diciendo Yacud.

—Crees mal —contesta, Lenio, con un desenfado que no siente.

—Encontraré la manera de que padre me explique la verdad.

Después de una pausa, empleada en disponer el relato lo menos interesante posible, sabe que Yacud no cejará en su empeño, dice:

—Esta bien. Hace tiempo al volver de una cacería, nos perdimos el paje Tristán y yo. Sin saber como, llegamos hasta los robles que rodean el Pantano de la Muerte. Ella estaba allí, recolectando unas plantas. Suponiendo que fuera la bruja.

—¿Cómo es?

—No sé que decir; una mujeruca de cuarenta años, o más.

—¡No te creo! —Los ojos azules, del príncipe Yacud, relucen inquietos—, te delata el rubor de tus mejillas. Estoy seguro que has padecido del mismo mal que barruntas en mí, tan sólo quieres consolar mis afanes, como una madre lo hace con los

caprichos de un niño díscolo. ¿Si no me haces partícipe de tus secretos, cómo quieres que confíe?

—¿Qué, quieres saber? —Lenio, cree ver un atisbo de enojo en las pupilas de su hermano—, vamos Yacud, no te enfadarás por tal pequeñez. Es mi deber estar atento a la salud de tu cuerpo y a la tranquilidad de tu espíritu. Si en verdad me quieres no debes obligarme, con tus ruegos y velados reproches, a decir algo que pueda dañarte.

—¿Tan sólo piensas ser mi compañero en las alegrías? No olvides, hermano, que tienes mi misma edad, minutos más, por muy reinable que te consideres.

Lenio, sin apartar la mirada del limen del sendero, que va a dar al bosque del Pantano de la Muerte, contesta:

—Es todo. No podría contarte nada más, ni queriendo.

—No te creo. Pienso indagar por mi cuenta.

Se miden con la mirada, uno calibrando hasta donde puede llegar la curiosidad del otro, y el otro hasta cuando aquel, aguantará sin tratar el tema, con el Rey.

La resolución en los ojos de Yacud, hace ceder a Lenio.

—¿Si te cuento lo que vi, cejaras en el empeño...?

—Subestimas mi valor, hermano —contesta, Yacud, medio en broma—, no me pidas que haga promesas antes de conocer los riesgos, que según tú, he de sufrir.

Lenio, entiende demasiado bien de la curiosidad de Yacud. Un terror a desgracia anunciada le atrapaba el corazón. Más que intuir, sabe que su hermano está en peligro, como si un mal perverso no pensara apiadarse de su alma, como si la ligereza del viento, trajera del Pantano, un largo canto a desgracias y muerte. El temor decide por él, piensa: *Mejor es referirle la verdad; más benévolo será para su alma, que acercarse a la identidad de la Bruja a deshora, entrando con escabroso brío, en su vida, como yo mismo hiciera.* Cuenta:

—Cuando padre me explicó, como la princesa Esmeralda había encantado a toda la corte de Tierras Raras, con Reyes incluidos, sentí la desgraciada curiosidad de conocer a tal portento de mujer. Sin más escolta que Tristán, salí al bosque so pretexto de una pequeña batida en busca del faisán. Pronto nos encontramos... —continúa, Lenio mientras se acomoda y observa con inquietud la mirada de ansiedad en los ojos de Yacud—, en las inmediaciones del Pantano...

—Te tomas tu tiempo, diría que estás tembloroso, quizá, inventándote una pantomima tipo Maese Bufón —le interrumpe, Yacud.

Abstraído en sus pensamientos, Lenio, sin para mientes en las palabras del hermano. Sus ojos negros relucen, asombrados de los recuerdos. Parece perdido, sin poder contar con el ingenio suficiente para reemplazar los hechos por una historia de suavizada. La delicadeza de mil generaciones de príncipes, hace repentino hielo en sus labios la mentira, pensada. Desplegando el alma como en un cántico de amor, continua:

—... he pensado muchas veces en los primeros minutos pasados en aquel lugar, nada en él lo diferencia de otros bosques, tan frondosos y repletos de belleza de nuestras tierras, pero, había algo... algo que discrepaba en el paisaje, pareciendo tener luz propia, como si el resplandor del sol entre los árboles no viniese del cielo, mientras que las redondeces de las esponjosas glebas, diría que estaban dotadas de vida humana. O, aquel tangible murmurio de las frondas... El bosque estaba como cubierto por un estruendo silencioso. Me sentí obligando aceptar como real, aquello que sólo podía captar a través de las más incorpóreas sensaciones. Quizá, la realidad de la no-existencia. Mi espíritu quedó a la deriva sin voluntad, dentro en los más profundos pensamientos de otra persona... Un cántico de impecables notas, resbalaba como perlas sobre las aguas de una fuente. Los versos de la canción eran:

*Cuatro surtidores tiene
de los cuatro brota el agua
con un murmullo de risas
o de llantos que se apanan.
Del primero el honor;
del segundo la templanza;
del tercero la amistad;
del cuarto vuestra amada*

El canto se perdió entre las frondas; en el hálito del viento junto a la fuente, diríase que en la propia configuración del espacio. En ese momento la mata de robles se abrió y dejó ver la superficie del Pantano, con un dicroísmo asombroso, ya que para Tristán sus aguas eran negras, o casi, y para mí de un celeste subido. Ante mis ojos se abrió la superficie en un tajo impresionante. Allá, en fondo, entre enramajes del acanto y de pilistras gigantes, surgió la figura de una mujer de extrema belleza. Supuse que era a ella a quien debía pertenecer la asombrosa voz. Sus ojos lunares, me observaban mitad apacibles, mitad borrascosos. Me dio en pensar, que hacía esfuerzos para controlar el disgusto ante nuestra intromisión. Con delicadeza le pedí disculpas, asegurando se debía a un descuido, por nuestra parte. Sin contestar palabra me indicó que la siguiera. Así lo hice, Tristán nos acompañaba con la benevolencia de un sonámbulo. Después, de un largo caminar fuimos a dar a las puertas de una casita retinta de pintura amarilla. Aquellos colores, pensé, deberían verse desde cualquier punto de las escabrosas montañas. Como si leyera mis pensamientos, dijo:

“—¡Sólo, y cuando yo lo quiero, saldrá un visitante indeseado a salvo de mis tierras! No olvides, Lenio que lo visto y sentido son retazos de otro tiempo. Se trata de un sueño premonitorio”.

No puse en duda su aseveración. Fue una tarde completa de aconteceres extraños. Una planta muy hermosa que respondía al nombre de Mandrágora, nos hacía los honores. ¡Figúrate! dos raíces, manejando con destreza las tácticas de fina porcelana! No me cabe la menor duda que aquella tisana contenía algún alucinógeno que trastocó mis entendederas. A cambio de nuestra libertad le prometí un bolsillo del fruto del Alianto. De vuelta, en Palacio, me confesaría, Tristán, haber dudado de mi cordura, achacando tan extraño comportamiento a la maléfica influencia del lugar ¡Nunca llegó a ver a la bruja, ni a oírla! Eso es todo.

Piensa, Yacud: ¡Ni mucho menos es todo! Más por no tiranizar la consciencia de su hermano, dice en apariencia satisfecho:

—Tengo una curiosidad... ¿cómo son los frutos del Alianto?

—No lo sé. No supondrás que iba a robarle las preciadas granazones a las hadas, ¿verdad?

—Pero, querido hermano ¡tu palabra!

—Sólo pensé en salir de allí con bien. Por otra parte, ya me dirás que valor tiene la palabra dada a una bruja.

Yacud nada opina del razonamiento de su hermano, se diría que ni lo ha escuchado. Pregunta al desaire:

—¿Para qué querría los frutos?

—No tengo ni idea, seguro que para incordiar a las hadas. No dramatices, por favor, con esta historia. Tiempo habrá...

—Las estrellas me vaticinan, muerte temprana.

—El Astrólogo es un farsante, digno de peor suerte.

—Omar, si no he entendido mal, fue el que anunció el fin de los Darios, y mira.

—Sí, es cierto. Pero no olvidemos que el desastre llegó a manos de terceros, se pudo con un poco de amor haberlo evitado.

—La realidad, querido Lenio, es que se cumplió.

—Todos cooperaron. El Destino, no es inamovible.

—Hasta donde yo sé, se cumple —bisbisea Yacud.

—¿Decías?

—¡Oh! Nada, nada, cosas mías.

Para distraer los pensamientos de Yacud, Lenio se arroja vestido en el Estanque de los Lotos, ¡divina ocurrencia! Un cisne mira asombrado las brillantes chorreras cubiertas de pedrería, las picotea entre un revuelo de plumas y espuma de agua.

El Príncipe, insta a su hermano, entre carcajadas tan falsas como un espejismo, a acompañarle en el baño. Por su parte Yacud, desdeñado la curiosidad, que adivina, tras todas las celosías de Palacio, vocea al viento:

—¡Esmeraldaaaaaaaaaa!

No es espectáculo que se dé a contemplar cada día: El Príncipe Heredero, bañándose vestido de gala, en un estanque con cisnes y flores, mientras su mellizo el muy comedido Yacud, desaforándose en llamar a sabe Dios, qué damisela.

Las jóvenes invitadas, entre un revuelo de lazos, cintas, flores, tirabuzones y trenzas, correr hacia el Estanque de los Lotos. Las dueñas no ponen impedimento, que “el buen paño en el arca no se vende”.

El ambiente es dulzón de un encanto ensoñador, las damiselas prendadas de la belleza y gallardía del heredero, compiten en alegre camaradería para atraer sus atenciones. Menos Celeste la hija de Osiris, la muchacha piensa emplear otro tipo de artimañas, decidida a complacer las expectativas de su padre, un magnate de las finanzas sin cuna ni abolengos, al tiempo de satisfacer sus propios deseos y anhelos de poder. Se hará desear. Sentada en un poyo de alma de mármol blanco, dedica sus atenciones a un joven noble; muy ufano este por la distinción, ni se percata que la joven sólo tiene ojos para Lenio.

Otro personaje, ha estado escuchando, a los príncipes, sin guardarse de disimulos, Maese Bufón, las prerrogativas que disfruta, le hacen acreedor de absorbente culpa en todo lo concerniente a sus artes de husmeo, envidia y alimento de los irónicos pensamientos viperinos, dardos envenenados con los que distrae a la Corte.

Es su oficio.

Ensimismado va el Bufón, no ve y tropieza con las piernas de un soldado, fiero y mal encarado.

—¿Adónde va, su merced? —Dice, con mofa el soldado—. ¿Pensando... quizá? ¿Quién lo diría?

Ante el asombro del soldado que espera una replica mordaz, Maese Bufón se escabulle entre sus piernas, sin darle alegría a la lengua.

—Malos vientos corren —garraspea el hombre de armas.

Minutos después del encuentro con el soldado, Maese Bufón, encaramado al Trono, le cuenta al Rey con pelos y señales la conversación mantenida por sus hijos.

—Lo venia temiendo —contesta Atiene I—, reúne al Consejo de Ancianos.

Los ojos de Atiene, se anublan. Con una orla del manto real, Maese Bufón, frota los suyos que derraman abundantes lágrimas.

Son las cinco de la tarde, hora inusual en día festivo, las Campanas de la Torre de los Embajadores tocan a Pleno. Todos los Ancianos del Reino dejan sus menesteres, encaminándose a Palacio. Al Zapatero Real —ciego de nacimiento— le acompaña su hija Tania, discreta y de gran belleza. El soldado de los ojos fieros, les detiene a la entrada.

—El asunto es de muy alto secreto. Deja en mis manos el conducir a Maese Zapatero.

—¿Dónde puedo esperar? —Pregunta, la joven.

El soldado, embozando una maligna risita, le señala el Estanque de los Lotos, donde el enamorado príncipe Lenio se recrea asustando a cisnes y doncellas. Ocupa, discreta, un banco de piedra bajo un senador de rosas de pitiminí. Por inimaginada, la presencia de Lenio, pasa desapercibido para Tania, ¡cómo figurarse al Príncipe Heredero, dentro de un estanque y vestido de gala! Ni presta atención a quien cree un mozalbete de la nobleza enfangado en su entretenimiento preferido. Docenas de mariposas azules cubren las flores de un cinamomo gigante, combado sobre las aguas, que en oleadas vienen a posarse sobre las faldas y el cabello de Tania.

El Príncipe, sí ha reparado en el gentil porte de la muchacha que parece perdida en el laberinto floral, diseñado por Fum, un artista chino. El aburrimiento de Lenio a tocado filón en la persona de Tania. Ya sonríe ante la fácil presa que imagina. Haciendo chitón con el dedo índice a sus admiradoras, se acerca a pasito paso, al senador.

Sorpresa y confusión en Tania. Entretenida, como está acariciando los aterciopelados pétalos de las pequeñas rosas, no advierte al chorreante caballero, hasta tenerlo a sus pies, que con gentileza le ofrece un ramo de lotos, rojos como la sangre. Es tanto el sofoco de Tania cuando reconoce al príncipe Lenio, que a poco no está de dar con su cuerpo en las aguas, al retroceder unos pasos. Con rapidez Lenio se incorpora, y sujetándola con firmeza por la cintura, inicia unos pasos de danza, al mismísimo borde del estanque.

—¡Alteza! —Casi suplica, Tania.

—¡El mismo! —Lenio, está radiante— ¿Y vos quién sois?

—La hija de vuestro Zapatero Mayor, alteza.

—¡Oh! No querida —contesta, Lenio, deteniéndose en seco, lo que provoca en su pareja resbalar, y acomodarse mejor entre sus protectores brazos—, ¡vos sois mi princesita!

—Alteza, no os burléis.

Celeste, que en estos momentos tiene su blanca mano sobre el brazo del conde, le aprieta con furiosa violencia, obligándole a una carrera hasta el grupo que se arremolina junto a Lenio.

Hasta las aves, atienden al momento.

Ante pasmo general zarandeado por la envidia, Lenio, toma de la frente de Mirca, una Princesa Real, la diadema de rubíes colocándola en las sienes de Tania.

—¿Os faltaba esto, quizá? —Añade al oído de su pareja, y sonriendo de oreja a oreja, se dirige a Mirca—, alteza, ahora sois vos la zapatera. Es un juego.

Besa, el Príncipe, a la Mirca en la frente, para limar asperezas, al tiempo que cierra el abrazo en torno a la cintura de Tania.

Fum, coge las tijeras de podar de sobre un cisne de su simbólica selva de animales..., entrecierra los ojos, para mejor contemplar la grácil pareja, que levanta en dorados torbellinos el polvo de la tierra y el polen del cinamomo. Minutos después, ya ha plasmado el sublime momento, allí en el verde cuerpo de dos cipreses gemelos, y sabiendo del Amor el Arte, le dio vida y aliento a la esculpida pareja que serán del jardín adorno, por los siglos de los siglos, dando unas veces confianza a deudos, y otras gran pavor a traidores y enemigos.

Yacud, mira las evoluciones de su hermano con la bella muchacha, sonriente. La alegría de Lenio es contagiosa, da gozo al espíritu y una oportunidad envidiable para desaparecer sin ser advertido. Sorteando los animales verdes, Yacud, se encamina a las

caballerizas, monta a Raudo, y a galope tendido desaparece de la vista, en menos tiempo que contar se pueda.

El escudero de Lenio, Tristán, que está en las cocinas regalándose con unas copas de garnacha en compañía del Cocinero, ve a Yacud pasar del Camino Real, al límite del sendero del Pantano de la Muerte.

—¡El Príncipe Yacud, se dirige al Pantano! —Grita asustado.

Cuando el Cocinero Mayor, se asoma a la ventana ya no hay más que una estela de polvo. Los dos hombres se miran unos momentos sin saber que hacer. Decide Tristán:

—Voy en busca del caballo de Lenio, tú pon mientas tanto sobre aviso al príncipe Lenio, está en el Estanque e los Lotos, haciendo el tonto con la hija del Zapatero.

Corre, Tristán hacia el establo, el Cocinero se dirige al jardín.

Lo que empezó con una travesura, tiene visos de amoroso fin. Los jóvenes atrapados en la química del amor, no reparan en el cómico percance que sufre la Dama de compañía de Celeste. Tropieza, la fisgona, con el Cocinero Mayor, que viene corriendo al encuentro del príncipe Lenio. El pobre hombre, aturdido, la abraza con fuerza y sin soltarla se acerca a los bailarines, al tiempo que grita:

—¡Alteza, el príncipe Yacud ha partido hacia el Pantano de la Muerte, solo!

Escucha, Lenio, las palabras de Cocinero, espantado. Los latidos desbocados del corazón acezaste, amenaza con romperle el pecho. Alejando a Tania de tan comprometedor abrazo, pide con voz ronca:

—¡Mi caballo! —En viendo que Tristán, viene a su encuentro con el animal de las bridas, compone una amable sonrisa y se dirige a Tania—, ¡no me olvides princesa, cuida mientras tanto de nuestro amor!

Tania, le ve partir angustiada. Mira como desaparece por la entrada abierta como las fauces de una fiera, al mundo de lo imprevisto de la magia negra, el Príncipe va hacia el más incierto de los destinos, comiéndose su sangre, haciendo sentir a su corazón la sed de la muerte, que no hay agonía que sea amiga de la esperanza.

Mirca de un manotazo le arranca la diadema. Mientras, Celeste como si la afrenta sufrida por Mirca le doliera en el alma, le propina un tirón de las trenzas, gritando furiosa:

—¡Fuera de aquí, pordiosera!

¡Asómbrense! A todo esto, la espía que sigue en brazos del Cocinero pide, voz en grito, reparación a su honra mancillada. Así como suena. Fum, que siempre anda en soliloquios con el dios Numen y pocas veces se le ve entretenido en los mundanos entretenimientos, no puede con el retremblar de su cuerpo fundido por la risa. No hay dama, damisela, caballero o paje que conserven la ecuanimidad.

El Cocinero Mayor, descompuesto, la arroja al estanque sin que su voluntad tome parte ni arte en el hecho. Más de cien pajes se prestan a sacarla del agua, haciendo ímprobos esfuerzos por contener la risa, no lo consiguen, dejan la ardua tarea en manos de cuatro guardias de la Escolta Real, que han acudido a los gritos de auxilio de la dama, y adiestrados en el arte del disimulo logran al fin rescatarla, después de numerosos intentos fallidos, el ictus, les ha dejado faltos de fuerzas a tan afanados salvadores, que si reparar en la algazara del momento, se dirigen en formación de a tres, hacia las dependencias del Palacio, a cambiarse de uniforme..., y a desfogar de las carcajadas que amenazan con ahogarlos.

Maese Bufón, se da en tararear la cantinela:

—*¡Que se casen, que se casen!*

Es el desmadre, hasta los nenúfares cabecean sobre las aguas, estallados en risas locas. Y para desfallecer; cuando el Cocinero Mayor arrancándose el delantal de un tirón, brama:

—¡Esa bruja está ida! Antes dimito.

La “bruja” sufre el primer desmayo real, de su vida.

El jardín, antes vibrante de juvenil alegría, se corona de una plumiza soledad. Tania, recoge el ramo de lotos, los rojos pétalos parecen sangrar sobre las baldosas, con las destrozadas flores entre los brazos, vuelve al senador buscando un rincón donde intentar reponerse del ludibrio sufrido a manos de la princesa Mirca y de Celeste. Maese Bufón, es el último en abandonar el jardín, sus grandes ojos vacunos, que no dicen nada al profano en lecturas de los sentimientos, están suspendidos en la triste figura, siente en carne y alma el horrible trance por el que está pasando la joven, olvidando propios pesares hace una pirueta, que trae a los labios de la joven un rictus de esforzada alegría. Después la obsequia con un sabio consejo:

—*Se olvida un drama cambiando de escena.*

Tania, no comprende las palabras del Bufón, ni ellas calman su pesar. Que la razón se oscurece con los asuntos del corazón.

—Señor... —murmura, Tania, desprendida del presente.

—Mandaremos a Tristán, que te acompañe a casa.

Maese Bufón va pensando: “*¡Es muy capaz la endemoniada Esmeralda, de secuestrar a los dos príncipes! Obligando a Atiene a cumplir con el resto del trato, ¡vaya que sí!*”. Al pasar junto al Maese Zapatero, Presidente de la Asamblea de Ancianos, le dice sótavoz:

—Tania, está pasando por muy malos momentos, me temo que Celeste o Mirca, hagan más que mofa de ella. He dispuesto su vuelta al Valle, en compañía de Tristán, y en carroza cerrada.

Maese Zapatero, torna su noble cabeza hacia el Bufón.

—¡Estáis de chanza! ¡Tania, en carroza!

—Posiblemente, Maese Zapatero, posiblemente.

Cuando Yacud, llega al Pantano de la Muerte, el sol engalana los álamos blancos y hace resplandecer la yerba cubierta de esmeraldas líquidas. Observa extasiado, como las grisáceas aguas del Pantano, se transforman en la transparencia diáfana de un pulido espejo. La voluntad del Príncipe, desaparece arrastrado por un deseo absorbente hacia aquella puerta abierta al abismo. El caballo buza frenético en advertencia del peligro. En la otra orilla, Lenio, reconocer el relincho de Raudó. Demasiado tarde, las aguas cenagosas se han cerrado sobre caballero y caballo. Lenio, no se deja llevar por la desesperación, acaricia la cabeza de su cabalgadura y después de atarlo al tronco de un roble, por las bridas, se dirige a pie hasta la cabaña de la Bruja. Como supone, Mandrágora le espera en el recuesto del camino, allá donde los álamos se tornan negros. Sin pronunciar palabra se presta a seguirla.

Dice Lenio a la planta, ya a las puertas de la cabaña:

—No es de razón que Yacud pague por mis culpas.

—Pues claro —contesta, con sonrisa aviesa, Mandrágora—, cada cual las suyas.

Quien haya experimentado, el trance de sentirse culpable de falta de palabra, podrá comprender el dolor y la vergüenza de Lenio. Ya dentro en la penumbra de la cabaña, mucho más grande de lo que cuenta el exterior, Lenio ve a Esmeralda que sin prestarle la mínima atención, pierde el tiempo en la contemplación de un ramillete de flores silvestres. Rita, desde el hombro de la mujer, la imita derrochando el suyo en el

entretenimiento de picotear las arrancadas de brillantes y esmeraldas, sin dejar de observarle de reojo. Lenio se acerca despacio a Esmeralda.

—Bienvenido seas, Príncipe.

—Gracias, Esmeralda.

—Esmeralda, no está le contesta Rita.

Lo que parecía forma y figura de la Bruja se diluye en el espacio.

Rita, atraviesa con un ágil planeo la habitación yendo a instalarse sobre un haz de leña, olvidándose del Príncipe, con maneras ostensibles y despreocupada apariencia.

—Tiempo es de explicaciones, te encomiendo templanza —aconseja, Mandrágora.

—Pero... —Lenio, recorre con la vista la estancia—, juraría!...

—Estaba, Príncipe, estaba. Como no piensa compartir tus preocupaciones y remordimientos, se ha marchado.

—¡Vamos, Mandrágora, ya sabes lo que ocurre!

—¡Y bien que lo sé! Yacud, se ha adentrado en las aguas del Pantano de la Muerte, por propia voluntad. Esmeralda, está muy dolida contigo, no se molestará por rescatarle.

—Jamás me permitirán las hadas llegar hasta el Alianto...

Rita arroja un diamante a la cabeza de Lenio.

—¡Nuca pensantes cumplir con tu promesa! ¡Valiente caballero!

—Fue un hablar, sólo quería salir con bien del Pantano.

—Pues claro, amigo mío, pues claro —contesta, Mandrágora, con acento cansino.

—Haré cualquier cosa para ayudar a Yacud.

—Yacud, yacerá en las profundidades del lago, para siempre... salvo que estés dispuesto a cambiarte por él.

—De acuerdo —contesta Lenio.

Esmeralda, recuperado forma y figura, mira a Lenio desde muy cerca, el caballero retrocede asustado. Añade, sin darle opción a reconsiderar sus palabras.

—¡Qué así sea!

Lenio, a no ser por Mandrágora que le sujeta con las raíces, hubiese caído al suelo. Parece muerto, que la heroicidad moral del joven, en este caso, no conmueve a la Bruja.

Le transportan en volandas al Lago Pequeño. Alampagua, emerge la inmensa cabeza y contempla al joven, asustado.

—¿No estará muerto, verdad? —Pregunta, con aprensión.

—Puede sí, puede no, ya veremos —contesta, Esmeralda.

—¿Y Yacud? —Alampagua, la mira inquieto.

—Bien. En el Pantano de la Muerte, aclarando su pasado y pensando en el futuro. Dentro de unas horas el bueno del Zapatero vendrá a interceder por los príncipes, él se encargará de llevar a Lenio hasta el Palacio. Creo, que a las Hadas Madrinas se les presenta un delicado dilema por resolver. O, me proporcionan los frutos del Alianto, o, sus dos ahijados pierden la vida ¡mal asuntillo!

—¡Nunca te entregarán los frutos! —Responde, Mandrágora, mientras acaricia la frente del mozo—, no es esta, manera de cumplir con tu palabra.

—¿Qué quieres decir?

—Él cambió su vida por la del hermano...

—Su vida. No su muerte.

—No lo conseguirás.

—Está por ver. Se los debo, a Omar, y he de cumplir mi trato que para eso se hacen.

En Palacio, los Ancianos se desesperan, debatiéndose en largos coloquios sin llegar a conclusión alguna. Las circunstancias han disparado todas las predicciones. Cuando dieran cobijo a la princesa Esmeralda a cambio del *Reino Encantado* y el brebaje para la concepción de los mellizos, nadie pensó que los príncipes llegarían a ser víctimas de aquel desgraciado convenio con la Bruja. La Corte en Pleno habían prometido, de ser un varón; un zurrón lleno con los preciados frutos del Alianto, además del Lago Pequeño anclado en el Pantano de la Muerte, perteneciente a la antigua Tierras Rassas, que hace frontera con Tierras Bajas por el norte; con una cláusula de total independencia que incluye penas de muerte a quien traspasaran los límites del Pantano y del Lago Pequeño. Todo cumplimentado hasta el presente, salvo la entrega de los frutos del Alianto, las hadas se han negado a ello, reiteradamente. Recuerdan los Ancianos con disgusto, lo pactado con la Bruja, y como esta había sentenciado, por escrito al pie del documento:

Los príncipes morirán jóvenes y sin descendencia, si en el plazo de veinte años no me habéis entregado los frutos.

Se consulta con Omar, que muy regocijado, era la cantidad prometidos a él, a cambio del *trabajo* con los gatos de Prímula. Predijo:

El nacido segundo vivirá y morirá de la enfermedad de muchos y el otro en combate. Así está escrito..., de no cumplir con lo prometido.

Se pensó ajusticiar, al Mago, pero tal cosa no sería justa, porque tontería vana sería, desear que fueran las predicciones a gusto del momento. Pero, sí le desterraron, es que Omar, se obliga a ello, con comportamiento y desmanes, hasta que la elegida de su corazón no cumpla con su palabra de avenimiento. El mundo de los mortales ha descendido, para Omar, a las profundidades del abismo, sin la presencia de la muy amada Isabel, todos sus sentimientos son extremadamente menguados, mientras la soledad le es fiel compañera.

Las más encontradas emociones embargan el corazón de los Ancianos, se saben obligados a obedecer a las hadas.

Por su parte propone, la Hada Madrina:

—Ofrecer el *Reino Encantado*, a quien aprese a Esmeralda. Puede ser la solución. Aceptaron los Ancianos. Con lo cual se ofende la palabra dada, por Atiene I, de regir con justicia y por si mismo Tierras Rassas.

Se opone, el Chambelán Mayor, desea para sí el *Reino Encantado*. La recompensa es lo suficientemente atractiva, para que algún caudillo ansioso de poder, lo intente. Aconseja haciendo votos para que la propuesta de las hadas fracase.

—Jamás lograremos nada por la fuerza. Propongo una comisión de paz. Habrá un modo de llegar a un acuerdo con Esmeralda —la comedia de su vida, en lealtad al Rey, está tocando a su fin.

—Tu palabra es sabia, como siempre, querido consejero —interviene Atiene—, más... ¿quién se atreverá a ir con la encomienda, sabiendo como se sabe, que nadie ha vuelto de una incursión al bosque?

Justo lo que piensa y desea el Chambelán Mayor.

—Yo, Majestad —interviene, el Zapatero, levantándose de su escaño—, conozco la forma de llegar al Pantano de la Muerte, en una ocasión, Esmeralda, salvó a mi hija, de la mordedura de una serpiente.

Todos le contemplan admirados. El valor del ciego les alivia.

Acogiéndose a las palabras del Zapatero, dicen:

—Es la persona indicada. Parece conocer bien a la Bruja. Si ha salido una vez con vida del Pantano —comenta, uno con hipócrita camaradería—, lo conseguirá de nuevo. La suerte socorre su ceguera.

—¡Son amigos! —Dice otro usando del ardid del descrédito—. Él no lo niega.

—¡Quién mejor, pues! —Afirma un tercero.

—¡Qué duda cabe! —Ratifica un cuarto.

Atiene I, sintiendo en la conciencia que los cortesanos, incluyendo a las hadas están haciendo de su vida como Rey, un desastroso recorrido, contesta con voz que aflige la cobardía de los demás:

—Sea. Maese Zapatero, os acompañaré hasta el límite del Pantano. Sin escolta ni caballero. Que nunca sentí culpa en los ojos de mi pueblo, que vista de luto a mi Reina.

Al amanecer del día siguiente, el ciego, parte a lomos de un burrico de dulce carácter, hacia el Pantano de la Muerte, mientras Atiene lo hace en fogoso alazán sin escolta ni escudero.

En casa, Tania, gime entre los brazos de su madre.

—No llores, querida —consuela, la buena mujer, intuyendo que el dolor de su hija, no sólo se debe a la partida del padre.

—¡Ay! ¿Madre, estará muerto el Príncipe?

—No sé, hija mía, muerto o vivo has de olvidarle.

—Él me dijo: “*¡Serás mi Princesa!*”

—Querida, si te hace bien recordar sus palabras, nada te diré, más ten en cuenta: no siempre se piensa en cumplir promesas dichas en los juegos de amor ¡Son simples galanteos!

Al tercer día, al alba, cuando aún el Carro de la Aurora atrapa entre sus ruedas al Sol Naciente, está el Zapatero de regreso. Entrega al Rey, que le espera sin desmontar en el limen del sendero, el cuerpo inanimado de Lenio y la propuesta de Esmeralda.

“Un morral lleno de frutos del Alianto, por la vida de uno y la libertad del otro. Os doy una semana de plazo”

Atiene I, acomoda de través, sobre su montura el cuerpo del hijo, cubriéndole con su manto de armiño; escoltado por el ciego ponen, a pie, rumbo a Palacio, pronto les siguen una silenciosa multitud, del Rey la grey más humilde, como sombras de muerte que el castigo trajera al deshonor, de la palabra dada y no cumplida.

Entra, tras el Rey, el pueblo en tropel, a Palacio, cuando el Chambelán Mayor intenta recriminar a los Alabarderos Reales de tal estropicio, en las normas del protocolo, interviene, el Rey:

—Todo cuanto quieran, oír o hablar sobre el estado de Su Alteza real, será por mi pueblo, escuchado y oído.

Son conducidos hasta el Salón del Trono por el admirado Mayordomo Mayor, que no atina en dar acomodo a tanto invitado. Los que físicamente no pueden estar en el Salón del Trono, se les habilita, con sillas de noble madera y cojines de raso, otras estancias, además de jardines y parques de Palacio. A la masa, que no pueden escuchar de viva voz las noticias sobre el Príncipe, cien o más valederos reales, les comunican las noticias buenas o malas, unos segundos después de ser pronunciadas, y sabidas por los más afortunados.

Un latido cada diez minutos —constata, al Galeno Real—, que el Príncipe, continúe con vida es milagroso.

Sabido esto, la multitud abandona callada y sobrecogida, el Palacio y sus alrededores. Hay algo más, que les espanta, por las connotaciones que se adivinan entre

el Zapatero Real y la Bruja del Pantano de la muerte: El Zapatero, a vuelto con un extraño don: la Visión Astral.

—Gracias, amigo mio —se dirige el Rey, al Zapatero Mayor, en comprendiendo que en las hedentinas humanas, se están cosechando la envidia, para dar tiempo a que se calmen los ánimos, añade—: ir a casa, tranquilizar a vuestra esposa y volver cuando podáis. Habéis de aconsejarnos sobre mis hijos Lenio y Yacud. Os acompañará una escolta de Alabarderos Reales.

Le observan los palaciegos inquietos, envilecidos por el odio, y con el pensamiento puesto en destruir la credibilidad del Anciano. Cien miradas oscurecidas por los celos, siguen su figura, antes encorvada por la falta de tino, y ahora erguida y segura.

Cuando el entrechocar de las lanzas, de los Alabarderos, advierte que el Anciano está fuera de Palacio, un suspiro de alivio cubre en un hálito tormentoso, el Salón del Trono.

Todos quieren exponer su opinión respecto al *don* del Zapatero Mayor. Es de admirarse la poca dignidad de tantos y tan gentiles caballeros. Después de varias horas de escuchar desatinos. Atiene I, piensa si no estará gobernando un mundo de traidoras serpientes. Nada dice, nada hace para detener el torrente de las malintencionadas palabras, en dejando desfogar las pasiones se vislumbra la verdadera identidad del ser humano, y eso lo sabe el Rey.

Las Hadas, siguen negándose a entregar los frutos, es el séptimo día. El Galeno Real se acerca al Rey portador de la terrible noticia.

—Majestad, Su Alteza Real, ha muerto.

El Chambelán Mayor, con el rostro de llanto y el corazón campaneando de alegría, se ocupa de las exequias. Las campanas de la Torre de los Embajadores doblan sin reposo. El Zapatero, corre a Palacio esperando llevar una esperanza de vida a los Reyes.

—Majestad, la muerte del príncipe Lenio, es aparente —dice atropellando sus sentimientos con el dolor de los padres—, si entregan las hadas los frutos, antes de la media noche, será devuelto a la vida y Yacud liberado. ¡Obligelas, si es preciso!

—Maese Zapatero —contesta, Atiene, cansado—, deje de decir locuras, el señor Galeno Real ha certificado su muerte. Por favor, vaya a casa, los ánimos están contra vos, temo un desatino. Ya hablaremos, Maese Zapatero, ya hablaremos.

El Zapatero, comenta con su esposa:

—¿Qué puedo hacer, mujer? Las hadas jamás cederán y los príncipes desaparecerán para siempre, dejando a los dos reinos a bajo la regencia del Chambelán Mayor. Caeremos sin remisión en manos de los descendientes de Talio el *Cruel*.

—No adelantes acontecimientos. ¿Cómo no van a ceder las hadas? A mi entender es bien poco lo que se les pide, a cambio de la vida de Lenio y la libertad de Yacud. Además de ser una deuda antigua, de la Casa Real con Esmeralda.

—El fruto del Alianto es sagrado, no es tan sencillo. Según el Galeno Real, el príncipe Lenio ha muerto. Nadie piensa en el rescate de Yacud. Están preparando al pueblo para el sufragio del Heredero.

—He ido a casa de la Pruden... —duda, la mujer en decir.

—¡Malo! —El Zapatero se remueve inquieto.

—Le debemos la vida de Tania.

—A Esmeralda no lo olvides.

—No lo olvido, esposo, pero tampoco que fue por su mediación.

—Esa mujer, no tardará en caer a manos del señor Inquisidor.

—¡Pero, esposo...!

Con el corazón dolorido por las primeras penas de amor, Tania escucha a sus padres, sin levantar la vista de la labor, está cincelando los adornos de unas sandalias para Lenio. Lágrimas, de profunda congoja resbalan por las mejillas hasta la bruñida plata.

El Zapatero Real, contempla a su hija, recordando las advertencias de Maese Bufón. Se acerca a ella y con dulzura, dice:

—Haré lo imposible por rescatar al príncipe Lenio de la muerte.

Sin esperar respuesta, sale el Zapatero, de casa con el corazón dolorido. Tania, corre al encuentro de su madre, que tropezando con sus propios pensamientos, se dispone a salir, también.

—¡Madre, espera! —Tania la retiene por un brazo— ¡Por favor!

—¿Que te ocurre, muchacha? —Dice, sobresaltada por el tono, las maneras y el llanto de su hija.

—¡Madre, permíteme llevar las sandalias a Palacio!

—Bien, bien —la madre, tiene otras cosas en la cabeza—, no es para ponerse así.

—¿Puedo?

—Claro.

—Ten cuidado, madre.

—Dice, la Pruden —la madre, tiene el pensamiento lejos—, que las hadas intentan espoliar a Esmeralda de las tierras del Pantano y robarle el Grimorio, no les importa para nada la vida de los príncipes.

—¿Cómo puede decir, tal cosa y tu creerla?

La mujer, del Zapatero, queda unos momentos ensimismada. Con cariño le acaricia la cara, sonriente, prestándole ánimos.

—Esperemos sean suposiciones, las hadas no pueden tramar nada malo, verdad hijita, no está en su naturaleza.

—Verdad —responde, Tania, no sin temor de que fuese tal cosa el meollo del asunto.

—Vuelve pronto, no me gusta como nos miran los vecino.

El pueblo es, veleidoso por naturaleza.

Las ventanas se abren al paso de la muchacha, como ojos hambrientos. Tania camina con la frente orientada hacia la tierra.

Entra en la Cámara Mortuoria para calzar a Lenio, que reposa su ataúd sobre un catafalco de oro incrustado de piedras preciosas, la magnificencia del lugar no logra endulzar el angustioso momento.

Escondido entre las sombras del entrático, el señor Inquisidor, observa ceñudo, a la gentil figura de Tania.

Las llamas trémulas de cuatro velones funerarios, pintan de glaucos tonos el rostro del amado, declarando en la tersa frente la frialdad de un cuerpo abandonado por la vida.

Las luces soñolientas del atardecer, filtradas por las vidrieras de colores policromados, caen sobre el blanco moaré de la mortaja, prestándole, al sudario, la clausura del resplandor de cien gemas.

Con ternura, Tania, ata las sandalias a los fríos pies de Lenio, después, se incorpora titubeante y cubre de brillantes lotos rojos las queridas manos. Es tanto lo que llora y los sollozos son de tal desespero que las flores se marchitan y los cirios lagrimean hasta formar ríos de cera alrededor.

El Rey, no puede, por menos, de reparar en la joven, son muchas las lágrimas derramadas en presencia del Príncipe, pero ninguna tienen el desgarró de aquellas. El Soberano, se acerca a la postrada muchacha y alzándola con delicadeza, la acomoda sobre un escabel. Olvidando su propio dolor, pide al Galeno Real que la atienda, mientras que el Galeno intenta aplacar los desesperos de Tania con láudano, el Rey pregunta al Chambelán Mayor:

—¿Quién es?

—La hija del Zapatero, majestad.

—¿Conocía a mi hijo?

—Es la muchacha que bailó con el Príncipe en el Estanque de los Lotos —interviene Maese Bufón—, al parecer Su Alteza Real, le dio palabra de compromiso.

—Cuando se encuentre mejor —dice Atiene I, impresionado por el terrible dolor de la muchacha—, ordena a la Dama Mayor de la Reina, que se ocupe de ella. Es mi deseo que nos acompañe, en estos momentos de tristeza, en calidad de prometida de mi hijo.

Así, se hizo.

No es tomada la decisión del Rey, a gusto de todos.

El Chambelán Mayor está que trina, sabe a Atiene I, muy capaz de casarlos *en artículo morti*. Despotrica contra la muchacha, tildándola de oportunista. Su posible regencia al carajo.

—¡No lo consentiré! —Masculla, indignado, el Chambelán.

Las hadas, ¡ay! las hadas, en sus temores de los más recónditos y oscuros miedos, ven, en el afecto del Soberano por Tania, la mano de Esmeralda.

En fin, unos y otros por distintos motivos y razones, están contrariados con la sorprendente respuesta, del Rey, ante el dolor de la niña. Para colmar el vaso de la discordia, está tramitando la donación de uno de los numerosos Principados de Lenio, a la muchacha, con lo que si no es princesa de cuna lo será de herencia.

Pasan los días, las hadas no ceden, al atardecer del tercero después del supuesto óbito, está previsto que el pueblo rinda el último homenaje al Heredero, después se le conducirá a la Cripta Real, donde reposará para siempre. El Príncipe, conserva la lozanía que en vida tuviera, ya se habla de un milagro por el pueblo.

La Cámara Mortuoria es un hervidero silencioso. Los Grandes del Reino visten de fiesta, cumplen órdenes del Rey. Lo mismo que la nutrida representación del pueblo. Se han retirado los cirios y los lienzos negros de sobre espejos y ventanas. En un estrado alzado junto al túmulo, hay cuatro siales iguales en tamaño, color y riqueza, hasta los menos versados en asuntos de protocolo, hacen sus cábalas: dos serán ocupados por los Reyes, ¿y, los otros dos a quiénes estarían destinados? Los comentarios suben de tono cuando, Tania, ocupa lugar a la izquierda del Rey, luciendo un velo de novia de mil metros de largo; zapatos de raso; vestido de tisú cuajado de diminutas perlas grises, y sobre la tersa frente la Diadema Real. Es anunciada y presentada como Su Alteza Real la Princesa, Tania.

—Es una ofensa a la nobleza —dice, el Chambelán Mayor, a oídos del Mayordomo.

—Yo cumplo órdenes —contesta, el Mayordomo, encantado de chincar a tan encumbrados personaje—, hace menos de media hora contrajo matrimonio con Lenio, en artículo *mortís*. Es, pues, nuestra futura regente.

—¡De preclara cuna, es la muchacha! —El Chambelán Mayor está más que furioso, por el signo maldito que germina como esperta de espio, y atraviesa sin impedimentos, el linaje de su estirpe.

—La misma de todos, es sus comienzos —responde, el Mayordomo, dándole la espalda.

Cuando llega, a los Ancianos, el turno de cumplimentar a la esposa de Lenio, el Zapatero a punto está de dar con la frente en tierra, en viendo a su hija ocupando tan encumbrado lugar. Tania, abre los brazos y estrecha entre ellos a su padre.

—¿Qué ocurre? —Tartamudea, el hombre, sin entender nada de nada. Dudando de la salud de su mente.

—Que sois mi consuegro y el padre de una futura reina —contesta, el Rey, amagando una sonrisa triste—, ahora ocupad, por favor, el lugar que os corresponde en este solemne acontecimiento.

El Mayordomo, le indica el cuarto sitial.

Cuando concluye el besamanos, Atiene I, hace una señal al Zapatero y ambos abandonan la Cámara Mortuoria. Un murmullo contenido les sigue más allá de las puertas y los cortinajes. El Mayordomo despeja la sala.

La Reina, toma a Tania de la mano y dice con voz quebrada:

—Las hadas no ceden —solloza, con el mayor desconsuelo—, el Rey, mandará nuevamente, a tu padre, para suplicar una tregua.

Tania, desesperada en lo más profundo de su ser por el dolor de la Reina, y el propio sufrir, decide poner remedio que no lágrimas:

—Majestad, cuando era pequeña me perdí en la Montaña de la Luz. Sé como llegar hasta el Árbol del Alianto. Traeré los frutos que se le adeudan a Esmeralda.

—¿Harías eso por Lenio?

—Sí, majestad. Y la vida daría.

—Hablabamos con el Rey, ¡gracias, hija mía! No sé si lo conseguirás, pero gracias de todo corazón, por intentarlo.

El Rey, convoca a la corte y a las hadas. Cuenta como la princesa Tania se ha ofrecido a ir en busca de los frutos, el Hada Madrina, mira al Rey, incrédula y asustada. Sabe que un corazón puro, puede acercarse al Alianto y coger tantos frutos, como quiera.

—¡Majestad! —la hada, entre una nube de estrellas, se llega hasta el oído del Rey.

No se escuchan las palabras, pero, si se entienden los gestos disuasorios en el rostro de la hada y la tormentosa resolución en los de Atiene I, que los torna afiebrados donde su esposa hasta a Tania, y de esta a la Hada Madrina. Después de unos minutos de apesadumbrado silencio, el Rey, aparta con suavidad a su interlocutora, diciendo:

—No me importa las consecuencias, si mi hijo recupera la vida. Y advierto: aquel o aquella que obstaculice dicho viaje de cualquier forma o manera, será considerado un traidor y castigado con la máxima pena, siendo extensivo a Hadas, Magos u otros hijos del Mundo de la Magia. Cien Alabarderos Reales le darán escolta, hasta donde sea posible acompañarla. Hemos dicho.

Interviene, el Señor Inquisidor, con voz de trueno.

—¡No!

—¿Cómo os atrevéis? —Atiene I, tiembla de indignación, manda detener al insurrecto, sin miramientos a tan docta santidad.

Malo.

—Son signos evidentes de embrujamiento, lo que padecéis —logra mascullar, el señor Inquisidor, mientras le apresan—, ¡el Demonio está entre nosotros!

Atiene I, sin hacer oídos a las palabras del cura, abraza a su nuera, recomendándole prudencia y deseándole suerte en su empeño.

Al amanecer del día siguiente parte, Tania, hacia el Monte de la Luz, seguida de una cortejo de fieros guerreros y leales caballeros. El pueblo agolpado a las puertas de

Palacio, contempla en silencio tan inusitado cortejo. El Zapatero corre a casa, lleno de espanto, teme que las hadas no van a sufrir tal agravio, sin resarciste cumplidamente.

—¡Esposa! —Grita en llegando a su casa— ¡Esposa! ¿Pero, dónde estás, mujer?

—¡Calla! —Aparece, bajo la mesa, santiguándose.

—¿Qué, demonios, haces?

—¡Ni lo nombres, esposo, ni lo nombres! La Pruden, dice que: *El infierno ha vaciado su corte en el pueblo*. Cuenta que... que te buscan.

—¡Otra vez has estado perdiendo tiempo y dineros es casa!

—Hay una Bruja, no como la señá Pruden, de las de verdad, paseando en escoba por todo el Valle.

El, viento, trae a Esmeralda, hasta la puerta del Zapatero.

—¡Esmeralda! —Exclama, asustado.

Para miedo el que siente la Zapatera.

—¡La misma! —Contesta, Esmeralda, saltando de la escoba.

En verdad, no es para creérselo, pero la mujer del Zapatero cubre en unos minutos, la trocha que cruza el pueblo hasta la iglesia de San Pedro y a grito pelado le suplica al párroco, que la bendiga.

—¡En mi casa está el Maligno!

Y como siempre ocurre en casos de urgencia, de Agua Bendita no hay ni gota. Para colmo de los colmos, una planta descomunal salta al suelo, desde la pila, de delicado mármol pentélico, al suelo, riéndose a carcajadas. Dice entre canturreos:

—¡Me la bebí, me la bebí!

—¡Jesús, Jesús!

Atina a tartamudear, el sacerdote, en un arranque de nervios toma de sobre el altar una gran cruz de oro, regalo del señor Obispo y con ella en ristre, arremete contra la Zapatera y la planta. Tropieza, en el desfogar de su santo furor, con un candelabro repleto de cirios encendidos, las llamas prenden la alfombra y de esta, en unos segundos pasan a los reclinatorios, y bancos de seca madera.

El sacristán, que no reverencia a más dios que a su estómago, ni teme a más demonios que a los del hambre, ni intenta poner remedio al desaguisado, y en viendo como la mujer toma carrera hacia la calle, él hace lo mismo. Los alaridos del párroco retumban a través del campanario, alertando a los vecinos. Un grupo de hombres logran sacarlo con vida. Contará entre grandes aspavientos:

—¡El Demonio ha irrumpido en la iglesia, en forma de planta!

El Zapatero, reprocha a Esmeralda, que se regocija con el espanto de la gente:

—Mujer, cómo se te ocurre hacer gala de tus poderes, ahora.

—Me propongo amedrentar al pueblo.

—No es momento para juegos...

—Pocos tendrán el valor de seguir a Tania y menos interponerse en su camino. Sé como manejar el asunto. No temas Zapatero todo saldrá bien, al menos eso espero.

—Prometiste no bajar al Valle.

—Prefiero que me teman a que me ignoren. Son tiempos de cambios. Sigamos a la comitiva.

—¿Cómo hacerlo?

—Traga este fruto, te hará invisible, yo haré lo mismo. Sube a la escoba, que al pueblo verás con otro estilo, desde los cielos abiertos y luminosos.

Ya a las faldas de la montaña, donde medra el Alianto, Tania despide a los acompañantes y continua en solitario el pedregoso camino, que cubre el lomo del cerro

que va a dar a la agreste cima. Teme Esmeralda que las hadas —en estos momentos se cuentan a cientos—, hagan caso omiso de las advertencias de Atiene I, e intenten algo más que interponer espejismos. No es así, las hadas se repliegan hacia sus minaretes de oro, donde lloran trastocadas de furor religioso.

Tania, trepa por el noble tronco del Alianto Sagrado, sin que un rayo la funda a pesar de todos los conjuros de sus guardesas. La joven se da tiempo en escoger los frutos más apetitosos. Unos minutos largos de soportar tanto por Esmeralda, por el Zapatero Mayor, como por las hadas, los que tarda Tania en llenar el morral.

En el limen del bosque con el Pantano de la Muerte y el Valle, Esmeralda se deja ver, junto a ella el Zapatero y un Yacud pletórico de belleza y salud. Se hace el trueque. Los bondadosos ojos del joven se alegran en viendo a Tania convertida en esposa de su hermano.

La vuelta al mundo de los vivos, de Lenio, es motivo de grandes festejos. El Príncipe, reparte entre los más necesitados su guaca, haciendo votos para tardar muchos años en necesitar de tal ofrenda.

En el corazón de las hadas a nacido un sentimiento de fracaso, difícil de sobrellevar. Maquinan un diabólico plan. Cuando más alegre y concurrida se halla la celebración, una hada se acerca a Lenio y le toca en la frente con la estrella de su varita mágica, lo mismo hace otra con Yacud, ante el terror de los presentes, ambas cabezas se ensombrecen con extraños fulgores agrisados.

—¿Cómo os atrevéis? —Tiene, el Rey, la voz temblorosa.

—Majestad —Dice, el Hada Madrina, sin perder su delicado acento—, la lozanía de la que gozan los príncipes es ficticia. Es llegada la hora de contar al pueblo cómo y de qué manera, la Reina, concibió a los mellizos. Contra toda natura. Contra todo vaticinio. ¿A quién se les debe el don de sus vidas? Deberíais contar, majestad, que a la Bruja del Pantano de la Muerte, y hablar del trato que cerrasteis con ella.

Las palabras de la Hada Madrina, rayan la maldad más absoluta.

—¿Cómo es posible que el odio os arrastre a desear el desastre de vuestros ahijados! —Exclama, Maese Bufón, espantado.

—Aquel “asunto” está zanjado... —dice, el Rey, casi suplicante.

—No. No lo está, majestad —contesta ceñudo el Chambelán Mayor, mientras se limpia los grasientos labios con un pañuelo de encaje—, es vergüenza de todos haber hecho trato con la Bruja del Pantano. No se puede permitir que la tal Esmeralda se inmiscuya cuando lo deseé en el presente, ni que las hadas protectoras de nuestro pueblo sufran las consecuencias.

El consejero mira a la concurrencia y los presentes al consejero, uno calibrando el impacto de sus palabras y los demás suponiendo entender más de lo dicho; imaginan tremendos y secretos pactos de la Casa Real con Esmeralda la Bruja del Pantano de la Muerte. Los ánimos se calientan con peligro de romper el vasallaje debido a los Soberanos, con la furia de un vendaval sobre una tienda de vitre.

Los príncipes, contemplan a sus padres, sin dar paso a una sola palabra ni pábulo a pensamiento alguno. Sienten un miedo razonado, que es el peor de todos.

Maese Bufón, intenta aplacar con sus palabras los temores compartidos, hablando de milagros gentiles e inusitados, realizados por Esmeralda, hacía muchos habitantes del Reino:

—El remedio empleado, para que nuestra amada soberana concibiera a los mellizos ¡era Jalea Real! constatado por el señor Galeno. Es cierto que hubo un trato, eso todos lo sabemos. ¿Cuándo se dijo que Esmeralda no cumpliera con su parte, de no bajar al Valle? Si ha habido víctimas, culpen a la curiosidad cargada de malicia, de

quien han irrumpido en la tranquilidad de sus bosques. ¿Y, no somos nosotros los culpables por mantener a los príncipes en la ignorancia de los hechos? Y por ultimo ¿Por qué no cumplimos con nuestra parte, entregándole, al nacimiento de los muchachos, un morral de frutos del Alianto? Son las hadas con su eterna negativa las culpables. Días de sequía hemos sufrido, que no meses como los países vecinos, ¿por qué? Esmeralda puso remedio. Retiró el granizo de nuestras mieses; convirtió en lienzo verde los campos yertos..., que las hadas no lo entiendan así, es cosa que puede comprenderse, pero, y aquel al que salvó yegua y recental, en mal parto, porque no habla y dice de sus bondades.

—¡Son tus palabras, dictadas por el maligno! —Grita el Chambelán Mayor—, no es posible pasar por alto tanto injusticia hacia las hadas, majestad, espero se tome en consideración mi opinión. Sin lugar a dudas, los príncipes son ajenos a las supercherías de la Bruja. Más, como hemos comprobado, el Maligno está dentro de ellos.

—La Ley, debe ser respetada por todos —interviene, el señor Escriba, discurrendo por su cuenta y sin que nadie le pregunte—, creo que el asunto debería dejarse en manos de la Santa Inquisición.

—Bien —Atiene I, está dolorosamente sorprendido—. Señor Juez que se instruya el caso. Mientras tanto sigan todo tal cual.

—No me importa el motivo que tuvisteis para recurrir a la Bruja Esmeralda —interrumpe Lenio—, de ella sólo sé dar gracias por mi vida, a vuestro lado. Es mi deseo recordar, que los acontecimientos presentes han tenido el origen en mi estupidez, que alentó la curiosidad de Yacud. De todas maneras es justo decir, que: antes de ir al Pantano de la Muerte, mi querido hermano, tenía la piel del rostro cetrina; los labios cárdenos; su mirada ofrecía la tristeza que imprime la soledad recóndita del espíritu. En más de una ocasión tuvimos que andar cuidándole como a un niño. Las fiebres cautelosas estaban recomiéndole todos los vigos de su ser. La fuente de su juventud era escasa. Puede comprobar que se han tomado todos estos sentimientos y afecciones en músicas celestiales, que vibran, envuelven y llegan hasta el fondo de su ser como canto de fortaleza. Así como a mí, la luz de la sabiduría y el amor ha penetrado en los mares oscuros de las soledades pasadas, prestándome al corazón todo lo necesario para ser feliz. Espero que tan maravillosos cambios no sirva para nuestra condena. ¿Qué me decís del Zapatero Mayor, padre de mi amada Tania? Puedo afirmar que ve más claras las aguas del Estanque de los Lotos; más gráciles las flores del invernadero; más azules los cielos de lo que nosotros jamás logremos captar ¿Pues entonces, dónde radica la maldad de Esmeralda?

A lo que contesta el Magistrado Mayor:

—No hay duda, alteza, el mismo ardor con que intentáis exculpar a Esmeralda es digno de tenerse en cuenta. Están rebosantes vuestras palabras del poderoso influjo de la Bruja, doloroso es para mí, permitir que se os aplique un Auto de Fe. Como hacedor de las Leyes de este País, pido al Congreso que exponga sus pensamientos al respecto, con sumo cuidado por tratarse de los príncipes. ¡Dios hablará!

—¡Los príncipes quedan bajo la tutela del Santo Oficio! —Dice el Chambelán Mayor, inventándose una lágrima—, desde ahora...

El Rey, que en casos heréticos no tiene el poder absoluto, calla.

—¿No tenéis valor suficiente para ser vos, señor Magistrado, quien cargue con la miseria de tan viles acusaciones, que le dejáis la encomienda a Dios? ¡Sois un traidor! —Maese Bufón, intenta proteger con su esmirriado cuerpecillo, al Príncipe Heredero.

La situación tiene un exterior teatral y un trasfondo de histeria colectiva. Se disponen cuatro sicarios del señor Inquisidor ha aprender a los muchachos. Yacud, con

una agilidad felina que nadie le supone, coge al señor Magistrado por el gaznate y en un tris no está de ahogarlo.

Las hadas, agrupadas como estrellas en una Vía Láctea, vistas desde la Tierra, convierten en unos segundos, usando de todo su poder, en momias de piedra a los alabarderos.

Por cien o más soldados papales, son reducidos los Reyes; príncipes, Tania y su padre, Maese Bufón, y algunos incondicionales de la Casa Real.

Viendo en desamparo a la Familia Real, embriagados por las más bajas pasiones, los traidores se disponen a dar rienda suelta a sus bárbaros instintos, puñal en mano. Por fortuna el señor Juez, un anciano caballero, intuyendo toda clase de tropelías, incluso la muerte violenta de los prisioneros, alza la voz en un intento de detener el magnicidio.

—¡Que tengan un juicio justo! ¡Nos hemos de pasar a la historia como un pueblo de bárbaros! Teniendo en cuenta, además, que todos pudiéramos ser reos del mismo delito.

Ordena el Chambelán Mayor, apurando su cinismo:

—Se hizo a espaldas del pueblo, para que la fama del Rey, no sufriera detrimento alguno. Y el pueblo ha hablado. ¡Matarles!

Llegados habían a estos extremos, cuando un relámpago ilumina el cielo más allá de las vidrieras, dando forma y figura a Esmeralda, que cabalga a lomos de un enorme gato negro. Sin mayores esfuerzos, con el sólo impulso de su vuelo se rompen las aldabas y pestillos del ventanal. De un salto, el felino, se planta ante el Trono.

—Toma —dice Esmeralda, acercando un fruto del Alianto a los labios de Yacud, y así lo sigue haciendo con todos los detenidos, que van desapareciendo ante el estupor paralizante de los traidores, que se repliegan hacia un rincón como gallinas en corral ajeno.

—¡Parece que huimos! —Exclama, Lenio, maltrecho en su honor.

—Es lo que hacemos, hermano— intenta bromear, Yacud.

—No te avergüences, muchacho, es una forma como otra cualquiera de salvar el pellejo —contesta, Esmeralda—, Azrael, os servirá de transporte hacia el Pantano de la Muerte. Es hora de escarmentar a los traidores..., así está escrito.

La Bruja, se enfrenta al Escriba, dando el tapanario a las hadas. Los soldados papales están aquietados por la inutilidad del tiempo, que ancianos parecen bajo el embrujo de la Princesa.

—Tienes que redactar un escrito.

—¿Sobre qué? —Pregunta, el señor Escriba, blanco de cera.

—Decirme: ¿preferís, estar a bien conmigo o correr la suerte de tus soberanos en versión de muerte?

—A bien con vos —se rinde el Escriba.

—Será un documento refrendado con el Sello del Estado y la firma de toda la Corte, reseñado en los siguientes términos: *El Reino Encantado, será gobernado por Atiene I, hasta la mayoría de edad del príncipe Lenio. Tierras Bajas; para castigo de unos y miseria de todos, quedará en manos del Chambelán Mayor. Y vos, señor Escriba, edificareis una casa cerca del Castillo de Tierras Raras, donde vos y toda vuestra descendencia vivirán desde ahora y para siempre jamás; siendo vuestra profesión, de generación en generación, la de escribas del Reino, o Amanuenses.*

—De acuerdo —masculla, el cobarde.

—¿Me dais vuestra palabra que cumpliréis punto por punto lo aquí acordado, escrito y rubricado por todos vosotros, sin hacer más preguntas ni dar más explicaciones, por mi parte?

—Lo prometo.

—¡Que así sea!

Como, el señor Escriba, no ha prometido con moderación, tendrá la vida hipotecada por una eternidad. Los demás dignatarios de la Corte temiendo por vida y hacienda, firman sin leer el pergamino que les presenta el señor Escriba; aunque remiso también lo hace el señor Inquisidor, que hay causas perdidas por las que es inútil luchar, y esta es una de ellas, que no han quedado soldados papales, con ganas de defender a más señor o Dios, que al miedo.

Los amores de Esmeralda

Yacud, recorre los caminos desde el Castillo de Tierras Raras hasta los límites del Pantano de la Muerte, en espera de ver a Esmeralda. Lenio, le suplica que recuerde la promesa de no intervenir en la vida de la Bruja, pero, no hay nada menos razonable que un corazón enamorado. No lo está pasando mejor, Esmeralda, anda cabizbaja, su tristeza es manifiesta. Es sabido que cuando una bruja se enamora el Mundo de la Magia se toma al revés.

Alampagua, en viendo como la imagen de Esmeralda se refleja en las aguas del Lago Pequeño, exclama sobresaltando la plácida siesta de la Rana Madre.

—¡No puede ser!

—¿Decías? —Pregunta, soñolienta.

—Creo, que Esmeralda está enamorada.

—Tal cosa es imposible —de un salto se encarama a un cañizo seco que flota sobre el agua—, las brujas no pueden enamorarse. Ella toma a chirigota el amor. Recuerda a Fabrián y al Duque de Olot...

—*Em sembra* que sí, cuando un amante hace burla de tales extremos y se vanagloria de serle indiferente, viene a decir todo lo contrario y así es talmente como se comporta, Esmeralda. Tanto al amor como a la tos no se les puede amordazar

—De ser correspondida serás el primero en desaparecer, quedando sólo una oscura memoria de ti y de tantos otros hijos del Mundo Mágico. Más aun, las mandrágoras perderán la facultad del andar y hablar como los humanos, al menos eso es lo que advierten todas las consejas del mundo. Esmeralda no consentiría tal desastre.

—El amor es un sentimiento que tiene el poder de anublar los sentidos. Es una puerta cerrada a la cordura. Lo que está escrito se cumplirá.

Un día mal día, los cascos del caballo de Yacud, resuenan en todo el bosque, las plantas y hasta las montañas se arrebujan sacudidas por los presagios más desastrosos.

Por un tiempo prestó el amor, a Esmeralda, su regazo caliente, ella mira pero no ve el rostro de todos sus amigos; Alampagua como un espantajo lívido de muerte, yace en las profundidades del Lago Pequeño, abandonado a la peor de las suertes, el olvido. Para que decir de Mandrágora, que se inclina desmadejada sobre la tierra, perdido el alacre de su vida; Rita es un motivo negro de nostalgia allá en el hastial de la cabaña; Azrael le está envejeciendo su propia sombra. Todos callan y sufre en silencio, sin querer juzgar el corazón enamorado de su amiga. Sólo el Sapo Verde ríe satisfecho, no es para menos, víctima propiciatoria de todo encantamiento, no tiene punto de reposo en alancear a sus enemigos en desgracia, de palabra y obra.

—¿Qué, amiguita, con alalia tu voz? —Comenta socarrón, el Sapo Verde, canturreando alrededor de Mandrágora.

Dos años después:

Yacud y Esmeralda tienen un hijo, la noticia llega a Palacio en voz de Omar. El señor Presidente, teme que el pueblo se alce en revolución, veleidoso en política y siempre sensible ante las historias de amores desgraciados y de herederos en destierro, ya tuvieron que aplastar una revuelta cuando se supo del nacimiento del primer nieto de Atiene I, hijo de Lenio y Tania, pero este al menos tenía un reino que heredar, el de Tierras Rassas. Convoca al Senado y al Parlamento, con urgencias; de ellos sale una declaración de guerra al *Reino Encantado*, que tomado por sorpresa, capitula.

Son asesinados los mellizos, Lenio y Yacud, a manos de unos sicarios. Tania y su hijo, sufren desastrosa prisión en las mazmorras del Castillo, junto a Maese Bufón. El Chambelán Mayor, nombra regente de Tierras Rassas, a al señor Inquisidor en nombre de la iglesia, que se compromete a exorcizar el País.

Recuperados sus poderes mágicos, con la muerte del amado, Esmeralda, hace una incursión relámpago a Tierras Rassas, rescata a los Reyes a Tania a su hijo y al Bufón. Los Reyes Padres, se niegan a abandonar la sepultura de los príncipes Lenio y Yacud, Esmeralda les convierte en robles, dando a Maese Bufón forma de nudo en el tronco de Atiene I. La sombra de los gigantescos árboles darán sombra y cobijo a la sepultura de los malogrados príncipes, donde reposarán por los siglos de los siglos, en alejamiento de vivos y muertos.

El Presidente, el antiguo Chambelán Mayor de Atiene I, después de la cruenta batalla, con las manos vacías de razón y llenas de sangre, torna a Tierras Bajas.

El señor Inquisidor, no es que desdeñe el hermoso Castillo, un miedo supersticioso le atrapa la conciencia. Se hace construir una mansión, casi gemela a la del señor Escriba, unidos por un patio común que separa una cancela de hierro forjado a la altura del pecho, más bien para detener el avance de los animales.

Han pasado unos meses.

En Tierras Bajas, el señor Presidente teme una insurrección del pueblo, se habla oficiosamente un derrocamiento de su persona, a favor del hijo, del malogrado príncipe Lenio. Al Presidente, un nombre le viene a la mientes, Omar, el resentimiento del viejo le será muy útil. Comienza por levantar la orden de destierro, siguiendo por nombrarle Astrólogo Oficial.

Acepta Omar. Ha llegado al fondo de las intenciones del Presidente, sabe que intenta hacer de él un instrumento sensible a sus planes, porque en la frente del traidor siempre queda la marca de la maldición como si de una peca de carne se tratara. No se fía, pero las prestaciones ofrecidas no pueden ser más sabrosas, ni condimento más exacto para llevar a cabo el guiso que compone el plan de toda su existencia.

Admirado está, el antiguo Chambelán Mayor, con la discreta aptitud del Mago, por lo pronto nada le expone de sus deseos. Pasado un tiempo prudencial, le llama a su presencia, rodeando el encuentro de gran misterio.

Después de escucharle, Omar, con el corazón regocijado, contesta enseriando el semblante:

—Te ayudaré, con una condición..., con tres.

—Tú dirás.

—Se ha de respetar la vida de los niños y de las madres.

—¿Qué te puede importar?

—Sin esa condición no hay trato.

—De acuerdo. Tampoco soy un asesino de niños.

—¡Ya! —Contesta, el resabiado, Omar.

—¿La segunda?

—El Castillo de Tierras Rassas, será mi residencia, de todas formas es un vivero de ratas.

—¿Y la otra?

—Qué restituyas el virreinato de Tierras Rassas, a Anaón hermano de Atiene I, y a su esposa Bella.

—De acuerdo —contesta el antiguo Chambelán Mayor.

—¡Que así, sea! —Ratifica, Omar, cerrado el trato.

En el Pantano de la Muerte:

Mandrágora, advierte que por Oriente, se alza una nube de polvo; escucha inclinada sobre la tierra unos minutos. Alterada y nerviosa, saca sus raíces de las esponjosas glebas y corre hacia la cabaña.

—¡Vienen más de mil soldados a caballo! —Explica, jadeante, a Esmeralda—, ¡han cruzado la seguridad del Pantano!

—Es obra de Omar, es capaz de cualquier cosa por hacerse con el *Elixir*, y el Grimorio; convertiré en brisa ambas cosas.

—¡No harás nada más...!

—Algo, poco se puede contra Omar y un ejercito de esbirros adiestrados por él, y por él encantados.

Cuando la soldadesca irrumpe en la casita no encuentran más que gatos, pero como vienen advertidos por Omar, los meten en sacos.

Así, es como Esmeralda es hecha prisionera junto a hijo, sobrino y Tania. Mandrágora, corre similar suerte, la trasplantan en un enorme tiesto.

El Capitán de la soldadesca, dejando atrás a los hombres y sólo acompañado de su lugarteniente; al paso sigiloso de las cabalgaduras se adentran en *El Reino Encantado*, cerca del Castillo, desmontan. Se abre una puerta, depositan los sacos y la maceta; una mano que parece no tener dueño, deja en las del Capitán, un bolsillo de oro.

Dentro del Castillo:

Omar, libera a los gatos. Mira sonriente a la furiosa Esmeralda.

—Compréndelo —dice, Omar, componiendo el rostro con falsas mieles—, preferible yo, que el Chambelán Mayor, ¿no te parece?

—Más parece, un atropello que un favor. ¡Sé lo que persigues y no lo tendrás jamás!

—Amiga mía, por esta vez no llegas al quid del asunto. Te diré: la dinastía de Atiene I, no puede irse al traste. Ellos educarán... a..., al primero de los Yacud.

—¿Ya me dirás cómo?

—Tengo al Chambelán Mayor bien atado, digamos que sé cosas. El miedo y los remordimientos corroen el alma del señor Escriba, que además no ha sacado pellizco del pastel. El pueblo, está descontento hasta límites insospechados, y los Ancianos resueltos a restaurar la Monarquía. Estoy por decir que el único peligro real está en las hadas.

—Nunca permitirán que mi hijo reine.

—De acuerdo. Más atiende: el pretendiente a la corona más cercano tanto de Tierras Bajas como de Tierras Raras, es Anaón el hermano menor de Atiene I, casado con Bella, para nuestra suerte, nunca tendrán descendencia... —Los ojos retintos, brillan alegres.

—¿Si piensas que cederé a mi hijo en adopción! —Interrumpe Esmeralda, roja de furia—Estás más loco de lo que pensaba.

—Pues sí, eso pienso y tú misma me ayudarás al caso. ¡No tienes otra alternativa! Nunca sabrán, las hadas, de quien es el niño, a tu hijo le espera un gran futuro, reinará como Yacud I. Está escrito: Será padre de un hermoso muchacho que reinará a su vez como Yacud II, y abuelo de Yacud III, bajo cuyo mandato nacerá mi amada Isabel... nuestra *Mala Sombra*. No luches contra el destino. Bella, es muy bondadosa, le amará con ternura.

—Un destino amasado según tu conveniencia. No saldrá bien.

—¿Qué puedes ofrecer al chico? Por lo pronto la prisión. Piénsalo, mujer, piénsalo.

—De acuerdo —contesta, Esmeralda, con la mirada perdida entre los bucles dorados de la cabeza del pequeño—, con unas cuantas condiciones: Primero; Tania regentarán Tierras Bajas hasta la mayoría de edad de su hijo Lenio. Segundo; las tierras que rodean al Pantano de la Muerte de los dos Reinos, serán mías para siempre y de mis herederos, sean quienes fuesen, además del Lago Pequeño donde vive Alampagua. Tercero; quiero vivir cerca de mi hijo, para seguir en silencio el comportamiento de su joven vida.

Contesta, Omar, cifrando en su calenturienta mente los deseos de la Bruja.

—No va a ser tan fácil despojar de Tierras Bajas, al Chambelán Mayor. Pero, es cosa que ya está prevista. Lo demás se hará como desees..., tienes mi palabra.

—¡Qué así sea!

Y la cumplió, Omar, ¡encerrando a Esmeralda en la mazmorra más cercana a las habitaciones del niño! Y como los designios, de Omar, no son nacidos de remota esperanza, sino que están afianzados en la firme voluntad de llevarlos acabo, quedaron las circunstancias del momento, reducidas a simples escollos salvables, como un bardal de cañizo. Sabe, el Mago, que la victoria final no es patrimonio de los encantados, y el Chambelán Mayor se duerme en los laureles.

Ocurre:

El mismo día del trato de Omar con Esmeralda, el Presidente, vomita todo el mal ocasionado a su Rey, en un cólico miserere que le arrebató; vida, poderes y honra, porque en su postrera hora, confiesa de los manejos para hacerse con el poder, en la vana esperanza de retirar el mal del cuerpo, creyéndolo atacado por los humores negros del alma.

Se restaura, la Monarquía, en la persona de Tania Reina Regente, en Tierras Bajas. Anaón y su esposa Bella quedan con el hijo de Esmeralda en Tierras Raras, adoran al muchacho que crece fuerte y hermoso, dueño de clara inteligencia y bondadoso corazón. Un día, no muy lejano, reinará con el nombre de Yacud I, *El Hechizado*, el sobrenombre le viene desde niño, en todos los cumpleaños, del príncipe, se escuchan en sus aposentos un cántico de cuna que resuena en el Valle, como el doliente tañido de cien campanas doblando a muerto; después ni cielo ni tierra, entran en descanso, hasta no haber arrasado la cosechas; arrancado de cuajo tejados de mansiones y cabañas enteras; amén de arrastrar ganado; carromatos, carrozas o carretillas. Tan violentos desastres de la naturaleza, junto a la desaparición de un primogénito cada vez, obligan a las hadas a permitir la consulta de las Tablas de Esmeralda; los oráculos en boca de las sibilinas y la obra de Trismegistro. Hay constancia que se mandó llamar a la Orden Mayor de los Delficos. ¿Resultados? Nada de nada, los desastres que asolan el País, son un misterio.

Omar, barruntando el origen de tantos desastres, calla. Y así pasan los años, hasta que llega el dieciocho cumpleaños de Yacud.

Amaneciendo, aquel dos de febrero, acaecen los más trágicos sucesos del siglo. La Montaña de la Luz, escupe tanta cantidad de agua y granizo que arrasa a su paso; cosechas, destruye casas, matando ganado y personas. Adquirió tal virulencia la riada en su recorrido, que hasta del Castillo sacude los cimientos.

Como la tormenta, en esta ocasión, no tiene viso de remitir —el cielo luce encendido en un puro lostrego— Omar, encomendándose a todos los diablos, baja al sótano donde cumple encierro Esmeralda. En viéndola, su seco corazón palpita angustiado. Es difícil reconocer en aquella mujeruca escuálida de color muriete, sarmentosa, presta a salir por la puertas de la vida, con la otrora bella Esmeralda; el cabello enmarañado le cae sobre la cenicienta frente, en greñajos descoloridos; el rostro cubierto por asquerosas postulas, capaces de quitar el aliento a un verdugo de la Santa Inquisición, rezuma malos humores por todos sus poros. Sólo los ojos glaucos relucen con la fuerza, poderosa de siempre.

—Esmeralda —la dice, Omar—, el pueblo, culpa a Yacud de tus hazañas, es hora que pongas fin a tanta locura.

—¡Caramba! —Esmeralda, hace entretenimientos con la gruesa cadena que la sujeta al muro—, no te comprendo, Omar, me quitas a mi hijo con el más soez de los engaños, encerrándome en esta pocilga por cerca de diecisiete años y aun tienes la desfachatez de hacerme responsable de esas calamidades. Me parecen tus pretensiones,

si al menos no estúpidas, de eso estoy segura, sí de la más extraña fanfarronería. ¡Ya puedes largarte!

—Se comenta de las extrañas circunstancias, que rodean a cada una de las catástrofes, las relacionan con el Príncipe.

Nada contesta, Esmeralda, para ella la entrevista ha finalizado.

Omar, la contempla por unos segundos, meditabundo.

—Te dejaré libre, bajo palabra de que darás fin a tanto desmán.

Esmeralda parece escondida en un cántaro invisible. Una locura oscura, brilla en sus ojos, sedientos de muerte.

—No sólo mi libertad, sino el reconocimiento de mi maternidad. ¡Piénsalo, Omar, de lo contrario podrás sacar de este cuerpo, el alma, matar a mi hijo y no conseguirás nada! ¡Tenlo por seguro! ¡Ah! ¿Cómo está el hijo de Lenio?

—Murió el Presidente de cólico miserere, creyendo el populacho que el mal del alma había podrido su cuerpo..., no tiene ni sepultura conocida. Se instauró la Monarquía con la regencia de Tania, hasta la mayoría de edad de tu sobrino, hace un año que reina con el nombre de Lenio I. Hay más; el señor Escriba dejó pluma, tintero y cargo a manos de un hijo que tendrá una heredera para tu beneficio, además de un muchacho, suicidándose en ahorcamiento público, en la Plaza Mayor, legando honra espantadiza a su descendencia.

—Ya, querido Omar, ya. Vamos que has sido un aliado generoso, pero convendrás, que todas las “gracias” por ti otorgadas, no me han favorecido en nada. Por lo pronto doy la estampa de una servidora del Infierno.

Los ojos africanos se detienen en los ojos de Esmeralda.

—No pensé estuvieras en tales condiciones, has de creerme. Era de suponer que conservarías el *Elixir*. Sólo intenté protegerme.

—¡Claro, no sé en dónde *supondrías* lo tendría escondido, mandaste registrar hasta mis muelas!

—Lo que pides, es imposible —responde, el Mago, haciéndose el desentendido—, espero que lo comprendas.

—Piénsalo, o este País maldito, no verá nunca más el sol, y si con ello desaparece la casta de los Yacud, tanto mejor. La soledad me ha trastornado la sesera. No es una elipsis estudiada, esta perturbación que adviertes, puédete parecer ofuscación, trastorno pasajero... olvídate. Un consejo: ni lo cuestiones, no encubro la realidad de mi salud mental, por el contrario, es la clara y absoluta falta de ella, lo que ves.

—Perturbarás a tu hijo.

—Sólo hay un camino. Tú decides.

—De acuerdo.

—¡Qué así sea!

En pensando, Bella, que el chiquillo entregado, por Omar, como un pobre huérfano, tiene madre y que esta se pudre en las mazmorras del Castillo, a unos metros de la cámara del hijo, llora con grandes suspiros, sin encontrar remedio a su desolación. Después de librar una dura batalla con los sentimientos, dice a su esposo:

—Preparemos, al hijo, para tan amarga nueva, la razón manda y el honor nos obliga a contarle la verdad. ¡Pobre legado el del Príncipe!

A continuación manda a la Camarera Mayor, sin más explicaciones, y con sus mejores galas, a vestir con ellas a la prisionera.

Cuando, el carcelero, entra en la celda para liberar a la Bruja su sorpresa es mayúscula; en el estrecho recinto se agolpaban niños de todas las edades. La Camarera,

que va en seguimiento del hombre, espantada deja la bandeja con la ropa, en las primeras manos que encuentra, y corre, tropezando con el tropel de chiquillos, empeñados en subir las escaleras a una, a punto no está de romperse la crisma, si no fuera por la rapidez de Mandrágora, en atraparla.

—¡Señora! ¡Cuidado, no se destruce el alma!

Durante el confinamiento de Esmeralda, Mandrágora, ha medrado en el gran macetón, cerca de la celda de la Bruja, prisionera de un maleficio. Omar, sabe hacer bien las cosas, con la planta libre de poco hubiesen valido llaves y candados.

—¡Dios me ampare! —Tartamudea la mujer.

La Camarera Mayor parece echar raíces, en donde la otra las sacara. La planta que sueña con caminos de romero y flores de tomillo, lleno el corazón de gozo, le grita:

—¡Vamos, es día de fiesta!

La mujer pierde el resuello.

Pálida está la Reina, pálida está la Bruja, cuando se encuentran sus miradas. Los ojos de Esmeralda relampaguean con furor contenido, los de Bella azules y apacibles, anegados en llanto, suplican perdón y piedad. La visión de Esmeralda produce miedo y asco, la de Bella ternura y compasión. El corazón, de los presentes, están emborrascados contra la Bruja. La Soberana, abandona el Trono y con paso inseguro desciende del estrado y acercándose a la madre de su hijo, la estrecha entre los brazos. Rígida por la sorpresa, Esmeralda, corresponde con un bufido al cariñoso gesto, diciendo con voz seca:

—Quiero ver a mi hijo.

—A *Nuestro* hijo —interviene, el Rey—, le falta un mes para la mayoría de edad. Entonces será él quien decida.

—*Mi* hijo —rectifica, Esmeralda, hecha un basilisco—, como sabéis muy bien tiene dieciocho años, justamente desde hace dos horas. Advierto: ¡De no cumplir, Omar, ahora mismo, con lo acordado lo sentirás, Rey de pacotilla, tanto tiempo como minutos te queden de vida!

Con menos vista que un sapo verde, el señor Juez toma parte:

—El Príncipe, está siendo interrogado por el señor Inquisidor. Se le acusa de brujería...

Omar, no puede creer lo que oye.

—Vuestra conversación —añade Anaón—, con Esmeralda, en las mazmorras ha llegado a mis oídos. ¡No vamos a consentir, al hijo de una bruja, gobernar el país! ¡Estabais conspirando mi derrocamiento! Es tu hora de mala suerte, Omar. ¡Apresadles!

Omar, desgreñado, con ojos de loco, fulmina a quien tiene el valor de acercársele. No es posible describir el furor de Omar, con una estocada del alfarje ha ensartado a cuatro soldados. A partir de este momento los acontecimientos se suceden en dimensiones dislocantes; la Reina se desmaya en brazos de la Bruja, que se la pasa a Mandrágora, que a su vez la deposita bruscamente en el suelo, para correr en pos de Esmeralda, que grita descompuesta, abalanzándose al Rey.

—¡Terminaré contigo y con este maldito país! ¡Borraré su nombre del recuerdo!

Bella, recuperada a medias del desmayo, ante la sorpresa generalizada se solidariza con la Bruja, increpando al Rey:

—Si le has ocasionado el mínimo quebranto, al Príncipe, ¡no lo dudes, te mataré con mis propias manos! ¡Mal padre!

El trauma de escuchar tan terribles amenazas, en boca de tan dulce dama, deja a los presentes en vilo con el pensamiento de dilucidar, cual es el punto donde los diamantes dejan de ser rocas.

—¿Estáis amenazando a vuestro esposo y soberano? —Logra articular, el Rey, tembloroso de miedo y vergüenza.

¿Quién se atrevería a intervenir en tan real disputa? Nadie.

La Reina mira al Rey, loca de dolor. El Rey calla, culpable.

Esmeralda, siente admiración por tanto amor en el corazón de Bella, hacia su hijo. La Reina se inculpa, ante el desamparo general.

—Yo, soy la responsable ¡sabía de quien era el niño! —Miente, angustiada, en un intento de salvar al Príncipe—, por lo tanto es a mí, a quien tenéis que culpar y juzgar por todo cuanto ocurre.

Anaón I, *El Rey Cobarde*, como se le conocerá en la historia, piensa, viendo en su esposa, a un chivo expiatorio: “*No estaría de más, matar dos pájaros de una flecha*”. Es de todos sabido sus amoríos con la duquesa Frisa. Dice en voz alta:

—¡Seréis juzgada, en lugar de Yacud, el hijo de la Bruja!

El Conde Duque de Olot, que ama al hijo de Esmeralda como propio, y el Príncipe Dario, hermanastro de la Bruja, desenvainan, las espadas al grito de:

—¡*A mí, leales, Dios salve a la Reina!*

Los caballeros así conjurados, se toman unos minutos en restablecer el orden de las cosas, poniendo a los partidarios del *Cobarde*, en fuga.

Omar, sonrío entre dientes.

Los cortesanos, después de unos segundos de estupor, gritan:

—¡¡¡Viva la Reina!!!

En tan críticos momentos las puertas, del Salón del Trono, se abre con gran estruendo, dejando paso a Mandrágora, seguida del Príncipe Yacud, y de los muchachos encantados por Esmeralda, hasta del último de ellos, un nonato a quien mece, la planta entre sus hojas.

Con paso seguro, el Príncipe, se acerca hasta la Reina, y arrodillándose a sus pies dice con voz quebrada:

—¡Querida madre!

Muchas son las lágrimas derramadas. Bella, tomando, a Yacud, con infinito cariño de la mano, le conduce hasta la Bruja, que ha iniciado una discreta retirada.

—¡Esmeralda! —Llama, la bondadosa Reina—, espera, es hora de que abras a tu hijo. Yacud, ésta es tu verdadera madre.

El muchacho haciendo gala de su noble corazón, estrecha entre los brazos a Esmeralda, jurando amarla y respetarla de por vida. Se perdona al Rey, no era cosa de empezar de nuevo avivando rencores. *El Cobarde*, sabiéndose en boca de todos, tiene la vergüenza de retirarse a una gruta como ermitaño para pulgar, las culpas de desamor. Esmeralda, vuelve a la placidez del Pantano de la Muerte.

Omar, ocupa en el Castillo el puesto de Chambelán Mayor del joven Rey Yacud I, *El Hechizado*. Con el beneplácito de el señor Conde Duque de Olot, que para nada a menguado, en su corazón, el amor infinito por la que otrora, fuera la más bella muchacha del cien países. Dejando los destinos bien atados, del *Reino Encantado* y Tierras Bajas, el Duque junto al hermanastro de Esmeralda, toman camino hasta las fronteras del Reino con Montañas Azules, donde unen sus destinos, en el mantenimiento de la paz con Anois I, *El Rey Guerrero*.

El robo de la Pluma Mágica

La noticia con el robo de la Pluma, nos llega con el boletín de las seis de la mañana. Nos vemos en todas las pequeñas pantallas del sistema de alarma, recorriendo el Museo de la Ciencia como ladrones al acecho. Exclama, Carlos:

—¡Están dando nuestra descripción! ¡Alfredo, estamos perdidos!

El uso de la palabra, como si fuera un misterio impenetrable se adueña de mi conciencia dejándome sin habla, sólo atino a balbucear “yo..., yo”, como un bebé que experimenta en “ser” como un “hecho” y nada más.

Interviene, Yacud IV, tan simpático y relajado, que da grima.

—Saldremos de aquí y antes de pensarlo, estaréis en casa. Y como es sabido que un mortal no puede estar en dos lugares a la vez, asunto concluido. Seguidme, caballeros, la temeridad da valor y hace olvidar el miedo.

Un mundo verde y perfumado nos envuelve, con la calidez del lóbrego. Magnolias en flor y jazmines conforman el laberinto que se descubre ante la vista. Un apretado macizo de arrayanes, oculta, a la vista de curiosos, tal exuberancia.

—Detrás del bosque, a la izquierda, da comienzo el Pantano de la Muerte —nos aclara el fantasma, que nos precede, abriendo camino con su espada. Pronto llegaremos al *Estanque de los Nenúfares*, donde viví momentos de felicidad suprema al lado de mi amada Mala Sombra. ¿Qué os parece?

—¡Estamos junto al cochambroso estanque de *La Casa del Boticario*! —Digo, en creencia de todo lo imponderable.

—No diremos que luce como antaño. Desde tiempos del señor Inquisidor y del señor Escriba Mayor, están unidas las dos mansiones, al Castillo por el dédalo de plantas que acabamos de atravesar. Omar, lo creo cuando se trasladó a vivir al Castillo, en tiempos de la Reina Regente, Bella.

—Adiós Yacud —digo, tendiéndole la mano.

No deseo escuchar, más rocambolescas explicaciones que amenazaban con distorsionar la realidad de la vida misma. ¡Entre el Museo de la Ciencia y las dos mansiones, hay más de dos kilómetros de distancia y lo habíamos cubierto en dos o tres minutos!

—De ¡adiós! nada. ¡Por una vez, desde de hace dos mil años que gozo de cuerpo!

—Ni lo pienses —contesto espantado y sin mucho tacto—, qué diremos en casa. Sólo nos faltaba que desaparezca también un maniquí.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Pues sí —contesta, entre carcajadas, el loco fantasma—, templar vuestro miedo, porque no pienso volver al Castillo, por ahora.

Subimos a mis habitaciones, con el celo de gatos en seguimiento de ratón. Mostrando una tranquilidad que estoy bien lejos de sentir, dejo los infolios sobre la escribanía. Y, después de servir, y servirme una copita de licor de moras con base de orujo, bromeo en un brindis:

—¡Por los fantasmas de media noche, abajo!

—¡Por ellos! —Contesta, socarrón Yacud IV.

Carlos, nos mira en silencio, mientras sorbe despacito de su copa.

Dispuesto estamos a continuar con la lectura, cuando unos fuertes golpes en la puerta de la calle, nos dejan sin resuello. Intuyendo una catástrofe, escondo el mazo de papeles bajo la cama. Poco después un tropel de pasos, suben por las escalinatas.

Mi tío y dos hombres hacen una entrada de impronta.

El porte de don Jesús es teatral, desenfadado. Intenta decirnos algo, rodeándose de tales aspavientos, más parece un director de orquesta disfrutando con la cuarta sinfonía, que un hijo de hombre al que visita la policía a las seis de la mañana.

—Alfredo mi sobrino y pupilo, Carlos mi primogénito; el teniente Saucedo y el sargento Marcos —nos presenta, en viendo a Yacud que se oculta a medias entre los cortinajes, añade como si tal cosa—, y creo que el rey Yacud IV.

—¿Trabajas en una opereta? —Pregunta irónico, el llamado teniente Saucedo, cimbreado de forma rara su rechoncha figura—, tempranas horas para...

—Para, molestar —le interrumpe Yacud, altanero.

Tuerce gesto, el sudoroso teniente. A semeja un cochinillo recién sacado del horno. Tostado en campos y playas, a la vista de rostro y manos de color atezada, rayando en un prieto de lo más llamativo, que desmiente su naturaleza oscura al contraste, con las pupilas de un zarco acuoso y la rubicundez de cabellos y cejas. Me fijo, porque el policía hace lo imposible para lucir el moreno. Yacud, que no le quita ojo, ante el bochorno general pregunta:

—¿Caballero, os teñís el cabello, que negro brilláis como piel de infiel? ¿Es, tal cosa mercadura que se compre?

Le miro con ojos grandes. Hay palabras para disuadir a un indiscreto, pero, cuando uno que no lo sea da en demostrar lo contrario, no hay razonamiento que lo convenza ni silencios que le hagan recapacitar, porque es de su voluntad comportarse de tal manera, no costumbre.

En viendo al policía furioso, añade, al parecer muy divertido con la situación:

—Cosas son de mujeres, andarse en tales entretenimientos, pocos apropiados para un caballero de la Ley. Yo, que vuestro señor, os mandaría dar de latigazos hasta que recobrasedis la color, que se os adivina blanca, como el fruto pelado del arzollo.

Se oscurece, más si cabe, el rostro y el ofuscado cerebro *del moreno*, que intenta por todos los medios aguantar la ladería con la quietud de un toro encajonado. Al otro, al sargento, los ojos le ventolean de risa contenida.

—¡No sé cómo han tenido tiempo de llegar a casa, señor! —Casi grita, el teniente, masticando las palabras, mientras se enjuga el sudor de la frente con un pañuelo de batista—, las cámaras de seguridad, les han grabado a ambos, abandonando el Museo por la puerta trasera —respira profundamente, antes de continuar—, y repito; no entiendo como han llegado a casa antes que nosotros. Les hemos visto entrar por el parque que comparten con la casa vecina.

—¿Y? —Contesta mi tío, cómo si el hecho de que dos policías hicieran guardia delante de su casa al amanecer, fuera la cosa más natural del mundo.

—Una llamada del turno de día, nos advirtió de las andanzas de los muchachos. ¿Por qué no encienden la televisión, están en todos los canales? Espero, no tengan inconveniente de acompañarnos a Comisaría.

—Yo, sí —contesta, mi tío—, los muchachos gozan de un pase para pernoctar en el Museo de la Ciencia. Mi hijo está preparando una tesis, sobre la vestimenta del siglo XII, si lo que buscan es una explicación para sus “andanzas”, ya las tienen.

—¿También “tienen” —repite, el teniente, con retintín—, permiso para llevarse una pieza del Museo valorada en mil millones?

—¿Qué objeto?

—Lo que parece ser, una pluma.

—La han visto en manos de alguien de esta casa. ¿Traen una orden? ¿Han comprobado antes de importunar, si el susodicho objeto sigue en su lugar?

—No...

Mi tío, creciéndose como figura, y con el dedo índice, enhiesto señalando más allá de la puerta, dice con voz altiva:

—Harían bien en salir de mi casa. Si no quieren complicarse la existencia.

Eso es todo, los dos agentes de la ley, se marcha amohinados.

—No temáis —está diciéndonos, don Jesús—, podéis seguir con lo vuestro, es hora de otros asuntos, para mí, ¡ah! procurarle una vestimenta a su majestad, menos vistosa. Dentro de unos minutos la Chacha Luisa, servirá el desayuno ¡buenos días y feliz lectura! Y, se va engalanado el rostro con la nueva imagen de padre y tío amante y protector. ¡Tan tierno por fuera, y amargo por dentro como el fruto de la yuca! Cuando desaparece de nuestra vista, Carlos, dice temblando:

—¿Y la Pluma? —Tienen sus ojos el brillo que presta el desaforado miedo.

—¿La verdad? Pues no lo sé —contesto y pienso: *¡Qué fácil puede llegar la ruina más desastrosa, a toda una vida!*

Dudando, estoy, entre azotarme con un silicio, o zamparme un kilo de churros con chocolate calentito. ¡Tengo la mente entorcada, allí donde medra la locura! *Ergo* es entendible, este no saber dónde la realidad, dónde la fantasía.

Los tres nos quedamos callados. La Chacha Luisa nos sirve un succulento desayuno, de torrijas y leche, mazapán y queso de cabra.

Cuando me dispongo a reanudar la lectura, un estropajo color panocha asoma por el quicio de la puerta.

—¿Puedo pasar? —Pregunta, Adelaida.

—¡Claro, princesa! —Contesta, Yacud IV, amable.

Boca Negra, viene tras de ella con paso cansino. Niña y perro se acomodan en la alfombra a mis pies. Poco después los dos duermen hechos un ovillo. Continuo, con la lectura, en voz alta:

Es el día del nacimiento de Datia, la primogénita del Escriba *Suicida*, escondida está Esmeralda, tras el hueco de una ventana; espera tranquila el momento oportuno para intervenir en la historia. No tienen por que haber problemas; los padres, de la neonata de acuerdo; el Mayordomo advertido; la Comadrona comprada. El tesoro en diamantes, ofrecido en trueque, ya está en manos de la familia, y repartido un bolsillo de oro entre los implicados.

Entra una regordeta mujer con ínsulas de saber su oficio y presumir de él, atiende a la parturienta, que trae al mundo una hermosa niña. La mujeruca se la entrega, a Esmeralda, que desaparece en la oscuridad del parque.

Esmeralda comparte con la niña, buena parte de su saber y un poco del *Elixir de la Vida Eterna*, disponiéndose a esperar la llegada de Mala Sombra, y los acontecimientos relacionados con las efemérides escritas en las estrellas.

La Casa de los Yacud

Pasados dos años, de los acontecimientos antes transcritos, el hijo de Esmeralda, conocido como Yacud I, *El Hechizado*, muere muy joven. El pueblo le culpa de toda desgracia ocurrida o por ocurrir. Su noble cabeza hace tiempo que se inclinaba bajo el

peso de la corona maldita. Habíanse desposado Yacud I, con la hermosa princesa Irina, al nacimiento del primer hijo, muere la joven Reina de un mal desconocido. Se culpó, sin embagues, al desgraciado Rey. Tanto sufre por ello, que sucumbe de *angoixa*. Para cuando, Esmeralda, llega junto al hijo, es demasiado tarde. El espíritu de Yacud I, *El Hechizado*, ha tomado otros rumbos. Le toca a la Bruja, consolar a la desgraciada Bella, que regenta de nuevo Tierras Rassas, hasta la mayoría de edad del pequeño Yacud, nieto de las dos mujeres.

A los dieciocho años Yacud II, desoyendo consejos y salvando escollos, anuncia sus nupcias con la hija del Maestro de Armas, despreciando a la heredera del rey Anois I, poderoso y temible dueño y señor de Montañas Azules. Prometidos estaban desde la cuna, por razones de Estado. Se teme que los Anois, son diez hermanos, invadan tarde o temprano, Tierras Rassas, para resarciese cumplidamente de la afrenta. Algunos pueblos lindantes a Montes Azules, han sufrido, ya, saqueos y toda clase de vejaciones, la espada del Conde Duque de Olot y la legendaria lanza del Príncipe, hermanastro de Esmeralda, no son suficientes para cubrir toda la frontera, y evitar las violentas incursiones perpetradas por gentiles hombres, camuflados de proscritos.

En unas de las más sangrientas escaramuzas, han llegado hasta el olvidado lugar donde, Omar, cumple destierro por tercera vez en su azarosa vida, y en esta ocasión por su propia iniciativa, a la muerte de Yacud I, *El Hechizado*.

Grande fue la sorpresa de los forajidos cuando sólo hallaron en la diminuta isla, a un viejo y a un pollino tan renqueante como su dueño.

Al jefe, de los criminales, viendo la desolación del paraje se dio en pensar: “¿De qué se alimentará, y en dónde vive el viejo?” Después de recorrer palmo por palmo el desolado islote, y no viendo forraje ni cultivos; pozo ni horno; sal ni vino, decidió respetar las vidas del jumenco y amo, para llevarles a la Fortaleza como curioso botín.

Los ojos africanos de Omar, relucen de contento, ha borrado minutos antes de la invasión a su pequeño oasis, de sobre una pulida piedra, una casita encala, rodeada de jardines y parajes de extrema belleza. Como el trayecto es largo y pedregoso, le agencian al viejo unas parihuelas, temiendo no tuviera vida, ni para unos metros de caminar. El burro trota a su lado feliz y contento en viéndose libre de la carga.

Admirado queda el rey Anois, de la pulcritud en el vestir y las finas maneras de su prisionero. Le hace sentar a su mesa con los honores destinados a un rey cautivo.

Omar, no se hace el remiso en contestar a las curiosas preguntas del soberano. Este escucha con gran atención las palabras de Omar, y piensa: “¿*Está chocheando! No puede ser verdad la edad que dice tener... ¡tres siglos! Más, parece muy lucido en otras cosas. Por otra parte... ¿cómo en tan inhóspito lugar ha logrado sobrevivir, allí donde no se encontró ni una triste pallaza? Mis hombres jura y perjura no haber visto ni encontrado, nada más que rocas, reptiles y arena.*

Escucha, Omar, a todos decir y comentar, sobre su vida y circunstancias, haciéndose el pampringado, para quitarle importancia al caso. Como iluminado por todas las piérides, a petición de Anois, cuenta la historia de Tierras Rassas a su modo y acomodo, desencajando aquí y allá hechos pasados presentes y venideros, por lo que resulta su historia mal de entender y peor de comprender.

—La temible Bruja Esmeralda, aún vive en el Pantano de la Muerte. De cada generación de cien años, se agencia una niña, para instruirla en sus diabólicas Artes. Encontraréis la razón de tal comportamiento —termina Omar—, en una ordalía manipulada por el señor Inquisidor. Se la condenó a morir en la hoguera. La salvaron mil gatos, resoplando.

Anois le mira atónito. Se dice: “*O es un loco, o un redomado pillo. Pero, ¿y si estuviese diciendo la verdad?*” Sabe que en tiempos de los bisabuelos del hoy, Yacud

II, su frustrado yerno, el Reino de Tierras Raras había estado envuelto en guerras internas, con un sangriento derrocamiento de por medio. Mira interrogante, a Omar, prometiéndole la horca, mientras dice con acento de bondad, falso y engañoso:

—Tus palabras no me satisfacen, respetable anciano, nada he entendido de la razón de tu extraordinaria longevidad, y como habéis podido sobrevivir en tan inhóspito lugar.

—Soy un gran mago, majestad, eso lo explica todo.

—Es cosa que vos afirmáis... ¿podéis demostrarlo?

—Sí, majestad, ¿qué queréis saber?

—Por ejemplo...

—Podíais empezar preguntando por el futuro de vuestra querida y única hija, la que tuvisteis comprometida con Yacud II.

Asiente, Anois, admirado de la perspicacia del viejo, que continua hablando con voz tierna y gozosa:

—... Yacud, cuando aún era un jovencuelo, se enamoró de la hija del Maestro de Armas. Con la que se ha casado.

—No es, tal cosa un secreto —contesta, el Rey, malhumorado.

—Pero sí, que se deba a un hechizo de la bruja Esmeralda.

—Con hechizo o sin él, las cosas son como son. No me habéis aclarado nada.

—Y, si os dijera que la esposa de Yacud II, traerá al mundo un niño robusto e inteligente y que la madre morirá unas horas después del parto, en las mismas circunstancias de la esposa de su padre Yacud I, *El Hechizado*, y que Yacud II, casará en segundas nupcias con vuestra hija, y que esta dará a luz a un varón..., tonto.

—¡Estás loco! —Anois, hace un amago de ensartar al villano con su daga, que reluce amenazadora al fuego de la chimenea.

—La verdad escuece, majestad, vos lo habéis preguntado.

— ¡Jamás consentiré en semejante boda!

—¡Está escrito!

—Lo que está escrito, son los cien latigazos que os habéis ganado

No llegaron a cien y no en miramiento a la edad de Omar, el Rey teme que muera en el castigo, la curiosidad ha levantado borascas en su corazón. Después de veinte, el verdugo manda a dos soldados, arrastrar el cuerpo desmadejado de Omar, hasta unas parvas secas, junto a su borrico. Una vieja curandera, es encargada de los cuidados del herido, se le allega con un tazón de agua avinagrada para desinfectar las heridas. En la piel arrugada del hombre no luce ni un arañazo. Asustada, hace un amago de huir. Las manos firmes de Omar la retienen por las mugrientas enaguas, mientras susurra entre dientes:

—¡Ni palabra, bruja del demonio, ni palabra! —En comprobando que la mujeruca no hace movimiento alguno en intención de salir corriendo, Omar afloja el tirón del refajo—. Desde este mismo momento estás a mi servicio, sólo me obedecerás a mí ¿entendido?

—Sí, señor —contesta, tartamudeando, no entiende nada, de nada pero, el miedo le enfría como un carámbano la voluntad, dejándola apacible y sin significado de las cosas.

—Condúceme hasta tu choza.

—No puedo, es imposible.

Está, a las puertas de un síncope, Omar, le ofrece sin palabras el refugio fuerte, de su propia personalidad, con palabras de aliento.

Como esperaba, en la casucha de la vieja hay de todo para llevar a cabo sus proyectos; un alambique de cobre; morteros de roca; retortas de hierro y otros cachivaches propios de un curandero. A espaldas de la vieja, pinta sobre un lienzo del tamaño de una habichuela, mil plantas belladona, imposible de hallar por aquellos lares; un sel para el asno, además de una cabaña de cabras con más de mil cabezas, como regalo para la Mujer Sabía.

En Tierras Rassas, el señor Inquisidor, enterado del castigo sufrido por Omar le da por muerto. Como un podenco, corre hasta el campanario de Santa Inés para doblara a muerto..., minutos antes en la taberna del pueblo un reloj de cuco han dado las ocho de la tarde.....

Pasmados quedan, los vecinos, cuando contemplan a la vera de la casucha de la bruja, un campo de belladona florecido o en frutos, y al asno dormitando en un mullido sel de suave hierba. Por su parte, Anois, también admira desde una almena de la Alcazaba, junto a sus más allegados colaboradores, el portento; después de consultarlo con el Chambelán, manda llamar a Omar.

Omar, se presenta no de inmediato, sino después de varias horas de hacer mengues, tal comportamiento pone al Rey furioso, pero el deseo de saber, es más fuerte que su orgullo, se obliga a contener las ganas de colgar por el gznate, al descarado viejo. Mantiene, su majestad, los deseos de estrangularlo en el corazón y la daga en el cinto, cuando al fin, le ve recorrer la alfombra del salón del trono con los melindres de una doncella, le dice con acento contenido:

—Omar, espero que tengas una explicación para las plantas infernales que has cultivado en el patio de Brea, en sólo unos minutos.

A lo que contesta, Omar, sin abandonar su talante dulce.

—Sí, majestad, sólo a vos.

No muy conforme, Anois I, manda despejar el Salón del Trono, y acomodando el sable muy cerca de su mano derecha, espera las explicaciones del Mago, dejando advertir en su semblante la curiosidad, no exenta de reverente miedo.

—Hablad.

—¿Cómo, tenéis la espalda a punto de entrar en duelo? —Pregunta, Omar, regocijado.

—Precaución —contesta, el Rey, sin falsas vergüenzas.

De lo que allí se trató no hay reseña.

A la mañana siguiente, sale una compañía de forzudos soldados dando escolta, a Omar y a su asno, con dos serones repletos de tesoros, el grupo se dirige por caminos solitarios hacia Tierras Rassas. Omar, piensa cumplir con su promesa hecha al Rey..., pero, a su manera.

Brea, la Mujer Sabia, le ve marchar con el pecho hinchado por un profundo suspiro de tranquilidad, tiene a su cargo el cuidado de las hermosas plantas, piensa dejarlas morir de sed, vano empeño renacerán mil veces, mientras ella casi muere de cólico, como purgada por la semilla de la cica, y es que Omar, tiene empeño en que la obra perdure, porque con ella se hace omnipresente su poder y Anois I, no caerá en olvido de lo pactado. Nunca más, la vieja, descuidará las plantas.

Muere la esposa de Yacud II, no tiene consuelo el joven monarca, a un gran amor no lo destruye la muerte, ni con ella llega el olvido, es por eso que la desesperación toma lo que le place del enamorado, dejándole vacía el alma de otros sentimientos; de otros deberes; de otros deseos que no sean aquellos de recordar al ser amado.

Se recrudecen las incursiones de Anois en el país vecino. Las aldeas lindantes desaparecen, pasadas a cuchillo. Muere el Conde Duque de Olot con la espada entre las manos. El hermanastro de Esmeralda, toma honra y renombre por haber liquidado a cien o más guerreros, de un solo tajo, se piensa que por la puerta de esa batalla y acosado por miles de soldados, ha salido por la puerta de la vida. No es así, porque a, Omar, que no le interesa mano poderosa que impida la victoria de Anois I, *El Guerrero*, le ha rescatado de la muerte después de dársela con su magia, y anda en encantamiento, allá en su Oasis, para que no se meta en más refriegas, que la suerte de los tres reinos, ya está echada.

Yacud II, se aviene a los ruegos de la Corte, y desposa a Nely. Nely, es un alma dulce que atrae como un imán las desdichas ajenas. Por piadoso corazón entrega, al hijastro, amor de madre, dándole todo el cariño que necesita. Un año después, les nace un varón, que fue la esperanza y razón de vida del abuelo materno durante un tiempo, olvidado parece de las predicciones de Omar. Crece, Agus, en bondad y belleza al mismo tiempo que en memez. Siendo cierto que la reina Nely, quiere al hijo de su esposo como propio, no puede por más de hacer comparaciones, y su noble corazón se agita de tristeza; en lo más profundo de su ser, envidia el futuro que les depara el destino a los dos hijos de padre: A Yacud dos reinos, mientras que, Agus, vivirá a la sombra del hermanastro y a su amparo.

Pasan quince años.

En viendo, Anois I, que su hija no está por darle otro nieto, decide menguar su fortuna y hacer del país por heredar, una ruina, difícil de gobernar y peor de mantener. Que al estulto, desprecia y al agraciado odia. Distribuye, entre el pueblo, los derechos de explotación de las minas de zafiros y rubíes al tiempo que promulga una ley en los siguientes términos:

*Yo, Anois I. Digo: Lo que produzcan las tierras de la Corona,
ya sea grano, fruto u hortalizas,
quedará en propiedad de quien o quienes la cultiven.*

Como el suyo es un pueblo agradecido, los regalos desbordan las Arcas Reales de oro, y los graneros revientan, de trigo. El Rey, en viendo los resultados, eroga el Patrimonio Publico con lo cual ni un pobre quedó en el Reino; ni un perro sin dueño; ni un gato sin cobijo. Desaparecidos los ladrones, y la miseria que molesta el bolsillo y la vista del poderoso; Montañas Azules es una feria de visitantes, originando por ello una nueva fuente de ingresos; los hostales y los bancos nacen como setas al calor del turismo, y como el dinero llama al dinero, otros reyes invierten y guardan sus tesoros en Montañas Azules, admirados de la recurrente sabiduría de Anois I, para multiplicar el capital. Tanta prosperidad desespera a Rey. Nunca más se le viera sonreír, anda cabizbajo y meditabundo por los alfombrados senderos de un jardín, donde las balaustradas de mármol rosa del Portugal, están incrustadas de madreperlas y las enredaderas sujetas a torneados pasamanos de rubíes y diamantes. Se cuenta que viste de ruda estameña y se alimenta, sólo de lechuga. Mala cosa, porque el pueblo desborda los roperos reales de finas sedas y brocados de oro, y las cocinas de faisanes y otras exquisiteces.

Dice el pueblo: “*¡Quedóse pobre de tanto repartir, y tiene trastornada la cabeza..., divina es su locura!*” Creyéndole tocado por la gracia de Dios, las dádivas se multiplican.

Montañas Azules, se convierte en un paraíso fiscal para monarcas de países democráticos; nobles y acensados. Es respetado Montañas Azules, y dejado al margen de guerras o guerrillas.

—¡Ni enemigos tengo a quienes hacer la guerra! —Se queja al Chambelán Mayor, el cuitado monarca, mesándose la cabellera.

El Chambelán Mayor, mira condescendiente a su Rey, como la parte del tesoro que se agencia es considerable, calla juicioso y discreto, dándole la razón en privado a su señor, y al pueblo en publico.

Así, deseando su ruina y la Fortuna veleidosa, persiguiéndole amistosa y fértil, pasan los años. Para su mayor desgracia, una vejez en soledad le predican los Astros. Anois, camina abocado a su propia destrucción; odiando ser querido por el pueblo; luchando por no ensartar a propios y extraños con la enmohecida espada.

Malvive, el Rey Anois I, *El Guerrero*, maldiciendo el oro que se le mete en los huesos, maltratándole de frío. Doliente va en pesadumbre, penando, sabiendo que se labra la tumba con su propia azada.

Un mal día en Tierras Rassas:

Los dos príncipes juegan junto al Estanque de los Lotos, Agus empuja a Yacud, con tan mala fortuna, que va a dar de cabeza contra un enano de piedra, quedando inconsciente. Nely, espantada, intenta proteger a su hijo, del padre. Piensa el Yacud II, que Agus, *El Tonto*, le ha empujado adrede, atacado por los celos, sin entrar en razonamientos encarcela a Agus, en consideración a su rango cumple condena en el Torreón de Embajadores. Si el primogénito muriese, Agus sería ajusticiado. La Reina, no encuentra palabras para consolar a su esposo, al tiempo que suplica por el perdón del hijo. Diciéndose en su triste soledad: “*Para Yacud, es como si hubiese perdido, por segunda vez, a la madre del muchacho, ¡nunca me quiso y nunca me querrá!*”.

Funesto destino el de Nely, *La Reina Mal Amada*. Cuando da por seguro que el esposo no accederá a sus ruegos, manda un emisario a su padre con la encomienda de que interceda por el nieto, para el caso escoge entre los caballeros de su escolta, a dos hijos de Montañas Azules. Un paje ha seguido a la Reina, que de tiempo atrás, anda siendo víctima del zafio espía. Yacud II, sin mayores miramientos encierra a la madre junto al hijo, acusada de alta traición.

Los dos caballeros logran huir, y ponen en antecedentes a Anois I, de lo que está aconteciendo en Tierras Rassas.

La sinrazón, viste de negro el alma de los dos Reinos. El Rey, guerrero por naturaleza ya tiene el pretexto para entrar en conflicto con su hijo político, sin menguar con ello el honor.

En pleno, votó la Corte de Montañas Azules, a favor de una guerra fratricida. Como era de esperar el asunto se resolvió en el tiempo de unas horas. Lo tardado por las tropas de Anois en llegar al corazón del País de Yacud II, abiertas como están las fronteras. No se cruza ni un acero. Yacud II, capitula ante el poder absoluto de su suegro.

Anois, libera a hija y nieto, como no es muy dado a los arrebatos de cariño, sólo la abraza una vez, al *Tonto* ni le mira.

Manda levantar un patíbulo en medio de la Plaza Mayor. El pueblo de Tierras Rassas verá la sangre noble, de su Rey, por los suelos.

Las alegría de Anois, tienen la vida corta. Anois, se enfurece hasta el paroxismo, cuando la infeliz Nely le suplicaba por su esposo, rogándole le devuelva honor y corona, más aún, pide entre sollozos:

—Padre, permitid a vuestro Sabio, intentar curar a mi hijastro.

—Tanta estupidez —responde, irritado, Anois—, sólo tiene parangón con la idiotez de tu hijo, ¡tal para cual! ¡Ni lo sueñes preciosa!

—Me moriré de pena.

—¡Pues, muérete! —Grita, descompuesto, Anois.

No piensa perdonar la vida al yerno, delega el cumplimiento de la sentencia a manos del Magistrado Mayor y se dispone a regresar a Montañas Azules, dejando como regente de Tierras Raras, a un caballero de su Corte.

Omar, le detiene con estas palabras:

—Majestad, deberíais escuchar a vuestra hija, está escrito que así ocurra, el mal contra el bien no tiene futuro, siempre gana este último y vuestra hija es la bondad personificada. Hacer cuanto os pide.

Anois, encendido de odio, accede a medias:

—¡Cúralo tú, tienes mi permiso! En cuanto al desgraciado de Yacud II, se pudrirá en las mazmorras, ¡ni sueñe con reinar! ¡He dicho!

—Yo predigo, majestad, adivino y otras cosas por el estilo, para el asunto del joven Yacud, tendréis que contar con Esmeralda.

—¿Vuestra Bruja del Pantano de la Muerte?

—Nada puedo hacer... —miente, porque así le conviene.

Anois I, pregunta sofocando el enojo:

—¿Cómo dar con ella, si es que existe?

—Hablad con Lenio I, el anciano Rey de Tierras Bajas. Sea discreto ¡son familia! ¡Ni se os ocurra invadir ese humilde país, sería vuestro final! Que el Embajador, además de las credenciales que vengan al caso, le entregue este pergamino —dice sacando un rollo del fagín, lacrado y sellado, advierte—: de no llegar, sin abrir, a su destino, no respondo de las consecuencias.

—No sé a que viene tanto embrollo.

—Así está escrito.

—Hablaré con el Chambelán Mayor.

El juicioso Chambelán, decide:

—Es un acto de cortesía, estoy de acuerdo. Además se habla de guerreros invencibles que protegen a ese país...

Lenio I, acoge al Embajador de Montañas Azules, con un punto de requemor, que no pasa inadvertido por el diplomático. Lenio I, ha leído la misiva de Omar, sus ojos aparecen encendidos de un furor extraño. Hay penas que por no mayores, son más hirientes, y Yacud II, es el único recuerdo vivo de su hermano mellizo. Lenio I, morirá sin descendencia directa. Y allí está, Omar, prometiendo nueva asignatura en la persona del joven Yacud II. Responde al Embajador:

—Solo vos, vuestra escolta permanecerá retenida en Palacio.

—Majestad —El Embajador, está molesto por la petición—, me serían de gran utilidad en el Pantano..., es un lugar peligroso.

—Si no estáis de acuerdo, vuelva a su Montañas Azules. Tened presente, señor Embajador, que por mis tierras no cruzareis para ir al Pantano de la Muerte con escolta, intentarlo por el país que habéis usurpado a mi sobrino nieto Yacud II. Si es voluntad, de Esmeralda, la encontréis sin entrar en peligro, sino de nada os valdrían mil soldados y menos media docena de hombres.

—Está bien —Contesta, cejijunto, el Embajador.

—El Verdadero Real, os acompañará al límite del Pantano —con estas palabras Lenio I, da por terminada la audiencia.

A la puerta de Palacio, los acontecimientos se suceden vertiginosos: Un caballo, blanco de luna, se aproxima al galope; una mano poderosa se cierne sobre el Embajador, e izándolo sobre la montura desaparece entre una nube de polvo.

Pasan dos días y el caballero sin aparecer.

Diez, la situación continúa tal cual.

La escolta del Embajador, marcha hacia Tierras Raras, donde les espera Anois I, impotentes e incapaces de tomar resolución alguna. Sin despedirse del Rey Lenio I, sin su conocimiento ni consentimiento; aquellos hombres rompen de esta manera un débito de honor. La chiquillería del Valle les acompañan a distancia de honda, lanzándoles una lluvia de guijarros. Maltrechos y doloridos arriban a Tierras Raras, donde tienen un recibimiento parecido, a manos del enfurecido Anois, que no sabe si azotarlos por incompetentes o morirse de risa.

—¡Burlados por un estúpido Rey, y una pandilla de chiquillos!

Ya piensa en formar un ejército e invadir el reino de Lenio I. Decidido lo tiene cuando aparece hecho una pinga el Embajador, sin que nadie de razón de por donde ha entrado.

—Majestad, permitirme ver a Yacud II —pide, ante el asombro de Anois—, después de haber hablado con el prisionero, os daré cumplida explicación de lo acaecido.

Cuando Anois I, quiere acordar, del yerno y del Embajador ni la sombra. Sale en su busca, sin consentir en escolta, enarbolando la espada, loco de la vida camino al Pantano de la Muerte. Tres semanas después, se les dan por desaparecidos.

Muere la Reina Nely, de tristeza.

“Dos países sin rey, pronto serán un caos”. Comenta, Omar, con el Chambelán Mayor, que reúne a los más altos mandatarios de la Corte y les propone coronar a Agus.

—¡Ante grandes males, grandes remedios! —Explica.

—¡Su razocinio no alcanza los cinco años de edad! —Contesta admirado, el Fiscal Mayor.

—Grandes músicos lograron su obra maestra a esa edad —el Chambelán Mayor, parece estar en son de burla.

—Sí, claro, pero con la capacidad mental de un adulto —Contesta desabrido y molesto, por la chanza, el Fiscal fue un niño prodigio.

—Señor Fiscal Mayor, para nada nos hace falta su inteligencia, es una figura regia lo que necesitamos y el muchacho da el pego. Estaréis de acuerdo que su abuelo Anois, que bien desaparecido está, era difícil de manejar y por pura suerte no estamos en la ruina. No es un rey que piense, lo que necesitamos.

—¿Y si el príncipe Yacud se recupera? —Interrumpe, el señor Escriba.

—Me parece improbable, el muchacho padece una profunda conmoción cerebral, estoy seguro que no saldrá del coma —interviene, el Galeno.

—¿Y el pueblo? —El Maestro de Armas, está preocupado, por su nieto el príncipe Yacud, y en la parte que le corresponde de la tarta.

—El pueblo verá lo que queramos que vea. Hay suficiente oro en Montes Azules, para enterrar diez millones de comentarios, que son más o menos los habitantes de los dos países.

Es coronado Agus, con gran solemnidad, durante el oficio, el rostro amable del *Tonto*, está ensombrecido de doloroso pesar; por la enfermedad del hermano y la muerte de su querida madre. Agus, es la representación del dolor, todas las miradas están prendidas de sus inmensos ojos, cuajados en lágrimas. La tristeza que inunda las inocentes facciones es comunión de dolor, se transmite a los asistentes como una plaga,

que tan hondos pesares son de contagio. Lloro el Chambelán Mayor; el Fiscal; el Escriba; el Maestro de Armas, hasta estoy por decir que ráfagas de agua cruzan las africanas pupilas de Omar, quien no mostró pena alguna fue el señor Inquisidor, porque en todo ve la mano del Diablo y ya se frotaba las suyas de contento.

Unos días después de la coronación, ocurre lo inesperado: muere el anciano Rey Lenio I, el descendiente más directo es Agus, se le corona de nuevo en esta ocasión como Emperador. Escoge el Chambelán Mayor, Tierras Raras, como lugar de residencia para el Tonto, el Castillo es idóneo para mantenerle lo más lejos posible del pueblo. Rehabilitan el hermoso edificio, y expulsan a Omar por cuarta vez del país.

Camino a su destierro casi va sonriendo el Mago. Ya en la placidez de su Oasis, en espera los acontecimientos por acaecer, que darán lugar al nacimiento de la Séptima Bruja Mala Sombra, en casa del Amanuense Real, hijo del *Escriba Suicida*; palacete, conocido por todo el Reino, como *La Casa Grande*. Mala Sombra, será la tercera hija del hombre de letras, empero, esa es otra historia.

La Cámara Real, a petición de Agus, se destina a su hermanastro el príncipe Yacud. Agus, pasa el tiempo llorando sin más. Del comportamiento de Agus, nace un movimiento social que no tuviera parangón en las historias de los tres países: *L'angoixa*. Los copleros adornan sus historias, reales o no, con lagrimones como perlas. Se ponen de moda capas que barren el suelo; espadas de diez palmos y lo más interesante en un joven caballero es, tener la mirada con el aspecto de una interrogación, detalle conseguido aplicando en una pupila, unas gotas de belladona y pintándose la ceja correspondiente un mucho más alta que la otra. Así son las cosas de la vida.

El Emperador es tonto, pero el Emperador es querido e imitado por plebeyos y cortesanos. Temiendo, que las diferencias de cuna se acorten con la moda, el señor Escriba a petición del Chambelán Mayor, promulga una nueva ley:

*Según el estatud social, del hombre, que vista capa,
a menor rango, más larga.*

Por lo tanto Agus I, *El Emperador Tonto*, no puede lucir más que una esclavina, previniendo así, de paso, que se rompa la crisma rodando por las enceradas escalinatas del estrado. El Emperador, pasa largas horas en la Cámara Real junto a Yacud, sufriendo de un frío terrible, que le deja tiritoso durante todo el día y parte de la noche, el pueblo descubre *El Mal del Emperador* y es de muy buen tono, temblar sin orden ni concierto, como un azogado. Así van las cosas en los tres reinos.

Cierto día, Agus, sin consultar al Chambelán Mayor, se da en reunir a los Ancianos en una asamblea pública. Cuando el asunto llega a oídos de los Mayores de la Corte ya es tarde para remediar el entuerto. El Salón del Trono, se abre a más de dos mil invitados.

Agus, intenta conservar el empaque.

El Chambelán Mayor, a su vez procura distorsionar la clara visión del Emperador, al pueblo, andando de por medio, con un u otro pretexto. Agus, no pudiendo dominar los deseos de patearle las posaderas, le da un certero puntapié, causa y efecto de que el Chambelán Mayor, rueda los trece escalones del estrado, rompiéndose un tobillo, dejando con ello de incordiar al muchacho.

Llega el momento, temido por unos y esperados por los más, el Emperador se dirige a los Ancianos, intentando retener el temblor de la mano derecha, con los dedos de la izquierda, dice con voz potente, obligando todo lo que puede a su infantil garganta:

—Mi hermano el príncipe Yacud, morirá de frío y soledad si no se encuentra remedio para su mal. Hadas, físicos, ni galenos dan con el remedio ¡Me prometo en casamiento a la bruja que le cure!

Las palabras del muchacho son desatinadas, pero, señores ¡palabras de Emperador! Aunque parezca mentira el compromiso se oficializó con el Sello del Estado, en presencia y con el beneplácito del recién reconstituido Consejo de Ancianos.

Enterada, Esmeralda, de la buena nueva, se dice: “*¡Es llegado el momento!*” .Comienza por explicar a su ahijada Datia, quien es el Emperador Agus I, *El Tonto*.

—Lo que más ansia su tierno corazón es recuperar a su hermano. No será “problema” como esposo —asegura la Bruja—, además, no quitas nada a nadie, es mi descendencia de Tierras Bajas, de Montañas Azules, y de Tierras Rassas. Serás una hermana tierna y amable para el muchacho; ¡Y gobernaremos los tres países! Tenemos un problema, hay que contar con Omar.

—¿Por qué?

—El percance sufrido por Yacud, es obra de él, sin su consentimiento no podemos romper el maleficio. Ese maldito lo tiene todo pensado y atado.

Esmeralda, se pone en contacto con Omar. Rita de mala gana hace de correo. El sabio Astrólogo no se hace el remiso en contestar, pidiendo a cambio un dedal *del Elixir de la Vida Eterna*.

Rita vuelve con la respuesta, Esmeralda acepta; como es mucho peso para la urraca, la hace acompañar por Viriato el antiguo compañero de *Fabrián el Trovador Errante*, el plato favorito del halcón es un revoltillo de tiernas urraquitas, con sabia de acólito. Rita, vuela en tan tétrica compañía con el corazón tembloroso. Viriato, se ríe por lo bajiní de los terrores de la urraca. De tal situación dará comienzo una amistad que durará años, quizá, siglos.

Datia, con el potingue preparado por Omar, cura al príncipe Yacud, que desheredado por la mala fortuna, promete fidelidad a su hermanastro. No sufre con desespero el adverso destino, como es de noble corazón intenta acallar los rencores del alma con el amor del corazón.

Se dispone la boda entre Agus y Datia, para el día siguiente de la milagrosa curación. La ceremonia nupcial, resulta pasable, no bien, ni muy bien, porque el Emperador se da en jugar con los lazos del vestido de la novia, sin prestar atención alguna a las exhortaciones del plébano Monseñor Antón. Esmeralda, invisible a los ojos de todos, contempla a la singular pareja, sonriente. Un momento de la ceremonia es, en especial digno de reseña: ocurre cuando el bueno de Agus, intenta por todos los medios reunir en una sola mano, las Arras de la cestita que porta un paje del tamaño de un gnomo. Las monedas van a parar a las puertas de la Basílica de Santa Inés. El Emperador, gritando como un niño contrariado, se ha tirado al suelo tras las desperdigadas piezas de oro. El Jefe de Protocolo cree morir, Datia, intentando minimizar el comportamiento de su flamante esposo, corre a gatas tras él. ¡Victoria! Victoria para la moda, un nuevo juego de salón hará furor: “*A gatas con el Emperador*”.

Yacud, *El Sin Reino*, después de la boda de su hermanastro, decide marchar a tierras del moro, para conquistar su propio imperio.

Veinte años después.

Un día soleado de primavera, aparece a las puertas del Castillo, un hombre medio muerto, las heridas que le cubren el cuerpo son pura llaga. Agus, que juega con Datia al escondite, reconoce en aquella piltrafa humana a su amado hermano, Yacud; corre a su encuentro estrechándole con fuerza entre sus brazos, ante el pasmo general.

Logra, Yacud, *El Sin Reino*, formular unas palabras antes de morir, que llenaron de angustia el corazón de los Emperadores:

—*¡Han quedado en tierras de Africa, mi esposa Fátima y mis tres hijos!*

A Yacud, *El Sin Reino*, se le entierra con honores de Rey de Reyes. Conferidos por el amoroso Agus, que sintiéndose vivo, con gran desgarró, allí en donde el otro falleciera, quedó atrapado en el oscuro tajo de tan violenta muerte.

En el corazón, de Agus, la pena no parece tener fin, Datia, teme por su vida, porque el Emperador, se ha dado al olvido de la comida y la bebida, pasando el tiempo echado, como un perro, junto al sepulcro del tan amado. Manda llamar a Esmeralda.

Sabedor, Omar, de los acontecimientos y temiendo que Esmeralda de un giro no previsto al asunto, desbaratando sus planes; emprende camino hacia el antiguo *Reino Encantado*. Se cruza con los emisarios de Datia, en la frontera con el Pantano de la Muerte. Continúa con ellos, hasta la orilla del Lago. Dice, Omar, al Capitán de la Guardia:

—Volver grupas, estaré en el Castillo a media noche. Decid a la reina Datia, con el remedio para mitigar el dolor de su esposo.

Buen cuidado pone, el Mago Pintor, en no detenerse en contemplar el traicionero lucero, que parece brillar como una moneda de plata sobre las pantanosas aguas, va montado en el burrico Antón, famoso en los Tres Reinos, conocido por *El Risueño*, porque de tan viejo, se le ha levantado el labio superior plegándose en una arruga, que le presta la apariencia de una eterna sonrisa. A lomos de tan escuálido jumento, salva el mortífero lago, bordeando los álamos negros, que ocultan la senda que va a dar a la cabaña de la Bruja.

La casita de Esmeralda, pintada con yasaphinus parece arder en llamas. Conocedor de tal efecto, Omar, ni se preocupa, no así su montura, que saltando sobre sus cuartos traseros manda, al Mago, en aterrizaje forzoso a las puertas de la cabaña. En el umbral aparece, Esmeralda, sin apartar los ojos del caído se ríe feliz.

—¡Hola, querida! —Dice, Omar, endulzando su voz, melindroso y embustero.

—Qué tal Omar, mala bestia usas de cabalgadura.

—Traigo noticias de infortunios —contesta, sin hacer caso del burlón tono, en labios de la Bruja.

Se levanta dolido en su dignidad, pero contento de acallar las risas de la enemiga.

—La amarga tierra que portas en tus sandalias, secara las mieses que has pisado en mi huerto.

—Ya me dirás, para mí es, como si me alimentara con los matorrales salvajes del Espino, venir a verte, pero la necesidad obliga.

A lo que responde Esmeralda con el silencio. Cuenta, el Mago, la parte que le interesa de la historia, para terminar diciendo:

—En verdad que es desgracia, pero nada podemos hacer, la muerte de Yacud, *El Sin Reino*, es irreversible han pasado más de dos días. En cuanto a sus hijos, son tres, hay que traerlos. Sé en donde están y como hacerlo.

Esmeralda, observa al Mago Pintor, adivinando en él malas intenciones, cosa que siempre anda por su corazón y en ello se le ve pensando, contesta:

—Vayamos por partes. Primero; podemos, aliviar el dolor de Agus, convirtiendo a Yacud mi biznieto, en un fantasma visible para él. Segundo; si en verdad que sabes en donde están sus hijos y como llegar hasta ellos. Pues tú mismo...

—Los siglos, no han borrado mi nombre de la memoria del pueblo, sería, además de peligroso..., imposible almogavarear libremente por tierras del enemigo y menos acercarme a la Alcázar, alquibla de las oraciones del nieto de Hassan Ben-Hassan, hijo de Zuliman el Cruel, en donde están tus biznietos, no los míos.

—Ya me explicarás como.

Sin contestar a la pregunta, y ante la expectación de Rita, Azrael y Mandrágora, Omar saca del morral útiles para pintar, dando comienzo a un paisaje.

Nace una fortaleza de rojos colores, refulge esplendorosa entre un frondoso mar de pambiles.

Esmeralda se rebulle con internas inquietudes, ante los febriles trazos del Brujo Pintor, que sólo unos minutos después, da termino a su obra. Llama, de forma poderosa, la atención a Esmeralda una chumbera rebosante de higos color amarillo oro, rojo cinabrio y el verde más luminoso salido de paleta alguna. Con el gusanillo de la inquietud mordisqueándole la curiosidad, piensa: “*Es cosas del pintor dar o no cimeras a su obra. Pero, hay qué pensar siempre en los contras con este Omar, y es que no le veo el porqué de tan relamido adorno*”

Está diciendo, Omar:

—Con sólo desearlo, estarás a las puertas del palacete aquí representado, en donde crecen, casi en cautiverio, los hijos de Yacud.

Después de unos minutos de meditación, contesta la Bruja:

—Dejemos las cosas tal como están. Nunca le arrebataré los niños a su madre.

—Esmeralda, está escrito que Isabel bajo el nombre de *Mala Sombra*, nazca bajo el reinado de Yacud III, en *La Casa Grande*.

—La transmigración del espíritu de Mala Sombra, está en pronoya, no podemos saber en quien. Es posible que nazca en otro país, en otra casa. Que tu no gobiernas la tierra y cambiando vas de puro capricho, hace siglos, el destino de los pueblos. Guiado pareces, como un ciego de entendederas, por el novare engañoso de tu estrella ¿que penas retrasas? Isabel en esta vida, o en las venideras, no te amará y por mucho que el dubitar siembres en tu corazón la sed de amor, secará tu boca y dejará sin respiro a tu alma, la indiferencia de ella, al escuchar tus flaquezas... El amor, no es fuente de varios caños.

Omar, avisado y sabiendo que ha de sufrir grandes daños en su persistencia, insiste, olvidado de las palabras de Esmeralda:

—Te ayudaré a encontrar, a la reencarnación de mi adorada esposa Isabel, llegado su momento me retiraré, mientras tanto es mi beber y el tuyo, proteger la Casa de los Yacud. En este caso a tu biznieto.

—¿No me gastarás una mala pasada?

—¡Te doy mi palabra! —Dice, Omar, enseriando el semblante.

—Mira, Omar, que te conozco buscarás un resquicio para zafarte del compromiso y dejarme en el peor aprieto posible.

—Puedes añadir un maleficio al pacto.

—¿Cómo el de las aves? No, precioso, olvida tú idea.

—De acuerdo —Convine el Mago— ¡Qué *el Elixir de la Vida Eterna*, me sirva a muerte!

—¡Qué así sea! —Contesta, rápida Esmeralda.

El pacto, parece quedar, atado y bien atado.

Un viaje en el tiempo

Esmeralda, va a dar con sus maltrechos huesos, sobre una penca gigante, unos esclavos intentan rescatarla entre un coro de sofocadas risas, el aspecto de Esmeralda es lastimoso. Después de atendida por el Físico, la Bruja tiene espinas hasta en las pestañas, es conducida a presencia de la Reina mora, una belleza, dueña de unos ojos más negros que e ébano, sin apartarlos de la vieja zarrapastrosa, pregunta:

—¿Cómo has podido salvar los muros de la fortaleza?

—La ventisca me arrancó de mi tienda, no sé más, señora —hace tartamudeos con la voz como si se encontrara aturdida por el golpe.

—¿Estabas en una tienda, en el desierto? —Se asombra la joven.

—Sí, señora. ¿Podríaís decirme que lugar es éste?

No contesta la bella.

Temiendo se trate de una espía, decide poner en conocimiento de su esposo, el hallazgo de la vieja. Dejándola mientras tanto, refrescando el gaznate con un tazón de agua de coco y reponiendo fuerzas con pan de higo, dátiles y altramuces.

—¡Muy clara tiene la piel y muy verdes las pupilas! —Comenta la mora, con el guardián del aren—, bien puede ser una cautiva cristiana—, no la pierdas de vista.

Un gigantesco soldado nubio la vigila, atento y precavido. Temiendo las añagazas del diablo, que tal cosa le parece la intrusa.

Esmeralda intenta investigar por su cuenta, haciendo caso omiso del centinela.

Cuando a punto está de alcanzar la puerta, de un sopapo el hombretón, la sienta sobre la alfombra, dejándole maltrechas dignidad y posaderas, mientras le advierte:

—¡Ni se te ocurra!

—¡Así te conviertas en sapo verde! —Farfulla Esmeralda.

—¡Tú en comadreja! —Replica el hombre rápidamente con lo que demuestra estar versado en la ciencia de la Cábala.

—No tienes aspecto de mago —dice, Esmeralda, cambiando de táctica.

—Tú sí, de bruja, ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! —Se le carcajea en plena cara, muy feliz de su exabrupto.

—..., que sí, de un aprendiz de brujo, castrado —termina iracunda

—Ya —el guardián, no parece ni siquiera molesto—, te voy a dar un consejo gratuito: guarda tus fuerzas para el verdugo. Te harán falta.

Esmeralda, se le acerca hecha unas mieles, mientras que en el fulgor de sus pupilas concentra toda la maldad atávica de las de su especie.

—¡Tantos músculos y yataganes contra una anciana!

—¡Para aplastarte, me bastaría con la uña del dedo meñique!

—No me lo creo. No creo, que en verdad desees ser tan poca cosa. Presumiendo, como veo, de tanta altura.

—En estos momentos me daría igual con tal de machacarte.

—¡Que así sea!

Trabajo fácil para la Bruja, sólo le basta sacudir la babucha del gigante nubio, sobre los carboncillos incandescentes del incensario. Muy satisfecha con el ardid que raras veces falla, toma el alfarje más grande del guardián y ocultándolo entre los pliegues del zagalejo, sale de la estancia. Desdeña en su recorrido las puertas veladas por ricos cortinajes o abiertos huecos donde se lucen alfombras y cojines, no son aposentos de niños. Se dice: *“Busca un acceso a servicios restringidos y darás con lo que andas buscando, la sauseria por ejemplo”*. Cierta esta pieza es muy poco

frecuentada, o nada, por esclavos, está restringida al Maestro de Ceremonias, y enclavada por costumbre y necesidad, cerca del comedor y por tanto de los aposentos privados. Una puerta de roble incrustada con el arte de la taracea, detiene el sigiloso husmeo de la Bruja. La cerradura cede pronto ante sus manipulaciones. Sin parar mientes en la refulgente plata, cristal y vasijas de oro que atiborran la estancia, se dirige ya con paso firme a una puerta entreabierta, atisba con precaución unos segundos: Ni un alma. Hay en verdad silencios tan espantables cómo los clamores más horribles, y como el espíritu de Esmeralda anda a la greña con su mala conciencia, ven sus ojos a moros feroces enarbolando la segur, donde sólo hay sombras de cipreses.

Notas rumurosas del agua, llegan hasta sus oídos mezclados con la inconfundible voz de la bella mora y la de un joven varón. Lo que alcanza a escuchar, le hace temer en otra maldita treta de Omar.

Retira, unos centímetros, el gran tapiz que la oculta a la vista de los jóvenes, como temiera da en ver la figura de Yacud. Piensa que se desmaya, aunque no recuerda haber sufrido alguno en su infausta vida. El corazón azeante le desborda los latidos desde las sienes a las puntas de las humildes alborgas, sin pensarlo va hacia los jóvenes gritando:

—¿Eres tu, Yacud, *El Sin Reino*, hijo de Yacud II?

—Sí. Y tú quién eres.

—¡Maldición! El desgraciado, Omar, se ha equivocado en los cálculos del tiempo, del espacio!

Esmeralda, siente tal desaliento que la cabeza le da vueltas, a punto no está de perder el equilibrio, el joven movido por su buen corazón se le acerca.

—¡Mi bisabuela, Esmeralda! —Exclama, reconociéndola.

—La misma, querido Yacud. Déjame decirte: Una nube de cenizas se cierne sobre tu alma, eres aquel que está predestinado a perderse en los confines del tiempo, sin el retorno del cuerpo ni de la figura.

—Habla en sáxeo, queréis explicaros —Yacud, la mira inquieto.

Esmeralda, se ve en el triste trance de contar el motivo de su visita. Cree, el príncipe, en su palabra por las experiencias pasadas. Como faltan veinte años para su muerte, piensa que habría lugar para amar y educar a sus hijos, e intentar hacer feliz a su esposa.

Hace, Esmeralda, gran amistad con Aben-Ah, hijo del muy sabio Aben-Humella. Juntos recorren el desierto, haciendo provisión de minerales y plantas sanadoras, además de adentrarse en todos los espejismos para entender su naturaleza. Un atardecer, en especial hermoso, donde los cielos parecen pintados por los trazos febriles del Mago Pintor, una robusta mujer de color, se les allega y después de complimentar con todos los pormenores de la cortesía beréber; interesándose por cada uno de los deudos del acompañante de Esmeralda y de Esmeralda misma, delicadeza esta, que les lleva más de una hora. Cuando ya no hay a quien recordar, la mujer se dirige a la Bruja, y le suplica que le ayuden a encontrar el árbol del Alianto. Perpleja, queda Esmeralda, que contesta sin comprometerse:

—No conozco este país, buena mujer, de donde vengo, el Árbol está bajo la custodia de las hadas. ¿Para qué lo necesitas?

—Sin contar con las propiedades de sus frutos, sería casi imposible encontrar a una amiga de mi ama, Celima la Cautiva, conocida en tierra de cristianos como Isabel la Bruja —los ojos de la mujer, brillan inquietos y casi lo cierra al añadir—, esa amiga se llama Mala Sombra.

Los cielos del desierto emborrascados y cárdenos, no tienen parangón con las mejillas de Esmeralda, por una vez en su larga vida, es sorprendida en enaguas.

—¿Mala Sombra? —Se oye decir, tartamudeante.

—Creo, señora, qué sabéis a quien me refiero. Mi ama doña Isabel la Cristiana, me encargó buscarla cuando diera fin al Elixir de la Vida, que me legó, y vos sois la bruja Esmeralda a quien ella dio a guardar el Grimorio, hasta el avenimiento de Mala Sombra, caso y cosa que ya ha ocurrido...

Esmeralda, brujuleándole en el pensamiento las intenciones de la otra. Contesta.

—¿Y, cómo no sé de tu existencia?

—Es una larga historia.

—Pues cuenta. Poco tenemos por hacer, ¿verdad Aben-Ah?

—Verdad —contesta, aquel, que uniendo la palabra a la acción se acomoda sobre los tobillos—, al menos yo estoy dispuesto.

Sonríe Aben-Ah, al parecer divertido con la situación, Esmeralda, busca lugar al lado del hombre, sentándose a lo cristiano en una piedra plana, con el rostro serio y expectante, la mujerona imita a Aben-Ah, pero en una postura más comedida, no parece ni alegre ni triste. El fuego de campaña ilumina el lugar en forma de círculo, con destellos vertiginosos, detrás se asoma la noche tenebrosa, aplastada sobre las colinas de arena. Comienza la mujer su relato con voz bien timbrada, pero embebida de amargos tonos:

—El fin de mi ama, tiene sus comienzos en el nacimiento de un niño sabio, llamado Omar. El padre de Omar, Omar Aben-Ah Mohamed, era por aquel entonces un próspero comerciante, ¡más Alá el misericordioso nos ampare! Por culpa de los celos; que es el peor de los monstruos, porque corroe el corazón de hombres y les lleva a extremos de crueldad sin límites, llegó a morir en la mayor miseria. Contaré: La segunda esposa de Omar Aben-Ah Mohamed, era una bellísima muchacha, hija de un emir de la corte del Sultán; consumada bailarina; excelente cantora y narradora, que tiene cautivada el alma del comerciante, él no ve más que por sus ojos y oye por su boca. Dio en decir, la mala mujer, a quien quería oír: que el primogénito y único varón de su dueño y señor, estaba poseído por un *djinn*. No andaba muy descaminada, porque el niño ya predecía y advertía de tormentas, cuando el cielo aún resplandecía de luz solar, además de otras lindezas por el estilo. Se cuidó muy bien, la arpía, ¡Alá, el clemente, nos proteja de una mala lengua! que los comentarios llegase hasta el esposo. Como el cielo la hizo hermosa, usó de tal don y de las artes viles de la prevaricación, para cegar al hombre. Logró, la bella, desterrar al pequeño junto a su madre, haciendo que el comerciante pecara contra los preceptos del Corán, regalándole a ella el *saduka* de la primera esposa, obligando a su devolución a los ancianos padres de la hija repudiada. ¡Qué Alá el Poderoso se apiade de nosotros! Porque dice el Sagrado Corán: “*Sura IV Versículos 175.24. Si deseáis cambiar una mujer por otra y le habéis dado a alguna de ellas cien dinares, no le quitéis nada. ¿Desearíais arrancárselos cometiendo una injusticia y una iniquidad evidentes?*” Ciertamente es que el esposo infiel, cumplió justo castigo ¡Alá sea alabado! Sufriendo a los pocos años de tiña, durante toda la vida.

Cuando murió la madre de Omar, el muchacho no tenía más de doce años, vivían por aquel entonces en una casita blanca de cal. Pese a la extrema pobreza, a la que le condenó el padre desnaturalizado, el interior de la jibia, cumplía con todas las comodidades apetecibles por un chiquillo; celosías de cedro; adamascados cortinajes; mesitas de taracea; alfombras y mullidos cojines de raso.

El extraño don de la predestinación, les había salvado, a madre e hijo, de perecer en el desierto, o ser vendidos como esclavos. El pueblo le respetaba en público como a un anciano, aunque a escondidas le llamaban ¡*Medjnoun*! Despreciativos. Entre otras muchas y sorprendentes habilidades, el joven Omar, poseía la de pintor, había representado y dispuesto los signos del Zodiaco en el interior del minarete de su casa

con tal maestría, que sólo con abstraerse en su contemplación se podía ver el futuro. Quiso, la mala fortuna, que Zuliman el Cruel, se enterase del Alemin que el muchacho tenía pintado y mandó una orden de apresamiento contra él. Cuando le permitieron preguntar las causas del arresto, le contestó Zuliman.

“—Hay cosas que deben estar ocultas a los cielos y a la tierra. Has dado muestra de idolatría, adorando los grabados.

Los motivos eran bien distintos, el Sultán, quería ser el único dueño del misterioso don del joven. Como no encontrara argumentos para convéncele a quedarse, sentenció:

“—O me sirves sólo a mí, o te pudres en el calabozo.

Le dieran tres días con tres noches para pensarlo. En ese espacio de tiempo, Omar, pintó a su madre sobre las nubes del cielo, cara a la Meca. Cuando fue llevado a presencia de Zuliman el Cruel, contestó, ya resentido para siempre con el Sultán:

“—De acuerdo.

Tantos y tales fueron los aciertos, de Omar, que desde entonces el Cruel no perdió una batalla contra el infiel, poseía las concubinas más hermosas y deseadas; los tesoros más apetecibles y los límites de su Reino no conocían fronteras, gracias al muchacho. También Omar, menos libertad, lo tenía todo a los dieciocho años contaba en su haber con cien mil *djmeme*, tres palacetes; más concubinas que el Sultán y el poder de un emir. Pero, las cadenas de oro, cadenas son. El *taif* de su madre merodeaba a su alrededor, instándole a huir. Más que nada deseaba en la vida, volver a la libertad vivida en su blanca casita perdida, en un dédalo de otras similares. Suplicó, al Sultán, le permitiese volver junto a sus antiguos vecinos. Ni oír hablar de tal cosa quiso, Zuliman el Cruel. Le juró, Omar, no servir a otro señor. Inútil. Sabiendo el Sultán que pájaro enfermo de libertad, tarde o temprano se escapa o muere, llamó al Capitán de su Guardia, el muy fiero y leal Muza, y le dijo:

“—Tengo entendido que en tierras de cristianos, existe una joven de gran belleza acusada de brujería. De estar íntegra de cuerpo, la raptarás. ¡Qué Alá sea alabado! No habrá más dulces cadenas para nuestro querido Omar.

Cierto, la belleza y sabiduría de la cautiva eran tales, que le arrebatara a Omar, la paz del espíritu por los siglos de los siglos. Cuándo el joven Sabio escuchó en su interior *jaie!* era demasiado tarde, fue incapaz de intuir su propio destino. El Sultán, había acertado teniendo a Beatriz bajo su poder, Omar era su esclavo. No miró con malos ojos Beatriz al muchacho, Omar, eran todo un poema de amor, pero la cautiva, había dejado en tierras de cristianos al escogido de su corazón, don Fernando de Aragón. Ni cincuenta años asediada por la rendida obligación de Omar, ablandaron los sentimientos de la bruja cristiana. Sí, llegaron a ser grandes amigos. Beatriz, le habló del *Elixir de la Vida Eterna*. Asegurándole, además:

“—La bruja que agitate su corazón con el amor, por el amor mueren, sin remisión, sus poderes. Tengo más de cien años —añadió, la bella—, esta lozanía que disfruto, ha sido la culpable de todo cuanto me acontece. Es de razón ir envejeciendo.

A lo que contestó, Omar, creyéndola a medias:

“—Seré vuestro ayudante, si me lo permitid.

Entre tanto murió el Sultán, su hijo Hassan Ben-Hassan, envidioso, durante toda su vida, de las atenciones del padre, con Omar, regaló la pareja a un noble cristiano con el cual hacía años que andaba en tratos. Como la fama de Mago Pintor, nombre con el que se le conocía allende de los mares, había traspasado culturas y religiones, Don Justo el Duque de los Brezos, un elche de cuidado, aceptó encantado el presente, y les entregó a su vez, como ofrenda a Dario I, con la intención de ganar favor, en donde temiera

perder honor. A Beatriz, se la condenó a la hoguera, castigo que le aguardaba hacia años, en sus últimos minutos de vida, se le permitió ver a Omar, que mucho sobornó, este, en oro y diamantes al Gobernador de la cárcel, y al señor Inquisidor. Isabel le indicó donde escondía un celemín del *Elixir de la vida Eterna*. Advirtiéndole, con palabras dulces, pero firmes:

—“En mi Grimorio, donde además de infinitas recetas, está reseñada la primera parte de la fórmula del *Elixir*, está escondido, entre las hojas de Mandrágora, la que vive en el huerto del tío Antón, te encomiendo que lo entregues a Esmeralda, la séptima hija de Dario III, bruja que cuidará de una de mis reencarnaciones, que será allá por el reinado de Yacud III. Conocida, seré, con el sobrenombre de *Mala Sombra*, por un descuido de mi padre, el Amanuense Mayor. Administra con prudencia, el *Elixir de la Vida Eterna*. La segunda parte de la fórmula estará reseñada en un diario que escribiré por aquel tiempo. Y añadió: Se abrirá un tajo en la hermosa Roca Tornasol, cerca de *La Fuente de la Salamandra*, y es allí donde me ocultaré al Mundo de la Magia, a la muerte de Yacud IV, una reencarnación de Don Fernando de Aragón. En ese intervalo fabricaré una considerable cantidad del *Elixir de la Vida Eterna*, que entregaré a Esmeralda, antes de desaparecer durante tiempo indefinido de vuestras vidas. La última reencarnación será por el siglo XXI, al mismo tiempo que Esmeralda, bajo el reinado de Juan Carlos I.

La mujerona dio terminó al relato, diciendo:

—Ni pasó por las mientes de Omar, entregar el Grimorio a bruja alguna, y es por ello que el fantasma de Isabel, encontró la forma y manera de quitárselo. Ahora nadie sabe donde se haya.

Llegados a estos extremos, pregunta Esmeralda:

—¿Cómo no pudo cambiar los hechos, y salvar a su amada?

—Estaba escrito.

—¿Lo del Alianto, era un pretexto para saber de mí?

—Sí.

—Hay una pregunta más —Esmeralda, mira a la mujer, adentro de las oscuras pupilas, tomando por asalto la conciencia de la otra—, en qué dimensión estamos.

Aben-Ah, borrando la sonrisa de su rostro, advierte:

—¡*Ghaíd!*

Esmeralda, no entiende el porqué de la advertencia del hombre, además la historia le parece mal cuajada, como si toda ella estuviese bogada, en un intento de ocultar los puntos más importante.

—¿Cuándo tornarás a tu mundo? —Pregunta, la mujer, dada por respondida la pregunta, hecha por Esmeralda, en boca de Aben-Ah.

—El futuro es tan incierto... —Esmeralda, no piensa explicar que el Grimorio, se lo dio la mentada, cuando sólo era una niña de cinco años—, temo no llegar al final de la historia. El nacimiento de Isabel, en casa del Amanuense Real, se espera allá por el año 1442.

—Yacud, *El Sin Reino*, parte este amanecer a pacificar una rebelión en el desierto, está escrita su muerte.

—¿Entonces? —Si esperan sorprenderla, van listos.

—¡Ha llegado tu hora de volver!

—Omar, me gastó una de sus malditas bromas, y aquí estoy sin recursos para emprender el viaje de regreso.

—Lo sé. Tenemos el lienzo dibujado por Omar.

Esmeralda les mira, codiciosa de la verdad, y contesta malhumorada pensando, que sería para sus intereses mal asunto, llevarse a la mujer y a su amigo, que más

parecen amar a Omar, y menos respetar la memoria de Isabel. Sabe, Esmeralda, que tales individuos usan sus instintos, como si fueren lenguas de sangre doliente, y engañan al más visado en asuntos de brujería. Poco han contado de su vida y la largueza de ella. Así, que contesta, Esmeralda, con el pensamiento recluso, en los trasfondos de la palabra:

—No hay manos mágicas para incorporaros a la pintura. Seríamos bastantes más de los previstos por Omar. No resultará.

—Este país es la cuna del esoterismo. La Cábala, es la religión de buena parte de la Alcazaba. Nos ayudarán. Es de razón.

—No tan ligera —contesta, recuperando genio y figura—, ¿qué gano con ello?

—Nunca, te harás con el lienzo —contesta, la mujerona, con un punto de amenaza, en la voz.

—No entiendo tu empeño en ir a tierras de cristianos. Sólo te espera la esclavitud —no demuestra, Esmeralda, el furor que padece.

—No es cosa que te importe.

Llegan a un acuerdo, que Esmeralda no piensa cumplir.

En silencio regresan a la Alcazaba. La noticia con la muerte de Yacud, *El Sin Reino*, les sale al paso. Piensa, Esmeralda, en cobrarse del Mago Pintor, con moneda de sangre, la endofasia sufrida en el tiempo.

Va en busca de la bella mora.

No es fácil convencer, a Fátima la esposa de Yacud, *el Sin Reino*, a emprender viaje con los hijos, y menos en viendo la forma y manera de hacerlo, porque en donde Esmeralda promete vida, la otra sólo ve destrucción.

Perdidos los estribos, Esmeralda la duerme de un sopapo. Y remedio puso a los deseos de los otros, dándole con engaños a beber de un refresco manipulado, con la intención de hacerles perder la conciencia, que no la vida. Queda quieta en tierra, la mujerona, con el rostro vuelto contra el cielo, que del hermoso moro, no dejó más que una hilera de maldiciones en el aire, como si novedad fuera, para él, la falta de palabra en una bruja.

Resarcirse del engaño de Omar, es cuenta por cobrar y piensa hacerlo, en hora propicia.

Los tres hijos de Yacud, *el Sin Reino*

Yacud, Lenio y Rodrigo, más su esposa Fátima, aparecen junto a Esmeralda, en los aposentos donde llora, Agus, la muerte de su hermano.

Agus I, *El Emperador Tonto*, condigno de reinar entre los ángeles, por su bondad, no es servible para hacerlo entre los hombre, más parece su cuerpo, una sombra miserable raída y destrozada por las fauces de un tigre hambriento... Allí, tirado sobre las frías baldosas ¡ni el frío labio del mármol, le alivia la enfiebrada frente!

No es hora de preguntas y nadie las hace.

Abraza, Datia, a los hijos de su cuñado, que de sorprendidos parecen alhelados.

Omar, piensa y hace bien, en desterrarse por su cuenta, alejándose de la vida y vista de la Bruja, por el tiempo que le sea necesario. Antes de partir, Omar, entrega a Yacud, el hijo mayor de Yacud, *El Sin Reino*, un *Sinario*, con predicciones para un futuro próximo y formas y maneras para enmendarlo, de ser necesario.

Agus, abdica en sus tres sobrinos.

Rodrigo I, reina en Montañas Azules; Lenio II, en Tierras Bajas y Yacud IV en Tierras Raras, bajo cuyo mandato, está escrito, se reencarne Isabel.

Yacud, *el Sin Reino*, convertido en fantasma, vivirá por los siglos de los siglos en compañía de Agus y Datia, siendo los tres muy felices, con Esmeralda en el Pantano de la Muerte; tiempo después volverán, al Castillo, a cuidar del espíritu atormentado de otro de sus moradores.

Desde hace años, el trueque ha sido la forma habitual de comercio entre los Tres Reinos. Con los nuevos gobiernos llegaron los aranceles, diezmos, cillas, tributos y derechos reales, por partida triple. El pueblo soliviantado anda a la greña con las autoridades. Muchos son los medios ideados para separar físicamente los tres reinos, inútil, es de oficio que la picaresca encuentre remedios para burlarlos. Por otra parte el descontento del clero y la nobleza va en aumento, no es nada fácil gobernar por separado, con casi todos los habitantes emparentados y seguir con el negocio de los impuestos.

El señor de Osiris, padre de la despechada Celeste, que aún vive, y vivirá más que Matusalén, conserva frescos los recuerdos y rumia la manera de vengarse de la casta de los Lenios y de los Yacud. Reúne en los bosques de su mansión a un selecto grupo de la aristocracia de los Tres Reinos, dentro del mayor secreto. Ni las hadas se enteran y eso que es fama su omnipresencia; translúcidas pasan por nuestra existencia, sin dejar huella tangible; sí, el hálito de su existencia, en la esencia de las cosas.

Rita, que siempre anda en los entretenimientos del espionaje, seguida muy de cerca por Viriato, quedan estupefactos de lo que allí se trama. Cuando dieron fin al conciómbulo, siente, Rita, la empeluca erizada y Viriato los ojos brillantes como luceros, de puro sobresalto. Las consecuencias de lo acordado por aquellos hombres, puede ser, si no se remedia, de muerte o ruina para muchos. En rápido vuelo se allegan hasta las aguas del Lago Pequeño, para pedir consejo a Alampagua.

—¡Alampagua! ¡Alampagua! —Grita, Rita, mirando hacia las simas de las aguas.

Emerge de sus profundidades, el monstruo marino, y después de un gran bostezo, contesta con su legendaria amabilidad:

—Me llamabas, querida, pareces asustada.

—No es para menos, cuando sepas de lo que se trata.

Después de una sobresaltada plática, deciden ir a ver a Esmeralda; Viriato y Rita por aire y Alampagua por el lecho del Río de la Luz, que va a dar a *La Fuente de la Salamandra*, lugar donde, la Bruja, pasa la mayor parte del día recolectando plantas. Al enterarse, Esmeralda, del acuerdo entre los gentiles, instigados por el codicioso Osiris y respaldado por el temible Duque de la Pezuña, tiene un momento de pánico. Mitigar los males que se avecinan, no es asunto fácil y menos evitarlos.

Antes del amanecer ya están, Rita y Viriato, encaramados en el mástil de la bandera, en la mansión de Osiris, con el propósito de enterarse, lo más y mejor posible del acuerdo, si lo hubiese, entre el Duque de la Pezuña y Omar.

Con las primeras luces cárdenas de la Aurora, el Duque de la Pezuña, abandona el palacete a pie, disfrazado de monje. En los extramuros del Valle, le espera un empavesado mozo de tierno aspecto y muy retorcida mente llamado Breo, con dos briosos corceles que relinchan inquietos y la armadura del caballero; en el abismo del escudo, está grabada la pezuña de un macho cabrío. Cuando el Duque, se desprende del hábito, una turba de pequeños demonios se dejan sentir por doquier. El cielo ha perdido el rosado adorno de la amanecida.

Exclama, Rita.

—¡Malo, requetemalo, con el Averno nos topamos!

—Omar, es mi amigo, antes que me arrebatara de su compañía Fabrián, para lucirse con mi adiestramiento, a él le debo está larga vida que gozo. Temo que le dañen.

—Comprendo que quieras avisarle.

—Me adelantaré. ¿Qué te parece?

—¡Estamos en encargo de Esmeralda!

—Si el enemigo de mi amigo, se convierte en precio mío ¡qué mal puede acarrearle a aquel, que considero que se sabe, amigo mío! No tardaré —contesta, con sabiduría, el halcón.

No entiende, Rita, el razonamiento, pero, asiente con la cabeza, pensando que el halcón tiene, muchas y peregrinas ideas sobre la amistad. Temiendo males mayores, la urraca se traga un fruto del Alianto, de los tres que Esmeralda, en previsión, le ha colgado del cuello, y sigue a la comitiva a lomos del caballo de Breo. En sabiéndose invisible a los ojos del Duque, casi disfruta del paseo.

Viriato, ha remontado el vuelo hacia el *Oasis Inventado*. Para su desgracia es visto por el Duque. Bien sabe, el intrigante, de la amistad del ave con el Mago. No quiere sorpresas y mucho menos que Omar, esté prevenido de su visita.

—Presa descuidada, presa segura —comenta, con Breo.

Con mano firme, tensa el arco y con buen tino lanza una flecha que alcanza de lleno a Viriato. Sin poder hacer nada por evitarlo, Rita, contempla horrorizada la paliza propinada al caído, antes de despeñarlo por el acantilado de los Dientes del Diablo. Cuando le dan por muerto, sigue el camino felicitándose por el acierto, entre risas.

—¿Por qué nos seguiría? —Comenta, el Duque, un tanto inquieto.

—Señor —responde el criado—, debe ser su ruta.

Lo no previsto por el Duque de la Pezuña, es que una urraquita de nada, se juegue la vida por salvar a un halcón. Arrastra, al herido, hasta un desprendimiento de rocas, a salvo de posibles alimañas. En viendo todos sus intentos fallidos de recuperar tan siquiera la conciencia del herido, le da a tomar un fruto del Alianto, embuchándolo como si fuese un polluelo, para poder transportarlo, hasta la grupa del caballo de Breo. Así, le salva la vida, que no el vuelo. El ave sin el peso de la carne, recobra el poder de los sentidos.

—Rita, estoy hecho migas —dice, queriendo dar al tono de la voz, son de broma. Después ensombrece el semblante—, no podré avisar a Omar de la misteriosa visita.

—Lo haré yo —contesta, Rita—, me adelantaré cuando avistemos la casa.

A lo lejos la casa, de Omar, brilla esplendorosa al sol machacón de las tres de la tarde. El Duque, versado en las artes de la diplomacia, y entendiendo que la paciencia es un grado, decide esperar hora más propicia para llamar a las puertas del Mago. Descaburga el Duque, manda a Breo, junto a los caballos a un sel, donde pasta *Sonrisas*, lo suficiente lejos para sentirse libre de sus oídos y lo suficientemente cerca, por si le es necesario de su auxilio. Se dispone a esperar bajo la sombra de una palmera, desde donde puede ver la fachada principal de la vivienda, sin ser visto.

Rita ha entrado por la chimenea, haciendo milagros de su miedo.

Viriato, yace desmayado sobre el lomo del caballo de Breo, le ha pasado el efecto del fruto y teme Rita, que sea descubierto, de un momento a otro, aunque Breo se ha dormido y murmura en sueños.

Con el alma en el pico, la urraca, se acerca a Omar, que dormita en una mecedora; como gato en acecho tiene un ojo abierto puesto con fijeza en un punto lejano, mientras el cerrado temblando está de risa contenida.

Sin pararse en saludos, bien sabe Rita que el viejo ya la ha visto, cuenta del percance de Viriato, y le advierte de la eminente visita del Duque de la Pezuña. Casi suplica al terminar diciendo:

—Omar, sería una gran desgracia, que os avinierais a los deseos del Duque.

A lo que contesta Omar, sin cambiar de postura

—Veremos, Rita, veremos.

Después de comer un fruto del Alianto, ofrecido por Rita, Omar se llega hasta donde Breo. Con gran cuidado toma a Viriato entre sus brazos y se dirige al chamizo, que está fuera del alcance de miradas indiscreta y visitantes indeseados. Trata las heridas con ternura impensable en él. En verdad la paliza ha sido tremenda. Pone en el pico del ave una gota del *Elixir de la Vida Eterna*.

—Se salvará —dice, el Mago Pintor, ahuecando la voz.

No contesta, Rita, aplicada en la ayuda con el vendaje de alcatenes, haciendo materia de su voz, los suspiros del alma.

Declina, el sol por Oriente, cuando la puerta de la encalada casita se abre, dando paso a un Omar teatrero; espanta por lo escuálido que está y la tristura de apariencia de catimbao, que ha adoptado. Bisbisando imprecaciones se dirige al adormilado Duque. Llegado a él, le sacude por los hombros al tiempo que grita:

—¡Fuera de mis tierras!

La Pezuña, grabada en el escudo, cobra vida recuperando el tamaño que debiera tener un animal de quinientos kilos y cocea al mago en las posaderas, eso sí, casi como si le acariciara, de todas formas le hace dar de morros sobre el pecho del Duque

—Señor, Omar —murmura aquel, ocultando sus altivas maneras.

—¡Imbunche, desgraciado! —Omar, no está tan enfadado, como quiere aparentar.

—Omar —dice el Duque de la Pezuña, casi con ternura —ayudándole a recomponer el empaque—, vengo en nombre de un grupo de caballeros a proponerte un trato. Las condiciones quedan de vuestra parte.

Mirando, Omar, a la Pezuña que en estos momentos se reduce a un fino anagrama, contesta malintencionado:

—¿Y, qué podría daros yo, que no tengáis? ¡Sicario de Luz Bella!

—Una muestra de vuestro Arte —contesta el Duque.

Omar, le mira caviloso, y al fin dice:

—Es la curiosidad, no lo olvidéis, lo que me hace escuchar vuestra propuesta. Seguidme —y añade en viendo al hombre recoger escudo y lanza—, ¡sin vacarí! Os doy palabra que mientras seáis mi huésped, nada desagradable os ocurrirá.

El animal representado en el escudo parece rebotado, hace extraños signos a su amo, como aquel no le hace el menor caso, obsta por disolverse en el bruñido acero. El Duque, que nunca estuviera en tratos con Omar, se frota las manos, seguro de tener resuelto el asunto.

Un achinado zaguán da entrada a la casa de Omar, destinado también como recibidor y cocina. El lugar es de lo más acogedor. La chimenea en forma de campana, se alarga en dos faldones hasta casi hasta el centro de la estancia, para rematar en sendos poyos, cubiertos con aspilleras. En las paredes aparecen representados los doce signos del Zodiaco, sabiamente dispuestos. No hay más muebles que los necesarios; una consola con enseres de cocina; un chinero donde lucen copas de cristal y platos de porcelana; una merecedora vestida con zaraza; un sillón frailerio repujado con arabescos motivos; balgueño de oscuro nogal con incrustaciones de hierro, sobre terciopelo verde oscuro..., y poco más.

Ofrece, Ornar, asiento a su huésped, bajo la embocadura de la chimenea, hay grandes cojines de raso y una mesa de taracea, sobre ella un brasero de cobre, quema incienso de perla, ennegreciendo la llama que perfuma. Omar, revuelve entre sus brasas haciendo tiempo a que el hombre se acomode. El realismo de la vida, parece alejarse más allá de los pentagramas, dibujados en las paredes de la estancia.

Escucha, Omar, las razones de su visitante y las promesas, una risilla, divertida, destiente los trazos firmes de su boca. Se carcajea junto a su rostro de su visitante, sin decoro alguno. El Duque, le mira sorprendido, un tanto asustado. Dice con voz atiplada:

—¿Qué os pasa, Omar?

—¿A quién se le ha ocurrido tan genial idea? Nunca escuché tal desatino —responde, el Mago Pintor.

—Es cosa mía —el Duque, parece molesto.

—Habéis cometido un gran error. No pienso mover..., un pincel.

—Este pequeño oasis, es de suprema belleza... —el Duque, clava sus ojos rojos, como los carbones del incensario, en las pupilas de Omar—, dos décadas atrás, no era más que un montón de espinos bardados por la maleza.

—En veinte años se pueden hacer muchas cosas —los ojos africanos, de Omar, relucen belicosos.

—¿Cómo demostrar, que no ande de por medio, el diablo?

—¡Y tenéis la desfachatez! —Se admira el Mago.

—Con una buena bolsa de oro se compran testigos...

—Estáis, por ventura, amenazándome con un proceso por brujería, precisamente vos, con ese animalito de compañía que traéis.

—¡Y tanto! Sin olvidar que este “animalito” sólo está en vuestra imaginación ¿Podríais probar su existencia? ¡No! Claro que no.

Entiende, el Mago Pintor, que por lo pronto ha perdido.

—De acuerdo os ayudaré: A cambio las escrituras de estas tierras con el Sello del Estado y vuestra firma, visible y clara. ¡Ah! Además redactareis el documento, en tales términos, que resultéis tan implicado como yo... —en viendo que el Duque, tuerce el gesto termina diciendo—, es en previsión de que tengáis la mala ocurrencia de entregarme al Inquisidor, después de conseguido vuestro descabellado proyecto. Nunca se sabe donde está la traición, y viniendo de un lacayo del Averno, menos.

Contesta, el Duque, sin prestar atención al exabrupto:

—De acuerdo.

—¡Que así sea!

Cuando el Duque de la Pezuña hubo escrito con tinta indeleble y sellado con gres la donación del oasis, Omar, toma acomodo delante de un gran lienzo, y da comienzo a la mayor de sus obras. *La Sierra Inventada*.

Principia, llevando a la tela un camino arenoso muerto de luz, orillado por zarzales y cañas, para poco después va tomando nuevas alturas, y frondosa vegetación. Aquí el sendero aparece bordeado por tomillo y romero, más allá unas abutardas se entretienen en decorar sus nidos. Poco más arriba, un espeso bosque toma cuerpo. Después de lo podrían ser tres o cuatro kilómetros, tornase la arboleda escasa allá donde la encina pinta trazos leñosos. Más arriba los verdes matojos crecen espinosos y resecos entre los pedregales. En esta parte del lienzo son frecuentes los despeñaderos erizados de maleza. Ahora el conjunto de rocas es disforme; picachos desgajados; pétreos monolitos; profundos cortes. Omar canta en esta zona la robustez de la naturaleza. Después, altísimas cimas brotan del pincel del Mago en ráfagas luminosas, llevando al lienzo las sombras de los más bellos parajes que el ser humano pueda concebir. Cuando ya es absoluta la aridez del terreno, vuelve a pintar espesos matorrales; gloriosos bosques y hasta la brisa que suspira entre el follaje. Es la amanecida cuando, Omar, culmina su obra maestra, incorporando más aves y animales de tierra al paisaje. Impresionante tapiz, que pende desde el cielo a la tierra, separando sin remisión a los Tres Reinos.

Viriato y Rita se miran espantados. Las consecuencias serán terribles sobre todo para Alampagua. *El Río de la Luz* a quedado al otro lado de la inmensa sierra. Viriato, recuperado a medias, vuela hacia el Pantano de la Muerte acompañado por Rita. Ni se han despedido de Omar, que les ve partir cabizbajo.

Alampagua

Pasan los días, viendo Esmeralda que Alampagua se está deshidratado sin remisión, va en busca de Tonino, un muchacho a quien ha visto y permitido jugar con el monstruo, le dice, con voz amable:

—Alampagua se muere. Quieres ayudarme.

Los ojos del chico contemplan a la Bruja del Pantano, sin recato. No está nada seguro, puede tratarse de un ardid de la vieja para devorarlo, en la aldea se comenta que se alimenta de niños. Guardando una prudente distancia, le contesta:

—¿Ya me diréis cómo?

—No sólo, Alampagua, está en peligro —contesta con, suavidad la Bruja—, pronto todo el bosque que rodea el Valle será una poquedumbre. Y el país entero morirá de sed.

—¿Cómo? —Repite, Tonino inquieto.

—El remedio está en el Monte de la Luz —dice, Esmeralda mientras refresca la gran cabeza de Alampagua, con una trapo—, me hacen falta noventa frutos del Alianto, es para enmendar en lo posible, la desgracia de la *Sierra Inventada*.

El niño queda en suspenso por unos segundos, después contesta:

—Eso es imposible. Día y noche lo custodian las hadas y además está mi padre, si se entera que ando en tratos con usted, me despelleja.

Esmeralda acomodándose al talante del chico, farfulla.

—La misión es un tanto delicada y hasta quizá peligrosilla, pero me pregunto; cómo haces para entrar en mi Pantano, peor fama tengo yo que las hadas y dime: ¿te ha ocurrido algo malo? Ahora está tu amigo, Alampagua, en grave aprieto, le quedan unos días de vida, ¿y no vas ha hacer nada? ¡Pues perfecto y todo por mengues de niña asustona!

—Señora, si está en mis manos hacer un favor a Alampagua lo haré, procure no engañarme y emplear los frutos en alguna maldad, mi padre es el Zapatero Real.

—Te doy mi palabra —promete, Esmeralda, muy seria.

Después de superar unas escaramuzas con las hadas, Tonino vuelve triunfante.

—Ahora —dice Esmeralda, entregándole un descomunal diamante, y una bolsita de otros más pequeños, de diseño propio—, dáselo a tu padre a cambio de un metro de la mejor piel curtida e impermeable. Todo irá bien, no temas. A la vuelta pasa por el caserío del Tío Antón. Entre las hortalizas de junto al aljibe, busca una mandrágora, casi te sobrepasa en estatura. Te acercas a ella con precaución, siempre está malhumorada. Le dices exactamente: *Esmeralda te necesita*. No pesa mucho, la transportarás en brazos hasta el bosque, los guijarros del lecho seco del río podrían dañar sus raíces.

—¿Qué le diga qué...? ¡A una planta! —El pastor, barrunta que la Bruja además de mala, está loca.

—No es tiempo de explicaciones, pero te diré: Mandrágora, tiene el don de andar sobre sus raíces y hablar—, amiguito, no es asunto de tu incumbencia. ¿Lo has entendido? —Después de tan escueta explicación y sin darle tiempo a rechistar, continua—, el regalito cerrará la boca de tu padre. Puedes contarle para que usará la piel. No te creará, por lo tanto matamos su curiosidad y tú no mientes. ¿De acuerdo?

—¿Y para qué quiere, usted, la piel?

—Para hacer unas botas a Mandrágora.

De acuerdo intenta estar, el chico, a pesar de no entender nada.

El Zapatero Real no husmea, ni el porqué ni el qué, de los diamantes.

—¿Total qué peligro puede esconder un metro de piel? —Dice, meditabundo. Después alza la vista hacia el hijo—, ¿verdad Tonino?

—Cierto.

El guaje, sale, con el corazón tembloroso. Busca la planta descrita por Esmeralda en el huerto del tío Antón, mira y remira junto al pozo y no ve ninguna.

—¡Señora Mandrágora! —Llama inquieto, no sabiendo que tratamiento, usar con una planta habladora.

Asoma, por el brocal, la hermosa corola chorreando agua. Al contemplarla salir del pozo sirviéndose de las raíces, como manos y piernas, está a punto de caer al suelo fulminado de miedo.

—¿Qué quieres? —Pregunta, Mandrágora, con acento templado, en temiendo un soponcio en el chico, con visos de ataque mortífero.

—Es..., Esmeralda, la necesita.

—¡Téplate, no vallamos a que la jindama te mate!

No acepta, Mandrágora, el transporte a hombros de Tonino. El desplazarse sobre los pedruscos del río le ocasiona grandes dolores en sus viejas raíces. Hace años que disfruta paz y sosiego lejos de las historias vividas en compañía de Esmeralda, en las tierras bien cultivadas del tío Antón y a la vera sombreada del aljibe, un regalo para su vejez.

Esmeralda, le ofrece un barreño de esponjosa tierra húmeda.

Después de unos minutos de solar descanso, empleado en recordar viejas glorias, habla Esmeralda:

—Alampagua se muere. *La Fuente de la Salamandra*, después de alimentar los pozos del Valle, no basta para satisfacer las mínimas necesidades del animal.

—Difícil lo tenemos.

—Conozco al autor del prodigio.

—No te referirás a quien yo imagino... y, no tendrás la genial idea de entrometerte en la vida y obra de Omar —en viendo que Esmeralda mira al techo, enfurruscada, añade—, ¿es eso verdad? ¡Tú no estas bien de la cabeza!

—Le ofreceremos un pequeño tesoro. No le ocasionará grandes males de consciencia cambiar de bando. A ti te respeta.

—Quieres decir —Mandrágora está admirada de la desfachatez de su amiga—, que has hecho planes antes de contar con mi consentimiento. Muy propio de mi Esmeralda.

—Se avendrá a ayudarnos. No hay nada por temer.

—Si tan segura estás, porqué me necesitas ¡tú misma!

—No es tan sencillo, el Duque de la Pezuña, que no se fía de Omar, le tiene puesto un vigilante muy especial. Yo no podría burlarle.

—¿Qué me dices de los frutos del Alianto?

—No sirven para con ese *ser* ¡ve en las tinieblas más profundas y a través de la propia esencia de las personas!

—¡No se tratará de un servidor de Luz Bella! —A Mandrágora le tiemblan las hojas.

—Un imbunche. El Duque es amigo del señor Inquisidor —contesta, Esmeralda, haciendo la señal de la higa para protegerse.

—No has pensado en Rita y Viriato, a ellos les encanta meterse en este tipo de berenjenales.

—No pueden con la bolsa de los frutos.

—Ni yo.

—Te daré un buchito del *Elixir*...

—¡Ni hablar, preciosa, nunca más beberé de ese potingue!

—Ya lo has hecho, lo puse en el agua donde reposan tus raíces.

—¡Si serás...!

La planta no encuentra la palabra que le cuadre, para el insulto. Saca las raíces del agua y persigue a Esmeralda por toda la cabaña a leñazo limpio.

—¡Bruja maldita! —Va, diciendo a cada golpe.

Esmeralda, riéndose para sus adentros, corre hacia el Lago Pequeño. La visión de Alampagua seco como la raspa de un bacalao, estremece a Mandrágora.

—¿Querías que lo viese, así verdad? —Murmura, entre sollozos.

—Me ayudarás.

—¿Cómo llegar, son al menos cien kilómetros?

—Ya está resuelto, te he confeccionado unas botas de fina piel. En ellas he puesto unas gotas del *Elixir de la Vida Eterna*. Todo está previsto. Es un diablo de la nueva hornada, para nada sospechará de una planta.

Mujer y planta se sostienen la mirada. Dice, muy airada, Mandrágora.

—Mira que segura está la señora. ¡Pues nada de nada, no cuentes conmigo!

—¡Oh! Querida mía, prométeme, al menos, pensarlo.

—Bien —contesta, Mandrágora, guardando un hosco silencio.

Como la noche es muy larga, y seguramente por la soledad en que se encuentran los sentidos, a Esmeralda le sobra tiene tiempo para convencer a su vieja amiga. Hacen los preparativos del viaje. Rita muy contenta de no haber sido la elegida, va y viene con encendagas en el pico, procurando que los leños del hogar ardan fogosos y la bruja no tenga el porqué de echarla a faltar. Muy feliz bate las alas con suavidad, anda pero que muy mal encaminada la urraca. Como no tiene pólize, Mandrágora, para hacer con propiedad la higa, Esmeralda, sin recabar permiso de Rita, le prende en la empeluca una de plata, la higa tiene la propiedad de espantar malos espíritus, no pone inconvenientes, la pobre urraca, por respeto y cariño a la anciana planta. En verdad que por unos momentos, odian las dos, a Esmeralda.

La primera reacción de Mandrágora al verse calzada con las botas, es de llanto, después una risa nerviosa le recorre las hojas con la fuerza de una descarga eléctrica.

Rita, Viriato y Azrael, miran boquiabiertos a Mandrágora..

—Vamos —Esmeralda, intenta llevar cordura, a la histérica—, ¡no es para tanto!

—¡No! Sólo que le parezco a *Pulgarcito*. ¿Dónde imaginas que voy ir así... con esto? ¡Eh! ¡contesta, bruja loca!

Esmeralda, controlando la risa, dice amenazante:

—No pienses, ni por un momento, que he olvidado los favores...

—¡Sin coacciones! Jamás voy a pasearme por el Valle de esta guisa. Seré el hazmerreír de todos los cativos del Reino.

—¡Cómo se muera, Alampagua, por culpa de tus melindres de poco te van a servir las vergüenzas, en una fuente, picadita y bien condimentada con sal y pimienta.

—¡Serías capaz!

—Un niño ha hecho más que tú, no siendo del gremio ¡so penca!

—¡Sin insultar!

Mandrágora, sabiendo del amor que Esmeralda profesa a la bestia y de la propiedad de sus amenazas, opta por hacer el ridículo y conservar todas sus hojas, sino la vida. Parte, malhumorada.

Esmeralda, la acompaña hasta el limen del bosque. Hace el retorno caminando despacio, el sendero está iluminado por un sol claro que viste a los álamos blancos como fantasma de día. Azrael aparece saltando como un gamo, entre el follaje. Cuando la da alcance dice:

—Muy cerca del Pantano de la Muerte, Tonino te espera al parecer hace largo tiempo, en cálculo del montón de huesos de ciruela que siembran el sendero. Es peligroso, ese lugar, para el niño.

—Gracias, Azrael. ¡Este muchacho!

—Puedes subir —se ofrece el gato, agrandando la figura.

Tonino, está sentado sobre un tronco al lado de las traicioneras aguas, a su vista descabalgua, Esmeralda. El niño le sale al paso, pidiendo con los ojos orientados al suelo

—¿Podemos, subir hasta la gruta de Alampagua? Traeremos recipientes con agua. Seremos todos los niños del Valle.

—De acuerdo. Os espera un tazón de garbanzos tostados y almendras garrapiñadas, en mi cabaña, con una condición; que ni un adulto os siga. Esta trocha que tu recorres tan ufano puede tornarse en una trampa mortal. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, señora —responde, alegre.

—Puedes llamarme por mi nombre, Esmeralda.

—Gracias, señora Esmeralda.

En el *Oasis Inventado*.

Omar, adormecido, se balancea en su mecedora favorita bajo el emparrado del porche, no dormido como piensa, Mandrágora, paso a pasito se le acerca cuando está a punto de dejar sobre el regazo del hombre la nota de Esmeralda, junto a los frutos, aquel abre un ojo y lo clava en la planta, haciéndole retrocede con tal precipitación que las raíces tropiezan entre ambas, a poco no está de rodar por el suelo. El mago, ahora, con los dos bien abiertos, grita jubiloso.

—¡Con botas, y a lo loco! ¡ay! querida Mandrágora... ¡ja! ¡ja!

Ante el desamparo de la planta, Omar, la invita con la mirada a tomar descanso, porque con la vos no puede, por primera vez en su larga vida, el buen humor le ha desbordado. En un intento de calmarse busca una jofaina, desechando una tras otra, hasta escoger una al tuntún, haciendo tiempo para atajar semejante explosión de carcajadas retorcidas en el gznate; va enjuagándola hasta mil veces. Pasan unos minutos antes de que se calme. Ofrece, amable:

—Es de manantial, te refrescará.

—Gracias —de tan sofocada, ni respirar puede.

Hasta la suave y olorosa brisa del atardecer, recorre con cautelas el porche. Después de una corta plática, Omar, se pinta a sí mismo a Mandrágora y a Rita, sin olvidarse de la resplandeciente higa de plata, sobre un diminuto lienzo.

En unos segundos, están a las puertas de la cabaña de Esmeralda.

La Bruja, con cortesía y un buen despliegue de finuras, encaminadas a apaciguar al Mago Pintor, le recibe.

No pierde tiempo, Omar, en delicadezas, ni se fía ni quiere fiarse de la Bruja, pero, como el Duque de la Pezuña, violentó su voluntad y ahora se le presenta la ocasión de rehacerse, no piensa perder la ocasión, además de reponer su tesoro de los frutos del Alianto, además piensa exigirle un dedal del *Elixir*. Esmeralda acepta sin poner objeciones.

Saca, Omar, de la fajina un lienzo y útiles de pintura, se dispone a trabajar.

—Parece que te has olvidado de los pinceles —comenta, Esmeralda, mordaz.

—Me bastan los pinceles del pensamiento...

—¿De veras? Lo tuyo no es arte. O me piensas tan infeliz para no saber de dónde has sacado tu numen, ¡si las Musas supieran del robo!

—Ni a ti, ni a mí nos conviene dar voces de ello.

No contesta Esmeralda, sus ojos miran emocionados hacía el sendero, que va a dar al Lago Pequeño, una cola serpenteando de chiquillos, caminan penosamente, acarrear enormes artilugios, propios para portar agua. Detiene las manos del Mago Pintor que trabajan a buen ritmo.

—Pinta a esos niños a la vera de Alampagua, cuando acaben de refrescarle, les traes a la cabaña.

Obedece, Omar, casi sonriente. Las debilidades de la Bruja, le cosquillean el estomago de puro recochineo.

Unas horas después, lo niños, disfrutan con alborozo del banquete preparado por Esmeralda.

—¿Morirá? —Pregunta, Tonino.

—No. Antes de que el sol encanezca el trigo, el problema de Alampagua estará resuelto —consuela, Esmeralda, a su amiguito.

—Mi madre asegura —comenta unos de los más pequeños—, que cuando Alampagua, carezca de agua, bajará al Valle y secará nuestros pozos, los riachuelos del Valle.

—Eso no es cierto —contesta, Tonino—, ¿cuántos alampaguas conocemos? ¡a ninguno más! Os habéis preguntado el porqué, muy sencillo, prefieren morir, antes de provocar tal desastre. ¡Ellos siempre se sacrifican!

—¿Es verdad? —Lloriquea, una niñita mientras el resto la corean en sus pucheros.

—Cierto —Corrobora, Esmeralda, pensando que Tonino tiene madera de político.

Cuando Omar da termino a su obra, un río caudaloso brota en el seno de la nueva montaña, junto al nacimiento del río, ha pintado una cueva subterránea, donde se almacenará tanta y tanta agua que abastecerá a los tres pueblos, y con abundancia, por los siglos de los siglos.

—No te olvides de añadir una fuente, junto a la Gruta de *la Reina de las Salamandras* —pide Esmeralda—, y un monolito azul..., esta parte del bosque será inaccesible a los humanos, y olvidar debes prometer, tu memoria del lugar.

—¡Que así, sea! —Contesta, el Mago Pintor, retozón. Sabe de las razones que tiene, Esmeralda, para el añadido.

Mala Sombra tendrá su gruta. Y, él la posibilidad de sentirla y verla, lejos de ojo humano. Su amor por la cristiana está expirando en razones, no siente los celos que sufriera en tiempos pasados. Don Fernando de Aragón, ya no es rival ni adversario por abatir —se reencarne en quien se reencarne—, tiene la muerte asegurada, que no la vida. Suspendida de la nada, está su alma.

Fin de la primera parte

El nacimiento de Mala Sombra

2 de febrero de 1442

Es el segundo aniversario del príncipe Yacud, hijo de Yacud III, a cuya celebración el Amanuense Real asiste como invitado, muy privilegiado, ocupa un sitio a la derecha del Trono, acomodado detrás de una mesa esplendorosa que le sirve de escritorio. Parece, el señor Amanuense Real, vivir satisfecho y comprendido; le rinden pleitesía, desde el Chambelán Mayor, ministros, jueces a los demás escribanos, sin olvidar a las hadas; es de fama lo mordaz y afilado de su pluma. Se diría que nadie quiere pasar a la historia, de mano tan airada. Parece pleno, el señor Amanuense, de una inquebrantable firmeza. Es, la esencia de la naturaleza humana haciendo gala de una libertad, que en un país gobernado por la monarquía absoluta, sólo existiera para él. El señor Amanuense Real, sabe conjugar, muy bien, la libertad que disfruta sin economías, con sus veleidades más oscuras.

Cuando mayor es el lucimiento, del señor Amanuense, pues está en íntimo coloquio con el Rey, se acerca el Chambelán Mayor diciendo:

—Señor Amanuense Real, ha llegado al Castillo un lacayo de su casa, con la noticia del nacimiento de vuestro tercer hijo, una niña. Como está por caer la media noche y siendo la Festividad de Bitumé, nos hemos tomado la libertad de poner a vuestra disposición el Carruaje de Los Valederos.

Gracias da, el señor Amanuense Real, violentando su alma. Camino a *La Casa Grande*, entre truenos, relámpagos y una lluvia torrencial, va maldiciendo su suerte: “¡Ahora, intentará lucirse, ese maldito Creón! Su pluma en más ágil que la mía, en las citas literarias que emplea se encuentran toques de sublime gracia, ¡En mala hora viene esta niña al mundo!”. Con estos y otros pensamientos por un igual, llega a *La Casa Grande*, a unos cinco minutos del Castillo con el tiro al galope. Cuando el carruaje se detiene, en el porche le espera un comité de bienvenida vociferante: La Aya, con la niña entre los brazos; el famulato al completo arremolinado a su alrededor y, entre las sombras de la inhóspita noche, una vieja mujer aguarda paciente, tras el tronco de un gigantesco pimental, no se diría declarada su presencia, todos saben de ella, más por adivinarla que por verla.

—¡Señor! —Grita, la Aya, nada más verle— ¡Impóngale un nombre Santo, están por dar las doce campanadas!

Con las prisas y los nervios, acompañados por su mala conciencia, al señor Amanuense Real, se le engancha la hebilla del zapato, en los flecos de los cortinajes y va a dar, con la frente antes que con los pies, sobre las escalinatas.

—¡Mala sombra! —Trona, el caballero, al tiempo que tañe la última campanada, en el convento de Santa Inés.

—¡Señor, Amanuense Real, *Mala Sombra* no es un nombre Santo, a su hija se la llevarán las brujas! —Clama, la Aya, entre sollozos.

Esmeralda, que espera en las sombras, se acerca al descontrolado grupo y tomando a la niña entre los brazos, desaparece en la noche.

El Cochero, sin esperar mandato alguno, abandona carruaje y caballos y como alma desbocada, fuchina hacia el Castillo. Llega ensopado, tiritando de frío y de miedo. Después de reponer fuerzas en las caballerizas con un trago de vino retinto calentado con azúcar, se acerca al Salón del Trono y medio oculto por un alabardero llama la

atención del Chambelán Mayor, con aspavientos de loco. Tan nervioso está, que no gasta remilgos en solayar la voz, para contar y repetir lo acaecido en la *Casa Grande*. Enterado, el Rey, por propios oídos, le ordena acercarse y le recrimina con palabras de amonestación:

—¿Qué locura, cuentas? ¡Estás difamando al Amanuense Real, mi mejor amigo!

El Cochero, atontado de miedo por las consecuencias que adivina, contesta:

—Majestad, el señor Amanuense, ha entregado su hija a la Bruja del Pantano de la Muerte. ¡Bien cierto es, lo he visto con estos ojos!

La Corte, escucha en pasmo de los sentidos.

Yacud III, está asombrado, no es cosa de escuchar a diario, ni de tanto en tanto, a un plebeyo poner en tela de juicio el honor de un gentil hombre, para colmo en este caso, que redacta las leyes y transcribe la historia del País, con tanto primor que las generaciones venideras soñarán con un mundo pasado, tan prometedor.

No es osadía, esta, que tenga parangón en los anales del Reino. Dice, el Rey, después de unos minutos de meditación, empleados por los invitados en despellejar al señor Amanuense Real:

—Socorran, al Cochero, con ropas y comida. Esta noche la pasará en la Cámara de Invitados, cerca de mis aposentos.

Piensa Yacud III, de esta manera, evitar que se propague entre el servicio tan desastrosas nuevas, fingiendo un estornudo se limpia el lagrimar, el delito que le imputan al Amanuense Real, de ser cierto, merecedor es de pena de muerte.

Se cumple con presteza la Orden Real. El Cochero, consuela, si no su alma, sí el estómago con un succulento asado de cabrito; buen vino de tres hojas y dorado pan. Después queda dormido con placidez, entre los vapores del vino y las blancas sábanas de Holanda.

No despunta el sol por Oriente, cuando el Chambelán Mayor se llega a *La Casa Grande*, con la suplica Real de que el señor Amanuense le acompañe al Castillo. La escolta de diez alabarderos y lo inusitado de la hora, hacen que el Amanuense entre en negros temores. De su boca no sale palabra, que por imaginar motivo, podría ser insensata.

Yacud III, y los más altos dignatarios del Reino, están en reunión plenaria, en un silencio cerrazón y hostil. El Rey, revestido con todos los atributos, parece agobiado como si le pesara el manto de armiño; la corona de diamantes; y el cetro de alabastro. Conmovido hasta las lágrimas se dirige al señor Amanuense Real, con extrema bondad:

—¿Queréis explicarnos lo ocurrido anoche en vuestra casa, para que el Cochero Real, hombre cabal y de probada lealtad, se dé a tales extremos? Cuenta, que entregasteis a vuestra hija, recién nacida, a Esmeralda la Bruja del Pantano de la Muerte.

—Majestad —amarillo luce, el Amanuense, de cirio viejo—, esa niña está marcada con el estigma de la brujería. No quiso Dios que llegase a tiempo de imponerle el nombre Santo, que teníamos pensado para ella, Isabel, poniendo en mi camino cuantos medios posibles existen en la Naturaleza, para impedirme pensar..., en escaramuzas de los sentidos caí al suelo, dando palabra a mi boca con el nombre de exclamación ¡mala sombra!

En los ojillos grises y duros del Amanuense, se refleja la culpa. Yacud III, contesta, estremecido de espanto:

—Pienso que vuestro corazón es más duro que la carriona. Teniendo en consideración el escándalo y la alarma social que se generaría en el País, ante tan execrable comportamiento de un miembro de la Casa Real, no se hará público el caso.

Cumpliréis arresto domiciliario hasta nueva orden, vuestro lugar lo ocupará el Secretario Creón. ¡Por favor, ahora salid de mi presencia!

Cuando el señor Amanuense abandona la estancia, el Rey llama al Capitán de la Guardia Real, un caballero valeroso y fiel. Después de pedirle palabra de secreto, le ordena:

—Irás al lugar en que sufre destierro, Omar, le ofrezco si es necesario el Erario Público, por su cooperación. Más si no accede a indicarte el camino al Pantano de la Muerte y date una protección contra Esmeralda, le amenazas con arrasar sus tierras, que según tengo entendido las ha convertido en un vergel, de no surtir efectos ni castigos ni prebendas, hazle prisionero acusado de raptar a la pequeña. Cuídate, amigo mío, ese hombre es muy peligroso.

Mucho está temiendo Yacud III, que lo reseñado en el *Sinario* dejado por Omar, se está cumpliendo. Arrepentido en el alma de haber seguido los consejos de la Hada Madrina, quemándolo y desentendiéndose tan alegremente de sus advertencias, llora con amargura.

La empresa del rescate no resulta tan sencilla como supusiera Yacud, Omar, no se deja embaucar con oro, ni amedrentar con amenazas. Vuelve el Capitán, con extrañas noticias:

—No lo creeréis, majestad, el islote donde generaciones de reyes, desterraron al viejo, se ha convertido en un pueblo a rebosar de mercaderes y nativos, lo que hace imposible cumplir vuestra orden de exterminio.

—Capitán, mal asunto —murmura, casi para sí, el monarca.

Temiendo, Yacud III, fueran imágenes creadas por el Mago Pintor para confundir a su Capitán. Dice, en alta voz.:

—¿Puedes demostrar, tal cosa?

—Sí, majestad, he traído a un centenar de vecinos, hombres mujeres y niños.

El Rey, camina inquieto, al rededor del Trono.

—¿Cuántos habitantes creéis que hay? —Pregunta incrédulo.

—Varios miles, majestad. Tienen un puerto mercante grandioso. Conté cien naves, o más..., casas señoriales, hasta un castillo reforzado de tres muros y fosos de un kilómetro, arpilleras y otras construcciones que más parece una atalaya...

—¡Un puerto! —El Rey, detiene sus pasos, junto al Capitán, que aguanta impávido el escrutinio de su Rey.

—Sí, majestad, hay algo más, Omar, se ha erigido gobernado de la isla... y paga los impuestos hasta el último céntimo. He traído libros de registro, con nacimientos, bodas, y actas de emancipación de esclavos, venidos del otro lado de los mares; pudiendo comprobar que moros, judíos y cristianos, viven en perfecta armonía.

Yacud, perdiendo porte y compostura se da en gritar como un loco, llamando al Chambelán Mayor. De lo que hablaron no hay constancia, pero, las cosas siguieron tal cual en el *Oasis Inventado para Omar*; en el Castillo para Yacud III, y en *La Casa Grande* para el Amanuense Real, que cumple con desespero el confinamiento.

Dieciséis años después.

Cierto día; un pastor cuenta haber visto a una jovencita trotando como una cabra por la escarpada ladera del *Monolito de la Bruja*, acompañada de una anciana. Piensa Yacud III, que debería tratarse de Esmeralda y su pupila, pues no eran aquellos parajes frecuentados por el pueblo. Envía al Capitán de la Guardia, esta vez al mando de mil soldados, escaladores de elite del cuerpo de pontoneros. Dieron con ellas. Mala Sombra, es llevada a casa del Amanuense Real, para cumplir con su destino, y a Esmeralda, la encierra por segunda vez, en las mazmorras del Castillo.

En *La Casa Grande* se vive en un verdadero caos, desde la llegada de Mala Sombra. La niña no se adapta a sus moradores y mucho menos ellos, a sus pasatiempos, dislocantes. Un trozo de aspillera es toda su vestimenta. Pasa el día y parte de la noche en la teña junto a Mandrágora y rodeada de cien alminares que soportan invisibles antorchas, haciendo que el lugar resplandezca fulgurante. De éste y otros hechos, por el estilo, se habla en el Valle con miedo supersticioso. Los criados se despiden en masa.

El Amanuense, se alegra del desmesurado mal comportamiento de su hija, es la mejor baza para demostrar, al Rey, el porqué se vio en la necesidad de apartar de su familia a semejante engendro del diablo, pensamientos, que procura se trasluzcan en su mirada servil, cuando puede cruzarlas con las de Yacud III, que desde la vuelta de Mala Sombra le han restituido en su cargo. Para mover a compasión, el Amanuense, se pinta ojeras con tiza negra y encanece sus cabellos con una mezcla de cáscara verde de nueces y hojas de higuera loca. Adelgaza, pues tiene la voluntad de estar tres meses a pan, jamón y agua, que es alimento que no mata de hambre, gusta al paladar y exprime la grasa.

En viendo el paupérrimo aspecto, del Amanuense, las dudas empiezan a germinar en el corazón de Yacud III, son muchas las voces que se alzan en contra de Mala Sombra. El pueblo la teme; apedrea chiquillos; vuelca los puestos de hortalizas y frutas. Entre sus “originalidades”, está la de bañarse desnuda en el lavadero público o en la fuente de la Plaza Mayor. Una planta gigante, la sigue como un animalito de compañía, de porte frío y sereno que logra establecer en el corazón de los pueblerinos, un miedo supersticioso y abrazador.

Un mal día, todo el Valle con el señor Licurgo a la cabeza, elevan sus quejas hasta el mismísimo Yacud III, que cansado del Amanuense y su familia, sentencia:

—Los daños que ocasione la hija los pagará el padre. Es de razón, ya que a él y sólo a él, se debe la mala educación recibida por la joven. He dicho.

Palabra de Rey.

No esperaba, el Amanuense, tal desenlace más bien que hubiesen encarcelado a la detractora. Decide tomarse la justicia a su modo y acomodo, encerrándola en los sótanos de *La Casa Grande*. El lugar es húmedo y apestoso en excrementos de ratas. Mala Sombra, espantada de la nueva situación, grita día y noche. Por primera vez en su corta vida, llora tanto que enferma de tristeza.

Se muere, entre otros padecimientos, de hambre. Le arrojan los alimentos por un estrecho ventanuco, encadenada al muro como está, no puede alcanzar más que migajas. Omar, temiendo por la vida de la joven, libera de las mazmorras del Castillo a Esmeralda, por pico de Rita, que deja caer entre los labios de la Bruja, un fruto del Alianto.

Ya en la cabaña de Esmeralda, Omar, le ofrece un traguito del *Elixir*, la bruja está macilenta, con muy mal aspecto. Aunque reconocida, Esmeralda, de la delicadeza del viejo, no da las gracias, porque no está en su naturaleza hacerlo.

Relata, el Mago Pintor, los sufrimientos de la muchacha, haciendo detalle de los puntos más escabrosos. En viendo los ojos enfurecidos de la Bruja del Pantano, sonrío para sus adentros. El rencor entre los dos es cabezón y no pasan oportunidad sin demostrarlo. Padece, Esmeralda, un ataque de cólera de miserables consecuencias, destroza su muy querido alambique a golpes de mano de mortero, arrebató que sólo sirve para incrementar el mal humor, hasta extremos de locura.

—¿Por qué no las has libertado a ella? —Esmeralda, está por arrancarle los ojos—. ¡Eres idiota o qué!

—Ha de hacerse discretamente, sin que llegue el caso a oídos de Yacud III, ese hombre es ilustre de grandes cosas, pero no atina a resolver sus dudas sobre las Mujeres Sabias.

—¿Y cómo?

—Ofreciendo, al caído en desgracia Amanuense Real, *algo* a cambio de la muchacha, que no pueda rechazar.

—¿Y?

El Mago, se inclina hacia Esmeralda y le susurra unas palabras. Los ojos, de la Bruja, se agrandan comprendiendo, admirada a su pesar, de las artimañas del otro.

—De acuerdo... —y añade a regañadientes—, ¡gracias!

—De gracias, nada de nada, a cambio de un pote del *Elixir*, cundo Mala Sombra, tenga la edad suficiente para fabricarlo.

Omar, está seguro que Esmeralda columpiará, al señor Amanuense Real, sobre las llamas del infierno, antes de rescatar a Mala Sombra de *La Casa Grande*. Ambos contrincantes, descargado sus hondos pesares de su amor, en el otro, se dicen: *¡Hasta pronto!* Sin límites de conciencia, porque en peligro alguno cabalgan.

Tanto y tanto trabaja, Esmeralda, que encanece del todo en los tres días que tarda en fabricar el invento de Omar: un delicado cachivache de orfebrería.

Mandrágora, suspira compadecida. Comenta con Azrael:

—En verdad que la vida de Esmeralda es tormentosa. ¿Cuándo tendrán término tantas y tales adversidades?

El gato abre un solo ojo, y medio sonríe al contestar:

—Se han convertido sus avatares, en el final oscuro de tu vida, amiga mía, ese aspecto melancólico que te rodea, como un cerco de luna, va hablando de ello...

Calla el gato, en viendo como se abre la puerta del laboratorio, y sale una Esmeralda eufórica.

—¿De qué estáis hablando? —Pregunta en fingido distraimiento, al tiempo que les pasa a milímetro de bigotes y hojas un extraño instrumento.

—¿Qué es? —Pregunta, Mandrágora, viendo una especie de cañizo dorado.

—Una pluma.

—¿Una pluma! ¿Y con eso esperas rescatar a Mala Sombra?

—Sí, querida mía, el afán de poder y lucro cierra las entendederas al más listo, cuando los medios para conseguirlo están a su alcance. Esta *Pluma Mágica*, es el medio justo, para sobornar al señor Amanuense Real.

—¡Pero..., pero, si es feísima! ¡Donde se ponga una de pavo real!

—Sí... todos los peros que quieras, *pero esta* no necesita tinta, ni concurso humano para escribir.

Dicho lo cual y regocijada con el pasmo de sus amigos, se encamina al Valle. Sin faltarle ni sobrarle resolución entra en *La Casa Grande*, por la puerta principal.

Pasa al Mayordomo, sin ser vista, a la mujer del Amanuense; a diez criados y a los hijos de la casa, que están repasando por quinta vez la lección de solfeo. Ya en la biblioteca, donde el Amanuense se afana en redactar con cuidadoso estilo los acontecimientos del Reino, dejándose codos y meollo, sobre el escritorio con la esperanza, que el tiempo y su buen hacer ablanden el enojo de Su Majestad. En un momento en que aleya los ojos, en busca de inspiración, ve lo que menos puede esperar; a Esmeralda, balanceándose sobre el rastel que protege los últimos prestaches de la gran biblioteca.

—¡Co..., omo! —tartamudea, loco de espanto, al tiempo que estira el brazo en busca de la campanilla.

—¡Ni lo intentes! —Grita, Esmeralda, aterrizando al lado del escribano.

—¿Qué quieres, vieja maldita, cómo has entrado?

Esmeralda, le contemplaba con los ojos arrafagados de odio.

—Por la puerta. Te aconsejo que depongas el altivo talante. Vengo en son de paz, a proponerte un lucrativo negocio.

—¡Y yo, que me lo creo! —Responde, más sosegado el hombre—, ¡ahora mismo alertaré a la guardia.

—¡Y yo, qué te lo voy a permitir! —Replica, la bruja, remendando el tono del Amanuense; para continuar después, casi con dulzura—, al menos escúchame.

Como muy a su pesar, la teme con el miedo que llega entre caricias del Averno y el perfume del azufre, el Amanuense, se avine a los deseos de una Esmeralda complaciente, arrulladora, repantingada en un sillón de por frente, que sin quitar vista de los ojos del contrario saca, con mimo, un cachivache de la faltriquera, y empleando registros, en el acento, olvidados de los moldes usados por el ser humano, dice:

—Te demostraré que esta; digamos varita mágica te ahorrará en unos minutos el trabajo de un año, o de un siglo... con unas mil cuartillas tendríamos para una muestra.

Admirado queda, el Amanuense, por la finura; belleza y calidad de lo escrito, por la extraña pluma, que después de rellenar más de cien pliegos en un minuto, espera sobre el escritorio nuevas órdenes, retozando en piruetas gentiles. Siente el Amanuense en torno de él, un presagio pesado, horrendo, el hombre de humilde condición se estremece, bajo el manto de su frío escepticismo. Crece y crece en su alma, la irracional planta del espanto, hacia los poderes del infierno; de ultratumba...

—Es cosa de brujería, me quemarían vivo —dice, con voz opaca.

El Amanuense, parece estar sufriendo el pudor de sus afanes desmedidos, no quiere mirar hacia la Bruja, sintiéndose violentado, perseguido por los ojos sinoples, que le despellejan el alma. Esmeralda, sabedora del estado de mental del Amanuense, aplaca los ardores de sus corazón para contestar, casi en un murmullo:

—Si se enteran, Amanuense, si se enteran. Piensa que, el Rey, no podrá mostrarse indiferente ante la calidad de tú trabajo —pausa, que emplea, para escarbar en el hueco de una muela con el plumín—. ¿Qué contestas?

—¡Vais a estropear la punta! —Dice, casi enrojeciendo—. Suponiendo que la acepte, ni soñar puedo que sea esta, una gracia que me hacéis... ¿a cambio?

—Mala Sombra.

—¡Oh! Con gusto os la regalaría. Pero, el Rey...

—Estamos en las mismas, si vos no lo contáis.

Cierran el trato. Toda la suntuosidad de las cosas ocultas, obedeciendo a un impulso fortísimo, sube del suelo hasta el facistol cargado con libros litúrgicos poseyéndolos de una divinidad nueva. La bóveda regia de la biblioteca se abre al vacío del espacio, para rendir vasallaje a la Mujer Sabia. El descuidado Amanuense, deshonrará por los siglos de los siglos, su nombre, en la memoria del pueblo como padre y hombre de ley. El amor filiar es, como un miembro de carne cuando se nace sin él, de por vida de él se carece; más, ni arrastrado por los placeres de la vida, ni durmiente, paz encuentra su escaso espíritu, vertiendo para dentro y fuera los colores azufrados del infierno, castigo eterno.

Maravilladas se hace la Corte, Rey incluido, con el trabajo del Amanuense, que le vale no sólo ser perdonado, sino el ascenso a Escriba Mayor del Reino.

Época de abundancia en *La Casa Grande*.

Los amores de Mala Sombra

En el Pantano de la Muerte:

Mala Sombra, como posee el maravilloso don de comunicarse con las plantas y animales, pasa el tiempo platicando con ellos, sin conocer aburrimiento ni soledad. La muchacha es encantadora, nada hay de vano en su persona, pronto recuperará la memoria de Mujer Sabia.

Boca Negra, custodia a la niña como si fuera un hueso de su propiedad, si les resulta difícil, a los propios, acercársele es de imaginar a un extraño. Una noche, que Mala Sombra, Mandrágora y la perra, pasean por el bosque, en un recodo del sendero se detiene la perra, con las orejas lastradas y la mirada clavada en un macizo de tomillo; comienza gruñendo en sordina para acabar en un ronco ladrido. La planta hace un gesto de silencio a la muchachita, quedan ambas a la escucha. Sólo la suave brisa parece susurrar entre la hojarasca, más *Muza* no se calma, Mala Sombra, apenas puede hacerse con el animal que tira con brío de la correa. No hay más veredas para escoger camino. La Luna que todo lo avizora, va y se esconde tras un limbo solitario; designios parecen del cielo, vestir de traje oscuro a la naturaleza.

—Ruda —Llama, quedo, Mandrágora.

—Estoy junto a Estramonio. ¿Qué quieres?

—Saber que altera a *Boca Negra*; cosa que debe estar a tu lado, y la oscuridad nos priva de su vista.

Ruda, se acerca pasito a paso. Poco tarda la detestivesca Ruda, en surgir sonriente de entre el matorral de tomillo, empujando a un atolondrado muchacho, que intenta zafarse de las ramas de la planta.

—¿Qué hacías escondido? ¡Eh! —Mandrágora, le mira ceñuda mientras alborota sus hojas en las mismas narices del chico.

—Les ruego, me perdonen, no quería molestar —logra, al fin articular, el mozo.

—¡Escuchabas escondido, sinvergüenza, espía! —Mala Sombra le apóstrofa iracunda, mientras lucha por mantener quieto al animal.

El muchacho, piensa arreglar la situación, cuando dice:

—Contén tu lengua ¡soy el príncipe Yacud!

Quedan sobrecogidas sin saber que decir o hacer, menos *Boca Negra* que continua ladrando, inyectados los ojos en una saña recalcitrante.

Y ocurre, lo imprevisible:

Una violeta, alzando su cabecita entre los pies del chico, suplica:

—Podríaís levantar, un poco, la bota derecha, me hacéis daño.

—¡Lo siento! —Se disculpa el joven.

Demasiado, en su azoramiento aparta los dos pies al mismo tiempo, dando de bruces sobre Tomillo, que más arisco que un cardo borriquero, le repele al centro de la escena, rompiendo con el cómico hecho, el hechizo de temor, en el alma de Mala Sombra y plantas.

Mandrágora, no puede reprimir la risa. De un violento tirón, *Boca Negra*, se libera y corre hasta el llamado Yacud, afanándose en destrozarle los calzones. Así, están las cosas cuando Esmeralda aparece en el lugar, con un brazal de leña.

—¿Qué ocurre? —Su voz suena impregnada de espanto.

—Nada, madrina, este mozo que...

—Os ha cogido en bragas. ¡Así cuidas de la niña, estúpida, descuidada! —El furor de Esmeralda se vuelca contra Mandrágora.

—¡Esmeralda, tranquila! ¡Ni siquiera sabes quién es nuestro invitado! Al menos saluda, querida —Mandrágora, mira con ojos grandes a su amiga.

¿Capta Esmeralda el mensaje? Y tanto, cambia de expresión como piel de camaleón. Mientras intenta ayudar al desparramado Príncipe, y tranquilizar a la perra. Se pregunta: “¿De qué pensará, este imbécil, de que tenemos miedo?” *Hubiera preferido, Esmeralda, morir antes de haber pregonado sus temores.* Cuando el muchacho recupera el equilibrio, dice, casi con dulzura:

—¿Quién eres?

—Soy, señora, el príncipe Yacud.

No desmiente el porte del muchacho, tan sorprendente afirmación. La Bruja que arde en una furia destructora, aunque parezca toda ella un poema de ternura, responde:

—¡Oh! mi señor, por nuestra culpa habéis estado en peligro.

—No es nada, señora.

—¿Espiendo? —Tiene, Esmeralda, un espontáneo rebrote de su mal carácter.

—Me perdí —no sabe, el Príncipe, como tomar el insulto.

—Tendremos que ser más cuidadosas con las señalizaciones, este lugar es muy peligroso, además privado, nadie te ha invitado.

A Mandrágora, los cambios radicales en gesto y palabra de su amiga, la dejan mocha de admiración.

—No ha sido mi intención molestarle, señora, espero que me creáis —está diciendo, el Príncipe, con cortesana delicadeza.

Mala Sombra, mira al mozo, sin pestañear, hay en él un pensamiento traslucido de la conciencia; y más le mira y más se espacia, como si escribiese de su sentimientos, en las rimas de unos extraños versos de amor, que se guardan el honor de herir primero y declararse después. Mala Sombra está abriendo a la vida presente, la exuberante flor de su pasado. Mala Sombra, reconoce en la claras pupilas del gallardo Príncipe, las tiernas y amorosas de Don Fernando de Aragón, junto al claro destello de las suyas propias..., de Isabel, la *Bruja Cristiana*. El pecho se le embriaga, con el descubrimiento del saber sibilino, mientras su corazón aterido de frío, van gritándole los males, que el goce del amor ocasionan al intelecto de una bruja. Advertida, Mala Sombra, distrae sus pensamientos en la delgadez sin fortuna, de su propio destino.

Mandrágora, espera que Esmeralda termine con la teatral pose. Sabe de ella, por las irradiaciones de las verdes pupilas, que está maquinando una de sus tretas más refinadas. Engatusar a la víctima para acabar con ella antes de decir amen. Siente pena por el joven.

—¿Y la escolta —pregunta, Esmeralda, como si tal.

—No llevo... Podemos hablar en un sitio más acogedor —pregunta, el Príncipe, con la mirada prendida en Mala Sombra.

Sí, en mi casa. Ya veremos si sales. Piensa Esmeralda, más dice obsequiosa:

—Pues claro, alteza, en mi humilde cabaña, si os parece.

Bien le debe parecer, al Príncipe, porque sigue a la extraña comitiva a través de vericuetos y senderos de cabras, con risueño talante. Mala Sombra, a unos pasos del

mancebo repara en lo triste y desamparada que aparece la silueta del joven, rodeado de tantos enemigos. El silencio del bosque se hace espectral, amenazante, intuye que el muchacho no llegará vivo a la cabaña. Un dolor alocado le toca en el corazón.

—¡Madrina! —Advierte con tono amenazante en llegando a la altura de la Bruja, que camina con paso de ardilla—. ¡Ni se te ocurra!

—¿A qué te refieres, pequeña?

—Si por cualquier razón, sufre un accidente, pondré al Mundo de la Magia al revés, sé quien soy y a quien pertenece ese cuerpo.

—Me ofenden, ese joven es un descendiente mío...

—Oféndete cuanto quieras, más no lo olvides.

La pequeña comitiva se ha detenido, los ojos del Príncipe van de una mujer a otra, intuyendo ser causa de tan agria disputa, aun sin entender palabra, las mujeres hablan en lenguaje desconocido. Intenta intervenir conciliador. Mandrágora, se interpone.

—Vamos, queridas, dejaros de tonterías estáis asustando a nuestro invitado —toma, al Príncipe, del brazo instándole a continuar, mientras le susurra al oído—, están de broma.

Al Príncipe, no le ha parecido tal cosa, más, calla discreto.

Sin más contratiempos llegan a la cabaña.

Mandrágora, dice en un aparte a Esmeralda:

—De la mano de ese joven va la destrucción de Mala Sombra.

Esmeralda, no contesta a su amiga, sabe que es imposible resolver los problemas que se originan de sentimientos tan arraigados, es la propia intimidad del ser humano. La interferencia, violenta, en estos ámbitos es un grave error que hay que evitar, sólo y si se puede, cabe desnudar los sentimientos del contrario y si resultan ser verdaderos, el remedio es peor que el mal por prevenir, porque se descubre el vado y se conduce a la *víctima* hasta el precipicio de sus propios deseos.

—¿Cuál es vuestra gracia? —Pregunta, el Príncipe, a Esmeralda.

—Esmeralda, y ella Isabel, la hija del señor Escriba Mayor de vuestro Reino, por todos conocida como *Mala Sombra* ¿no es, lo esperado oír por Vuestra Alteza? —El mal carácter tiene las riendas flojas.

—¡La hija del señor Escriba Mayor! Pero si está cumpliendo castigo, recluida en sus aposentos...

—Siento contradecidos —contesta, Esmeralda—, escuchad...

Cuando, Esmeralda, da termino a su versión de la historia, mira al Príncipe, expectante, el muchacho con los ojos anublados. Dice:

—Os doy palabra de honor, de poner a mi padre en conocimiento de tanta maldad.

—Lo que tenéis que hacer, es empeñarla en guardar secreto de lo visto y oído esta noche. El Escriba Mayor, goza en el presente de gran estima en la Corte, sus trabajos son conocidos y admirados dentro y fuera del País. No es tan fácil llegar a él. El descrédito sería para todo el Reino, no lo van a permitir.

—¡No es justo!

—Justo o no, así están las cosas.

—Yo haré que te restituyan el lugar que te corresponde —dice el Príncipe dirigiéndose a una cabizbaja, Mala Sombra. En viendo que Esmeralda se rebulle inquieta, aclara—, si logramos encontrar un medio seguro.

Yacud, es muy agradable en su trato y conversación, la velada transcurre casi alegre para algunos y muy feliz para los dos jóvenes.

Dada la media noche, Mandrágora, acompaña al Príncipe, hasta el limen del bosque, recomendándole no volver a aventurarse por aquellas zonas, con el aviso de los

peligros que acechan a los intrusos. En viendo la mirada soñadora en los ojos del mozo, sabe Mandrágora lo inútil del consejo. Hasta la suave brisa que mece la copa de los árboles, habla de desgracias. Torna a la cabaña con el corazón sumido en negros presagios. En un sofíto de la casita le espera Rita.

—Tenemos problemas —dice, la urraca, no más verla llegar. En viendo que Mandrágora se dispone a entrar en la cabaña, añade con acento desvalido—, Esmeralda quiere estar a solas con Mala Sombra.

—De acuerdo. Demos un paseo hasta el Lago Pequeño. Alampagua podría aconsejarnos, o al menos le prestaremos compañía.

En la cabaña, está diciendo Esmeralda:

—Cuida de los sentimientos, mal asunto es el amor para una bruja. Lleva el amor, un doble perfil: uno de fiesta y otro sombrío. El amor, es usado contra las Mujeres Sabias por una fuerza cósmica desconocida que destroza la armonía entre los dones naturales, y la razón de la ciencia experimentada.

—Estás desmenuzando, lo que a mi no me interesa —contesta Mala Sombra, amohinada—, sé lo que representa enamorarse.

—No olvides que el orden relacional, existe entre todas las cosas, la destrucción llega a nuestra sabiduría, de manos de Cupido, como una fuerte cadena que enmanda nuestro saber, a cuerpos que hieden esclavizados por el poder, aniquilador del amor...

—Donde el argumento de la ciencia —interrumpe, con gran pesar Mala Sombra—, deja en ribazo escurridizo, la exactitud que a la razón obliga, dejando a la Ciencia de la Cábala como piña cascada. Tú tienes experiencia, porque has hecho uso de lo hablado, más yo soy quien se expresa, ahora, libre de ataduras, en esta vida... Cuando intente dar signo de verdad, el fatal sentimiento, he de poner buen talante, para que el *enemigo* emerja de la tierra limpio de falsas raíces. Advertida estoy, y le esperaré sin fatigas, sin dañarme de tal causa; vacía me encontrará de toda voluntad que plegue al cielo. No voy a vivir en estado de espanto, porque allí permanezca el Amor, silencio, abriendo y cerrando mil puertas, tan suavemente, que el corazón crea perderse en sus laberintos, arrastrándome al desastre. ¡Se puede amar, Esmeralda, sin complicar a la materia!

—El amor por Don Fernando de Aragón, ni por justo ni por puro, buen fin tuvo —replica, Esmeralda—, aun te hallas atrapadas en los cascañales de tus verdugos, y obligada a cien o más reencarnaciones. No existe un amor, que se alimente como el trigo en la campiña, que sólo desea y saber, ser grano o harina, sin pasar por flor.

—Quizá, mi amor..., —casi suspira, Mala Sombra—, fuere Omar, que Don Fernando de Aragón, no toco más que mi alma. Casando, poco después de mi martirio, con una dulce doncella hija de un noble de Montañas Azules. La verdad de nuestros sentimientos, Esmeralda, vienen de adentro, y se manifiestan con aparente procacidad en nuestras vidas..., para mustiarse y morir en el alma..., quizás no fuera él, el amor de mis amores...

Con los quizás, se quedó, Esmeralda, por los siglos de los siglos, amen. Agotando todos los supuestos.

Preguntó, A Omar, si dueño fuera del cuerpo de la doncella Isabel, que cincuenta años de matrimonio dan para mucho, más Omar, no contestó, para bien o para mal; ni dejara entrever un relámpago de tristeza en sus africanas pupilas, por mucha dedicación y empeño de proteger pusiera, en la joven.

Eso sí, claras estuvieron sus pesquisas en lo relacionado con Don Fernando de Aragón: Desposó a la madre de Anois I, tataranieta de Anois IX, padre de Nely, madre a su vez de Agus I, *el Emperador Tonto*. Llegando a la conclusión que bien

ensamblados estaban, los muchachos, en un imperio de los sentidos, donde la connivencia de Yacud, hacia brujas, brujitas y plantas habladoras, no solo fuera fruto de la bondad, o el amor, más bien debido a los enredos del Destino.

Yacud, se hace asiduo acompañante de brujas, plantas y animales del Pantano de la Muerte. Por él, se enteró Esmeralda de que el Rey ha restituido al Mago Pintor honores y prebendas. Y, de como el Oasis Inventado agranda sus límites de forma vertiginosa. Elegantes mansiones de comerciantes, orillan Cala Celima, y más humildes de pescadores y navegantes, en un puerto pesquero que es la envidia de extraños. Es fama que Omar, gobernador del Oasis, no permite en sus dominios esclavos así es, que cada amanecer, aparecen más y más fugitivos, extendiéndose felizmente la colonia.

—¿Cómo que, Omar, ha vuelto a vivir en el Castillo?

—No lo sé, pero así están las cosas —contesta, el Príncipe.

Mala Sombra, intenta seguir la normalidad de su vida rasgando el sueño y no dando a los sentimientos malheridos un aparo de esperanza al despertar. Cuando, Yacud, está de visita entretiene manos y pensamientos en cosas banales: Desgranar maíz, tejer, barrer..., ¡improbo esfuerzo el amado rostro aparece, entre las ollas; los ovillos de lana o la escoba! Sufre en silencio, Mala Sombra, las malas olas en esta, su primera travesía de amor. El Príncipe no lo está pasando mejor, intenta aplacar la hoguera de su corazón con purgantes de yuyuba aconsejados por un Omar, que se ríe divertido de los caprichos del Destino, siempre veleidoso e inoportuno; el tal brebaje no es que haga el efecto esperado por el enamorado, pero mantiene, al Príncipe, recluido el mayor tiempo posible en sus aposentos y menos en compañía de Mala Sombra.

La Fantasía, juguetona y versátil, les crea pequeños acercamientos invisibles para la observanza de otros ojos; como rozar de manos en pretexto de coger la misma cosa; besarse con la mirada puesta, en el pico de las alondras; beber de la fuente que refresca la boca del otro... eso y otras menudencia por el estilo, dándoles de esta manera alimento para el amor y fuelle a un desbastador fuego que crece y crece.

Esmeralda, les contempla amargada, mientras repasa sus propias calamidades. No continuarán por mucho tiempo así las cosas, lo sabe por experiencia. La Bruja del Pantano de la Muerte, siente en su corazón la mordida de la angustia, en pena por lo que están pasando los jóvenes, sabe que es fragua inútil, es el intento de domeñar al Hacedor del Amor, por más que el hierro parezca enalbardo, así es que espera con templanza el desastre.

Un atardecer en especial apacible, Yacud, dejándose llevar por pensamientos amorosos, comenta con Esmeralda, mientras desgranar maíz en el porche:

—¿Conocisteis a Omar de joven? Me da la impresión de haber sufrido grandes penas de amor. Tiene el talante del que amó sin medida.

—Nada sé de su historia —contesta, distante.

Yacud, que está arrodillándose junto a ella, deja reposar sus rizos sobre el regazo de la bruja, que da un respingo, no está para arrumacos. de ninguna clase. Dice el muchacho:

—De ser el mismo Omar, del que se habla en las crónicas, ¡tendrá al menos trescientos años! Cosa alto improbable, ¿no os parece?

—Pues, alteza, los tendrá —responde Esmeralda, sacudiéndose rizos y cabeza de su regazo, con un manotazo—, yo no conozco a otro Mago Pintor.

Sonríe, Yacud, para sus adentros, piensa derrotarla a suerte de carantoñas. Recupera el lugar perdido junto al corazón de la Bruja, como si el gesto de rechazo se debiera a un cambio de postura. Continúa hablando con la frente orientada al cielo y las manos entretenidas en rizos el rizo de los cabellos naranja, de la mujer.

—Es cierto, pues, todo lo escrito sobre Omar. Mi padre asegura que las más grandes calamidades sufridas por el Reino de Tierras Raras, las profetizó...

—Y, provocadas por mí —añade, Esmeralda, mirando en descuido al Príncipe—, no creáis, todo lo que se cuenta, son en su mayoría historias de viejas para asustar a niños y engañar ilusos. ¿Y ahora queréis levantaros? ¡Siento las piernas dormidas!

—¡Seguro! —Acepta, sonriente—. Perdonad, creí que os gustaba tenerme así.

Cierto, por un momento había recordado a los mellizos Lenio y Yacud, con una punzada de dolor. Sin parar mientes en las palabras del muchacho, pregunta:

—¿Decidme, alteza, hay en vuestro Castillo una extraña muñeca encerrada en una hornacina de hierro?

—Y bien custodiada. Es en extremo, bella. Yo diría que tiene vuestros mismo ojos. Se cuenta que, Omar, os robó el alma en una ocasión y la depositó dentro de la muñeca. Misterio sin explicación, que me gustaría resolver.

—Eso, entre otras historias, os trajo hasta el Pantano de la Muerte. No la casualidad. ¡Sois un embustero, alteza! —De un violento empujón desparrama cesta y Príncipe, en el porche de la cabaña.

Qué de maldiciones, sin proferir, qué desastres, barbotó la mente de Esmeralda, por los ojos. A la expansión de sus sentimientos, es difícil ponerles coto, a veces.

—¡Por favor! —El Príncipe, está pálido de contenida altivez.

Pensando, que hay un orden necesario, en toda relación casual, interviene, entre asustada y decidida, Mala Sombra, que está recolectando hojas de almácigo, en el ramal más altos.

—No os preocupéis, Príncipe, confiamos en vos. Esmeralda, has de poner fin a estos momentos tan desagradables. Lo que haces para favorecerme se está convirtiendo en un daño atroz.

La Bruja, mira con pupila quieta a su ahijada, contesta desdeñosa:

—Perdonad, alteza, son los años. ¿Por qué no ayudas a Mala Sombra con la tarea? ¡Si parece que su faena no tenga término! Mientras tanto me ocuparé de la cena.

Y les deja fuera del alcance de su vista, por vez primera.

Dentro de la cabaña, Esmeralda, se da en jugar con la hermosa corola de Mandrágora, recordando el momento en que, Omar, la convirtió en muñeca: Omar, deseaba, de siempre, inventar algo original, para incordiar a Esmeralda. Omar, quiere saciar su sed de venganza, porque bebe a cántaros, de las amargas aguas que jamás satisfacen, Omar, por brujo y por malo, está sediento, trastocado por la angustia de su tormentosa vida y con el ajorrar de sus sentimientos hacia Esmeralda, que culpa de todos sus desacierto con el avenimiento de su amada Beatriz, y del goce de su compañía. Después de años de rumiar, fue a dar con el más maquiavélico de sus logros. Atrapar el espíritu de Esmeralda en una muñeca.

...../

Una muñeca para Berta

Berta, es la mediana, de tres hermanos, dos mostrencos de labios leporinos. Parecen salidos de un cuento de terror. De mentes blandas, que se asoman en acuosos escaparates. Feos son de muerte. Por contra posee Berta: los ojos inmensos de un verde tornasolado; el cabello largo, negro, sedoso, como de noche sin luna; la piel blanca de rosado tono y el cuerpo juncal. Odiada hasta la sinrazón más absoluta por el resto de la familia, es maltratada vilmente en cuerpo y alma. No halla la cuitada más desahogo, a sus penas, que pasear por los umbrosos bosques del Castillo, donde la frondosa espesura mengua la soledad de su joven vida. Un día se adentra en una mina, al parecer en desuso. El interior desmiente el abandono imaginado, sin tener nada que la abalee el estar habitada, desprende la nave un enfiuzamiento peligroso de arropo, haciendo a la niña entrar en descuido. Pasea por los pasadizos laberínticos, sin tomar precauciones de retorno. No tarda en estar perdida, sin parar mientes en lo apurado de su situación camina y camina hasta llegar a lo que parece el final, un aguarin formado de piedras preciosas. Por un respiradero se asoman las estrellas, proclamando que la noche anda ya por la tercera hora, Berta, se sienta en un rincón a contemplar ese trocito de cielo y cae en olvido del tiempo. Cuando intenta volver, en vano son todos su trabajos para encontrar la salida, siempre termina en el mismo recoleto lugar. Cansada de dar vueltas se duerme acucillada y con la espalda en recuesto sobre un lecho de diamantes. Sueña como un mago muy anciano y de noble porte, le deja sobre el pecho una preciosa muñeca y después de consolarla con tiernas palabras, la toma en brazos transportándola al cielo entre nubes doradas.

—¡Dámela! —Oye, Berta, entre sueños, gritar a Dela, su hermana pequeña. Despierta con el sobresalto de lo imposible.

No puede creerlo está allí, en su camastro, con la muñeca bien apretada junto a su corazón. Los dedos de Dela están afianzados sobre los bracitos del juguete. La sorpresa hace que Berta afloje el abrazo. Aprovechando el momento de confusión, de un tirón la otra, se la agencia y sale corriendo de la habitación en busca de la madre, llamándola a gritos desaforados. No tardan en estar las dos de vuelta.

—¡De dónde la has sacado! —Gruñe, la mujer, mientras la muele a palos.

Nada puede decir, Berta, porque nada sabe. Cuenta el sueño, lo que le vale otra paliza. Aquella madre de mente estrecha y primitiva, manda llamar al leñador, que deja la faena malhumorado y ya dispuesto a la gresca. Berta, repite la historia de su sueño.

—¡Embustera! —Brama el padre—, ¿es que andas en tratos con las brujas? ¡Nunca se viera una muñeca como esta... seremos carne de inquisición, por tu culpa! ¡Maldita seas, mil veces!

La muñeca es lo nunca visto y para jamás olvidado; compone frases completas y con gracioso acento: “*¡Te quiero mamá!*” “*¡Tengo frío!*” “*¡Quiero comer!*”. Y otras lindezas por el estilo, además de andar con bastante soltura, eso sí, siempre de manos de Berta. Está construida, de una materia tan parecida a la carne que en verdad asusta, sus

ojos grandes, están llenos de tantas leguas de luz, que dejan extrabizcos a quienes a sus profundidades se asoman. Hace pensar, tanta perfección en la obra de una bruja, las mejores de la época son de barro cocido y ni por asomo están al alcance del pueblo.

Tanto se habla de la muñeca que llega a oídos del Yacud III. Manda, a los padres de la pequeña, a presentarse con el juguete.

Después de unos minutos, empleados, por el Rey, en contemplar y admirar la muñeca, observa con ojos severos a la pareja de leñadores, soliviantando su entereza.

—¿De dónde la habéis sacado? —Pregunta, el Rey.

—No lo sabemos, majestad —contesta, el hombre, dando con la frente en tierra—, apareció sobre Berta, una mañana, en su cama.

El señor Inquisidor, se acerca al asustado leñador, arropado todos sus movimientos con esa autoridad oscura, conferida por años y siglos de terrorífica dictadura de almas, imponiéndosele con un solo movimiento del dedo incide; machacando cualquier vestigio de libre pensamiento que pudiera conservar el individuo.

—¡Estás endemoniado! ¡Sufirás los mayores tormentos si no abjuras, de tu verdadero señor, el Rey de las Tinieblas! —Exhorta.

—Os lo juro, por Dios, ¡no sé nada! —Tiembla tanto que su frente repiquetea sobre las losas de mármol, estremeciendo los cimientos del Castillo.

El señor Inquisidor, sabe de tretas para derrotar la mente más despierta del contrario, y las usa.

—¿Es tu hija la bruja, pues? —Inquiere, el Inquisidor.

—Sí —Contesta, vislumbrando un resquicio por donde librarse.

—Ya sabes lo que te espera —sentencia, el Inquisidor, a conciencia de haber puesto el dedo en la llaga—; primero, por no haberla denunciado. Segundo; por el simple hecho de ser el progenitor de semejante menstruo, hija del infierno.

La faramalla ha tenido éxito, los desnaturalizados padres desafijan a la hija. Cuentan que, hace cinco años al volver del bosque, después de un agotador día de trabajo, la encontraron cerca del arrollo, compadecidos de la pequeña se la llevaron a casa, cuidándola como si de propia se tratase.

El Rey, manda a más de cien emisarios al Valle, que vuelven en desastroso entendimiento de los hechos. Como vive la familia, de siempre en el bosque y poco bajan al pueblo, apenas recogen los informadores algunos vestigios de que fuesen los padres verdaderos de Berta y todos ellos superfluos. Bien podía ser cierto lo contado por la pareja, más si se tiene en cuenta la belleza de Berta y la fealdad sin parangón, de aquella turba.

Yacud, decide hablar con la pequeña, en privado. Berta, cuenta al Rey, el sueño.

Con rastrillo se peina el bosque, de la mina, nada.

Enternecido por la edad de Berta, no quiere Yacud III, entregarla a manos del señor Inquisidor, y siguiendo los consejos del Chambelán Mayor, obsta por encerrar a Berta en un hospicio, y a la muñeca en una vitrina bajo llaves, cerrojos y candados, en espera de que Anselmo el Sabio, estudiara el mecanismo. La triste vida de Berta, se tornó en desespero. Los niños en soledad de amor, suelen ser muy crueles con los caídos en desgracia, se dieron en martirizar a la pequeña. Omar, el artífice del regalo, no sale de su asombro, nunca pensara que la broma tomara semejante sesgo. Enfurecido, como pocas veces en su vida, pinta sobre un lienzo el triste edificio inclusero, después con un paño impregnado en disolvente, lo borra de la historia y de la memoria del pueblo, cuidando de dejar intacta a la niña. Después de vestirla con lujosas prendas, y adornarla de finos modales, se inventa para ella un Ducado, convirtiéndola en una de tantas damiselas que pululan alrededor de la Reina Madre, dejándola sin pasado, y con

el presente en exacta imitación de la gracia y donosura de una joven princesa, dueña de *palacios inventados*, y muy reales arcones de oro, perlas y piedras preciosas.

No es la intención del Mago liberar a Esmeralda, al menos por el momento, quien se desespera en su elegante vitrina, a la vista de curiosos y a la espera de que Anselmo el Físico, la destripe, tal desastre no ocurrirá porque el espíritu de Esmeralda, se escapa de la muñeca al pico de Rita, que ha introducido un fruto del Alianto entre los labios del juguete. Cuando Anselmo el Físico, la examina sólo encuentra ingeniería mecánica, en donde los otros vieran la mano del maligno, y la deja tal cual, a propósito de imitar su estilo.

Recupera, Esmeralda el alma, más su doble quedará en el Castillo, siendo la admiración de propios y extraños por los siglos de los siglos y un peligro potencial para su integridad física, que es de gran peligro una imitación tan sorprendente para el representado.

...../

—¿Y ahora, qué te atormenta? —Pregunta la planta, inquieta, viendo en descuido del pensamiento, a su amiga.

—¡Cosas de la vida, nada importante! —Responde Esmeralda—, quisiera, Mandrágora querida, descansar a solas.

No está satisfecha, Mandrágora, con tan repentino cambio de humor, sabe que es un privilegio de la Bruja, lo mismo languidecer de amor por la vida, que razonar sobre la muerte como un científico; pero, en esta ocasión los cambios de carácter y los largos silencios le parece en extremo forzados, peligrosos. Decide pedir consejo a Alampagua. Lo hará después de acompañar al Príncipe, hasta los límites del Pantano. Esta noche está, Su Alteza Real, rebosante de alegría; ya en el limen del sendero con el Valle, da un beso a la sorprendida planta y lanza su caballo a un galope desenfrenado, sin querer preguntarse el motivo de tanta felicidad como rebosa, toma el camino que conduce al Lago Pequeño; Rita la sigue acompañada de Viriato, al poco se les une Azrael, cuando llegan a la orilla de las tranquilas aguas, son más de cien los reunidos, entre animales y plantas.

Emerge, Alampagua, de las claras profundidades, sonriente y contento ante la inesperada visita. En viendo el triste rostro de sus amigos, arruga el entrecejo al preguntar:

—¿Malas noticias?

—Pueden llegar a serlas —contesta, Mandrágora.

—Cuenta, amiga mía.

Mandrágora, busca un lugar de tiernas glebas e introduce las cansadas raíces, todos los demás se acomodan a su alrededor formando un apretado semicírculo. La Luna, como siempre curiosa, se hace un hueco entre los enramajes de dos avellanos.

—¡Una noche perfecta para un aquelarre! —Suspira, Mandrágora, queriendo llevar un pensamiento amable al grupo.

—¡Qué lo digas! —Corrobora Azrael.

—Y, bien —insiste, Alampagua, con su gran cabeza, reposando sobre la yerba.

—Querido Alampagua, pelagra nuestra existencia. Mala Sombra está enamorada de Yacud y lo que es peor, me parece que Esmeralda intenta poner drástico remedio..., o permitirlo, un dilema preocupante. ¿Qué dices tú Alampagua?

—Es inútil inquietarse con el pasado, es un ladrón que jamás devuelve lo robado. El amor, no es una historia poética que rimar se pueda a voluntad. Ni siquiera obligando a todo cuanto nos rodea a una abstracción absoluta, podremos predecir el futuro, de Isabel, en el cuerpo de Mala Sombra y cambiarlo a nuestro acomodo. Por derecho, se

nace libre. Pero, ateniéndome a lo resguardado en los trasfondos de su memoria, intentaré razonar con las dos. ¿Y Omar, que dice?

—Omar, parece jugar al escondite, vuelve a ocupar sus antiguas habitaciones en el Castillo... Es, como una pared blanca que al sol deslumbra, para que no veas sus grietas.

—¿De amor?

—O desamor. No es novedad, verle suspendido, con los ojos vueltos al infinito, entre una baraúnda de gritosos comerciantes, en sus paseos por el Zacatín. Ya no busca el cornejo, que lo compra; ni fabrica el incienso que usa de varitas perfumadas como los caballeros de la corte. Omar, invierte su tiempo en esperar, y esperar.

En el Valle

Comentarios, lustrados, sobre de detalles macabros, referentes a la familia del señor Escriba Mayor, van tomando el cariz de un insólito cuento de terror. En la Corte: Chambelanes, escribas, amanuenses, mayordomos, criados; en las caballerizas; junto al calor del heno caliente; en las cocinas, las mujeres, entre ollas y olores a salsas y sufritos; en la cerrajería donde los cantos del yunque y el martillo suenan a martinetes; en el aserradero los aprendices que juegan con lanzas de madera y virutas; en la bóbila de flexible arcilla... En fin, por decir, el País entero disfruta con la siguiente historia:

“El señor Amanuense a cambiado a su hija Mala Sombra, por el Don de la Escritura, a la bruja Esmeralda, y el Rey, que está en la imponía, le nombra Escriba Mayor. El señor Amanuense bien puede ser un brujo. Quizá, ha matado a su hija, quizá esté enterrada en los sótanos de La Casa Grande.

Como este tipo de embregos que tanto gustan, al sabio como al tonto; al menesteroso como al pudiente, se va formando una negra leyenda en torno señor Escriba Mayor, salpicando con ello a la mismísima Corona. Historias son estas, en apariencia, inocuas las que van tomando carrerilla, casi leve en sus comienzos para tornarse peligrosas, imparables, destructivas y acabar en un final desastroso. Llegan los rumores al Señor Obispo, de boca del Canónigo y a Yacud III, de labios del Chambelán Mayor.

—Majestad —dice, inquieto, el Chambelán—, el escándalo amenaza arrasar, todo cuanto encuentra a su paso sin respetar palacios ni chozas, dejando en el camino las podridas ramazones de todas las orillas. Es de temer que el lodo de la maledicencia os salpique.

—Hacer lo oportuno, querido consejero—, contesta, el Rey, malhumorado—, teniendo presente el alto cargo y la representación social del señor Escriba, en los reinos vecinos. Por lo pronto no estaría de más, menguar las calumnias con un varapalo.

Se publica un Bando Real, advirtiéndolo:

Quienes levante falsos testimonios, en publico o privado, contra el Señor Escriba Mayor, serán juzgado como reos de delito en desacato a S.M. Yacud III.

Sólo faltaba añadir el acicate de lo prohibido, a tan sabrosos enredos para subir de tono los comentarios. Nada se puede hacer para refrenar el ardor popular. Piden ver en público, al señor Escriba Mayor en compañía de la hija. Y como está el Reino, entero, implicado no se pudo procesar a nadie. Decide Yacud III, dar tiempo al tiempo, con el temor en el alma de que lleven razón. El recuerdo de lo leído en el *Sinario* le llena cuerpo y mente de un miedo razonado. Ordena que cien o más alabarderos custodien al Príncipe Heredero noche y día. Ninguna muchacha debe acercársele a menos de un kilómetro.

Contra todo pronóstico, las malas lenguas no se dan descanso. Muy al contrario, arrecian en su virulencia, más y más. Ya se comenta, entre quiebros de espanto: “*¡No sólo el Escriba Mayor ha vendido su hija, sino que, ha hecho un trato con el mismísimo Luz Bella, comprometiéndose a entregarle todos los primogénitos recién nacidos!*” En el Castillo y en cada palacio, casa o choza. Las noches, en especial brumosas, se relatan los hechos acaecidos durante el reinado del padre de Yacud I, *el Hechizado*, explicando con detalle como desaparecían todos los nacidos varones en el día y hora del nacimiento de aquél. La memoria colectiva es un tesoro sin dueño, por eso es mala de controlar y peor de acallar, porque los fenómenos aparentes de las cosas que se rigen por las leyes de la fantasía, escapan a la comprensión natural, y a la represión. Una virulenta epidemia de colitis viene a dar la razón al pueblo, la verdad del asunto poco importa. Mueren los recién nacidos como tocados por una maldición.

A las puertas de *La Casa Grande*, cada vez hay mas gente congregada, pidiendo a gritos que el Escriba Mayor presente a su hija.

—*¡Mala Sombra! ¡Mala Sombra!*—Van repitiendo en cantinela.

Como no obtienen, más respuesta que una carga de los soldados del Rey, mandados a proteger persona y propiedad del Escriba, se enfurece la muchedumbre, llegando hasta las mismísimas puertas del Castillo, en oleadas amenazantes. El Chambelán Mayor, alarmado, habla con el Rey. Este manda reunir a un grupo de fieles servidores con el señor Inquisidor a la cabeza, en el intento de encontrar una solución. Deciden al fin, consultar con Omar, que se muere de aburrimiento en sus torreones

particulares, decisión tomada muy en contra de las hadas, que nunca aceptaron ni aceptan de buen grado la presencia del Mago, en el Castillo.

Un emisario seguido de tres soldados, se allegan hasta los aposentos de Omar.

—Siento —dice Yacud III, en viéndole llegar, malhumorado—, haberme deshecho del *Sinario* que me disteis, os ruego que nos aconsejéis. Quiero recordar, que el caso que nos ocupa, estaba previsto en aquellos pliegos.

El Mago Pintor, parece asbtraerse en un éxtasis lumínico, cuando en realidad sólo intenta ocultar el gozo que los extremos del populacho le llevan al corazón. Dice con voz atiplada por la risa contenida:

—Visitaré a Esmeralda y traeré a Mala Sombra.... Pero, a *Casa de Zafra el Comerciante*, no me fío de vuestro Escriba Mayor.

—¿Querrá, Esmeralda...?

—Ni a ella, ni a nadie del Mundo de la Magia, nos interesa el enamoriscamiento de la joven bruja. Confiad en mí, majestad.

—Es cierto, pues, que el Príncipe...

—Sí, majestad. Ahora dejar el asunto en mis manos. El Príncipe casará, con o sin su consentimiento, con la princesa Anusia.

—¡Es mi sobrina! —Responde, el Rey, molesto.

—Las bulas papales han existido siempre..., y esta es una razón de estado. Los tres reinos nunca debieron separarse, fui el artífice de tal desastre, y pondré remedio.

Esmeralda escucha las explicaciones del Mago, y accede, con la impronta en el alma del que lleva a su propia hija a la hoguera.

Hombre, que nunca dio alastristes a sus amores derrotados, se llevó a lo hondo de la peor comedia humana, el espíritu de los enamorados, que los celos suelen ser cabezones y de muy fino desorden de la voluntad, que nadie toma por mal juicio, al que hace de ellos terreno abonado de su propia desgracia.

Alfredo

No puedo centrarme en la lectura, la visita de los dos policías ha dejado la impronta del miedo en mi alma. Escondido entre un montón de trigo, los folios. Entro en la casa, que más parece cubierta por un paño de luto, hasta en la cocina ha llegado el poder de la muerte. No hay nadie, ni el fuego caliente en la chimenea encendida. Después de unos minutos de contemplar, en distraimientos de los sentidos, la gran mesa solitaria, busco en la despensa algo para entretener el estómago. Esta hambruna que se adueña de mi cuerpo sin darle descanso en los momentos menos oportunos, es un tormento.

Pienso en los lejanos días del internado, con tristeza. En estos momentos el padre Nicodemus estará arrebujaado en su celda entre cirios y rezos; el hermano cocinero, quizá, persiguiendo a *Felipe* y mis amigos, los *Espantapájaros*, fumando cigarrillos o robando vino de misa consagrado o no, que para tal descuido nunca sentíamos miseria espiritual. Yacud y Carlos vuelven de *La Casa del Boticario*, rompiendo la tela de araña con la que entretengo mis desamparos. Advierto en los ojos de mi primo malas noticias, me hago el desentendido en verdad tengo el corazón sumido en desesperos propios, no me encuentro con fuerzas de soportar un nuevo contratiempo.

—Tenemos que hablar...

—Nada de más problemas —digo, adelantándome—, ¡por favor!

Carlos, hace un esfuerzo para contener su ansiedad. Casi llora. No estoy por darle facilidades. Presiento que algo monstruoso está por ocurrir. “*¡En absoluto van castigar mi alma sin tener guarnecido el cuerpo!*” Pienso

—Alfredo, es muy importante.

—Bien pues habla —contesto, al tiempo de darme un buen trago de sargapeno, que la Chacha mantiene fresco, en la alacena de sus potingues.

—¡Van a enterrar a Amelia!

—¿Cuándo? —Pregunto, sin volverme.

—Pasado mañana, al amanecer.

No quiero saber nada más, me dirijo a mi habitación, empestillando la puerta. Pienso dormir toda la noche. Dirijo un ruego mudo a mi abuela Ana: “*¡Está noche, no, por favor!*”

Son las seis de la mañana. La cocina me recibe en aleluyas de tufillo a pan recién horneado; tortitas calientes y las crujientes hojas de parra.

—Hola, Chacha —saludo casi alegre—, y los demás.

—Omar, en *La Casa del Boticario*, los demás no sé.

Los ojos de la mujer aparecen hinchados y enrojecidos. Sin ganas de gozar con el desayuno, sorbo del tazón, de chocolate hirviendo, hasta apurarlo.

Me dirijo a la casa vecina.

Omar, está velando a la muchacha, tiene el hombre, el semblante de no haber dormido. Los ojos se le desmarcan del un rostro seco; descuajado y trillado, lleno de profundos cortes precipitados desde las sienes hasta más abajo del mentón, asemejando cicatrices. Debe suponer que no he terminado con la lectura de la rocambolesca historia, y nada puedo aportar de nuevo. Ni siquiera torna los ojos para mirarme, sus bellas pupilas africanas se pierden, traspasando los anchos muros de la cocina convertida en capilla ardiente.

El catafalco está cerrado, cubierto con un paño negro orlado de dibujos plateados. Deben haber llamado a la funeraria. Pregunto, a Omar, en viendo un tema de conversación muy afín con lo que andamos intentando aclarar:

—¿Cuándo han venido?

—¿Quiénes?

—Los de pompas fúnebres.

—Es cosa del Deán. ¿Cómo va la lectura?

—¿Qué está pasando? No es propio un comportamiento tan siniestro en personas normales... Ni aparentar, que no digo sentir, tú, Tal dolor por la muerte de tan acérrimo enemigo.

—En apariencia Alfredo, en apariencia, normales. Y, no es odio verdadero lo que nunca padecí por Esmeralda, simples celos. Su temprana desaparición si que me priva del amor de mi vida..., y de la vida misma.

—¿Qué quieres decir?

—Ninguno de nosotros pertenecemos a tu siglo, somos como fantasmas del pasado arañando la nada, para seguir viviendo.

—No sé cómo entenderlo —respondo, hastiado.

—Lo harás a no mucho tardar, y puede que decidas unirte al gremio. Patalear contra el Destino de nada ayuda; de no entender ni saber como cambiarlo, se sufre con la incontinencia nefasta de la verdad.

Despreocupándose de mí, sigue deshilvanando pesares fustigadores de tormentos, que yo adivinar puedo por el rictus amargo de su boca. Le dejo con los embrollos mentales en que parece sumido, y salgo meditabundo de la tétrica cocina, sin saber hacia donde tomar camino. Deseo un lugar abierto, donde la vista se llene de la realidad de la vida. Soñar o pensar, lejos de aquellas dos casas engendradoras de fatigas; me da la impresión que el diablo tiene un punto en todo cuanto se habla, piensa o acontece, entre sus paredes. Con estos y otros pensamientos por el estilo, voy paseando por el jardín de *La Casa del Boticario*, tan enmarañado y en descuido como el nuestro, favorables a los desmanes de los brujos y de los huidos o ausentes de esperanza, porque en el, no hay nada que alegre al alma, me refiero a fuentes a zonas ajardinadas... Los árboles ganan tanta altura que al cielo ocultan, haciendo crecer a las plantas en estado salvaje, sonámbulas y tristes.

Veo a mi prima caminando de forma furtiva, pegada a la pared de la mansión, doy un rodeo y le salgo al paso cerca de la entrada a los sótanos. Mi intención de asustarla es en vano, la jovencita sin un mal gesto de sobresalto, me toma de la mano arrastrándome tras ella.

Entre sacos de grano, se amontonan antiguos ficheros desparramados en su contenido, tal desastre es obra reciente y muy posiblemente a sus manos.

—¿Qué ha pasado aquí? —Pregunto, sin muchas esperanzas de una contestación inteligible.

—Nada, primo, sólo busco un plano. O algo parecido.

—¿Para?

—Para saber el enclave de *La Fuente de la Salamandra*. Te será, de gran utilidad, para situarte en los relatos de la Pluma.

—Creo —contesto entrando sin querer en su dinámica—, ¿no te parece, qué podría estar por la zona del Lago Pequeño? Ese lugar, tiene todas las características del lago descrito, además del mismo nombre.

—Es muy posible. Pero, yo he estado allí con Esme... Amelia y no hay ni rastro de Alampagua.

—¡Mujer! ¡Lo del monstruo es demasiado! Diría, simple y llana literatura.

—También lo fueran las brujas ¿no crees? ¡Sí, sí... literatura pura!

—Está bien, pues busquemos —digo sin intención de discutir—, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Claro, primo —los hermosos ojos miran atentos, apacibles.

—¿Por qué supones que debe estar en este lugar, si es que existe?

—Aquí vivió Mala Sombra, cuando murió Yacud IV, *el Suicida*.

—¡Ah! —Digo por decir.

Hace un buen rato que revolvemos polvorientos legajos. El hallazgo de un sobre lacrado y con el Sello Real, del reinado de Yacud I, *el Hechizado*, me hace saltar de alegría, es el documento por los que se cedían, a Esmeralda, y a su descendencia los bosques y el Pantano de la Muerte, además de un plano en donde está señalizado el lugar exacto de la cabaña de Esmeralda, con un complemento de indicaciones para encontrar el Lago Pequeño. Digo feliz:

—No será difícil consultar en los archivos del ayuntamiento y comparar este documento, con un mapa cartográfico, vigente.

—Toma —dice mi prima entregándome el sobre—, guárdalo tú.

—¿Por qué yo?

—Ya hablaremos. No cuentes a nadie lo encontrado.

Así lo prometo. Nos dirigimos en silencio a *La Casa Grande*. Adelaida, desaparece entre el entramado del parral, ni me percato de su sonrisa condescendiente. Empiezo a interesarme, a sentirme atrapado. El hallazgo del documento da visos de realidad a la semblanza de todos aquellos personajes. Ni siquiera me cuestiono lo oportuno del descubrimiento, y menos si se tratara de un ardid, para involucrarme emocionalmente. Corro a mi cuarto con el ánimo renovado y espavilado de la morriña.

Paso el día recopilando datos de lo leído.

La familia no se ha reunido para el almuerzo, tampoco para la cena, casi devoro un tazón de sopa de sémola y una docena de pescadilla con tomate, servida en la cocina por una Chacha Luisa distraída, lejana del lugar que ocupa entre las cacerolas.

Presiento, que la noche se presenta impregnada de soledad y misterio, decido dejar en descanso el espíritu y en reposo la mente, no pienso buscar la compañía de vivos ni muertos, me entregaré al sueño y con él al olvido de los problemas. Espero recuperar la lucidez perdida e intentaré darle a los hechos, un razonamiento físico, para no fenecer en el intento de su comprensión.

El sueño reparador no llega, se enseñoera de mi persona el desvelo. Dejo la cama y arrastro el sillón frailerio ante el ventanal, acomodo el cuerpo lo mejor posible. Pienso deslumbrar la tristeza presente, con pensamientos de otros infortunios pasados. Puedo ver, sin levantarme, algunas de las ventanas de *La Casa del Boticario*. Pienso con

ternura en la muchachita que yace en un ataúd de pino sin pulir, en la cocina de la casa y me pregunto: qué clase de vida debió llevar, en un hogar, que tanta frialdad demuestra en su muerte. Estoy medio adormiscado cuando, más que veo, presiento la leonina cabeza de rizos desgredados, de mi prima, asomar por el quicio de la puerta. Sonriente de ojos y boca, se acerca con una jícara de café.

—¡Vamos, primo —dice cariñosa—, espabila, es hora de trabajar!

El brillo de sus ojazos verdemontaña, me inquietan profundamente. Mi corazón, sin motivo aparente, se ha puesto a hervir bajo la piel, golpeando las venas en su loca ebullición. El infierno, puede esconder los deseos más pecaminosos, entre los pálidos colores de las azucenas.

—¿Es qué nadie duerme en esta casa? —Comento, por decir.

—Casi todos. Te importa que me quede un ratito a tu lado.

—¿Cómo no, preciosa? —Contesto, sintiéndome atribulado.

—Dime, primo: ¿Dónde perdiste la ilusión? Siempre tienes los ojos tristes, las manos frías y la frente baja.

La miro intentando adivinar sus intenciones. La calma más placentera se ha llevado de los ojos sinoples, las borrascas, allí donde yo no las vea, porque no creo en los cambios radicales del carácter. Casi suspiro al contestar.

—No es tristeza, esto que adviertes, es apatía.

Me dispongo a reanudar la lectura donde la dejara la noche anterior. Adelaida se acurruca a mi costado. Pienso, que el amor es fácil de señalar cuando nace, sólo basta las impresiones de la vista para ello. ¿Y después, será posible discernir la realidad de la fantasía? Con tiento enredo un rizo de su cabello entre mis dedos; me asombro por su briosa textura, algo así como, si acariciara las crines de un caballo. Ella sonríe y con una suavidad que hace daño a mis sentidos; deposita un beso en los dedos que juegan con su pelo enmarañado.

—Primo, eres muy guapo —dice sonriendo, sin un atisbo de coquetería.

Siento el latir del joven corazón, a través de la seda de su camisa sobre el mío, que se desborda galopando como un potrillo. Debo tener el rostro de un encendido hovero.

—¿Estás cómoda? —Pregunto, con un hilo de voz.

No contesta. Llevó el mechón hasta mis labios, sabe a leña, menta, tomillo... como si fuera su cabecita el habitar de todos los olores del bosque. Siento florecer el sentido del estímulo romántico, y tiemblo porque el anuncio es desastroso. Ella, clava sus ojos en mis labios y susurra.

—Te quiero, Alfredo.

Sigo con la lectura, distrayendo el momento, que puentes de oscura realidad, pueden tenderse hacia la fragancia de sus labios, sin voluntad que contenga el júbilo, desbocado, de mis sentimientos, con los pormenores de la trágica boda de Yacud, diseñada por Omar.

La boda de Yacud

Siguiendo los consejos de Omar, Yacud III, contra costumbre, invita a todos los adolescentes del Reino, directamente por emisarios a un baile en el Castillo, en honor al Príncipe. Advirtiéndole que la falta de asistencia sería incurrir en grave desacato a los Reyes, siendo la prisión o el destierro el castigo para tal afrenta. El señor Escriba Mayor, se entera de la insólita fiesta a boca de un Valedero Real. Se pregunta: “¿*Qué tramarán en el Castillo?*” Sabe que Yacud, ha partido esta misma mañana, hacía Montañas Azules. Pronto olvida su preocupación. Cuando la conciencia se habitúa al olvido de los remordimientos, es de misterio como se hace costumbre el vivir sin sentirlos. Para nada piensa en la hija que ha cambiado por la Pluma Mágica, que fama y tesoros le diera y da ¿Cómo piensa presentarse ante Yacud III, sin ella después de los tristes avatares pasados por tal causa; en más, sabedor de los términos de la invitación? Es un misterio.

El noche señalada para la Gran Fiesta, el Castillo es un hervidero de actividad. Ni la falta de un solo joven, pasa por alto el Maestro de Ceremonias. No valen excusas para dejar de asistir: El menesteroso, puede escoger entre los más ricos ropajes en las dependencias habilitadas, para el caso; si pastor, un Emisario Real queda en su puesto guardando los rebaños; si guerrero, hay un mercenario cincuentón. Para las muchachas están previstas las mismas o parecidas alternativas. En fin, que no caben pretextos para desentenderse, de la Real Invitación.

Mientras tanto el príncipe Yacud, que saliera a la amanecida acompañado de Cristia el Duque de Brezos, llegan a la Alcazaba de Montañas Azules, en el mismo momento que la princesa Nausia, parte hacia Tierras Raras. Ni tiempo tienen, los primos, para saludarse, sino de lejos con un agitar de las manos. El Príncipe, piensa, que el Jefe de Protocolo, de alguna de las dos Casas Reales, ha sufrido un error en las fechas. Como no le interesa poco ni mucho compartir tiempo con la damisela, ni le preocupa, ni molesta la descortesía. No así, a su amigo, Cristia, que se da en cavilar, si no serían otros los motivos para tan descortés comportamiento, porque el repentino viaje de la Princesa, unido a otros puntos observados por el caballero, le inquietan y molestan en extremo.

Pasan varias horas desde su llegada, el Chambelán Mayor, les va dando largas para la entrevista concertada con el Rey.

—Alteza, su majestad, le suplica le disculpen. Está reunido con embajadores de lugares lejanos —dice, cada tiempo, ocultando el brillo de sus ojos, con un parpadeo.

—De acuerdo —contesta Yacud, amable—, no os preocupéis por nosotros... ¿Podemos visitar la Alcazaba?

—Estáis en vuestro hogar, alteza, hacer lo que gustéis —contesta el resabiado Chambelán y desaparece, tras una complicada reverencia.

—Alteza —advierte, contrariado, Cristia—, aquí están pasando cosas muy raras.

—¿Por qué lo dices?

—¿No os lo parece, a vos? Vuestra prima ni se detiene para saludaros; el Rey da largas para la audiencia, sin contar de las extrañas maneras de todos los palacios, que nos atienden como si temieran quebrar algún secreto.

—La verdad, Cristia, no me importa. Mi corazón ya tiene dueña.

Algo de eso temía el Conde, hace tiempo que el Príncipe evita su compañía, en los largos paseos que emprende al atardecer, sin paje ni caballero que le escolte, el caso no es insólito, pero sí la duración de los mismos. Siempre le ha seguido a prudente distancia, con el sólo propósito de velar por su seguridad, en muchas ocasiones, el Príncipe, había desaparecido de su vista, sin dejar rastro y siempre cerca del sendero que va a dar al Pantano de la Muerte. En cierta ocasión, creyó ver, cómo una figura femenina le esperaba en el limen del bosque. El Conde, dolido por la falta de confianza

de aquél, que se hace llamar amigo, pero, comprendiendo que los asuntos de amor, son algo así como un secreto de estado, en cuanto a un Príncipe se refiere. Nada comenta ni con él ni con nadie. Empero insiste:

—Alteza, en el Castillo se están organizando los preparativos de una fiesta multitudinaria..., en vuestro honor: pienso, que no es ni medianamente razonable, que se celebre sin vuestra presencia.

—Dejad de preocuparos —contesta, el Príncipe.

—Más, convendréis conmigo, alteza, que no es lógico.

—No. Pero tal cosa no debe inquietaros en lo más mínimo, ya que a mí, me deja indiferente.

—Señor...

El Príncipe, da un golpecito amistoso en el hombro de su amigo y ambos se dirige hacia un gran ventanal, desde donde se divisa el horizonte que hace frontera con su país. A lo lejos el canto de la brisa, trae hasta los oídos del Príncipe, el nombre de su amada. Más parece en la lejanía, el cielo de Tierras Raras sembrado de extraño luto, en negros limbos y jirones agrisados de nubes borrascosas.

—Mal tiempo dejamos atrás —comenta Yacud.

—Menos me agrada el cándido rosado que ahora nos cubre, como alas frágiles de mariposas —contesta, Cristia, que anda entre borrascas interiores.

Poco después, sin ánimos de más vagabundeo por la Alcazaba, los nobles caballeros, se retiran a sus habitaciones.

Cristia, es un joven arrogante, bello, es un caballero nato, no le es necesario, historia alguna de abolengo para sabérsele noble. Además Cristia es un romántico por generación espontánea, siente en carne propia el supuesto desaire de los Reyes de Montañas Azules, a su señor el Príncipe. La sangre del hidalgo que corre por sus venas y la quijotesca por sus endrinas, se subleva. Pide audiencia con Rodrigo I, sin venirse a las razones del Chambelán. En previsión de males mayores, el Rey, le recibe con los ojos puestos en su alma, como si se tratara, la entrevista, de la confesión de los pecados del caballero.

Exige el Conde, una explicación: Son, aquellos, momentos delicados entre Rodrigo I, y el Conde de Brezos. Y esto es lo hablado:

CONDE de BREZOS: Majestad, nos dolemos en el alma con el desplante de vuestra hija la princesa Nausia, a mi señor.

EL REY: Siento deciros que Su Alteza, tenía compromisos previos a la visita de mi querido sobrino. Y, si es una satisfacción lo que deseabais, pues daros por complacido.

CONDE de BREZOS: No tan sencillo, el respeto y lealtad a mis Reyes, me obliga a pedir una reparación en el Campo del Honor. Que en comisión hemos venido para escoltar a la princesa Nausia, como prometida de mi señor. Escoged caballero que os represente.

EL REY: No es el asunto —casi sonrío—, para que llegar a tales extremos. Más, me parece que el llamado a dar satisfacciones sea vuestro señor, el príncipe Yacud ¿por qué no, mi querido muchacho, habláis con él, seguro que os sacará de dudas?

De tan triste manera, terminaron los intentos de un noble caballero en proteger el honor de un amigo ligero de cascos. Lo que no saben tanto Yacud como Cristia, es que los esponsales de Nausia y Yacud, se están anunciando, en estos momentos, y a continuación se celebrará la boda. Con todo el pueblo como testigo..., incluida Mala Sombra.

Rodrigo I, organiza un torneo para mantener entretenidos al Príncipe y al Conde, al amanecer del día siguiente.

Mientras se calza los guanteletes en la tienda de campaña, Yacud, dice a su amigo:

—En verdad, que no entiendo el porqué de este viaje.

—Ni yo, alteza, ni yo.

—No veo el momento de hablar con el Rey, de los planos estratégicos, diseñados por mi padre, para cubrir las fronteras.

—Alteza —le contesta, preocupado, el joven caballero—, ¿de qué planos habláis? ¡Tenía entendido que veníamos a pedir en matrimonio a Nausia, y acompañarla en calidad de tal, al Castillo!

—¿Qué?! —Yacud, está pálido de muerte.

—Creo..., ¡alteza, me huele a encerrona! Hace unos minutos he pedido una reparación en el Campo del Honor. Y tu tío se ha negado. Hasta me pareció que se divertía.

—¡Oh! ¡ Pero, Cristia, cómo se te ha ocurrido, tal disparate!

—Alteza, en creyendo que el motivo de nuestro viaje era el comentado, y en viendo el desaire de la Princesa. ¡Era mi deber!

—Pensasteis que mi honor estaba en entredicho. ¿No es eso?

—Alteza...

En estos momentos un cornetín florea una llamada.

—Creo —dice Yacud, tomando una resolución—, que esta justa la va a lidiar mi tío Rodrigo. ¡Vámonos!

—¿Cómo hacerlo?

—Tú sígueme.

Salen a la arena, en medio de una atronadora salva de aplausos. Caballeros y caballos, después de hacer una elegante cabriola en fugaz saludo a los Soberanos, emprenden galope tendido hacia la frontera. La estupefacción, de los presentes, sólo tiene parangón con el pasmo del rey Rodrigo, que se da en mesarse la cabellera, perdiendo la compostura propia de su linaje.

Ni una vez volvieron, la cabeza, los fugitivos.

Cuando llegan a Tierras Rassas, sólo queda de la fiesta un extraño clamor a soledad. Flores deshojadas cubren todos los senderos del jardín. El ambiente como si de un cuerpo de carne se tratara, se cubre con el sudario del alba. Nadie en las cuadras, nadie en las cocinas. Los salones están solitarios, ni lacayos ni doncellas ni criados. Yacud, admirado contempla el Salón del Trono. ¡Ni un centinela!

—Alteza, ¿qué ocurre? —Cristia, no sale de asombro.

Las palabras proferidas en un susurro, se alzan en una batahola de sonidos inquietantes, dentro del oscuro silencio que les rodea.

Y, esto es en realidad, lo que está pasando, no por rocambolesco es menos cierto: Omar, había creado —cuando los dos jóvenes parten hacia Montañas Azules, cada uno de ellos con una idea distinta del viaje—, sus dobles perfectos, dándoles la memoria justa, para llevar a cabo su arriesgado plan: casar al Príncipe *Inventado* con Nausia, y como padrino al Conde de Brezos *Inventado*, mientras los verdaderos están en Montañas Azules, retenidos por el rey Rodrigo. Excelente motivo, el festejo, para aplacar al populacho, presentando a Mala Sombra en publico, al tiempo de afrontar a la joven con el hecho consumado, de la boda de Yacud. Si no arde su alma en el infierno, es porque, Omar, carece de ella. Pero, y siempre los hay, los planes se le torcieron en el último momento. Llega de Montañas Azules, a pico de una paloma mensajera, la desastrosa noticia; la escapada de los muchachos. ¿Qué decidió, el loco de Omar, que amigo ni enemigo respeta? Lo más oscuro posible: ¡servirse de los cuatro a un tiempo!

A *Yacud Inventado* y a *Cristia Inventado*, les manda a *La Casa Grande*, con la encomienda de acompañar a las hijas del Escriba Mayor, asegurando a *Yacud el Inventado*, que allí le espera Mala Sombra. Adelantará la boda, para no alertar a Mala Sombra, del fiasco, distrayéndola con la insólita visita del Príncipe, a casa de sus padres. Ya procurará, Omar, en el momento justo, que aparezcan *los jóvenes Inventados*, en el Altar Mayor del Castillo. A los otros dos, los verdaderos, les pone bajo encanto, hasta segundos después de celebrada la boda, para transportarlos en el momento justo después del “sí quiero” dentro de cuerpo y alma de los *Inventados*, haciendo imposible que se retracte el Príncipe, por caballero y persona de bien. Y, esas son las alas de muerte que cubren Tierras Rassas, para el entendimiento, de los recién llegados de Montañas Azules.

Mientras tanto, en *La Casa de Zafra*:

Mala Sombra, contempla desde una isba creada por los pinceles mágicos de Omar, el trasiego en *La Casa Grande*, de personajes y personajillos. Los mejores modistos, los más afamados peluqueros; joyeros de renombre; conocidos floristas con delicados tocados; cocheros de lujo. De improviso el ir y venir se calma, hasta el extremo que el murmurio de los surtidores, en el *Estanque de los Nenúfares*, se adueña de la brisa, como el latido de un corazón, Mala Sombra alarga el cuello para ver mejor. ¡Sorpresa!

El príncipe *Yacud*, está subiendo las escalinatas del atrio de *La Casa Grande*, acompañado de un gallardo joven.

Como no tiene, Mala Sombra, la intención de permanecer al margen de tal acontecimiento, ingiere un fruto del Alianto, ante la pesadumbre del bueno de Zafra, y entra en su propia casa, tras los jóvenes.

La rarefacción de su cuerpo le permite, si quiere, mantenerse boca a boca con su amado sin que él lo advierta. En estos momentos está el Príncipe, correspondiendo a los saludos de sus anfitriones, en especial de Estrellita que le mira con ojos de cordera.

No puede, Mala Sombra, llegar a entender que hace allí su amado. El rostro, de *Yacud*, es todo un poema de simplicidad, el otro joven parece alorado.

—¡Alteza! —La voz, del señor Escriba, parece brotar de las cavernas del Averno—. ¡Cuánto honor!

Es evidente, se dice Mala Sombra: “*¿Están poseídos por un extraño mal! Sin objeto semejante del exterior, sumergidos en una triste representación de sí mismos, sin experiencia... ¿serán ellos-ellos?*” Ganas le dan en dejarse ver al momento, más espera el momento propicio, mientras intenta aplacar su espíritu de una zozobra inquietante.

Un lacayo, tan estirado como un junco, toma de manos de los caballeros capa, espada y sombrero; un mayordomo les conduce al salón, enojado con tal primor de ricas encimeras, como la estancia de una odalisca. Cuando apenas se lo permite el protocolo, los dueños de *La Casa Grande*, pidiendo mil veces perdón, dicen:

—Alteza, con su venia. El baile comienza dentro de unos minutos... no quisiéramos hacer esperar a SS.MM.

La verdad es muy otra. Más carreras para intentar embellecer a Estrellita. “*¿Por qué si no, la visita del príncipe?*”. Se dice la mujer del Escriba, sin más luces de discernimiento en su cabeza de chorlito, que ni pensamiento dedica a la hija, que supone encerrada en las mazmorras de la casa. Que el marido nunca le hablara del trato con Esmeralda. La mujer es chismosa y muy dada a los escarceos de la lengua.

Cristia Inventado, recorre con la mirada privada de entendimiento, los cachivache de la estancia.

Se pregunta, más que dice, el *Príncipe Inventado*, sin voluntad para tomar decisiones.

—No entiendo, que hacemos aquí.

—Será una estratagema de vuestro padre, para obligar al Escriba Mayor, a sacar de su encierro a Isabel... a Mala Sombra.

—Esta gente piensa asistir al baile. No pueden ser tan incautos de hacerlo sin Mala Sombra. ¡Hubiese bastado con enviarles un carruaje!

—¡Que maldito embrollo!

—Puede que, Omar, trajese a Isabel, a su casa para atar lenguas.

—Esmeralda, jamás lo permitiría.

—Ha saber...

—Eso, a saber...

—Parecemos un fraude —murmura, *Cristia*, premonizando.

No teniendo más por decir, guardan silencio. *Yacud Inventado*, emborrascado en unos pensamientos que encuentra insípidos. *Cristia Inventado*, está con el entretenimiento de perseguir motas de polvo.

De abstraídos que están, no ven a Mala Sombra, inclinada sobre el balaustre del amplio ventanal, en espera que los mozos dieran en verla. Después de unos minutos sin lograr llamarles la atención, se llega pasito a paso hasta *Yacud*.

—Yacud —llama, pronunciando en un susurro el nombre amado.

—¡Mala Sombra! —Siguiendo un aviso del subconsciente, ese que comparte con Yacud el hijo de hombre, no alza la voz.

—Sígueme.

Se han eclipsado por entre los pimentales, y se pierden por el parque del jardín de *La Casa de Zafra el Comerciante*, felices de estar juntos. Yacud, contempla a Mala Sombra, viéndola extraña como teñida de albayalde, los ojos de la bella traen a los suyos, sueños con otros aromas, como si el presente fuera tan sólo, una indolente falsa de los sentidos. Difícil es escribir sobre papel, el estado del Príncipe.

—¿Qué te pasa? —pregunta, Mala Sombra, en miedo de la verdad—, más pareces ciego y sordo...

—Los últimos albores daban en las escalinatas del castillo... —da por decir a Yacud.

Mala Sombra, temiéndose la terrible superchería, tiembla al alzar la mano hasta el rostro tan amado.

—¿Qué te han hecho! —Suplica, Mala Sombra.

—Querida....

Yacud, la mira con tal desespero reflejado en el rostro, que Mala Sombra, acallando su propio dolor intenta ayudarle.

—¡Yacud, háblame de tus recuerdos!

—Es *Cristia*, tengo que buscarle.

—Después nos ocuparemos de él.

—¡Oh! No podemos separarnos. Y no me preguntes por qué.

Sin atender al dolor que destroza el corazón de su amada. Sin un adiós, abandona *La Casa de Zafra*. Una oscura amargura atrapa el corazón de Mala Sombra, para siempre jamás. Cuando el *Príncipe* sale de isba, el recuerdo de haber estado con Mala Sombra, es sólo un poco de la auténtica realidad. Un sueño apenas compartido.

Segundos después, se ve sentado en el Trono Real, con la mano de Nausia entre las suyas, recibiendo los parabienes de la Corte. Cuando les toca el turno al señor Escriba Mayor, y a sus hijos, el Príncipe pregunta con voz desfallecida:

—¿Y vuestra hija Isabel?

Los presentes reteniendo el aliento, escuchan la confesión culpable, del señor Escriba Mayor

—¿Habéis vendido a vuestra hija por..., por una pluma?

—¡Perdón! —Tartamudea el infeliz.

En medio de una gran confusión es arrestado el Escriba Mayor. Si hubiese sabido bailar, Omar, lo hubiese hecho de contento. No sólo Esmeralda le debe la vida, también el desamor en el corazón de Mala Sombra —eso piensa él— y con ello a salvo, el *Elixir de la Vida Eterna*. El Mago Pintor no había contado, que al suprimir a *Yacud Inventado*, con la memoria recién almacenada de su encuentro con Mala Sombra, el Príncipe se está volviendo loco, en viéndose casado, y para siempre separado del amor de sus amores. Quitósele de todo en todo, las ganas de vivir. Yacud III, en la misma ceremonia de los esponsales ha abdicado en el joven Yacud.

Y esto es lo ocurrido a *Cristia el Inventado*, mientras tanto: Advertido de la desaparición del *Príncipe*, va creciendo en el espacio, omnímodo de su propia voluntad. Sintiendo el vacío del alma dentro de un cuerpo que no reconoce como propio. A medida que pasan los segundos nota, como se va olvidando de si mismo. Espantado y temiendo el peor de los atentados; un secuestro del espíritu, se obliga a salir del embaucamiento. El caballero, recorre las tres manzanas que le separan del Castillo, lanzando su cabalgadura a un desenfrenado galope. No advierte, que de su presente no queda ni el clamor de los cascos del alazán en las caballerizas. El Castillo, rebosa de bulliciosos invitados. En el mayor colmo de los imposibles, ve Cristia, como el Príncipe Yacud, da el brazo a una Nausia muy bella, engalanada de novia y cubierta de pétalos de jazmín, y ambos coronados.

—¡¡Se ha casado!! —Mira, estupefacto a la pareja.

—Pero, señor Conde —dice, el Mayordomo Mayor, que se encuentra a su lado—, ¡sí habéis oficiado de padrino!

Pierde Cristia, las entendederas, para siempre jamás.

En la Torre del Homenaje, Omar, suda colores atareado entre sus pinceles. No es para menos.

En la noche de bodas, rezuman lágrimas hasta las piedras del Aposento Nupcial. Anusa, le devuelve palabra de matrimonio, espantada ante el desaforado dolor del esposo, y vuelve a Montañas Azules. Yacud, la ve partir roto de remordimiento y sin fuerzas para desalojar de su corazón el recuerdo de Mala Sombra. Pocas horas después, desde el mirador más alto del Castillo, Yacud IV, pone fin a su corto reinado, lanzándose al vacío.

Enterada, Esmeralda, de la muerte de Yacud IV, allegase hasta *La Casa de Zafra*, en un vano intento de consolar a su ahijada, Mala Sombra, de tan terrible desgracia.

—Mi corazón esta seco por el dolor —la recrimina, Mala Sombra, con un punto de rencor—, nunca quisiste bien a Yacud. ¡Por dónde, ahora, bagará su alma!

—Hija mía, estamos haciendo lo imposible por recuperar el espíritu del muchacho, ten presente que el suicida es un ánima errante, no podrá reencarnarse nunca más..., y eso vale para las brujas. Yo también palpe la realidad y odie la vida ¡Levanta el ánimo, ante este dolor que oscurece tus los sentidos!

Contesta, Mala Sombra:

—No hay nada, ya, que me distinga de la muerte, porque me sé muerta. El dolor de esta perdida sólo desaparecerá conmigo. Por el año 2004 será mi ultima reencarnación. Prometo que junto a ti.

Mala Sombra, después de un tiempo perdida por la montaña, fabrica una porción considerable del *Elixir de la Vida Eterna*, entregándosela a Esmeralda.

Nunca más, en esa época, ni en otras cercanas se supo de ella.

Los trabajos de Alfredo

La lectura del manuscrito ha terminado; contra toda esperanza, sigo tan neófito a su término, como al comienzo. Recuesto a mi prima sobre la alfombra, después de besar con ternura sus mejillas. Desilusionado, me encamino al parque. Detengo el caminar entre las devoradoras ramas de unas milenarias enredaderas de la más fina y brillante que jamás existiera, la Yedra del Pintor, como siento el ánimo abocado a delicadezas de los sentidos, intento detener el galopar desordenado de unos pensamientos, que amenazan con envolver mi mente en los velos de las tinieblas, miro en rededor buscando un lugar en donde acomodar las posaderas, con respaldo para espalda y cabeza, y pueda dejar en reparador sosiego este cuerpo, maltrecho por el mal dormir y el peor comer. Un tronco mocho, de roble, con vástagos nuevos me presta el amparo deseado. Noto, como mi espíritu, se precipita en el pozo de la indiferencia de forma silenciosa y traicionera. Cerca las aguas verdaderas del estanque, repiquetea en mi alma con el zambullir y emerger de diminutos gusarapos.

Intento incorporarme y emprender el camino de regreso. Logrado, no sin gran esfuerzo. Los senderos están cerrados en una mescolanza de grises y negros. Con precaución me aventuro, entre la maraña difuminada de masas espinosas, llegando a un punto que no doy con claro trecho ni siquiera para intentar un paso. De improviso el camino se abre ante mis ojos, en estela formada por diminutas perlas de luz. Miles y miles de luciérnagas marcan un sinuoso camino entre las amenazantes frondas, lo sigo por no tener otra alternativa. Pienso en mi primo Carlos, deseando con toda mi alma poder compartir con él semejante experiencia. Ni el roce de una rama se escucha; ni se advierte más rumor que el latido de mi pulso, como si circulara por las venas en ríos tumultuosos. Camino y camino, sin destino, como un sonámbulo. Cuando ya creo estar haciéndolo en círculo el paisaje se aclara, ¡me encuentro ante los portones semi-abiertos del Museo de la Ciencia! En verdad, si hay una palabra para describir mi estado de ánimo, diría: ¡lacio! Sin más sentimientos que una desolada decepción, caigo desparramado sobre la bien cuidada gravilla del atrio.

De los desmayos había oído hablar, pensando fueran recursos para escapar de situaciones mal paradas. Volví en mí, entre almohadones de raso y sábanas perfumadas. Usando de los arrestos que puedo reunir, llego hasta la columnata de una cama principesca, intento poner el pie en el suelo, cuando un negro de aspecto feroz, detiene mis avances con un gesto somero, ni por asomos intento desavenir sus silenciosas indicaciones, con tranquilidad aparente, vuelvo a la placidez de los almohadones. Y, ahí fue el desmadejo total de este cuerpo, cuando veo a mi prima y la muy difunta hija del boticario, que después de atravesar la estancia, se llegan hasta el cabezal de mi lecho, con esa parsimonia descabellada que prestan los sueños a los movimientos humanos. Apunto están de aniquilarse los últimos vestigios de mi razón, al escuchar sus voces amigables:

—¡Hola, Alfredo!

Estoy en tan caótico estado espiritual que temo, llegar a extremos mayores; como el intento de estrangular a mi primita, que pareciendo esperar tan desequilibrado comportamiento, se pone a salvo detrás de una Esmeralda, sonriente, que con palabras amables destinadas a alentar mi estimación. Dice, amable:

—No te hagas malos pensamientos, debido a las circunstancias se diría que tu naturaleza responde muy bien.

—¿Qué está pasando?

—¿No hechas en falta nada?

—Que quieres decir —respondo desabrido, desconcertado.

—Deberías mirarte en un espejo.

Adelaida y su amigueta me conducen de la mano hasta una gran consola de molduras doradas. El espejo brilla bruñido, no me “dice” nada.

—¿Qué? —La mirada de Adelaida, parece traspasar mi cerebro acogotado.

—¿Qué, de qué? —Contesto derrotado.

—¿Te ves en el espejo?

Miro con atención la luna, ¡sólo mi prima se refleja!

—¡No! —Contesto apabullado, después de unos minutos de acercarme y retroceder unos pasos, en fin, todas esas monadas que se hacen delante de un espejo, hasta saco la lengua.

—Alfredo, no tienes materia. Es decir: careces de cuerpo —termina cáustica—, te lo has dejado birlar.

—Pero. Pero..., ¡eso no es posible!

—Tú mismo. Cuando te encuentres más... animoso ya hablaremos. Puede que haya una versión distinta de lo que te ocurre, más la desconozco.

Y, se fueron, seguidas del hombre. Y me dejaron con todo el desafuero de mí dislocado intelecto tratando de hallar una explicación razonable. No encontrándola, decido comprobar hasta dónde y de qué manera puedo dominar, como ellas, el desmaterializado espíritu. Pensando que, quizá, tenga los poderes de Yacud IV, en lo concerniente de atravesar tabiques, puertas y cristaleras. Lo intento con desparpajo, como si fuera maestro en tal asignatura. Primero pruebo con los cortinajes del lecho; con la puerta de caoba... Unos minutos después domino el Arte de la Invisibilidad, si bien no con la donosura de movimientos del joven Rey, sí poseo la suficiente seguridad, como para atravesar limpiamente, puertas y muros. Me dispongo a recorrer el Museo, con la determinación de encontrar algo que me lleve hasta el meollo de la situación. Busco la zona donde, supongo, deben estar las cocinas, pienso tomar un vaso de agua bien fresca a ser posible, lo cual es un remedio excelente para despertar de malos sueños a los sonámbulos, a estas alturas, seguro estoy sufrir de ese trastorno. De improviso un panel pintado con motivos de caza mayor, se abre lentamente dando paso a un joven..., ¡es mi doble!. Llevado por un impulso de protección vuelo, nunca mejor dicho, a esconderme tras unos cortinajes. Miro con la pesquis en alto, como *aquel personaje* toma asiento ante una de las mesas, desplegando, de seguido, una gran carpeta con..., ¡los pliegos escritos por la Pluma Mágica! Muy tranquilo se da a su lectura. Transido por un furor incontrolable me dispongo a arremeter contra el ladrón de cuerpos, cuando dos pares de manos se hacen con este desmaterializado, arrastrándome hacia atrás, fulera del salón.

—Vamos primo, deja de hacer el tonto. Quien tiene tu cuerpo es Omar, te lo arrebató cerca del estanque, él te trajo hasta aquí para que cuidáramos de tu espíritu, una delicadeza por su parte, no te figuras lo peligroso que puede llegar a ser.

—Olvídate, por el momento y síguenos —añade la hija del boticario—, puedes llamarme Esmeralda. Es hora de explicaciones.

—¡Tiene mi cuerpo y el trabajo de la Pluma! Encontrará la Fórmula!

—No te preocupes. Vamos. De poco ha de servirle.

Y las sigo con el ánimo de un cabestro uncido.

Después de bajar tantas y tan desportilladas escaleras, que ni contar puedo, fuimos a dar a un pequeño senador del Castillo. Esmeralda abre un portón descomunal oculto entre la maleza. Recorremos unos metros hasta quedar ante un muro de granito por donde es imposible figurarse una entrada. La pared tiembla imperceptiblemente a la vista, dejando una estrecha grieta al descubierto por donde pasamos sin dificultad. La oscuridad es tal que temo tropezar con mi propia alma. Después de unos minutos de andar a tientas, vislumbro a las jovencitas. Se apacigua el miedo un poco, tirito muy a pesar de no tener cuerpo, supongo que es la sugestión. Unos metros más y se abre ante nosotros una sala enjoyada con buen gusto y refinado estilo.

Cuatro personajes, como salidos de una obra de teatro ambientada en el siglo VII, nos dan la bienvenida con amables palabras. Los caballeros parecen ataviados para una fiesta, hay un mozo de tan dulce mirada que me hace entrar en ternura, y una hermosa dama vestida con ropajes vaporosos de moderno corte. Sé no más verles, de quiénes se trata. ¡Los habitantes del Castillo del *Reino Encantado*! El fantasma de Yacud, *el Sin Reino*, y Agus *el Emperador Tonto*, junto a la bruja Datia, vivos y en su mejor momento, gracias al *Elixir*.

La voz amable, de Yacud, *el Sin Reino*, me trae a la realidad, si se puede llamar así el momento que vivo, en donde la materia no existe, mientras la esencia toma proporciones incommensurables.

—Siento que os encontréis en tan molesta situación —está diciendo—, más muerto no te sientas, que aquel que robó el cuerpo no podrá hincar el diente en tu alma, y de nada va a servirle.

—No es molestia, diría que me hallo inerte, y a pesar de no dolerme herida, herido me siento! —contesto un poco desabrido.

—Lo sé, amigo mío, lo sé —dice, al tiempo de estrecharme la mano. Una corriente cálida ha suplido al contacto carnal—, vos tenéis la esperanza, ¡qué digo! la seguridad de recuperas la materia.

Después de cambiar algunas frases encaminadas a tranquilizarme, Esmeralda, entra en tema.

—Cuando, Adelaida, te dijo que Mala Sombra estaba en Tierras Raras, no se equivocaba, más, nos es imposible contactar con ella.

—¿Quizás en el Lago Pequeño? —Contesto, sin llegar a templarme del todo.

—De no encontrarla —Esmeralda, tiene la mirada desvaída, sin brillo—antes de dos o tres horas, temo que mi materia se pudra y ya nada podamos hacer, otro tanto le ocurrirá a Omar, a la Chacha Luisa... en previsión Omar, se ha hecho de tu cuerpo. Te preguntarás el porqué eres el elegido para intentar encontrar a Mala Sombra: ¿Recuerdas a tu abuela Ana?

—Sí.

—Ella es mi aya Ana, hermana que fue del Duque de Olot. Además de estás entroncado con la familia de Isabel, por parte paterna... ¡quién mejor! Sin olvidar que Yacud IV, *el Suicida*, ni quiere oír hablar de otra persona. Para nosotros son motivos suficientes. En la lectura se repiten unos versos sobre una fuente con cuatro surtidores; de un Lago de Nenúfares y de un “*Trovador Errante*”. Son pistas que unen a Mala

Sombra con el mundo del pasado, y al presente, incluso indican el lugar donde puede hallarse, en la actualidad.

—Estáis seguros de que vive.

—Deberá tener de dieciocho a veinte años —responde Esmeralda.

—Y, dime: ¿tú cómo sabes quién eres? No pareces mayor de quince años.

—La Muerte, ha sido mi mejor maestra..., y tengo tu edad. Tres años más que tu primita

—Es posible —interviene, Datia—, que Isabel, esté reencarnada en el seno de una familia inadecuada. Y nada sepa de sus dones, aún.

—Su verdadera naturaleza —añade, Esmeralda—, no despertará hasta llegado el momento. Las demás circunstancias, créedme, no importan.

—Tenía entendido, que tú eras la encargada de ilustrar a las brujas —digo, cada vez más liado.

—Era. No olvides que Mala Sombra desapareció.

—Parecéis olvidar el *Elixir de la Vida Eterna*. Puede seguir con vida..., desde entonces....

—No. Mala Sombra se dejó morir. Es con *La Voz*, con quien nos urge contactar para encontrar a la persona en la cual esté reencarnada, y tú eres querido Alfredo, el llamado ha encontrar la forma de llegar a la *Fuente de la Salamandra*. Donde se supone, habita *La Voz*, Omar te ayudará, que él la hizo protectora de la *Roca Tornasol*.

—Ley, que lo hizo a tú petición y con la condición de perder memoria del lugar —contesto, desairado.

—¡Y tú te fías de la palabra del Mago Pintor! Mala Sombra así lo dispuso, y escrito está que él no será el elegido. Pero, conoce el lugar...

—Toma —interviene Datia, y me pone en las manos una bolsa de frutos secos. Es el pago por los servicios que te prestará Omar, porque aunque a él le interese más que a nosotros, está en su naturaleza el trueque y no hará nada sin una recompensa, por mucho que se juegue.

Despierto sobresaltado, estoy tendido delante de una chimenea, sobre un jergón de plumas. Carlos, la Chacha Luisa, Adelaida y Omar, me observaban expectantes.

—Pero... pero... —logro articular.

—Te hemos encontrado privado de la consciencia en el parque, a los pies de un tronco seco —informa mi primo—, tendrás que darle las gracias a Omar, él te ha hecho recuperar con uno de sus bebedizos.

Les miro sin salir del anubilamiento. Sin saber si estas son, o son las otras, las figuras creadas por el artificio. Maldiciendo en lo más profundo del alma, ser el blanco de los deseos de los muertos y los *trabajos* de los vivos. Creo oír al padre Nicodemus en palabras de su Dios: “¿Habéis, pues, descubierto el principio para el que buscáis el fin? Pues allí donde está el principio allí será el fin”

El peso, del bolsillo, con los frutos me *quema* la palma el alma, de un salto me pongo en pie, lo que tiene la facultad de llevarlos a un sobresalto generalizado. Nada refiero de mi sueño. No hace falta, los ojos de Omar, me rehuyen y los de Adelaida son todo un poema.

—Tú nos ayudarás... —digo con firmeza, al tiempo que deposito en las manos de Omar los frutos del Alianto.

Haciendo fama de sus artes pictóricas, Omar, nos transporta en alas de sus pinceles, hasta el nacimiento del Río de la Luz. Desde ahí caminaremos hasta el Lago Pequeño en busca de *La Fuente de la Salamandra*. En un recodo del camino se

incorpora, Mandrágora, a la pequeña expedición, como el camino es pedregoso le ofrezco mi brazo que acepta agradecida. Llegamos al Lago Pequeño, cercana la media tarde. Emerge del asombro, del miedo y de todo cuanto se halle a la distancia de un pensamiento, la gran cabeza de un monstruo marino.

—La realidad puede ser cualquier cosa —me dice en un aparte, Mandrágora—, no temas.

No respondo, sólo un leve asentimiento de cabeza, puedo lograr. Alampagua, habla, dirigiéndose a mí.

—Mala Sombra, estará entre los rehuidos, en *La Fuente de la Salamandra*, al tercer día del Parhelio. Cuidar, mientras tanto, del cuerpo de Esmeralda —y desaparece.

Omar, nos saca del anublamiento de los sentidos, con palabras que arrastran y hacen abrir la boca y cerrar los ojos.

—Esperemos el Parahelio, en casa, se producirá, dentro de nueve días. Mientras tanto, buscaré la manera de proteger la materia de Esmeralda. Buscando un cuerpo apropiado..., y que esté dispuesto a su donación, o captar su espíritu en el mismo momento que abandone el cuerpo, por lo pronto, querida Esmeralda, sigues ocupando tu materia. No se puede esperar que la presente situación se alargue nueve días más.

—No —interviene Esmeralda con voz pausada—, es imposible. Ya me siento arder en miles de gusanos...

—¡Esmeralda! —casi llora mi prima.

Necesitando soledad, salgo al parque. El cielo luce estrellado, y el ambiente es cálido, lleno del embriagador perfume de los limoneros en flor. Siguiendo un impulso, me allego hasta el lugar donde me dormí el día anterior. Casi abrazado al desmochado tronco aguardo inquieto, esperando quedar atrapado en las alucinaciones pasadas. El sueño se hace con mi espíritu, está visto que el mundo de la psique tiene vida propia: *Un fuego desbastador destruye La Casa Grande, mis tíos mueren en el incendio*. Despierto atontado por la pesadilla. Me obligo a dejar en un paréntesis hechos soñados o no, porque amenazan por dislocar todas las leyes naturales y volverme loco. Vuelvo a casa, después de tomar dos aspirinas, abandono el cuerpo entre las sábanas, teniendo buen cuidado de poner en ambos oídos, unos tapones de cera. ¡No serán las campanas de Santa Inés, quienes me despierten al alba!

No son las campanas. Noto que la Chacha me mira desde su inmensa humanidad, amenazando por cernirse sobre mi maltrecho cuerpo, al menos eso me parece, como también más grandes sus manos, más oscuros sus ojos.

—¡Alfredo! —Supongo que grita, por las articulaciones de rostro y ojos.

En comprobando que estoy despierto, la mujer, comienza a revolver en el ropero. Con gesto satisfecho deja sobre el sillón frailerio un traje negro; camisa de hilo blanca; corbata retinta; calcetines del mismo color. Sin prestarme más atención, resuelve después de una tenue duda, en lustrar un par de zapatos viejos, a los que da vueltas entre sus manos callosas y duras. Todos estos manejos ante mi atolondrada expectación.

—¿Qué haces? —Logro, decir.

—No hay mucho tiempo, señorito, sólo falta usted.

—¿Para qué? —Estoy temiendo la respuesta.

—Para el entierro de Amelia —responde, evitando mirarme—, para qué sino.

Entra Carlos, tan atildado como siempre, pero vestido de negro.

—¡Vamos primo, te estamos esperando!

Temo se trate de otra pesadilla, estiro la mano, le palpo el rostro.

—Carlos, eres en verdad tú, no estoy soñando.

—Pero. ¿Qué te ocurre?

—¡No te hagas de nuevas! —Le apóstrofo—, sabes perfectamente a que me refiero. No intentes embromarme con esto.

Sus hermosos ojos azules me miran, diría que muy asustados.

—¿Te sientes mal —pregunta con esforzada timidez—, quieres que te excuse?

—¡Maldita sea! —Grito fuera de mí— ¿Tú también?

No puedo más, hondos sollozos amenazaban con destrozar mi garganta. Carlos, sale corriendo en busca de su padre, supongo, porque a los pocos minutos aparecen los dos en el vano de la puerta. Don Jesús, se adelanta hasta el cabezal de la cama, donde me he derrumbado sin aliento.

—Alfredo, muchacho, cálmate. Te disculparé con don Ramón. No tardaremos. Será enterrada en el mausoleo de nuestro parque. Ya tendrás tiempo de ir a presentar tus respetos a mi amigo. Ahora descansa.

—¡No es hora de enterrar a nadie al amanecer!

—Son veintinueve horas después de su óbito, el médico ha certificado su defunción. Esta todo correcto. Es verano, no veo por qué no hacerlo al amanecer.

—Sabéis como yo que no está muerta, la Pluma... Mi prima aparece tras de mi tío, sus ojos inmensos están advirtiéndome de algo. Aunque parezca mentira, recojo velas en unos segundos, hasta sonrío lastimoso.

—Lo siento, tío, ahora mismo bajo.

Unos minutos empleo en vestirme, para cuando llego al zaguán, no hay nadie.

Corro porque a través, a no mucho tardar he adelantado al acompañamiento, caminan a fila de uno, como la Santa Compañía, portando cirios. Un dolor oscuro traspasa las barreras de mi equilibrio emocional ¿me estaría volviendo loco? El cielo no logra desprenderse del frío velo del alba. Me cubro a la vista de mi familia, entre los árboles. Llego hasta la cripta, resoplando por la carrera. Dos hombres esperan a la puerta azadón en mano. Tras un seto de arrayanes, escucho como uno de ellos dice:

—Lloverá, siempre ocurre en los funerales de esta familia. Aun recuerdo el día que sepultamos a la joven señora.

—Pobre mujer —comenta el otro—, en aquella muerte no había nada claro. Es cierto, llovió más que cuando enterraron a Zafra.

Salgo a la vista de los sepultureros. Ellos callan y me saludan.

Poco después llegan los portadores del féretro seguidos de Don Ramón, mis tíos, la Chacha Luisa, Adelaida y Omar. Ni amigos ni trabajadores del campo, para colmo de la soledad, ni el Deán. La sepultan sin ningún tipo de oficio divino. Tan rápido, que sólo basta con correr, sobre la caja, una inmensa losa de mármol. Mi una lágrima. El caudal de las mías, ya se ha agotado.

Como predestinara el sepulturero, empieza a caer del cielo una llovizna suave, que pronto se toma en violento chaparrón. A la vuelta tomo otro sendero. Me molesta hasta, las náuseas, la compañía de aquella gente. Repaso todos los acontecimientos, sin cuidarme de guarnecerme de la lluvia, que empapa los vestidos y cala el cuerpo. Pienso asustado: ¡Hasta estos extremos no puede llegar la distorsionante locura, que me ha atacado con la fuerza de un virus de laboratorio!

Al llegar a casa me espera una desagradable sorpresa, los dos policías, el teniente de los ojos saltones de un azul acuoso, sonrío como una hiena, y su canoso compañero el de la cara como tallada en un risco, están revolviendo entre mis pertenencias, esta vez ante la aquiescencia de mí tío. No dejan un alfiler en su lugar. Me congratulo de tener los infolios a buen recaudo. Después de dejar echo un desastre el dormitorio, ni amables ni descortes me “invitan” a seguirles.

—No tardará —dice, el teniente sudoroso y agitado, dirigiéndose a mi tío—, lo justo para explicarnos que hacía jugando con la pluma el mismo día de su desaparición. Toma —añade entregándome un capuchón negro, largo como una capa—, cúbrete la cabeza, no me extrañaría que estuviese la calle plagado de periodistas, huelen las malas noticias como los buitres a la carroña.

De mi primo ni referencia.

Sintiendo en el alma una desolada sensación de derrota, sigo a los dos hombres sin oponer resistencia. Después de un corto viaje me quitan el capirote. El lugar más parece una mazmorra de la edad media que el calabozo de una comisaria. Suciedad y más suciedad. Sólo una mesa y dos sillas. Las paredes impregnadas de moho, rezumaban agua. El suelo está cubierto de excrementos de ratas. Como el miedo es libre y gratuito, tomo todo el que quiero y más. Las rodillas me tiemblan y de tener bigote estaría erizado, porque así siento el bello del bozo. Es posible que se trate de una estrategia para quebrantarme, pienso, en viendo como los dos policías se toma su tiempo, perdiéndolo miserablemente en ojear papeluchos. Contra lo esperado por ellos, tales mañas les fallan porque me dan tiempo a reconsiderar mi situación y pensar en las extrañas circunstancias del arresto, estoy por asegurar que el tal teniente es un policía corrupto vendido por cuatro chavos a mi tío, aquellos ojos vacuos, como doloridos por el esfuerzo empleados para mantener las órbitas dentro de las cuencas, van perdiendo el poder de asustarme.

El interrogatorio, flexible en los primeros momentos, se torna más y más acuciante y amenazador. Cuál no será mi sorpresa cuando en un desliz, supongo, me preguntan por el paradero de Mala Sombra.

—Al medio día se pierde —replico intentando hacer un chiste.

De un certero golpe con el dorso de la mano me borra la sonrisa de los labios. Lo de ver estremitas de colores, doy fe que es cierto.

—¡Ni se te ocurra! —Grita, como un poseso, el gordo— ¡Una broma más y te parto el alma!

Además de corrupto, temo sea es un sádico peligroso.

Sin más razones, que su voluntad, me esposa a unas argollas herrumbrosas que penden del muro. A un palmo de mi cara su rostro redondo y rojo me enseña una hilera de dientes en extremo blancos y compactos que se me antojan tener vida propia. Recuerdo la dentadura postiza de mi abuela Ana, que tanto me asustaba cuando la veía flotar dentro de un tazón. Tal recuerdo aunque parezca mentira logra arrancarme del miedo destructor que se va apoderando de mí.

El tipejo, según pasa el tiempo, inventa nuevos y más atroces tormentos. Ni queriendo, hubiese podido ayudarles en su empeño. Ni idea, tengo, donde puede estar Mala Sombra, y menos la Pluma.

No logran de mí, otra cosa que palabras sueltas y frases incoherentes. Estoy a punto de perder la consciencia. Después de varias horas de sufrir tormento, no siento más que un hormigueo en el cuerpo casi reparador. Han decidido dejar el asunto para más tarde. El Canoso, que hace de bueno, me da antes de irse un vaso de agua, y unos golpecitos amables en la cabeza.

¡No puede ser, que en pleno 2004, torturen a un preso! —Me digo espantado—, ¿no hay nadie en este edificio que se pregunte qué está pasando? En verdad que el castigo no lo he aguantando en silencio. ¡Cómo voy a pensar que estoy en el Museo de la Ciencia, en el galpón, que había servido hacía más de tres siglos de cárcel a Esmeralda. Allí donde pasó dieciocho años de vida, a sólo unos metros del hijo.

Con la llegada de la noche mis terrores se ven aumentados por la falta de luz. Esposado al muro, a duras penas alcanzo a tocar el suelo con la punta de los pies.

Intento no escuchar los más terrible ruidos que puede prestar un lugar como este; pasos de roedores, sus carreras y grititos. Un pequeño tragaluz me conecta con el exterior. Siento las manos dormidas y como se hinchan de forma terrible. Debo tener el rostro desfigurado por los golpes, no puedo abrir los ojos, y los labios me cuelgan hasta la barbilla, deseo la muerte, como consuelo a tanto dolor, y a tanto como imagino, me espera.

Algo se ha posado sobre mi cabeza.

—¡Un murciélago! ¡madre, ayúdame! —Imploro, cerrando los ojos con fuerza.

—Tranquilo, Alfredo, soy Rita.

—¡Rita!

Se acrecienta el miedo en mi espíritu. Los latidos del corazón golpean en el pecho, con el estrépito de los cascos de un caballo sobre piso de madera. Sin querer ver ni oír, muerto al mundo. Niego con la cabeza.

—No tenemos tiempo de explicaciones —continúa, con voz templada.

Siento la suavidad de unas plumas rozarme la frente, y como unas garras pequeñas se posan en mi hombro derecho. Brilla allá lejos el Lucero de la Aurora.

—¡Mala Sombra....! —Suspiro, esperanzado.

—No, Rita. Toma —y buscándome la magullada boca con su pico, introduce un fruto seco—, guarda debajo de la lengua lo que te he dejado entre los labios. Presta atención, ¡te va en ello la vida! Dentro de unos minutos vendrá el teniente Saucedo acompañado del Deán, no les interesa tu muerte, por ahora, intentarán reanimarte. Espera el momento justo en que te desprendan de las cadenas para tragar el fruto. Sal corriendo, habré obstruido la cerradura, por si echan la llave al entrar. No pierdas un segundo, ni lo pienses, ¡sal corriendo! Te advierto, aunque seas invisible a su vista, no pierdes el volumen ¡entendido!

—Creo que sí —respondo casi exánime—, pero, que buscaban el Grimorio lo han leído y la Pluma está en el Museo...

—¡Buscan *El Diario*! ¡Sí, sin dudar!

—Sí.

Escucho pasos de varias personas.

La reja de la celda se abre a una mano cautelosa. Finjo estar en desmayo.

—¡Le has matado! —Exclama, el Deán, después de observarme unos segundos, parece aliviado al ordenar—, ¡bájalo!

Lo demás ocurre tan rápido que los dos hombres quedan en pasmo total. Resollando, me interno en loca carrera por oscuros pasadizos. Rita, que me precede en corto vuelo, dice:

—Les he encerrado, pero no tenemos mucho tiempo, usan de esas cosas infernales que hablan por ellos a mucha distancia, así que apremia.

—No puedo más —digo a mi vez, llorando.

—Si que puedes, ya falta poco. Nos ayudarán.

Para mi consuelo veo a Adelaida al final del pasadizo, corre a mi encuentro con los brazos abierto. De haber podido ver sus grandes ojeras y la color quebrada, me hubiese olvidado de expresar mis sufrimientos, como un maldito quejica.

—Vamos, Alfredo, ya ha pasado todo. Ten valor. ¡Andando! Estamos llegando a la puerta trasera de El Museo de la Ciencia, nos adentramos en el laberinto, pronto estaremos a salvo —su acento es amoroso, y yo siento a la supresión del dolor por amor. Un amor de ternura infinita, que cambia en fruta olorosa y madura la aspereza del hasta entonces asilvestrado, sentimiento.

—Nos apresarán, cuando lleguemos al parque —digo, con voz gangosa.

—Iremos, directamente a la isba.

—¿Adónde?

—No conoces los secretos que encierra la *Casa del Boticario*.

—¿Y Esmeralda? —Digo, por retirar la atención de un loco sentimiento que germina y germina en todo mi cuerpo.

—No te preocupes, no es la primera vez que la entierran.

—¡Dios mío! Es, es terrible.

—No está todo perdido...

—¿Por qué tienes tanta seguridad?

—Esmeralda, ya tiene cuerpo.

—¿Qué? —No puedo sentirme peor.

—Una enferma terminal de la Sida.

—¿Estás loca?

—Mejor eso que nada. Te advierto que a Clara la donante, no le importó en absoluto ceder media docena de días. Le ha prometido, Omar, gozar del fantasma junto a los habitantes del Museo de la Ciencia, entre príncipes y emperadores, por los siglos de los siglos...

—Triste inmortalidad, la suya —respondo en el colmo del estupor—. ¿Qué clase de tratos son esos?

—Los que hace la vida con la muerte.

Hemos llegado hasta un chamizo casi oculto por la maleza, que se alza en la linde de las dos casas. Cierto. El lugar es desconocido, para mi que he trotado desde niño, por cada rincón de las dos mansiones. Adelaida, me ayuda, acomodándose sobre un sofá. La calidez del aliento de mi prima, lo siento tan cerca, tanto que se funde en mi boca, atrapadora de suspiros.

—Procura dormir. A media noche volveré con un potingue de la Chacha Luisa, para aliviar esas heridas. Encontrarás aguamiel en aquella despensa —dice, mi prima, señalando un chinero de cerezo, y dándome un fuerte abrazo, desaparece.

Consigo no pensar en Esmeralda, apropiándose de un cuerpo caduco, enfermo.

Los hechos irracionales, paradójicos, en que se debate mi alma empiezan a pesar como válidos, llevando al naufragio todos los fundamentos que sostienen, algunas ciencias; la filosofía en sus razones de la existencia de las cosas; la cosmología en el estudio del cosmos-mundo. Sin olvidar la ética, impartida en mis cercanos años de bachillerato por el viejo profesor, el reverendo Nicodemus que hasta ahora, había hecho de timón en la forma de entender la vida. Quizás sea, me digo, que la Metafísica a dejado de ser una realidad de conocimientos indirectos.

No sé el tiempo transcurrido, abstraído como estoy con estas y otras lucubraciones por el estilo, cuando aparece junto a mi maltrecho cuerpo, la Chacha Luisa.

—Esperaba a Adelaida —digo, inquieto.

—No se preocupe, Alfredo, déjeme hacer.

El ungüento que reparte con suavidad sobre las magulladuras, huele a perros mojados, pero refresca y calma el dolor como medicina de santo.

—¿Qué novedades hay? —Le pregunto, feliz y reconfortado.

—¡Valiente revuelo habéis organizado Rita y tú! —A la Chacha Luisa, le bailaban los negros ojos, retozones—, al policía rubianco y al Deán, les han tenido que rescatar, del tabuco, los geos. En estos momentos están encerrados, con tu tío en la biblioteca, llevan un buen tiempo en silencioso conciámbulo. Carlos, no hace más que lloriquear preguntando por usted; mientras que don Ramón, ha decidido tomar, nuestra cocina, como centro de operaciones.

—¿Y Adelaida? —Pregunto angustiado.

—Confiscada en su cuarto. No se inquiete, Omar está en ello.

—¿Qué quieres decir con que, Omar, está en ello.

—Espera el momento oportuno para abrirle la ventana por fuera, sin que lo adviertan tus tíos, eso es todo. ¿Quiere saber algo más?

—Si —Contesto como un enamorado a su novia—, que no me dejes, tenemos mucho que hablar ¡por favor!

—Don Ramón, no me quita ojo, volveré cuando pueda.

—Otra cosa, ¿sabía Carlos lo que me tenía reservado su papá?

—No. El muchacho es tan víctima como tú.

—De acuerdo Chacha, —resistiéndome a que se vaya—, ¿cómo es posible que Adelaida pueda escapar por la ventana de su dormitorio, ¡si está a tres pisos del suelo!

—Te asombrarías de lo que es capaz tu primita. Bien, Alfredo, procura dormir. La noche se presenta movida. ¡Ni se te ocurra abandonar esta pequeña isba. Toma —dice, acercándose una zapita—, es un excelente cordial fabricado por tu enemigo numero uno.

—¿Sabe, Omar, que estoy aquí?

—Fue, quien proporcionó el fruto del Alianto a Rita. ¡Y eso que anda escaso de ellos!

La Chacha después de dedicarme un guiño cariñoso, de va.

—*¡Y de mí nadie se acuerda!*

La voz ha sonado bajo el asiento.

Se abre una trampilla justo a los pies del diván, segundos después la madera vuelve a caer. Un escabel, forrado en raso con tallas de angelotes, en madera recubiertos con pan de oro, perdiendo su estructura natural, revolotea hasta mi vera.

—¡Mala Sombra! —Digo, como iluminado.

—No, Zafra, espero te encuentres seguro y a gusto en mi refugio.

Tal vez, la voz, haya nacido y parta de mi cerebro. A veces sucede, el oído se inventa ruidos extraños, siendo lo cual preludio o síntoma de una esquizofrenia ¡Me estoy volviendo loco de atar!

—Te contaré parte de mi historia...

Tan asqueado me siento con tanto fanatismo personal, en considerarse arte y parte en el negocio, que no pienso escuchar las confesiones, del nuevo fantasma o lo que sea, que sin invitación irrumpa en mi azarosa vida.

—No son ganas de hablar —explica, como si hubiese leído mis pensamientos—, es la única manera de darle forma a tantas fechas y datos que andan sueltos y revueltos en tu cerebro. Escucha:

Y, escucho, es mi sino.

Zafra el Comerciante.

Zafra, a los diez o doce años, es pastor de un rebaño de más de tres mil cabezas de ganado bovino. Trabajaba por cuenta del rey Rodrigo I, en la cabaña más grande de S.M. Una noche en especial cálida y silenciosa, ni el rumor de las esquilas se advierte, Zafra, que está entretenido en el seguimiento de una luna llena de halo rosado, advierte

como el horizonte parece dilatarse poco a poco, desposeyendo al paisaje de límites, y como en el centro del panorama emerge, de las mismas entrañas de la tierra, cientos de picachos, que se van transformando en monolitos gigantescos, hasta adquirir la forma y extensión de una descomunal sierra. Y esto ocurre, así, en el tiempo justo de contarlos. Piensa si no estará soñando. Se pellizca las atezadas mejillas. Toma un trago achicharrante de café. Nada, la amenazante mole sigue allí a un paso, perdiendo sus cimas en la más sonrosada noche que viera en su corta vida. Torna los ojos a los costados, montaña y más montaña. Coge un tenique del fuego para alumbrarse, se gira lentamente en todas direcciones. Ni rastro del sel. Los perros que duermen a sus pies, no parecen advertir nada. Para vivirlo. Un terror puro y llano se apodera de Zafra. Lloro desconsolado, en parte por el temor reverente provocado por lo visto, en parte por el muy real miedo a su padre. De tan asustado ni advierte el amanecer. La sombra de la inmensa montaña, mancha el horizonte. Exhausto, recoge zurrón y callado y seguido de los tres perros tan cariacontecidos como él, se dan en buscar un sendero que les lleve de vuelta al Valle. Piensa: *“Las brujas han debido transportarme mientras descabezaba un sueñecito. Seguro que el rebaño, me espera en la colina pastando alegre y en libertad, y comenta con los canes: Claro, que alguna se habrá extraviado.”*

Acaricia a los animales, que ni se atreven a mirarle sintiéndose más culpables que el muchacho, por la pérdida del ganado, les habla con palabras amables, que aciertan a tranquilizarlos.

—¡Vamos, amigos, ánimo, no tenéis culpa alguna!

No hay manera de encontrar el camino hacia el Valle.

Busca entre la arboleda de avellanos y zarzales, en las más inclinadas despeñaderas, siempre inicios de riachuelos.

Nada de nada.

No sabe el jovencito Zafra, que tratándose de una sierra recién nacida, sin haber sufrido una triste lluvia, no se han formado torrentes.

Cuando más desesperado está, han pasado dos semanas y se le han agotado las provisiones, ya anda en un puro desmayo. A punto no está de rodar por un galayo al que se ha encaramado para otear, no puede creer lo que ven sus ojos. ¡Saltando de peña en peña va montada en una escoba, una mujeruca con un ato, de libros a la espalda! Ya está a su altura. Si el pastor sufre de un vértigo de muerte, la otra padece el susto mayor de su vida, que ya es decir. Esmeralda, recupera compostura y porte la primera. En viendo como se le echan en cima los tres canes gruñendo como locos, engulle un fruto del Alianto.

Cuando *Listo* traga aire que no muerde carne, es tal su asombro que aun hoy en día, busca a la bruja entre las uñas de sus poderosas patas. Los otros quedan atascados en el impulso de ataque, maltrechos en su honor de perros pastores.

Zafra, ya seguro de estar siendo víctima de un hechizo, procura mantener la calma. Llama con voz firme a los animales.

—¡*Listo, Guardián, Gigante!* ¡Aquí! ¡Quietos!

Esmeralda recupera forma y figura junto al chico, dice con sorna:

—¿Te has perdido?

—Sí. Sí señora —contesta el mozo con un hilo de voz.

—Bien. Si me acompañas te conduciré al Valle. Mantén a los perros lejos de mí.

Toma —y le entrega un puñado de gringueles—, repártelo con los chuchos, os quitará el hambre y el cansancio.

Duda el muchacho, y dice la Bruja:

—¡No seas imbécil, si quisiera matarte, quien iba a impedírmelo!

Después de un rato de caminar en silencio, Zafra, no puede detener el llanto que anublan sus ojos. Esmeralda le observaba de través, acorta los pasos ajustándose al caminar del muchacho.

—¿Ahora qué te pasa?

—¡Las ovejas! Mi padre me matará. Son del Rey.

—Todo se andará. Confía en mí.

Cuando llegaron al pie de un hermoso monolito, dice la Bruja.

—Espérame aquí el tiempo que sea necesario. Tengo por resolver un asunto. Después, hablaremos de tu problema.

Zafra, acurrucado al resguardo de una mata de robles se duerme abrazado a los perros. Es noche cerrada cuando vuelve la Bruja, sin el libraco, y en compañía de una miríada de luciérnagas. Dice amable:

—Ellas, nos indicarán el sendero a seguir.

Nada pregunta el discreto pastorcillo.

Cuando, se divisan las primeras casas del Valle; junto a un bosque de ginesta que conforman una majada natural, está apretujado y balante el rebaño.

—¡Gracias, señora, gracias! —Balbucea Zafra.

A lo lejos el pueblo se ve iluminado por miles de antorchas. Parece estar en fiesta.

—¿Qué celebrarán? —Susurra, Zafra, apenado del poco duelo que le han guardado.

—Si tienes problemas, pregunta por mí al viento... —antes de terminar el ofrecimiento ya anda arrepentida—, tampoco es para que me incordies por tonterías ¿Comprendes?

—Claro, señora, no se preocupe, no la molestaré.

—Bien —dice, la Bruja, con acento tranquilizador—, si no comentas que me has visto, mejor para los dos.

—De acuerdo, señora, y gracias.

—Me llamo Esmeralda.

—Y yo Zafra, señora. Nunca la olvidaré.

Bruja y pastor se separan tan amigos.

Siempre hay oídos que escuchan y ojos que vigilan, con la esperanza de agenciarse de secretos ajenos y regordearse con ellos el espíritu, engrosando al tiempo, de ser posible, el bolsillo. Prestilo, el gañán del señor Atón que estaba rumiando su mala suerte tumbado a la bartola junto a la retama, sorprendió la conversación entre Esmeralda y Zafra, poco tarda, el bruto, en chismorrear, a quien quiere atenderle, que el zagal anda en tratos con la Bruja del Pantano de la Muerte.

Recuperado el rebaño a nadie parece interesarle los chismes del haragán. Después de varias semanas, la alegría ha pasado, pero quedan las malintencionadas palabras del espía, rondando los corazones del vecindario. El padre de Zafra indaga una y otra vez sobre el caso, instigado por su mujer.

—¿Y dices que la Bruja del Pantano de la Muerte, te condujo por el buen camino, no sería, quizá, La Señora de extremada belleza a la que se refieren los demás pastores?

—Yo vi a Esmeralda —repite una vez y otra, Zafra.

—Hijo —advierte la madre—, deberías cambiar tu versión. Podemos tener problemas con el señor Inquisidor.

—Sólo sé, lo que he contado —ratifica mohíno—, ¡nadie más vino en mi ayuda!

—Zafra —insiste conciliadora la madre—, sólo sé trata de no provocar al señor Inquisidor. Ya sabes los comentarios del pueblo son en extremo peligros.

—La verdad, es la verdad, madre, no sé como podría mentir. Esa mujer ha salvado mi vida y la del rebaño. Tendrías que estar agradecida, y el Rey también.

—¡Eres un descarado! —Grita perdidos los estribos—, ¡harás lo que se te mande, y punto!

—¡No! —Contesta el mozo, resuelto.

—¡Marido, encierra a tu hijo hasta que cambie de opinión, en la pocilga!

No estaba muy conforme el Pastor, pero la “delicada” esposa es una arpía de mucho cuidado, contravenir sus deseos es buscarse todo tipo de problemas. Así, es que cogiendo a Zafra de un brazo y a empujones le saca de la cocina, camino a la zahurda. Ya en el exterior suaviza sus modales y le dice avergonzado:

—Duerme en el pesebre, no estarás tan mal entre el forraje.

—No te preocupes, padre, ¿me harás un favor? —Contesta el muchacho sin pena ni congoja, que también las ha fingido.

—Siempre que no denieguen las ordenes de mamá.

—Llama a Tonino, el hijo del Zapatero, me hará compañía.

—De acuerdo —convino el bueno, pero débil padre.

El Pastor vive frente de la casa del Zapatero, cruza la calle mirando hacia las ventanas de su casa; empuja la puerta forrada de cuero que se abre silenciosa. El Zapatero, está ensimismado en la contemplación de un cristaluco del tamaño de un huevo de gallina, ni se da cuenta de como el Pastor se sienta en una silla a su lado, con el dedo índice va recorriendo las bellas aristas de la talla.

—¡Dios Santo, qué brillante! —El Pastor, no tiene por más que exclamar, sin querer dar crédito a sus ojos.

Sobresaltado, el Zapatero, deja su tesoro sobre un trozo de piel y toma los ojos hacia su amigo. Cuenta como si hablara consigo mismo:

—No sé que hacer con él, es de tanto valor..., temo por mi vida.

—¿De dónde lo has sacado?

—Esmeralda, se lo dio a mi hijo Tonino, a cambio de un metro de esta piel —contesta el Zapatero, mostrándole un trozo del curtido.

—¿Se llegó hasta aquí?

—No. ¿Qué te piensas? Fue por mediación de mi hijo. Si te cuento para que hiciera servir la piel, no te lo creerás. ¡Un par de botas para una planta!

—¡Bromeas!

Cuenta, el Zapatero, a su amigo, lo poco que sabe del asunto.

Los dos hombres se alegran con un porrón de garrote. Y de esta manera pasa el tiempo. El Pastor, ni se acuerda de la promesa hecha a su hijo, y menos para su desgracia, que su esposa le está esperando, con la sopa de gachas sobre la mesa.

Harta de esperar, la Pastora, delante de las gachas ya frías, se asoma a la ventana desde donde se ve el taller del Zapatero, allí está su marido empinando el codo en muy amigable charla con el borrachín del vecino, echando por su boca culebras y guzarapos, cruza la calle, llegada a la puerta del Zapatero, pega la oreja a la madera, siguiendo su costumbre de fingona. Capta buena parte de la conversación donde la palabra, diamante, surge a cada momento. Lo piensa mejor, y rodeando la casa entra por el patio que da a la cocina.

—¡Señá Zapatera! —Llama, solayando la voz.

La Zapatera la invita a entrar, alegre de tener con quien compartir tiempo y aguardiente.

—Mala cara traes —la dice, mientras se limpia las manos en el delantal y le ofrece una jícara de café y un cuartillo de orujo.

—Creo que nuestros esposos nos engañan.

Deja caer la Pastora.

Tragando, el brebaje, sin hacer un guiño, contesta la mujer del Zapatero, entre risas.

—¿Con quién? ¿Andas bebida?

—Con qué, deberías preguntar.

Y, le da cumplido detalle de lo oído.

Tan entretenidos están los dos hombres que olvidan la prudencia. Beben y hablan. Hablan y beben, cada vez más animados montándose el cuento de la lechera a expensas del diamante. Las esposas compinchadas, dan tiempo al tiempo, sin perderlos de vista, esperando a que les rinda la cogerza. Al fin quedan inmersos en un mundo flotante, entre los vapores del alcohol.

Se hacen con los diamantes —que había de ellos una bolsa—, y presurosas se dirigen a casa del Joyero Real para que los tase. Aunque no podía dar crédito a sus ojos, el Joyero, es un artista en su oficio y un comerciante fino, se da en remilgos asegurando:

—Estos “cristales”, si bien finamente trabajados podrían pasar por una buena imitación. ¡Sólo la Corona *tiene* diamantes de este calibre! —Dice, preñando su verbo de ocultas amenazas.

—Pues, señor —contesta la mujer del Pastor, que de tonta no tiene un pelo— ¡qué le vamos hacer! Nos lo llevaremos y en paz, es posible que el señor Abraan, nos dé algo por ellos.

—¡¡Guardia!! —Grita, el alevoso Joyero.

Unos soldados, apresan a las dos listas.

Motivo y razón, creía tener el Joyero en denunciar a las mujeres. Se le antoja ilícita, la posesión de tan extraordinaria pieza. No tardaron en confesar bajo los horrores del tormento.

Diez secuaces del Señor Inquisidor, con gran sigilo, se allegan hasta la zapatería. Cuando creen tener a los dos hombres bajo cadenas, estos desaparecieron sin más.

Había ocurrido:

Zafra, en viendo que el tiempo pasa y su amigo no viene, se llega a la casa del Zapatero en busca de Tonino, y cual no será su sorpresa cuando escucha, lo que traman las dos mujeres. Como no encuentra forma de avisar a su padre, decide contárselo a Tonino. Sube por el desagüe hasta la habitación del amigo que ronca entre un revoltillo de sabanas y mantas.

—¡Tonino, despierta! —Dice, zarandeándole, al tiempo que le tapa la boca.

Los ojos del muchacho se abren asustados, con un cabeceo indica a Zafra, que le ha reconocido.

—¿Que demonios quieres?

Cuenta, Zafra, punto por punto lo que se proponen las dos mujeres. Dice Tonino:

—Tal situación, sólo puede resolverla, Esmeralda, pero creo que no está en su cabaña, a subido a la Sierra Inventada, para ocultar... una cosa, entre sus riscos.

—De eso hace tres semanas —contesta Zafra—, ella me ayudó a encontrar el rebaño. Yo la vi con un gran libraco, después volvió sin él.

—¡Malditos Reyes —contesta, Tonino enfurruñado—, lo que están ocasionando con su empeño de separar al pueblo! El diamante me lo dio Esmeralda en pago de la piel, para las botas de la planta..., veras...

Zafra, escuchaba a su amigo con los ojos dilatados de asombro, mientras se le aclaran los motivos y la razón del portento, que sufrió en propias carnes.

—Vamos a ver a Alampagua, él nos aconsejará que hacer.

Alampagua les dice:

—Tendréis que ir a Tierras Bajas, cerca de *La Fuente de la Salamandra*, hay dos robles viejos, rociar con está agua sus sargallas —les entrega un pequeño recipiente de coral—, habéis de llamar, al tiempo, a sus espíritus con palabras de respeto, en mi nombre. Ellos os pondrán en contacto con Esmeralda.

Llegan los chavales en un puro resuello hasta los Reyes Robles. Hacen lo convenido con Alampagua, no terminado el exhorto, Mandrágora se deja ver y en todo su esplendor. En verdad que la planta, cuando quiere representa toda la belleza resumida del Reino Vegetal, y su poder. Les dice:

—Es deseo de Esmeralda, que me sigáis hasta su cabaña. ¡Os aguarda una sorpresa!

Y la fue, allí están los padres de los valientes muchachos, mucho se alegran de encontrarse, a salvo y juntos. Cuentan entre grandes aspavientos, como les habían despertado una jauría de soldados, entre golpes e insultos.

—Cuando ya nos creíamos perdidos, y a punto de morir apaleados, una urraca nos introdujo en la boca una ciruela pasa... —termina de contar el Zapatero—, y muy bien no sé cómo, pero aquí estamos, hijo querido, sanos y salvos.

Esmeralda, cuenta los acontecimientos que se están desarrollando en el pueblo, cuidándose muy bien de no comentar la suerte que espera a las avariciosas, por no trastornar el ánimo de los muchachos. Esmeralda, invita a todo el bosque a una fiesta.

No podían faltar Azrael, Rita y Viriato, Gilda, y la Pitón. Bajan del cielo los luminare de mil muertos idos, llegando en ráfagas de luz, felices y contentos. Son tiempos de dones y de bienaventuranzas. Tiempos en que los buenos augurios recuerdan su hora.

Esmeralda, en lo más entretenido del festejo llama en un aparte a los dos niños. Está de buen humor. Les propone:

—Seréis mis ayudantes, ¿qué decís? Aquí nadie podrá hacer daño ni a vosotros ni a vuestros padres. En el Valle las cosas están mal.

—¡¡De acuerdo!! —Contestaron sin pensar.

—¡Qué así sea!

En el Valle:

Para chasco lo que sufren, el Aguacil, y el Inquisidor, a los acusados parece habérseles tragado la tierra. Y para desespero del Joyero, junto a los diamantes.

Sin la prueba que las inculpa, las dos cotorras son puestas en libertad, sin palabra de consuelo, pues en aquellos tiempos lo herrado por la justicia, no era delito punible a sus transgresores. Maltrechas en el honor y desamparadas por las vecinas, quedaron las mujerucas, sufriendo hasta la muerte, con la culpa de la desaparición de esposos e hijos, lo peor de lo peor, sin un centavo, que los frutos del frío se perdieron entre sus dedos como gotas de agua.

Pasan los años.

Un atardecer, vuelven Tonino y Zafra de trabajar, contentos y felices. Suelen pasar en el bosque hasta una semana.

En su cabaña, contra costumbre, está esperándoles Esmeralda.

—Zafra, es hora de que vuelvas al Valle. A muerto el señor Inquisidor su casa están en venta, la compras. Gozarás, tiempos de ventura y prosperidad. El camino del Pantano de la Muerte siempre estará abierto para que vengas a visitar a tu amigo Tonino.

—Por qué, no me acompaña Tonino... —casi llora, Zafra.

—Tonino, está preparándose para duende, con el tiempo será el guardián del Castillo, y de toda su historia, bajo el nombre de *Patiti*. No te preocupes viviréis siempre, por los siglos de los siglos, como fantasma tú, y Tonino como duende.

Zafra, acepta de buen grado.

Un día, en especial borrascoso y desapacible; está asomado, Zafra, al mirador en espera de las mujeres, de la plantación de azafrán, con el tesoro de sus flores; y lo que ve llegar por el horizonte, es una nube de polvo y el galopar compacto de la inconfundible caballería del ejército. Después de aplastar las flores de mil hectáreas de azafrán, están a las puertas de *La Casa de Zafra el Comerciante*, en formación más amenazantes, que una colmena de avispas. Corre, Zafra, hasta el laberinto que comunica con el Castillo, obra de Omar, para hablar con este, que aún conserva la amistad del Rey, y al que sabe instigador de la amenaza. El Mago Pintor se disculpa contando que:

—Las hadas han dispuesto un ejercito protegido, por tantos hades como soldados, piensan arrasar el Pantano de la Muerte, para encontrar a Esmeralda y que está ponga fin a los desaguizados, que según se cuenta, están provocando los espíritus de los enamorados en desgracia, Mala Sombra y Yacud IV, por pueblos y aldeas. Yacud III, restituido en el poder, a la muerte de su hijo, teme por su propia vida. Se están cocinando subversiones por todas partes. Los nobles descontentos, conspiran para hacerse con el desprotegido Trono.

—¡No puedes hacer nada! —Suplica, Zafra, a Omar.

—No. Está escrito.

Lo que está escrito es la oportunidad que se le presenta a manos del mismísimo Diablo, para hacerse con el Grimorio.

Zafra, parte a galope tendido hacia el Pantano de Muerte. Mandrágora le sale al paso, advirtiéndole:

—¡Zafra, no se te ocurra cruzar el Pantano de la Muerte, está preparado para recibir a los hombres del Rey!

—¡Son cientos, y viene con otro tanto hades!

—Miles que fueran.

—¿Y Esmeralda?

—Vuelve grupas. Esmeralda, jamás abandonara, viva, el Pantano.

—¿Contra quién, estamos en guerra?

—El pueblo contra el pueblo, es una guerra civil.

—No lo entiendo.

—Partidarios de brujas y de hadas. Ya puedes imaginar en el bando que lucha Yacud III, y pensar que nos debe reinado y vida. Por tu bien escóndete en la isba, en el parque de tu casa que te ha construido Omar, allí no darán contigo, más nos sirves vivo sin honores, que muerto sin provecho.

No hace, Zafra, lo aconsejado por Mandrágora; al contrario, reúne un pequeño ejército de mercenarios, que no son ni la cuarta parte de los bien disciplinados hombres del Ejército Real, pero sí, más feroces. Yacud III, muere en la más encarnizada batalla que recuerda la historia, los mercenarios, respetando el valor del enemigo, le dan sepultura con honores. Un traidor, siempre los hay, asesina a Zafra mientras duerme.

Termina, diciendo el fantasma de Zafra:

—A mi me convirtieron en fantasma, protector de esta isba. Es la historia de *La Casa del Boticario*, de la antiguamente, llamada *La Casa de Zafra el Comerciante*.

—¿Sabes que pasó exactamente con Mala Sombra, cuando murió el Príncipe.

Después de unos minutos de silencio, contesta:

—Espera —y desaparece por la trampilla.

Cuando vuelve trae consigo unos pliegos unidos por un cordel.

—¿Cómo ha podido traspasar la compuerta? —Le pregunto admirado, refiriéndome al cuaderno.

—Desintegrándose, naturalmente. Léelo con ternura, entre esas hojas está la vida de Mala Sombra después de la muerte de su amado.

—¡Su Diario! —Estoy confuso, y muy conmovido—. ¿*El Diario* de Mala Sombra? No puedo creerlo.

—Apuesta a que sí —replica, con voz risueña, Zafra, por el bien de todos no lo comentas con nadie. Vive tranquilo, estas paredes de troncos y cañizo, son invisibles a ojos de extraños.

Ardo en deseos de enfrascarme en una lectura que adivino interesante. El padre Nicodemus aseguraba que: *Al menos una vez en la vida, la ventura y la buena suerte pasan al lado de toda criatura. Conmigo se ha cumplido en la posesión de Diario.*

El Diario

Día primero:

Cuando, Esmeralda, me regaló el libro en blanco, con las cubiertas guarnecidas en piel, e incrustaciones de oro y piedras preciosas, pensé: ¿para qué me servirá? Mi vida transcurría tan monótona como las corrientes de agua, en el Pantano de la Muerte. Era muy feliz, si bien no podía advertirlo porque nada tenía para comparar.

Por aquel entonces comenzaron una serie de desgracias, que no sólo me atañeron a mí, sino que arrastré en un torbellino de mala suerte, y a la triste muerte de mi amado Yacud.

Decido emplear el regalo de Esmeralda como diario. Inunda mi corazón una extraña paz al ir vertiendo en estas páginas tan dolorosos recuerdos, después conforme lo voy releendo me parece que fuese lo ocurrido a otra persona y pueda comprender

mejor la pena del que narra, haciéndome partícipe de su desazón y no protagonista. Era 2 de febrero de 1558, cuando un aguacil, rodeado de un ejército de soldados, ha traído una orden de arresto para Zafra, se le acusa de andar en tratos con Esmeralda. Y Otra para mí, donde además de culpable de practicar la Ciencia Hermética, me impugnan la de ser instigadora de la muerte de Yacud IV. Cuando llegan a casa, no encuentran más que a asustadas mujeres que vuelven de la plantación. Zafra, ha corrido minutos antes, a lomos de Fuego Vivo, hacia el Pantano de la Muerte al mando de un grupo de mercenarios. Desde la isba, les veo llegar y partir sofocados de odio.

Decido encontrar acomodo en otro lugar donde los recuerdos no me martiricen. Abandono la seguridad del Chamizo Encantado, un regalo de los pinceles de Omar, que siempre va cabalgando entre el odio y el amor hacia mi persona.

Las grutas que comunican con el Lago Pequeño, serán mi destino, allí intentaré desentrañar los misterios que rodean la segunda parte de la Fórmula del Elixir de La Vida Eterna.

Comenzaré el éxodo por la noche.

Esmeralda que se ha enterado de mi partida, a pico de Rita, viene sofocada y con el pensamiento de hacerme desistir de tal intento. Creyéndose culpable de mis males, me suplica hasta la saciedad.

—No olvides, amiga Mala Sombra, que el reato de esa muerte te perseguirá para siempre, estés donde estés. Si no quieres volver al Pantano, lo entenderé. Esta isba, te ofrece seguridad, Omar responde de ello.

—Son estos lugares, precisamente, los que me atacan y corroen el pensamiento. Quiero olvidar, al menos no sufrir tanto por lo que no puedo evitar. Perdóname, querida madrina. No volveré más.

Prometo una reencarnación paralela allá por el siglo XXI. Sus ojos me miran insondables. Nos decimos adiós, sobrecogidas de espanto, que este renquear de las ánimas es enfermedad contagiosa. Cuando el ánimo está podrido de tristeza es muy difícil pensar con cordura. La imagen de mi amado Yacud, sobre las losas del atrio del Castillo, recose mi espíritu a punto de cruz.

3 de febrero.

Los rumurosos murmurios del agua han detenido mi caminar, hago vereda con pies y manos, allí está alegrando la vista la Fuente de la Salamandra, que perla las aguas cristalinas como las cuentas de un collar sobre el lecho de mica.

La belleza del lugar estremece de placer cada fibra de mi ser. Allí florece la planta del áncano, sus bellísimas hojas sombrean la Fuente, como si de un baldaquín de encaje se tratara. ¡Templo vegetal a la diosa del agua! El líquido diamantino, purísimo, calma la sed del cuerpo. Mi alma que arde en un infierno de dolor, es difícil de templar.

El recuerdo de tantas desdichas, arrancan a mi garganta un grito sonoro que se alza desde las profundidades del espíritu hasta mis labios en forma de balada.

Las notas que se desgarran embajadoras del dolor, despiertan a la Guardesa de la Fuente; tiene forma de árbol y rostro de oruga, fea como para cortar el resuello. Otros y peores adefesios han visto estos ojos, como el imbunche que mantiene el señor Deán en la Casa de la Mano negra. Si pensaba matarme del susto no lo ha conseguido.

Me observa inquieta, y dice:

—¿Eres una bruja?

—Que ha perdido sus poderes, por culpa del amor, pero sí, soy la Séptima.

—¿Y no sabes que está prohibido beber en la Fuente de la Salamandra?

—No.

—Tus sucias manos pueden matar a los pequeños.

—¡He bebido con los labios, más limpios que tú la lengua!

No es un don del que podamos presumir las brujas, la paciencia.

Tan a pecho toma mis palabras, que una ráfaga tangible de animosidad la agita, como a la copa de un pino cimarrón, son los vientos propulsores de las grandes tormentas.

—¡Descarada! —Brama, enarbolando un bastón tan grueso como mi puño—, ¡te mataré!

Parece dispuesta a llevar a cabo su amenaza.

Corro en rededor de la fuente, gastándole todo tipo de jugarretas. Demasiado torpe para mí, la Guardesa, termina a cuatro pies sobre la mullida hierba.

De un certero puntapié en el trasero, la hago dar de morros en “su” fuente. Una nube trasparente de agua nos envuelve.

Entonces ocurre:

Minadas de mariposas rescatan de entre el césped, decenas de guzarapitos que se debaten desesperados. Mi mucho menos era lo que había pretendido. Lloro de vergüenza.

—¡Perdona! —Balbuceo transgrediendo todos mis principios, violentando mi torpe orgullo.

—De acuerdo —oigo a La Voz, plena de suaves arpegios—, hay una condición.

—Tú dirás.

Contesto dirigiéndome a la Guardesa, a sabiendas que no le pertenecían, ni soñándolo, tan cantarines acentos.

—Sígueme.

Y, seguí a la Guardesa, que había tomado camino hacia el interior de una gruta. En verdad, poco me importa contar con su indulgencia, lo mío es curiosidad por conocer a la Salamandra Reina, y señora de aquel encanto de bosque. Ya en el interior, la mujeruca desaparece. Como carezco de poderes no puedo hacer más que esperar. Ni un hueco o rendija me indica el camino de retorno. Nada. Pasa tanto tiempo que pienso en un refinado castigo por parte de la Reina.

Vocífero, maldigo, lloro. Nada.

Al fin creo que me dormí.

4 de febrero.

He despertado sentada delante de un enorme capazo de uvas, queso, nueces, pan, y una cesta repleta de frutos frescos. Siento más acuciamiento por el hambre, que por la curiosidad y no recordando ninguna norma que me prohibiera dar paso a la gula, sin mirar a derecha ni izquierda, me dispongo a dar cuenta de las sabrosas vituallas.

No lo hiciera, el ridículo es espantoso. En mariposas y más mariposas se tornan los manjares. Siento como enflaquezco de odio, de un odio devastador, que consume, nada hay por romper así es que me ensaño con las mariposas, estrujando a cuantas tienen la desgracia de estar a mi alcance. Tengo las manos retintas con el badulaque azul de sus alas. Ni pena.

—Son mágicas —dice La Voz—, ¡ya podrías!

—¿Qué quieres decir?

—Qué temples tu corazón, bruja loca, y pienses el daño que pudiste ocasionar a mis hijos. ¡Nunca saldrás de aquí! ¡Nunca! Más te vale racionar la comida.

Las cestas ocupan de nuevo su lugar sobre la roca de mica y las mariposas han desaparecido sin dejar rastro. Como pienso vencer al enemigo, mastico haciendo menguas para desorientarla.

Puedo observar que una rendija en el techo de la gruta proporciona luz y aire. El ambiente es fresco, agradable, muy limpio y confortable. Sobre un saliente de piedra tan pulido como un espejo, están todas mis pertenencias, entre ellas el Grimorio y este libro ya no en blanco, que daré en llamar Mi Diario, y la famosa Pluma Mágica del Señor Escriba, mi padre, que a cambio de ella, me vendiera a Esmeralda, y a su alma al diablo. Después de la ruina, política y económica del Escriba Mayor, se la agenciara Esmeralda para mí, como un recuerdo imperecedero de las traiciones a la que estamos expuesta, en este mundo hostil, a nuestra ciencia.

En espera de una oportunidad de escapar, voy descifrando algunas de las fórmulas del Grimorio y esta llega con el alba.

Un reflejo dorado se posa sobre mis rodillas.

—Soy “tú” Beatriz la Bruja Cristiana. Esta dobles durará unos segundos antes de la amanecida. Cuando escuches a La Voz prepárate a ser muy rápida, a las primeras palabras que pronuncie, y te suenen pregunta, contesta con premura: “¡Que así sea!

—¿Tú eres “yo”? ¡Imposible! —Respondo con un buen ilógico, rastreando mis extrañas, que yo la transmutada por unas ideas escatológicas, indemostrables, me resisto a creer.

Ella, aclara rápidamente, requerida por otros asuntos y olvidada de este desamparo de mis sentidos:

—Este, es un buen lugar para reencuentros posteriores, recreado por el Mago Pintor a petición de Esmeralda. Estás a salvo porque sólo tú puedes decidir ser vista o no. Ahora, ¡adiós, querida

No había entrado la mañana cuando La Voz, dice:

—¿Has tenidos buenos sueños, deseas algo?

—¡Qué así sea! —Respondo con presteza.

Una brecha del tamaño de mi cuerpo se abre entre las piedras de la caverna. Haciendo, caso omiso, de los "ojos grandes" de la Guardesa, decido adoptar mi prisión como vivienda.

La Voz, es llave y candado de mi nueva casa, porque ella está llamada ha preguntar con primor y yo a responder con largueza.

Recorro los alrededores.

A lo lejos una campiña ondulada de mieses da fin en un pequeño Oasis construido con piedras y barro, que se confunden con la glebosa tierra, y la mar por el verdinegro follaje de su naturaleza.

A la derecha, ocupando todo el paisaje, la Sierra de la Señora. Hermoso lugar. ¡Y tan cerca el Lago Pequeño!

28 de febrero.

La Guardesa, me da su amistad, después de resueltos sus temores. He decidido no beber agua de la Fuente, a unos metros pasa el Río de la Luz, que le da vida al manantial, allí sacio mi sed. Es un acuerdo tácito, yo respeto la tranquilidad de los guzarapitos y ella me trae de la aldea más cercana enseres y noticias.

Cuando tengo tiempo voy a visitar a Alampagua, su bondad ha logrado que renazca a la vida, no pienso dejarme morir de pena, como un monstruo entre sus cenizas. Recuperada la alegría de vivir y llevando el recuerdo de mi amado Yacud, lejos de los poderes de la mente, he resuelto el dilema, soy una bruja dueña de todos sus poderes.

Con gran ímpetus y resolución, me pongo al trabajo. Alambiques; retortas, matraces; potes y más potes; tubos de ensayos; recipientes de Agua Regia; mercurio

rectificado; flor de azufre, y todos los reactivos propios del caso, estoy con la fabricación del Elixir de la Vida Eterna. Al fin la descubro, decido no incluir la segunda parte de la fórmula en el Grimorio, para preservarla o al menos hacer más difícil su entendimiento si cayera en manos de Omar. La escribo en este diario.

2º PARTE DE LA FÓRMULA

**$1,2Av+CNH+2h2O+02=2(cN)2AvK+11202+2(NN)2AvK+Hok20,$
 $2+4CNK+H202=2(NN)AvK+HOK$**

Precipitando, el todo, en un recipiente de vidrio, según Arte.

—

*Fabrico una buena cantidad del **Elixir de la Vida Eterna**, llamo a Esmeralda en boca del viento y se lo ofrezco, con la promesa de vernos allá por el año 2004. Le suplico que de a Omar un poco del mismo, aunque sea en pago a favores por recibir o recibidos. Así ella me lo promete. Con un gran abrazo me despido.*

En la Isba

Al anochecer escucho pisadas por el sendero, pasan cerca y de largo hacia el parque de *La Casa del Boticario*. La eterna enemiga de mi vida, doña Curiosidad, ofusca y desasosiega mi espíritu, obligándome y digo bien, a seguir, el runrún de los pasos, no tardo en comprobar que se trata de Adelaida y Omar. Adelaida lleva el pelo caído sobre los hombros y enmarañado como siempre; viste un sayal negro y largo hasta los pies, sobre el pecho las luciérnagas han compuesto un collar luminoso. Omar se cubre con una vestimenta parecida. No puedo por más de enternecerme con la extraña colusión que mantienen los tres personajes. Por precaución he guardo *El Diario*, bajo la camisa. Es de contactar, que del cuaderno con guarnición de oro y piedras precisas, no queda más que unos cuantos pliegos mal sujetos por un cordel.

Toman camino hacia la cripta. Les sigo.

La racionalidad nada tiene que ver con los hechos que a continuación voy a relatar. Es, como si se creara un nuevo orden de las cosas: Adelaida y Omar se funden, ante mi pavor, en un abrazo lumínico y así, dejando su materia mortal sobre sendos catafalcos, se introducen donde reposan los restos de Amelia. Los tres pierden la independencia de sus espíritus para volar en una ráfaga de luz hacia la nada, suprimido todo vestigio del yo, en ese Todo de lo misterioso, imposible, inenarrable.

Veo como las luciérnagas prestan sus almitas a los desprotegidos cuerpos, supongo que huesos podrían ser presa fácil de ánimas errantes. No estoy en condiciones de soportar tamaño espectáculo, permito que el cansancio y el desaliento me atrapen.

Vuelvo a la seguridad de la isba, acurrucado en el sofá, intento fundir voluntad y paz en un profundo sueño.

Grande es mi sorpresa cuando, entre la neblina del pensamiento, veo entrar a Adelaida y a Omar cubiertos con una especie de sudario, transportando el cuerpo inerte de Amelia, que depositan sobre una mesa. Zafra, junto a mí, sonrío satisfecho o divertido, después de dedicarme señales de advertencia señalando al *Diario*, que se transparenta bajo la camisa, desaparece bajo la trampilla. Omar, me mira con el ceño

abrupto, sin perder su aspecto maléfico, e imponente, a pesar de la sábana hospitalaria que le cubre.

—¿De dónde salen? —Pregunto, estupefacto.

—Una larga historia, primo, ahora te necesitamos —dice Adelaida con dulzura.

—¡Y cuándo no! —Respondo, resabiado.

—Tienes que volver al Castillo, al Museo de la Ciencia.

—¡Ni hablar! ¡No tardaría, el teniente Saucedo, ni dos minutos en atraparme!

—No, por ahora, la plantilla entera con el señor Comisario en cabeza, están ocupados... con otros asuntos. El último lugar en donde te buscarán será, en el Museo.

—Y, ¿ahora de qué se trata? ¿Acaso del cuerpo de Tutankamón?

No estoy dispuesto a dejarme embaucar de nuevo.

—De una muñeca —a Omar le relucen los ojos, negros como el azabache.

—¿Una muñeca? Creo, en verdad, que estáis locos de atar.

—Para ti no supone ningún problema —dice, Adelaida—, te acompañaré.

—¿Y, por qué no vas tú solita?

—Yacud, no se aviene a indicarnos la manera de entrar por la puerta falsa.

—Por la principal, entonces... —digo.

—Es un avispero de policías —aclara Omar.

—A Yacud, no lo he visto desde... no sé desde cuando.

—Aquí —escucho su voz junto a mi oído.

Ya conozco la sensación, su hálito es de fantasma.

—¿Qué ha sido de tu cuerpo? O, la ilusión óptica de él —farfullo displicente.

—Por ahora nos conviene mejor así. ¡Vamos mi valiente, el enemigo nos espera!

—Su tono quiere ser distendido, diría que un punto gracioso.

—Te esperará a ti —contesto, recuperando el carácter que me mantuvo con ansias de vivir en el Monasterio—. ¿Y a todo esto, dónde está Carlos?

—Con la Chacha Luisa, en el Oasis Inventado, en espera del Parahelio —Adelaida, me mira retadora. Tiene las manos con firmeza apoyadas sobre la mesa en que descansa Amelia—, ¡espero que no compliques más las cosas con tus mojigaterías!

—¡Yo! —Casi ladro—, ¡yo, que llevo tres días pasando un purgatorio!

—Calma —intercede Omar—, son muy desagradables las maneras de Adelaida, pero, tienes que comprender... no hace ni cinco minutos que un aprendiz de forense a estado a punto de despedazarnos, el cuerpo de Amelia, corrían la misma suerte.

—¿Qué?

Adelaida, indiferente ante mi desazón, señala con gesto lacónico a Omar.

—Que te explique. Una mala historia, cuenta, cuenta.

En estos momentos, una luz suave entra por la puerta, disimulada a la perfección por un árbol, en sus difuminados contornos reconozco a mi abuela Ana. Nos observa unos momentos, después se adelanta hasta mí, envolviéndome en su calidez.

—No va a ocurrirte nada, Alfredo, confía en mí. La muñeca servirá durante un tiempo como refugio para el alma de Amelia nuestra querida Esmeralda. Ella está de acuerdo, mientras tanto las luciérnagas ocuparan su cuerpo de carne, Clara ha muerto. Es cuestión de poco, encontrar a Mala Sombra, me consta que su espíritu ha captado los males que acechan a su amiga; pero, no sabe aún el cuerpo que habita.

Me pasa por la cabeza, la idea de echar a correr hacia el manicomio más próximo. Creo que hago ademán de intentarlo.

—¡Explícate, Omar, no sabes cuanto me interesa! —Me encaro con el Mago.

—No, Alfredo, ahora no es el momento —Yacud, me toma de un brazo—, el tiempo apremia. Si perdemos el ánima de Esmeralda, entre los luminares del cielo y después encontramos a Mala Sombra, sin tener quien abra su memoria, estamos en las mismas.

—¿Y por qué una muñeca, precisamente, del Museo?

—Es la replica de Esmeralda, ella lo quiere así... eso es todo. Deja de ahondar en el pasado —dice con amabilidad Yacud, su voz profunda y melódica, calma un tanto mi ánimo—, considerando lo ajustado del tiempo, te lo ruego, Alfredo, no te lo pediría si hubiese otra solución.

Y una vez más, accedo.

Omar, se da en embadurnarme con un maloliente potingue. Ante todo el rechazo de mi cuerpo, dice con voz cavernosa:

—Bálsamo para tus heridas ¡y deja de moverte como un azogado!

Hasta mi prima y el fantasma de Yacud se ponen a la faena de dejarme como un eccehomo, teniendo en cuenta el color morado tirando para negro, de la pomada. Poco después estamos en camino al Museo. No me avergüenza decirlo, recorro el laberinto agarrado al fantasma, que entre su sutil contorno y las grasas aplicadas sobre mis maltrechos dedos, no logro atraparle, a satisfacción.

El Castillo, es un hervidero de gente, pero de gente muy especial, más o menos del siglo de la Maricastaña. Nos hacemos con la muñeca sin ninguna dificultad, la tomo entre mis brazos con cuidado, nunca me gustaron las muñecas, creo que desde ahora mismo mucho menos, sobre todo las empelucadas con cabello humano, parecen estar hechas para dar miedo, con la boquita de piñón y los ojazos inmensos, estos son de color verdemontaña, tan luminosos como el resplandor de mil gemas; parecen escudriñar mis ojos hasta el fondo del alma, de un alma en fuga hacia horizontes extraños, que aquellas otras pupilas, de la muchacha que aterrizó un mal día en la biblioteca, de mi tío, habían llevando el caos a mi vida.

Volvemos en un tiempo récord a la isba. Repantingado en el sofá está Zafra conversando, amigable, con Omar y Adelaida. Guardo mi curiosidad, no estoy para más aventuras, así que me dejo caer sobre la alfombra sin prestar oídos, a palabra alguna a los allí reunidos. Sobre la mesa, está el cuerpo sin vida de Clara, y el exhumado de Amelia, Yacud IV, suspira al colocar la muñeca junto a ella. La nina, pertenece a otro lugar, oscuro, astuto, infinitamente desproporcionado, irreal; al mundo de las pesadillas. Pienso: *¡Si ya se violentan todas las leyes de la naturaleza cuando se despierta la mente antes que el cerebro, no quiero ni soñar el desolado y siniestro páramo, que el alma tendrá al encontrarse, prisionera de un cuerpo inanimado, en espantosa pérdida de todos los sentidos!*

Retiro los ojos de la escena. Cuando todo termina, Yacud, se inclina sobre mí.

—Concluso el traslado —dice.

—¿Y ahora?

Me siento tan desamparado como debe estarlo Esmeralda, atrapada en el interior de la muñeca, un lamento agoniza entre los labios del juguete, las pupilas de cristal refulgen siniestras. Noto en mi corazón todo el horror de su suplicio.

Siento la desagradable impresión de que los problemas no han hecho más que comenzar. Zafra, toma en sus manos la muñeca y desaparece con ella por la trampilla.

Amelia, ya sé que se trata de Esmeralda, sin lugar a dudas, ni siquiera da la impresión de estar difunta, y va para cuatro días.

Ni en mis peores pesadillas había conjurado una escena tan aterradora y desagradable. Advierto una fugaz sonrisa en los ojos de Omar. Me hago la promesa que el tiempo de tan horrenda prisión sea mínimo, en su liberación estará la mía. Siento la

tristeza de Esmeralda, recorriendo mi alma, como la fiebre de una mala enfermedad, de aquellas tan crueles que dejan la mente clara y la materia privada de resolución.

—Lo primero es encontrar el Grimorio —propongo casi llorando.

—El Grimorio lo tienen Carlos y la Chacha Luisa, en mi casa Allí en el *Oasis Inventado* —aclara, Omar, sin mirarme—, Zafra, les llevará la muñeca, hasta que llegue la señal convenida por Mala Sombra, ya sabes el Parahelios, que según he podido saber, durará tres días.

—¡Si vamos a seguir con tantas mentiras y enredos, no pienso secundaros! ¡Valiente pandilla de embusteros!

—Es de razón —dice, Omar, con acento quejumbroso. Falso como su alma.

—De razón, ¿qué? ¡vuestro comportamiento resulta inexplicable! Lo más probable es que despierte de esta maldita pesadilla, en un mundo al revés y quiero hacerlo en compañía de amigos en los que pueda confiar, de no ser así más me valiera ir ahora mismo a *La Casa Grande* y entregarme a la policía.

—La Pluma Mágica —aclara, Omar, empleando su acento más mezquino—, está de nuevo, para tu información, en la vitrina del Museo, lo mismo que el maniquí de Yacud..., ya no se te busca por robo... ahora es por raptar tres cadáveres: El de Amelia, de Adelaida y del mío. ¡Ah! Se me olvidaba y de cómplice en el posible asesinato con rapto de tu primo y de la Chacha Luisa —termina muy ufano mirándome de reojo—, por lo pronto también nos hemos librado de tus tíos. Están en la cárcel, junto al Deán, acusados de lo mismo que tú.

—¿Qué? —Del susto pierdo el contacto con el dolor físico y moral. Lo cual es cosa propia de la materia cuando se le han cerrado todas las salidas razonables.

—Lo que oyes, primo. Tus tíos chupando cárcel. Ellos tan finos —interviene, Adelaida entre grandes carcajadas.

—¡Adelaida, como tienes el valor de reírte, son tus padres! —Casi me atraganto con un sollozo al preguntar—: ¿Qué nueva gracia es esta?

—Culpa de un intento, por parte de Omar y mía, en rescatar a Esmeralda del Primer Nivel —Adelaida me mira condescendiente—, las cosas se complicaron con el asunto del compañero del teniente Saucedo. Estaban en la biblioteca, no puedo explicarte cómo, pero el suelo se tragó al sargento. Sólo sabemos que a consecuencia de ello, a Omar y a mí nos pescaron en la cripta junto al cadáver de Amelia, como estábamos de Viaje Astral nos dieron por muertos y ya en el hospital, Omar captó el peligro, gracias a las luciérnagas que ocupaban el espacio vacío de nuestras ánimas, volvimos a los cuerpos, justo cuando un tipo estaba a puntito de descuartizar a Amelia, y eso es todo, ¿cierto Omar?

—Cierto, procuraremos que encuentren a Esmeralda, nadie se atreverá con la autopsia, por lo pronto: El mejor lugar para conservar su cuerpo, es una nevera del hospital.

—¿Cómo se ha llegado a tales extremos —pregunto, asustado.

—Cuando el teniente Saucedo y el sargento, fueron a dar cuenta, a don Jesús y al Deán, de tu evasión ... se les complicaron las cosas..., se nos complicaron... Traeré aquellos momentos al presente. Escucha:

Después de la evasión de Alfredo

—Era imposible de predecir lo que iba a pasar —se disculpa el teniente Saucedo, sudando como un gorrino—, ¡las argollas estaban intactas!

—Es de locos —interviene el sargento—, pienso que tenía un cómplice.

—¿De veras? —Don Jesús, esta ciego de ira—, no les pago para que piensen. No puede estar muy lejos. Quizá, en tu casa escondido —continúa, volviéndose a don Ramón *el Boticario*, que acaba de entrar y ni atina a encender un cigarrillo, de puro nervio—, de todos es conocida la gran amistad que unía a Zafra con Mala Sombra, la joven bruja desapareció sin dejar rastro, cuando la guerra entre hadas y brujas en el reinado de Yacud III, poco después de a la muerte de Yacud IV. Sabemos, por las hadas, que estaba en tu casa y nadie pudo encontrarla, ni a la muerte de Zafra. Se paso a rastrillo el parque y cada milímetro de la mansión. Es posible que haya algún departamento secreto y que el fantasma de tu pariente, tenga escondido al muchacho.

—¡Pero de eso hace trescientos años! ¡Por Dios bendito! ¡Y fue una guerra civil entre partidarios de Yacud III, y su hijo Yacud IV!

Interrumpe, el policía, sin parar de sudar, y asombrado de no salir corriendo de *La Casa Grande* y del pueblo.

Don Jesús, ríe sardónico, antes de contestar.

—¿Y cuántos años, supone usted, que tengo yo?

El sargento, queriendo hacer tiempo para poner en orden sus ideas, se adelanta con la intención de ofrecer fuego a don Ramón y al tropezar, en su desasosiego, con la esquina del escritorio, ocurre: ¡En el suelo se abre una trampilla que se lo traga!

Visto y no visto.

“Los esfuerzos de los presentes son inútiles, ni rastro de resorte alguno que permita abrir la trampa.

Siguiendo los reflejos de su larga experiencia, Saucedo, corre hacia la comisaría en busca de refuerzos, sin atender las razones de don Jesús, que le insta a conservar la calma. Don Jesús, está tan sorprendido como el policía. Allí, a un paso, está la razón de la desaparición del Grimorio la noche de marras.

Temiendo, el teniente, verse envuelto en algo más que en un asunto de trapos sucios familiares, se desentiende de don Jesús. Logra del señor Comisario una dotación de Egos, y este del señor Juez una orden de registro. Para verlo que no contarlos, en menos de diez minutos *La Casa Grande* parece un campo de combate. Infructuosos resultan todos los intentos de hacer funcionar la trampilla. Fracasen especialistas y bomberos. Tanto el suelo de la biblioteca como el escritorio parecen de una pieza.

El teniente Saucedo, decide dar una batida por los alrededores. De alucine lo que encuentra en la antigua cripta familiar.

—¡Tres cadáveres, dos de ellos aún calentitos, enterrados ilegalmente, de película de Tarantino! —Exclama un geo, con la boca abierta un palmo.

Ni media hora después.

El señor Deán y don Jesús, desgranar oraciones en una celda de la comisaria. Se dan por desaparecidos a Carlos y a la Chacha Luisa.

La noticia del triple asesinato, de tales características, tiene a los muchachos de la prensa sobre ascuas. En un pueblo que no pasa nada de nada, pudiera ser el notición del año. Pacientes, esperan en el rellano del Hospital Sant Jaume los resultados de la autopsia, suponiendo descartada una rueda de prensa con el patólogo, antes de las mismas. Las explicaciones por parte de un portavoz del Hospital, no ha sido más explícitas que un lacónico: “Lo sentimos, secreto sumarial”. Más se esperan una infiltración, voluntaria o no, que de pie con el relleno de un poco de paja, a una editorial de enganche.

El técnico en autopsias, Rafael Alcántara, muy supersticioso él, está misma mañana se ha cruzado con un gato negro al salir del portal de la Residencia Virgen del Carmen, poco después se tropieza con un cura vestido de sotana, y sin poder evitarlo mira hacia los balcones de una casucha, que a duras penas se mantiene en pie, entre un edificio de doce plantas y un banco de impresionante diseño: ropa tendida, sólo le falta pasar bajo unas escaleras, de lo que no se priva, al entrar al Hospital, los de mantenimiento están repasando las alarmas de incendios.

—¡Para colmo martes y trece! —Casi, solloza Rafael.

Cuando llega a la Planta de Patología, el doctor Agustín Sierra, está terminando con el examen externo del cadáver de Amelia. Le dice nada mas verle, llegar:

—Quiero una obra de arte. Me da en la nariz que este caso va a traer cola. Tengo una conferencia dentro de unos minutos. A los otros los examinaré después. Que te sea leve —bromea en viendo la palidez de su ayudante, y añade—, ¡que no muerden!

El doctor, se desprende de los guantes y sale de la sala riéndose bajito. El muchacho traga saliva, está actividad extra le ayuda a costearse los gastos como residente del Hospital. Los muertos le imponen, debilidad nada propicia en un discípulo de Galeno. Piense especializarse en pediatría. Rafael, hijo y nieto de cirujanos, no le han dado otra opción. Sin voluntad propia ni dinero, Rafael se deja querer mientras pasa el

tiempo soñando con su verdadera vocación, el teatro. *¡Tiempo al tiempo!* Se dice, conformando su tierno corazón, con sueños de farandulero.

Mientras se calza los guantes quirúrgicos, mira de reojo a los otros dos cadáveres, parecen frescos y lozanos en su desnudez. Toma dos sabanas verdes, de un carrito y les cubre. Los ojos de Amelia miran al techo, brillantes, irradiando luz.

—Deberían estar vidriosos —dice, dirigiéndose al micrófono móvil, que pende del techo—, las pupilas aparecen más que fijas, impávidas, sin dilatación... —llegado a este extremo se detiene nervioso. Rebobina la cinta, y vuelve a la mesa de quirófano donde reposa Amelia.—, no es este trabajo mío. Empecemos de nuevo.

Cuando se dispone ha hacer la incisión empezando por el hombro izquierdo...

—¡Ni se te ocurra!

Omar, salta de su lecho de mármol, va hacia el aterrorizado muchacho. Coge a Amelia en brazos y seguido por Adelaida, corren hacia la puerta de ambulancias.

Queda el técnico, con la mano en alto, sujetando con fuerza el bisturí y así llega en carrera desenfrenada, hasta la planta de urgencias, gritando como un loco.

—¡¡Los muertos me persiguen!! ¡¡ Socorro!!

Como la pólvora corre la noticia con la fuga de los tres cadáveres. Los chicos de la prensa, no pueden creer en tan buena suerte.

Hasta en el Salón de Conferencias, donde el doctor Agustín diserta, acalorado, sobre métodos de la medicina alternativa de la que es un detractor, se cuela la noticia. Un murmullo se alza, en el aula, como el zumbido de mil abejorros. Cree el conferenciante que debe tratarse de una muestra unánime de asentimiento a sus aseveraciones. Sólo, y cuando la sala comienza no tan discretamente a vaciarse, comprende el catedrático que algo en extremo anormal ocurre. Sin saber que hacer o decir le parece los segundos eternos. Un bedel se le acerca entregándole una nota. Después de leída, a punto no está de caer fulminado por el mal de muchos. Seguido de un batallón de curiosos se dirige a la Morgue. Ni rastro de los tres cadáveres.

Los periodistas hacen el agosto.

Se han esfumado los cuerpos del delito. Sin ellos difícilmente habrá caso. La noticia ocupa, casi, la totalidad del tiempo en los noticiarios de las tres de la tarde en todas las cadenas de televisión y radio. Los periódicos publican un suplemento especial. Hasta la prensa rosa le dedican sus portadas y por vez primera en la memoria de este tipo de periodismo ¡sin un mal cliché, de pechos exuberantes, para documentar la noticia!

El arresto del Deán se ha filtrado a la prensa, la noticia está levantando, no polvaredas, ventiscas, por las connotaciones que el caso parece tener con la iglesia.

Mientras en un cómodo despacho de la comisaría, están ocupados, como en amistosa plática; el teniente Saucedo, Don Jesús y el Deán de nuestros amores.

El teniente, está nervioso, una mano le tropieza con la otra en realidad le sobran la mitad de los dedos. Es su hora de comer, el hambre le retuerce las tripas y esto junto al pánico que siente, al pensar que el cura se vaya de la lengua, es demasiado para su cuerpo, casi solloza al pensar: *“Esta gente de misa es capaz de traicionar a su padre ¡Adiós retiro! Hará falta un milagro para salir con bien de esta, ¡cómo explicar al señor Comisario mi estupidez al retener ilícitamente y en las mazmorras del Museo de la Ciencia, al sobrino de don Jesús, al que ahora están culpando y al que nadie ha visto, hace una semana!*

—Tendré que quejarme al cabildo —el Deán, está furioso.

—No sabe cuanto siento las molestias —el teniente, suspira comedido.

—¿Molestias? ¡Llama molestias a tener detenido a un ministro del Señor!

—Retenido, padre, retenido. ¿Nos decía que su presencia, en el lugar de autos, se debía a que estaba cumpliendo con sus deberes sacerdotales?

—Sí, administrar el Sacramento de la Extremaunción a la hija de don Ramón.

—¿Y, que la hija de don Ramón estaba ya muerta cuando usted llegó?

—Exacto.

—Y, qué de los otros dos cadáveres, ¿no sabe nada?

—Exacto.

Al teniente las ideas se le hacen agua. Sabe que el jefe está a la escucha, justo detrás del gran espejo, y que no pierde detalle.

—Pues, padre, eso no fue lo que vimos, mis hombres y yo, sin contar con la desaparición del sargento, de lo que naturalmente usted, no sabe nada de nada.

—Exacto.

—¿De verdad espera que me lo crea? ¡Y no diga exacto!

—¡Hijo mío —contesta, el cura irónico y burlón—, los caminos del Señor son inescrutables! Él sabrá las razones para que este, Su siervo, estuviese en el lugar de los hechos, según usted criminales, yo sólo sé de un desgraciado accidente sufrido por la pequeña Amelia. La imaginación de sus hombres creo que han hecho el resto.

—Niega que los cadáveres fuesen tres y que estuvieran preparados para su enterramiento en la cripta particular de *La Casa Grande*, sin permiso, ni certificado alguno, oficial de esas muertes.

—En verdad, el asunto le está desbordando. No sé de que habla. Pregúntele a don Jesús.

Un policía, entra al despacho y deja caer algunas palabritas al oído del teniente, con la desaparición de los tres cuerpos. Por unos segundos no sabe como reaccionar, al fin se enfrenta con la mirada burlona del cura.

—Pueden irse, todos, gracias señor Deán y disculpe —el teniente, sin dejar traslucir las ganas que siente de sacudirlo como a una estera, le tiende la mano—, espero, no abandonen la ciudad. Por lo pronto.

Cuando el último revuelo de la sotana desaparece por un recodo del pasillo, el teniente Saucedo, se reclina sobre los brazos del sillón casi suspirante, maldiciendo como un basilisco. Su ayudante, que ha estado transcribiendo la conversación en el más completo silencio, bufa:

—¡Culpable!

El Comisario, entra en escena, respira hondo antes de decir con voz cavernosa al teniente:

—Voy a desmontar esa mansión, hasta los cimientos. Pásale la pelota al juez de guardia. Cuéntale el caso con pelos y señales. Consigue una dos o tres, veinte ordenes de registro. Quiero hasta a los bomberos en la maldita casa. Mientras tanto iré a hacer una visita al Hospital de Sant Jaume. ¡Ah! retira la vigilancia del Museo, la dichosa pluma ha aparecido de nuevo, va y viene como y cuando se le antoja, van ha mandar un equipo especial de la Central, con tres colaboradores del F.B.I

—¿A quién dice, que nos mandan, jefe?

—A los de "*Expediente X*" ¡Ja! ¡ja! ¡ja! —La broma destiente el rostro, del Comisario, parece hasta guapo, dentro de lo que da de sí, su gran mole.

Casi de buen humor se encamina al Hospital.

El director de Sant Jordi recibe muy amable y cortés, al Comisario. Después de hablar unos minutos sobre los hechos, el policía le pide que le acompañe hasta la Sala de Patología. Observa, el Comisario, que la tétrica nave tiene varias puertas de acceso,

todas ellas se abren a rampas aceradas y al exterior, hay una tan grande como para permitir el paso a un autocar de dos pisos.

—Siempre es tan solitaria esta sección —pregunta, el Comisario.

—Normalmente, sí. Salvo los lunes, jueves y viernes de nueve a doce, aquí se imparten las clases de anatomía y se hacen las autopsias.

—Se supone que ayer, viernes, el forense estaba solo.

—Suelen ser dos; un patólogo y el técnico. Sobre todo si se hace la autopsia por orden del juez. Quiero decir cuando no es un enfermo nuestro.

—¿Y?

—En este caso, el patólogo tenía una conferencia, después de hacer el examen preliminar de uno de los cadáveres, lo dejó a cargo del técnico.

—¿Quiere decir, doctor, que a los otros dos se les dio por muertos, sin un reconocimiento previo?

—Cuando llegaron al hospital ya eran cadáveres. El examen posterior sirve para esclarecer las causas del óbito.

—¿Cuánto tiempo llevaban en el hospital?

El médico juguetea con la sábana que cubre un cadáver, distraído.

—Cuarenta y ocho horas. Se comienza una autopsia pasado, ese tiempo.

—Entonces, los estudiantes del lunes y el jueves, les vieron.

—Creo que todo el personal del hospital, el aspecto de los cadáveres, era peculiar. Ya sabe el morbo.

—¿Qué quiere decir, con peculiar?

—No habían perdido la tersura de la piel, ni se les habían dilatado las pupilas, podía tratarse de los efectos de alguna droga desconocida. Por las ropas, era de pensar que se habían pasado celebrando algún tipo de ritual, no sabe lo de moda que están tales prácticas.

—¿Está seguro de que se trata de eso?

—Todo son especulaciones —comenta, el director, mientras se lava las manos, como siguiendo un habito, en algunos médicos suele llegar a ser un tic nervioso—, lo decía por la vestimenta, llegaron cubiertos de túnicas negras con capucha.

—¿No es posible que estuviesen vivos?

—No. No es posible, el ECG mostró una línea plana durante cinco o seis minutos, en los tres.

—Es suficiente.

—El escáner, también indicó muerte cerebral, en el caso de la niña preparada para la autopsia.

—¿Entonces, por qué esperar cuarenta y ocho horas?

—Son normas. Sobre todo cuando no se presenta el rigor mortis.

—¿La niña que estaba preparada para la autopsia se llamaba Amelia?

—Sí. Eso creo. También se comentó que el rigor mortis era muy leve, parecía no llevar muerta más de dos o tres horas.

—Se refiera a la hija de don Ramón Bordan y de Mortecinos. La del accidente casero —insiste, el Comisario.

—Sí, supongo, que sí. Tendría que hablar con el patólogo.

—¿Y con el técnico que comenzó la autopsia?

—Está sedado —el médico se esfuerza en ser amable.

Sin ánimos de interrogar, por el momento a nadie más, abandona el edificio por las cocheras, dando un recorte a los muchachos de la prensa.

Del otro lado de la calle, se le acerca un conocido ratero.

—¡Jefe!

El Comisario acopla, sus largos pasos, al caminar saltarín del hombrecillo. Espera como casi siempre, un chisme, sin mas valor de cinco euros. Hoy seria distinto.

—Sé, en donde se esconden.

—¿Quiénes? —le pregunta, por darle la oportunidad de ganarse el bocadillo.

—Los que raptaron al cadáver. Un viejo y una chica.

—¿Qué?

—Salieron como almas que persigue el diablo, envueltos en sábanas verdes, con la muerta a cuestas. Les seguí ¡mire que se cruzaron con gente, pues ni caso! Entraron en una mansión de la calle Los Pimentales.

Intentando recuperarse de la sorpresa, sin muchos aspavientos, para que el hombre no se oliera el valor y alcance de su noticia, pregunta, el Comisario:

—¿Sabes el numero de la casa?

—El 19, esta justo a las espaldas del Museo de la Ciencia.

—Toma —le entrega un puñado de billetes—, ¿estás contento?

—Que remedio, aunque creo que el caso merece más.

...../

—Y esto es, Carlos —termina diciendo, Omar—, cuanto sé hasta el momento. Ahora haremos lo propio para que, el señor Comisario y sus hombres, den con este lugar y se lleven a Esmeralda al Hospital. Nosotros tenemos otros trabajos que realizar. Los frutos del Alianto nos harán invisibles. Cuando esa parte esté resuelta emprenderemos camino hacia *La Fuente de la Salamandra*.

Las alargadas sombras de la tarde, pintan como aguadas de tinta china, el descuidado césped de *La Casa del Boticario*. La herrumbrosa cancela se resiste a los embates del Comisario. Nadie del interior atiende a sus bocinazos. Por ninguna parte aparece un timbre, aldaba o campanilla. Pronto se ve rodeado de algunos de sus hombres que aun investigan en el Museo de la Ciencia. Tanta premura por entrar, se debe a que en unas de las ramas del magnolio, ondea al viento, flameando como bandera de enemigo derrotado, un trozo de trapo igualito a las sábanas de la Morgue. Hace falta, además de la orden judicial, un cerrajero y diez hombres para abrir la verja. Allí en una cabaña de madera casi oculta por la maleza, se encuentran más sábanas, una hecha un ovillo a los pies de la mesa, las otras dos cubriendo dos cuerpos el de Amelia y el de Clara. Hay caso, aunque falte el cuerpo del anciano y el de la otra niña. Ahora, para desgracia del teniente, son cuatro los supuestos cadáveres. El señor Comisario, se apoya en el brazo de un subordinado para no caer desmadejado al suelo, de incertidumbre.

Por segunda vez, Esmeralda da con sus huesos en la mesa del hospital, minutos después como vaticinara Omar, reposa en una de las neveras de la Morgue, lejos de las manos del forense, en espera de una orden del juez.

Los del F.B.I

Llega el esperado equipo del FBI, a comisaria, tres en total; una doctora en parapsicología, con acento latino de unos cuarenta años, delgada, morena entrecanosa, dueña de grandes ojos avellanados y mirada inquisitorial, fría: un técnico en huellas, con más cachivaches colgados a la espalda que cuerpo; bajito, rubio de aspecto medroso y distraído, y un especialista en fugas de ojos acuosos insípidos de tan celestes, pecoso, desmañado y febril en todos sus movimientos.

No por esperado, deja de constituir un acontecimiento, les contemplan regocijados y divertidos la plantilla de la Comisaría en pleno. En verdad que representan una secuencia viva, de *Los Cazafantasmas*. El Comisario, más curioso que interesado, se presta a acompañarles. El desalojo de turistas y empleados, es digno de observanza, muy en su papel de pulidos especialistas acordonan el Castillo con cintas de plástico, con las siglas impresas del FBI. Instalan focos en prevención a la noche por todo el parque.

El interior del Castillo, parece engalanado como para una verbena. Mientras que es sus alrededores comienza a congregarse; primero chiquillos y desocupados; por terminar con amas de casas y obreros, ejecutivos y otros. Unos piensan, que debe tratarse del rodaje de una película. Los menos que habían leído la prensa de la mañana, explican al vecino.

—Es el caso de la pluma escamoteada por un malabarista, que tiene el humor de salir y entra del Museo, cuando le apetece.

Hasta, Patiti, se ha encaramado a una moldura del friso, admirándose de tan inusitado despliegue de actividad. El Comisario sonríe, pensando cuando alguno de ellos se decidiera a coger la andariego cachivache, que ni pluma parece.

Seis policías uniformados conforman la escolta de los extranjeros.

Pronto, demuestran los del F.B.I. su pericia en evitar los rayos infrarrojos de la alarma, sobre todo el *Pecoso* que indica a los otros dos, movimientos y caminos, a seguir. Los hilos de luz son invisibles y complicados como un bordado de saltaterandate, al ojo humano. Las posturas y gestos de los tres personajes resultan en verdad dignas de un mimo de las Ramblas, a la vista de los neófitos en el tema, que observan boquiabiertos. No han desactivado las alarmas, es su intención reconstruir los hechos, la forma y manera conque el ladrón o ladrones las escamotean.

Llega el momento tan esperado por el Comisario, el técnico en huellas, Piter, esturrea sobre la Pluma un líquido amarillo, buscando huellas. Ante el asombro de todos, la delicada pieza da un brinco de sorpresa, para después elevarse al techo como una bala. El Comisario, para su desánimo, no advierte ningún gesto de extrañeza en los rostros de los especialistas, diríase que toda la vida se la habían pasado entre plumas voladoras.

Desmontan con método y paciencia, vitrina y expositor, hasta el mismísimo panel del suelo en busca de una explicación mecánica. Nada.

Seis horas después.

La Pluma Mágica, sigue levitando sobre sus cabezas en desafío a la ley de la gravedad, gentil y retozona, acomodando a su placer la atención de todos.

Ocho horas después.

El lugar es un enjambre de focos, cámaras y manos en busca de la Pluma. Cansada de las acometidas de los profanos, y en la gloria de su ser —menguados le parecen, sus chasqueados captores, del sutil entendimiento—, decide darse un garbeo, y con una graciosa pirueta se despide de los presentes, desapareciendo tras unos cortinajes de terciopelo.

Al alba, si la parapsicóloga quería acción, la tuvo.

Risas y murmullos de conversaciones llegan de improviso hasta ellos, desde el salón contiguo. El Pecoso, se encara con el teniente Saucedo, que parece más asequible que el Comisario.

—¿Qué es eso?

—No lo sé —contesta, el teniente, con tranquilidad sospechosa—, supongo que la Corte del Rey Yacud IV, *El Suicida*, en alguna celebración.

Creyendo que está de chufra ni le contestan. La parapsicóloga con una cámara al hombro, se encamina al lugar desde donde llega el murmullo a mudritanga. La siguen los cuatro hombres por obligación, que no por ganas. El espectáculo es de infarto, más de trescientas personas abarrotan el Salón del Trono.

Un mayordomo, engalanado como un comandante de marina en el día de la Patrona, les cierra el paso, cortés pero inflexible.

—La invitaciones; dama, caballeros.

Dos alabarderos apoyaban, discretamente, al mayordomo.

No tuvieron por más de permanecer en el dintel de la puerta. El mayordomo mira impávido los manejes de la mujer con las cámaras.

Con la llegada de la Aurora desaparece aquel gentío, sin dejar constancia alguna de su presencia. Como pudo comprobar, la parapsicóloga, al proyectar la cinta.

Delante de unos sándwichs pringosos, los del FBI, y un *entropa' amb tomaquet i pernil*, por parte del Comisario y del teniente Saucedo. Da comienzo la recapitulación de los hechos.

—No encuentro una explicación, plausible —suspira el Pecosó.

—Tu invento para captar huellas —dice, la parapsicóloga—, fue el detonante de los acontecimientos. No hemos encontrado artilugio alguno, electrónico o no, que provocara tal reacción física

—La activarían por control remoto —comenta, Peter.

—¿Y los personajes del Salón del Trono? —Indaga el Pecosó.

—Un truco de realidad virtual.

Los policías están ajenos a cuanto se habla, más interesado en el bocadillo que en la conversación.

—La pregunta sería: ¿desde dónde y cómo? —Dice, la mujer—, ¿qué piensa señor Comisario?

—Ni idea, por eso están ustedes aquí.

—¿Cómo comenzaron los hechos? —Inquire Peter.

—Con la gamberrada de unos muchachos.

—¿A los mismos que se le busca por presuntos homicidas de una niña y una vieja, y raptos de tres cadáveres... además de secuestro?

Los ojos del Pecosó están clavados en las pupilas del Comisario. Se le escapa, lo que provoca la manifiesta apatía del hombre.

—Entiendan —contesta, molesto ante la mirada inquisitiva del grupo de tres, y sabiéndose arropado por el teniente—, dos, no fueron raptados, simplemente se largaron por propio pie. En cuanto a la muerte de la pequeña Amelia de Castro y Fuencarral, se trata de un accidente doméstico, y la vieja, Clara, era una enferma terminal del sida, muy conocida por sus frecuentes entradas y salidas del Hospital.

—¿Sólo nos pidieron ayuda por el asunto del Museo?

Recordando la muletilla del Deán, contesta sonriente el señor Comisario:

—¡Exacto!

Los tres especialistas muy molestos con la falta de cooperación y sin poder hacer nada más por su cuenta, a las seis de la tarde del día siguiente toman rumbo hacia la Nacional 1. No conformes, impotentes más bien.

—¡Allá, se las arreglen! —Piensa, Peter, en voz alta.

—Peor para ellos —contesta, la mujer, liberando una mano del volante para hacer un corte de mangas de lo más significativo.

—No seas ordinaria, Sarah —le amonesta, el Pecosó, con los ojos perdidos en el volumen del pecho de la parapsicóloga—, es el típico comportamiento de los cabecillas de por estos lares, les fastidian que vengan extraños, a meter las narices en sus problemas. Temen que nos hagamos con su sabroso caso de asesinos sectarios. Me apuesto un pavo, que los muertos siguen siendo tres, cuatro, si contamos a la vieja.

Después de unos segundos de silencio, contesta Sarah:

—Mil, si damos la vuelta y continuamos con lo que hemos venido a hacer. ¿Y, si resulta que los fenómenos del Museo es un camelo, para desviar nuestra atención?

—¡De acuerdo!

Con un giro Filipaldino que deja media llanta sobre el asfalto, la parapsicóloga, toma rumbo hacia Tierras Raras. Son las seis y media de la tarde, cuando entran en el despacho del director de Sant Jaume. Cinco minutos después, abandonaban el hospital, cariacontecidos.

Ya en plena calle, sin rumbo, se acomodan en el interior del coche, pensativos.

—Para ser director de un hospital ese tío parece un idiota —Peter.

—Yo diría que está en Babia—, contesta el Pecos.

—Amigos míos, ese tío está asustado no quieren admitir la *fuga*, de los tres cadáveres, ni siquiera, nos permiten ver el de la vieja, y el de la niña para qué hablar. Diría que todo el personal del hospital se comporta de forma irracional. Que ocultan algo es evidente, pueden que estén implicados, hasta es posible que uno de ellos sea el criminal, y por alguna oculta razón le protegen, desde la policía hasta el equipo médico. Han intentado despistarnos con la fina magia representada en el Museo.

—Quizás actúen así, bajo chantaje —comenta Peter.

—¡Drogas, puede ser la razón! —La parapsicóloga, hace tal aseveración, con sus ojos color avellana entrecerrados, el duende de la curiosidad ha sentado plaza en su espíritu.

—No sería tan extraño —opina el Pecos, la idea toma cuerpo conforme habla—, porque a decir verdad, el Comisario también da la impresión de estar en otro mundo. ¿Será posible que todos estén enganchados? Es de locos. ¿Y si fuésemos a visitar al párroco de Santa Inés? En los informes, aparece como implicado. Y ahora que lo recuerdo, no sabemos nada del sargento desaparecido.

—Tiene migas de mongalla, el asunto. ¡En qué estaríamos pensando, al querer dejar el caso! —El Pecos, cierra sus ojos de pescado muerto y reclinándose en el respaldo del asiento dice medio en broma—, ganémonos el pan, comenzando por ver al cura. ¿Qué os parece?

A las siete menos cuarto, por primera vez en sus vidas, los del FBI, escuchan el Evangelio según San Lucas en una iglesia católica y a las ocho están tomando un refrigerio, acomodados en una recoleta salita de la Vicaria. El Pecos, saborea con fruición trocitos de leche frita espolvoreados con canela.

—¿Están deliciosos, verdad? —Sonríe el Deán—, son la especialidad de la Chacha Luisa, el ama de llaves de *La Casa Grande*.

Asintieron los tres, sin tener ni idea a quien se refería el sacerdote. Contentos de encontrar un colaborador, al parecer, normal y sin prejuicios.

—Verán —dice el cura mirándolos de reojo—, estos dulces no están exentos totalmente de pecado, hay una parte de ellos que nos incitan a la gula mientras otra ennoblecen el arte culinario y alimenta tanto al cuerpo como al espíritu. Es difícil encontrar el punto justo para no caer en la tentación...

Volvieron a asentir, sin soñar a donde quería ir a parar.

—Tal nos ocurre —continúa el cura—, con otras cosas de la vida, por ejemplo; el trato amistoso y continuado con bellas damas nos arrastran a la lujuria, sin que en nuestro ánimo estuviese el pecar ni con el pensamiento. De tales subterfugios se sirve, nuestro enemigo, para arrastrar a las desprevenidas almas al infierno. La curiosidad, es otro de los males encubiertos que destruyen a los seres humanos. ¿Me explico?

Sarah, admirada está, de los vericuetos que se vale para no decir nada y al mismo tiempo intimidar.

—¿Quiere decir? ¿Nos está advirtiendo de algún peligro?

—Eso lo ha dicho usted, señora. Y si ahora me lo permiten, he de oficial la misa de ocho —contesta, entre amable y distraído.

—Usted es amigo de los padres de Amelia... —quiere sonsacar Sarah, ya puesta en pie.

—Del padre, la madre murió hace unos años. Pero no sé a donde quieren ir a parar. Y ahora señores, si me disculpan, el deber me llama —contesta el ladino Deán, elevando los ojos hacia las vigas.

Sin miedo a caer en uno de los pecados capitales, el Pecosito, acepta agradecido una bandeja de dulces y una jarrita de aguamiel.

A las ocho y media, están en el Hotel Don Juan, con la mente llena y las manos vacías, sentados en una terraza que da a un frondoso parque, comentan:

—Este *simpático* pueblo, nos está tomando el pelo. Telegrafiaré a la Central, necesitamos tres o cuatro, puede que más, órdenes de registros —propone Peter cabreado como un chiquillo—, ¡y tú deja de comer de esa porquería! ¡no piensas en otra cosa más que en tragar, pueden que estén drogados los dichosos pastelillos del cura!

Se dispone a contestar airado, cuando una brillante luz le ciega.

Escucha, el Pecosito:

—*Soy Isabel, sígueme.*

Sarah y Peter han visto el resplandor, cuando este se resuelve, como una tormenta en un vaso de agua, del especialista en fugas, ni rastro.

—¡Lo han raptado, los extraterrestres! —Grita, la parapsicóloga, en el colmo de la sorpresa— ¡No me lo puedo creer!

—No se te ocurre otra cosa más cercana, que Michael ha sido escamoteado en nuestras propias narices, valiéndose de uno de esos trucos. Llamaré a la policía.

—Ni se te ocurra. Creo que está implicado hasta el monaguillo.

—¡Maldito, Orígenes! —Dice Peter refiriéndose al Deán—, escavanado en el pozo de sus supuestas inquietudes de conciencia..., lo que intentaba era minar nuestra confianza y poder de decisión, es indecente su proceder, prevaricadoso e inmoral.

—Por demás, insípido, como su té —dice Sarah, azucarando con su bromita el angustioso momento—; pienso como tú, que el amanerado ministro del cura, tiene que ver con el escamoteo de Michael. Presiento, que tanto nuestro compañero, como el sargento no aparecerán.

—¿Qué te hace pensar tal cosa?

—Es una corazonada. No es de razón que todo un pueblo esté implicado en raptos y asesinatos. Ha de tratarse de otro tipo de cosas.

—¡Vamos, extraterrestres, ni tú te lo crees, que es tu oficio!

—No pensaba en ello. Más sí que se acercan, estos hechos, a lo ocurrido en Salem.

—¡Brujería! ¿Hablas en serio?

—Sí. Es algo así. Ahora nos toca hablar con el zapatero, pongo por caso, ya sabemos lo que hay que esperar de la *flor y nata* de esta comunidad.

—Nos quedan por visitar las dos mansiones de la calle, Los Pimentales.

—Ni hablar, creo que seria como metemos en la mismísima olla del cocido.

—¡Dos garbanzos duros de roer! —Bromea Peter.

—Sí, pero posibles de machacar. Creo que a Michael, le drogaron con los pastelillos, con nosotros intentarían hacer lo mismo.

La visita al *zapatero*, queda en la barra de una taberna ante un plato de queso fresco y uvas moscateles.. El Tabernero, les mira condescendiente, instándoles a buscar brujas y duendes por otros lugares.

—Se han incendiado las dos mansiones... hace unas horas, han perecido las dos familias —explica, condescendiente.

—¡Nos toma el pelo! —Contesta, Sarah, hecha una furia.

—No, señora, ni mucho menos, vayan y vean.

Los del FBI, llaman a su superior, cuentan de como el pueblo entero está implicado en terribles hechos criminales. Obtienen carta blanca para trabajar en el caso, dando de lado a la policía local. Mejor dicho a sus espaldas. Lo primero que les llama la atención, al entra en el solar desbastado por el fuego, es la cripta, preparada para un funeral de tres, sólo que no hay cuerpos. Peter, mira a su compañera con el rostro blanco-fucsia, pespunteado de rojeces, dice:

—Sarah, querida, este asunto, no me gusta un pelo.

—Estamos intentando descifrar los hechos acontecidos en un mundo desconocido para nosotros, es de razón sentirnos atemorizados —responde la parapsicóloga, arisca—, y no pienso retroceder, ahora, que estamos a las puertas de la verdad.

—No veo que te hace pensar tal cosa.

—No es la obra de un psicópata. Quizá sí, de un grupo de ellos.

—Médicos, curas, policías... de por medio ¡no es creíble!

—Pues claro, Peter, con eso cuentan.

—¿Y pude saberse, quienes son *ellos*?

—Los imbunches que perseguimos.

—¿Qué?

—Los brujos despiadados, deformes de cuerpo y alma. Son raptados cuando niños y les ciegan todos los orificios, forma y manera de conseguir esclavos. Se trata de muertes rituales, por eso no permiten ver el cadáver de la pequeña.

—¿Qué buscamos? —Contesta, Peter, sintiendo un escalofrío.

—No lo sé.

Brillan cuarenta y dos cirios, con reflejos de pesadilla. Se acercan a un túmulo de piedra adosado a la pared; estrecha escalerilla de mármol, da paso a los nichos.

—¿No pensarás bajar? —Peter, en verdad está asustado.

—Claro. Vamos.

—Alguien —observa Peter, cada vez más asustado—, mantiene las flores frescas y las velas encendidas..., escondido debe estar...

—¡Muy clarividente, por tu parte! —Se mofa Sarah.

Han bajado dos escalones, cuando de un violento golpe cae la losa, que separa el fosal de la capilla; dejándolos casi en tinieblas. Peter retrocede, apoyando las palmas de las manos bajo la piedra, empuja con todas sus tuerzas, nada.

—Será mejor —dice, la parapsicóloga, más tranquila que su compañero—, reservar las fuerzas para algo más útil, ese *alguien* al que te referías, nos ha encerrado a consciencia.

—¡Vamos a morir enterrados vivos!

—Tranquilízate ¿no ves cómo oscilan las llamas de las velas? El aire viene de abajo ¡vamos! —y uniendo la palabra a la acción, sigue descendiendo..

El suelo está resbaloso a causa de miles de gotas de cera reseca y quebradiza.

—Sarah —habla bajito, Peter—, nos siguen.

—No mires hacia atrás, su intención es asustar.

—¿Y si nos empujan? —Tartamudea, le tiembla hasta el resuello.

—Si son fantasmas, querrán ocupar nuestros cuerpos —habla casi para si, la parapsicóloga. He leído bastante sobre el asunto.....

—¡Sarah —le interrumpe, Peter, con el corazón alelado—, no seas sádica!

—Sin nuestro consentimiento, no pueden hacer gran cosa

—¿Estás segura?

—Claro. Carecen de materia. ¿Cómo piensas que pueden atacarnos? Sólo tienen el poder de la mente, y si no caemos en su juego nada pasará.

Hay muchas formas de luchar para encantar a la bestia del miedo: el humor, piensa Peter, y sonríe casi, al contestar:

—Tengo el ánimo de una damisela, estas escaleras parecen llegar al infierno. He contado ochenta, descansen un poco. ¡Hablemos!

—No hay nada que decidir, no tenemos otra alternativa, sigamos.

—Si la tenemos, Sarah, pedir refuerzos —intenta razonar, Peter.

—Ni lo sueñes, estamos a un paso en descubrir el misterio de los asesinatos.

Después de unos segundos de tenso silencio.

—¡Me están tocando la nuca! —Grita descompuesto Peter—, ¡y no digas que no tienen manos!

—¡La pámpa, eso es lo que te tocan! No mires por favor. Eres víctima propiciatoria, han captado tu miedo. Sigue andando.

—¡El cuello, me... a... a... aprietan la garganta! ¡ja... a... ag!

De un sopapo, Sarah, hace al técnico recuperar el equilibrio emocional.

—¿Dejarás de una vez de dar pabilo a la imaginación?

—No ha sido cosa de la imaginación ¡me duele, córcholis!

No advierte, la parapsicóloga, que justamente bajo la barbilla comienza a marcársele a su compañero, las huellas de unos dedos. Sigue Peter los pasos de Sarah, resguardándose el cuello con entre ambas manos. Una hora después dan termino al descenso. Un estrecho pasillo, de tierra batida, les lleva a la luz del día. Un día clamoroso de colores. En estos momentos luce en el cielo un Parhelio de asombrosa belleza.

Lo que no esperan encontrar los del F.B.I. a unos metros de la salida, es al sargento desaparecido.

—¡Sargento! ¿Cómo, por aquí? —Dice, Sarah, estupefacta.

—Ya veis —contesta, el otro, con un humor de perros—, de campo y playa.

El Grimorio

De cómo se aúnan fantasía y realidad en esta historia.

Carlos sentado, en el atrio de la casa de Omar, allá en el *Oasis Inventado*, disfruta por primera vez, con paz, en la lectura del manuscrito.

Para el mal de amor: 7 semillas de alzollo; 7 de sagarmin; 7 de mayenta; 2 onzas de flor de lino; 1 de cicuta; 1 de carbón de sangre de sapo verde; dos o tres gotas de agua de lluvia que se haya podrido en el tronco de un árbol. El todo se deja fermentar en una retorta de hierro colado. Cuarenta días después, se pondrá a secar al relente procurando que la luna esté en menguante, a las tres semanas, en viernes, se destilará con agua regía, según Arte. se tomará un dedal del elixir, al alba.

Para enamorar: Un mechón de pelo del sujeto; recortes. de uñas; una prenda usada; una manzana robada; un cordón rojo de hilo con siete nudos; helecho macho. La noche de Bitumé al alba se recogerá los brotes tiernos de la planta cuidando que no caiga la semilla; en la misma montaña se partirá la manzana en dos con el Adamé, en el hueco del corazón se pondrán las unas, el cabello y las hojas. Se atará la manzana con el cordón, dejando en un extremo tres nudos y en el otro cuatro. Liado el todo en la prenda, se procederá a decir la oración de las Siete Ataduras.

Para atraer a un hombre: Dejar junto a su puerta o por el camino que acostumbre a pasar efluvios de la persona que quiera hacerse con su voluntad, entonando el salmo de las Ataduras mientras suenan las campanas, a maitines de la iglesia más cercana. Trabajo que se le encomendará a un imbunche amigo.

Para quitar las pecas: Un porongo de agua de lluvia recogida al alba; una combinación de agua oxigenada y oxhidrogenada del azufre (un cuartillo); cien onzas de clavos de especias, frescos; Carbón vegetal en polvo grueso. Se mezcla el todo pon a calentar sobre el Atanor en el mismo porongo, a temperatura de chueca. Después se

filtrará con un lienzo. Lávense las pecas o manchas de la piel una vez al día, preferentemente al alba.

Para embellecer el rostro: Enjundia de gallina; raíz de narcisos; raíz de belladona: cortadas bien finas se pondrán a hervir a fuego lento y al baño María, junto a la grasa de gallina en la misma cantidad. Se filtra con un lienzo.

Otra para lo mismo: Jalea real; aceite de oliva; cera virgen.

Otra: Enjundia de cerdo; cera virgen; placenta humana.

Crema de la Reina Bella

<i>Aceite de almendras dulces.....</i>	<i>30 gramos</i>
<i>Glicerina.....</i>	<i>6 “</i>
<i>Cera virgen.....</i>	<i>500 ”</i>
<i>Tuétano de buey.....</i>	<i>500 ”</i>
<i>Manteca de cacao.....</i>	<i>200 ”</i>
<i>Flor de jazmín.....</i>	<i>29 hojas</i>
<i>Aceite de violeta.....</i>	<i>30 gotas</i>

Crema de Belladona

<i>Esencia de belladona.....</i>	<i>40 gotas</i>
<i>Cera virgen.....</i>	<i>200 gramos</i>
<i>Aceite de almendras.....</i>	<i>500 ”</i>
<i>Esencia de Romero.....</i>	<i>1/7</i>
<i>Agua de Azahar.....</i>	<i>10,00 litros</i>
<i>Flores de naranjo frescas.....</i>	<i>1000 gramos</i>
<i>Esencia de bergamota.....</i>	<i>2 gotas</i>
<i>Alcohol 25.....</i>	<i>200</i>

(Destílese y rectifíquese, según Arte)

Colonia de romero

<i>Esencia de romero.....</i>	<i>1 litro</i>
<i>Menta.....</i>	<i>0,50</i>
<i>Limón.....</i>	<i>3,00</i>
<i>Bergamota.....</i>	<i>5,00</i>
<i>Portugal.....</i>	<i>3,00</i>
<i>Lavanda.....</i>	<i>2,00</i>
<i>Petis Gracia.....</i>	<i>1,00</i>
<i>Nenoli.....</i>	<i>1,00</i>
<i>Benjuí.....</i>	<i>0,54</i>

Llegado aquí, deja la lectura y se encamina, con el Grimorio, bajo el brazo hacia Caía Celima, como viene haciendo todos los atardeceres, desde que huyera de *La Casa Grande*, en compañía de la Chacha y Mandrágora, en espera de la señal convenida.

Mientras tanto Mandrágora, hace guardia a la puerta de la vivienda de Omar. Piensa con gran regocijo, la planta, cuando las tierras que ahora protege, le estaban más prohibidas que a una bruja el hiposo del cura. Dicho esto sin malicia.

Por su parte, la Chacha Luisa, pasa la mayor parte del tiempo cocinando frutos de sartén para el muchacho.

El Parhelio, tan esperado, sorprende a Carlos recreándose en la lectura del Grimorio en Cala Celima, los soles engalanan el cielo, mientras la mar refleja miles de ellos, cómo topacios líquidos sobre las arenas de la playa. Loco de la vida Carlos, corre hacia la casa de Omar, gritando:

—¡Chacha!

—Es llegado el momento... —suspira, al contestar desde el porche, la mujer.

En la playa ha quedado olvidado el Grimorio, una ola lo engulle a las profundidades de la mar. En el cielo sigue multiplicándose el Sol, llenando de apasionamiento temerario, el corazón de los huéspedes de Omar, en una concepción acertada de todos los elementos empíricos de las esencias, de las sustancias químicas más volátiles.

Miles de peris, como alocadas mariposas dentro de un tornado, se abalanzan sobre las transparentes aguas, no llegan a tiempo, el Grimorio ya reposa en las profundidades del acantilado en un lecho de corales y madreperlas.

Mandrágora, mira escudriñadora al muchacho, exultaste de felicidad, pregunta:

—¿Y el Grimorio?

—¡Será posible, me lo he dejado sobre la arena!

Corren hacia la playa. Tarde, aún pueden ver las pequeñas hadas revoloteando inquietas en el lugar.

—¡Han sido ellas! —Mandrágora, quisiera morir.

—No, estarían tan alteradas —contesta, la Chacha Luisa.

—¿Y, ahora que hacemos?

—Lo buscaremos.

Una sirena se ha hecho con el Grimorio, con cuidado lo traslada hasta su gruta, depositándolo con sumo cuidado, sobre un atril de oro, como no entiende las runas, llama al anciano Astrolabio, rescatado a un galeón hundido.

El sabio, dice:

—Son fórmulas..., seguro que se trata del Grimorio de una bruja, o de una generación de ellas, por el volumen. Mira aquí indica como hacer diamantes.

—¡Oh! Léelo, por favor —suplica la bella.

—Mejor será que te lo transcriba —dice, y tomando papiro y pluma, apunta:

Diamante: *un cilindro de hierro forjado; carbón de azúcar; el atanor a 3.000 grados; un recipiente lleno de nieve carbónica; ácido nítrico y clorato potásico. Cuando todo esté bien dispuesto se rellena el cilindro con el carbón, a de ser de un sólo bloque, se introduce en la boca del horno. Una hora después con gran cuidado se extrae del fuego, e introduce en la nieve. Finalmente se disuelve el hierro en ácido. Se purifica el residuo carbonoso por tratamiento con mezcla de ácido nítrico y clorato potásico.*

—¡Quiero fabricar diamantes! —Dice, la sirenita, alegremente.

—Brisa, ¿no te sería más fácil buscarlos en el Aluvión? ¡Hay miles! No podremos encontrar los ingredientes.

—Divertido sería y mucho, copiar a la madre Naturaleza

—Si el Grimorio es de una bruja sabia, como parece, tendremos problemas. Más te valiera subirlo hasta la playa.

—¡Ni hablar! ¿Qué podrán las brujas de tierra, contra nosotras? Te contestaré: ¡nada de nada! No se dijo jamás que supiesen nadar, cuando menos bucear.

—Sus poderes traspasan, mares, ríos y océanos, Brisa, no te fíes.

Brisa, le mira risueña, mientras acariciaba el perfil del libro.

Después de platicar algunos minutos más, Brisa de la Mar, despide al Astrolabios a las puertas de su gruta. Remontándose de seguido con suaves brazadas hasta la superficie. No queda mucho tiempo para solazarse con el Parhelio, se dispone a contemplarlo recostada sobre unas rocas del acantilado. Una palabra le ronda la mente y distrae su atención. Una palabra humana de sonoros arpegios, “azúcar”, como rociada con diminutas perlititas. “*Cómo la sal pero dulce*”, habíale aclarado el Astrolabio. “*Dulce*” se dice una y otra vez “*extraño sabor*”. Tanta es su fijación en los componentes de la fabricación de los diamantes, que no presta atención, a los ojos humanos que la contemplan, arrebatados ante semejante belleza.

Carlos, desesperado por la pérdida del Grimorio, no se ha dado respiro en lamentarse, recorrer de extremo a extremo la recoleta cala, mil veces. El asombro le deja clavado en la arena, ante la visión del mítico personaje. No atina a discernir, si aquella criatura es un espejismo más, obsequio del Astro Rey, o una suerte de ensoñación. Poco a poco, Carlos, se le acerca incapaz de controlar los latidos del corazón. Por primera vez en su vida, el amor llama imperioso. Queda, tan prendado del encanto de la sirena, como esta de la varonil belleza del muchacho. No es fácil explicar, a quien no le ha sufrido el percance del amor, como hablan por sí mismos los sentidos: los ojos, el aliento, las manos, las miradas, de los que se ven atacados por el don de Cupido. Es, enfermedad al tiempo que salud, sed, que empacho de aguas. Es, el deseo notable, por su contradictoria naturaleza, de ser esclavo y dueño del ser amado.

Brisa de la Mar, le llama sin palabras, extiende sus brazos de nácar en un gesto de tierna templanza. El Parahelios se difumina en los cielos, la hora de la cita con Mala Sombra se va alejando, sin dejar en el corazón de, Carlos, el menor atisbo de recuerdo. Como barco de velas hinchadas, por los vientos calientes del amor, se deja llevar...

El sol ha desaparecido por el horizonte llevándose con él sus misterios.

Las finas hebras de plata, del cabello de la sirena pasan por los dedos de Carlos; ora, encuentra un ermitaño, refunfuñón; ora, un coral diminuto; ora, algas sedosas como lazos de tisú y cuando no, hermosas perlas. A cada hallazgo estampa un beso en las mejillas de la sirena. Ella ríe y ríe, entonando cánticos espesos y arrebatadores como vino de diez hojas. En su naturaleza están los amores fogosos, pero ¡ay! también el engaño y la falacia.

La noche pasa, alejando cada vez más, a Carlos, de sus premuras por encontrar el Grimorio, nada quiere recordar; nada desea más, que la tierna compañía de la ninfa. Ciego, parece cosa alguna, que no fuere el esplendor de aquellas extrañas pupilas, y su arrebatador cántico.

Los más sublimes milagros del amor, han sido protagonizados por sirenas. Con un beso les quitan la vida en la superficie del mar, y con un beso se la devuelven en las profundidades de sus cavernas, convirtiéndoles para siempre jamás, en esclavos. Poco a poco adormecido por la cantinela, Carlos, pierde el dominio de cuerpo y alma, entregándose a los brazos de la ninfa, como un niño al pecho de la madre.

Brisa de la Mar, después de contemplarlo, dormido durante unos minutos, le besa cálida y plena de ternura, desapareciendo del frío acantilado. La belleza del lugar es extraña y posesiva, fuera se oye el clamor del mar como un murmurios argentino, quizá

más cerca el roce de plantas aladas. Carlos, no puede dar crédito a sus ojos, allí sobre un atril de oro está el Grimorio. Se acerca con las manos extendidas.

—¡No! —La voz de Brisa, es serena pero firme—, no lo toques, está aún muy húmedo. Ahora, me pertenece.

—Es mío, lo arrastró una ola. ¿Y, qué hago yo aquí?

—¿No recuerdas, mi amor, tú mismo me lo pediste anoche?

—¿Qué te pedí, qué?

—Con muchas premuras en la voz, que te dejara acompañarme.

—¿No querrás decir... estoy en el profundo del mar? ¡Muerto!

—No exactamente —contesta, entre grandes risas la ninfa—, no exactamente.

—¿Qué, entonces? —A Carlos, por ensalmo se le ha pasado el enamoramiento.

—Dependes de mí, no temas podemos llegar a un acuerdo. Tú me proporcionas tres o cuatro cosas de la tierra, y yo te devuelvo el manuscrito y a tu mundo, ¡ah! qué veleidosos sois lo humanos.

—¿Qué? —Pregunta, Carlos, pensando si no estará soñando.

—Azúcar, ácido nítrico y clorato potásico.

—¿Quieres fabricar diamantes!

—Pues sí. ¿Qué te parece?

—Qué estás loca. Para qué los quieres, esto está lleno de ellos y más hermosos de los que logres conseguir.

—Es cierto, pero nunca vi ni saboreé, azúcar y me apetece tanto.

—Te prometo toda el azúcar que quieras, ¡por favor! tengo que estar en casa al termino del Parhelio, con el Grimorio, la vida de una persona depende de ello.

—De acuerdo. Tráeme lo pedido y asunto resuelto. Te dejo, en el bolsillo, un puñado de mi tesoro para que no confundas esta realidad con un sueños. ¡Hasta pronto, querido!

Despierta, sin una gota de agua, sobre la fina arena.

En los bolsillos le tintinean los diamantes. Le llega la memoria de lo pasado y prometido. Decide, cumplir con la palabra dada a Brisa de la Mar. En unos grandes almacenes, cerca de la playa, compra lo acordado; paga con la visa y esa es su perdición, no han pasado ni cinco minutos cuando el Comisario y siete agentes, le está esperando a la puerta del supermercado.

—¿Quiere acompañarnos?

Si llorar le hubiese servido de algo, las lágrimas vertidas fueran suficiente para eximirle de cualquier culpa, pero no estaba el Comisario para sentimentalismos, no admite que un caso de tal magnitud se le escapaba de las manos, lo que era peor, con su aparente equidad. Para colmo no dan con el paradero de los especialistas del F.B.I. ¡Un embrollo de lo más comprometido!

Al entrar en las dependencias de la Comisaria, requisan tan sorprendente carga. Después de rellenar formularios y más formularios, le acompañan hasta una acogedora dependencia, nada tiene en común con la celda compartida por Alfredo y Esmeralda.

La palidez de Carlos, tiene reflejos de muerte.

Sentado en la esquina de la inmensa mesa escritorio, el Comisario le indica con un gesto de sus gordezuelas manos, que ocupe un sillón.

—Con su permiso —Carlos, está de lo más fino.

Al acomodarse, Carlos, al policía le llama la atención el ruido a cristal de los diamantes. Dice, hosco:

—Vacía los bolsillos, sobre la mesa.

—Pero, señor.

—¡Ahora!

—Me los ha regalado, Brisa de la Mar —tartamudea el infeliz llorando de nuevo. Sobrepasa a todo lo esperado, lo visto. El Comisario, hace esfuerzo para cerrar la boca. Hay uno, en especial que admira, por su tamaño.

—¿Y quién es la tal Brisa de la Mar? ¿La mujer del Aga-Can?

—Es... es, una sirena.

—¡Ah! Entonces, todo aclarado —sin quitar ojo de Carlos, habla, por un mal disimulado interfono, entre los cachivaches que pueblan el escritorio—, ¡que suba el tasador!

El tasador, resulta ser una bella damisela de ojos pardos y tersa piel. Casi sin voz, ante la visión de los rutilantes pedruscos. Dice:

—Son verdaderos, señor, y éste más grande que el famoso “*Cullinán*”—, debe pesar al menos 10.000 quilates, es imposible...

—Siéntese, Luisa, por favor. Después hablaremos.

Ante la creciente curiosidad de la tasadora, el Comisario y aquel muchacho de aspecto infantil y amigable, prosiguen con su dialogo de preguntas sorprendentes y respuestas descabelladas. Tantos disparates juntos son difíciles de oír, aunque la profesión de los allí reunidos, da cabida a ello. Los sospechosos, cogidos infraganti, en su afán por demostrar inocencia, son capaces de enhebrar las más rocambolescas historias.

—¿Y puede saberse a cambio de qué te ha regalado, *la sirena*, tal cantidad de diamantes?

—Por el azúcar y lo demás.

—¿Lo demás; te refieres a los diez litros de ácido nítrico y otro tanto de clorato de potásico?

—Sí. Sí señor.

—¿No será para disolver unos cadáveres, pongo por caso, el de tu sirviente, Omar?

Del susto puede caer muerto, allí mismo, así lo comprende Luisa, aconseja al Comisario, en voz baja, llamar al forense.

—De acuerdo —concede el Comisario.

Los ojos avispados del patólogo van: de los azules, enrojecidos y torturados del joven, hasta el montón de diamantes que logran segar la voluntad del médico, en pro de una codicia voluptuosa, apremiante.

Aconseja:

—Está al borde de un colapso. Déjelo descansar —se sienta muy cerca de Carlos, sin quitar ojo del gran diamante, como entrado en pasmo. No despegará los labios en lo que resta de entrevista.

Mientras, la tasadora, prepara una infusión tranquilizante, el Comisario sale a calmar los nervios al bar de la esquina, con un doble de güisqui. *Los Cadáveres Fugitivos*, como les ha dado por llamar la prensa amarilla, al caso, porque la negra ya comienza por titularlo, *Juegos de Satán*, le está enfermando.

Diez minutos después de vuelta al despacho, el Comisario, ya tiene un plan para seguir. Pregunta con acento reposado:

—¿Contarás, parar qué quiere, la sirena, el azúcar y lo demás?

—Para fabricar diamantes —replica, prontamente, contento de cooperar con una verdad tan manifiesta.

Eso piensa él.

—Amigo mío —dice, socarrón, el Comisario—, convendrás conmigo que es harto difícil creerte, pero lo comprobaremos *in situ*, si no tienes *inconveniente* de acompañarnos hasta el lugar de los hechos.

—Permitirme llevar los encargos de la sirena, por favor —suplica Carlos—, le di mi palabra...

—Pues..., claro chico. Llevaremos lo que quieras.

Carlos; el Comisario; el teniente; la tasadora y dos motoristas componen el cortejo hasta Cala Celima. El Patólogo, se queda de guardián, entusiasta, de los frutos del frío.

Los vientos rugen en el silencio con gritos de roca. El sol ha vuelto a duplicarse incendiando las aguas, inventándose sombras y figuras sobre la suave superficie del mar. Carlos, antes los ojos de la policía, desaparece con su carga sin dejar más rastro que un hilo de azúcar sobre la dorada arena.

Espera la comitiva dos, seis horas..., ni rastro del muchacho.

En comisaría, les aguarda otra sorpresa: el forense se ha esfumado acompañado de las piedras preciosas. Nunca más, se supo de él.

Sin pruebas, el Comisario, queda sin caso. El teniente Saucedo; la tasadora y los escoltas deciden no declarar lo visto y oído. Decisión poco honrada, pero muy inteligente, evitaron unos meses de psiquiátrico a donde fue a parar, el Comisario.

...../

Vuelve la Chacha, después de recorrer de punta a cabo la playa.

—Ni rastro, querida Mandrágora, del Grimorio ni de Carlos.

—¿Y qué hacer?

—Ir a la cripta de *La Casa Grande*, estarán esperando.

—¿Nos llevaremos la muñeca?

—Es de razón... ¿qué íbamos hacer sin ella?

—Estaría escrito que así ocurriera.

Mientras tanto, despierta, Carlos, bajo los picotazos de las gaviotas traicioneras, a su lado está el Grimorio. Brisa de la Mar, a cumplido con su parte del trato. Corre sin respiro hasta la casa de Omar, no hay un alma y la muñeca ha desaparecido. Pone rumbo a Tierras Rassas. Sólo cuando divisa la redondeada esqueta de la Montaña de la Luz, su corazón recobra el perdido sosiego. Entra a *La Casa Grande* por los patios que dan al parque, de la menos vigilada *Casa del Boticario*. Sobre la repisa, de la chimenea en la cocina, hay una nota de su hermana. El mensaje es breve:

Estaremos en la cripta, a las tres y media.

Mira la esfera del reloj, las agujas marcan las doce y cuarto. Respira tranquilizado, tiene tres horas, más o menos para descansar. No hay nadie en la casa. Sube a su habitación y se echa sobre la cama, hundiendo la cabeza entre las frescas almohadas. No han pasado ni dos minutos cuando escucha, unos cauteloso pasos, subir las escaleras del desván. Despacio, sin separarse del Grimorio, se acerca a mirar. A contraluz, la figura desmañada de Mandrágora, toma proporciones fantasmales.

—¡Eh! —Llama callandito.

—Duerme. No es la hora.

—Ven —contesta, Carlos, en el mismo tono—, te explicaré lo que me ha ocurrido en Cala Celima. Además he perdido la muñeca...

Quién le iba ha decir a él que preferiría la compañía de la planta ha estar solo, hace unos días.

—Lo sabemos, aquí también las cosas se han complicado un montón —refiere Mandrágora, sin hacer mención de la muñeca—, *La Voz*, no pone nada más que impedimentos.

—*La Voz*..., ¿y quién es *La Voz*?

—Nuestra unión con el pasado. He de limpiar la cripta de pistas y huellas.

—Te ayudaré.

—Cuida del Grimorio, hasta la hora convenida no aparezcas por la cripta ¿de acuerdo? —Aconseja, la planta, despidiéndose del muchacho con un enérgico ademán—. ¡Y no te olvides a las seis y cuarto en punto! Tu vida corre grave peligro, si te retrasas unos minutos. ¿Has entendido?

—¿No era a las tres?

—No.

Carlos, abre el manuscrito, con la esperanza de acortar la espera con su lectura.

Licor de ruibarbo

<i>Ruibarbo</i>	10 partes
<i>Café triturado</i>	5
<i>Alcohol 30°</i>	60
<i>Trigo candeal</i>	7
<i>Agua de lluvia destilada</i>	50

Licor de dátiles

<i>Dátiles</i>	100 partes
<i>Azúcar</i>	50
<i>Alcohol de serpol</i>	1
<i>Azúcar</i>	10
<i>Mejorana en flor</i>	1
<i>Clavo</i>	5

Kirsch de cereza

<i>Cerezas de picota</i>	25 partes
<i>Alcohol de 390</i>	15
<i>Azúcar terciado</i>	3

Jarabe de brea

<i>Brea en polvo</i>	25 partes
<i>Azúcar cande</i>	50
<i>Agua de lluvia destilada</i>	50

(En la democión, de todos los jarabes se procederá por partes,
y al calor de gallina chueca)

Pócima para ser invisible: Enjundia de un ahorcado en carnaval; tres onzas de Amanita; 2 de Estramonio recogido el 2 de febrero a las doce de la noche, según Arte;

Trece flores de Belladona. Puesto El Todo a secar sobre hojas de Higuera Loca. Se quema El Todo en una retorta de hierro. Una cucharadita será suficiente.

Otra: Un sieso de Águila Real; tres onzas de Amanita, un diente de ahorcado; 2 dientes de ajo sembrados en la tumba de un hereje excomulgado; enjundia de Macho Cabrio. (Como la anterior).

Otra: Una semilla del Alianto. Duración: 1h. Forma de obtenerla: por mediación de un alma pura. Lugar: el Monte de la Luz.

Pócima para ver dentro de otro: Tres onzas de Lino en flor; una hopa de ajusticiado; un Gato negro. Un cuartillo de Vino de Tres Hojas. Una vez el gato dentro de la hopa se le dejará al relente colgado de una horca durante tres noches, y el vino en reposo con la flores de lino. A la cuarta se le dará a beber el vino al gato. Lo que deje se le ofrece al que queramos ver por dentro.

Contra la difteria de los niños: 20 partes de buena Cal Viva; Agua bidestilada. Se forma una pasta con 80 partes de agua y las 20 de cal, esta pasta se mezcla con 1.000 de agua, agitando en un envase, bien cerrado. Después el sedimento se decanta con cuidado, y se tira el líquido sobrante. Se agita de nuevo el sedimento con 1.000 partes de agua y dejar estar, hasta que apenas haya cloruros. Para usarse: se decanta la cantidad necesaria y se reemplaza por otra igual de agua destilada, pudiendo repetir esta operación tres o cuatro veces.

Como desinfectaste y antidiarreico y gargarismos: Lo mismo.

Lagañas y picores de los ojos: 2 partes de Cloruro Mercúrico; Agua; 6 de lejía de sosa: El cloruro se disuelve en 400 partes de agua caliente, después se deja enfriar, y se vierte poco a poco y agitando en una mezcla de 6 partes de lejía al 15% y 10 partes de agua destilada. El Todo se deseca a 300° al abrigo de la luz. La pomada se prepara con algo de lanolina para que no escueza al contacto con las lágrimas.

Colirio de Diana: Es una combinación argéntico de la nucleoalbuminas de la yema de un huevo (puesto la Noche de Bitumé) con un contenido en diana de 25-30 por 100. Las soluciones de argirol deben prepararse en frío, al 520%. **Tifus, septiceinia, neumonía, endocarditis infecciosa, contra la gonorrea:** Diana coloidal y albuminatos argéntico. Para aplicar la pomada se debe desengrasar el lugar con bencina. Las manchas en la piel no salen.

Para platear vidrio: 10 gr. de Nitrato de Diana; Agua; Amoniaco Puro: Nitrato Sal de Seigenett; 20 gr. de Azúcar Cande :Se disuelve el nitrato en 50 partes de agua y se le añade el amoniaco, y después se le añade el nitrato argéntico al 10%, gota a gota, agitándolo muy bien. Se diluye en agua hasta un litro, y se prepara por decantación líquido ya claro después de una noche al sereno. **Líquido reductor:** Se mezcla una disolución de 20 gr. de sal y 2Ogr de azúcar en 200 de agua, se hierve la mezcla media hora.

Se mezcla el todo durante media hora y se diluye rápidamente en agua destilada, 1.000 c.c. El vidrio se deberá limpiar con éter de petróleo.

Madera, hueso, marfil: Se platean pintándolos con ácido pirogálico y nitrato. Tuétano de buey 500 gramos. Argéntico al 2%. Hasta que el negro se convierta en diánico.

Plateado del cobre: 15 gr. de Nitrato Argéntico; Agua; 25 gr. de Cianuro Potásico; Se disuelve 15 gr. de nitrato en el 95-98 por 100 de cianuro en 500 c.c. de agua, se mezcla bien. Se le añade unas gotas de Cianuro de carbono para que brille.

El Elixir de la Vida: 3 partes de Oro según Arte; 6 de Jalea Real; Vino de diez Hojas; 6 partes de Frutos del Alianto; 3 de Potasa; 3 de Cloro; 3 de Bromo

Néctar de los poetas:

Clavel..... 10 partes.
Nuez moscada..... 1/8
Heliotropo..... 1/28
Canela de Ceilán..... 10
Palo santo..... 1'18
Esencia de benjuí..... 1/10
 “ *ambas*..... 1/2
 “ *menta*..... 1/8
 (Alcohol de 30°, y agua destilada)

Cordial

Ron superior..... 100 partes
Azúcar..... 500
Nuez moscada..... 30
Bayas de enebro..... 2

Néctar del Rey Yacud

Vino de diez hojas..... 1000 partes
Limón..... 5
Kirsch..... 20
Azúcar moreno..... 500
Canela..... 1/7

Néctar afrodisiaco

Nuez moscada..... 1/7 partes
Clavos..... 1/12
Apio..... 10
Agua..... 1000
Hinojo..... 500
Hongo rojo..... 1/2

...../

Lllaman, con urgencias, a la puerta, antes de darle tiempo a esconder el Grimorio, se abren las hojas con violencia, dando paso a una descompuesta Adelaida.

—¡Son las seis! ¡más que idiota! ¡corre!

—¡Mandrágora, me dijo a las seis y media!

—Nos han engañado a los dos.

—Pero...

—¡Corre!

Segundos después de haber salido, el edificio se viene abajo seguido de una gran explosión. Las llamas suben tres veces, o más, la altura del pimental que arde como una tea. *La Casa del Boticario* y la cripta, sufren de la misma suerte.

El Deán, escondido tras un muro, no quita ojo del fuego, sonrío satisfecho cuando ve salir de entre las llamas a los dos hermanos.

Alfredo, unas horas antes del incendio

De camino hacia *La Fuente de la Salamandra*, miro al antiguo Corsario, *El Trovador Errante*, se nos ha unido cerca del Lago Pequeño, ante la pasividad de Omar; llenos están sus ojos de una profunda pesadumbre, en las pupilas de Yacud IV, advierto la misma letanía, el mismo rosario de recuerdos triste y perdidos, pero no olvidados.

Adelaida se cuelga de mi brazo, el bao caliente de su respiración me cosquillea el corazón.

—Omar, no quita la vista de tu morral. ¿Qué llevas?

La pregunta me ha alterado tanto que tropiezo con mis propios pies, a punto estoy de dar con el cuerpo en el suelo. Mi prima se ríe sin comedimiento. Noto, los ojazos inteligentes, de Omar, clavados en mi cogote, va caminando unos pasos tras de mí. Pienso provocar que me adelante. Hago tiempo con la cinta de las bambas, y él lo hace atusándose el canoso bigote.

—Es como el perro de un pastor —me dice, en un siseo, Zafra.

Tras una suave loma, se divisan las aguas mansas de un lago, creo que debe tratarse del Río de la Luz.

—Casi hemos llegado —dice, Fabrián.

A poco nos encontramos frente a un bosquecillo de prietos robles. Escucho el suave canto de un uadi, tan estrecho que el paso de un hombre hace puente.

—Son las aguas, que discurren placenteras desde *La Fuente de la Salamandra* hasta el Lago Pequeño —aclarar Fabrián—, haremos tiempo, la Guardesa, sólo ella, tiene el poder de abrir el paisaje.

—Aquí dibujé, a petición de Esmeralda, una gruta por donde se filtrasen las aguas del Río de la Luz, formando una fuente de aguas puras y trasparente y un escondite perfecto para Mala Sombra.

—Cierto, Omar, tuyo fue el invento, más, está bajo encantamiento —Mandrágora, le mira retadora—, ni tú ni nadie, dará vista a la *Fuente*, si *La Voz*, no da aviso y permiso, para ello.

Nos disponemos a esperar.

Una franja de sol se filtra por entre las ramas de los álamos, yendo a dar sobre el cabello cobrizo de Adelaida, envolviéndola en un limbo de luz. Dejo bagar la mirada por el contorno de su cuerpo desgarrado y triste. Negros nubarrones se cruzan en el cielo, hasta hace unos minutos limpio y brillante. Cuatro gotas están decididas a cubrir y empapar suelo, árboles y personas. Cuatro gotas del tamaño de cuatro eras.

—¡Gotas cantarinas para los corazones enamorados! —Escuchamos murmurar entre la hojarasca.

Como si de una cortina se tratara, el agua nos ha ocultado un grupo que se acercan chapoteando. No puedo creerlo entre ellos está el desaparecido sargento, y tres desconocidos, parecen extranjeros.

—¡Somos del FBI! —Dice una mujerona destacándose del grupo—, ¡quietos, están detenidos!

Nadie les presta atención. La gruta se abre iluminando el día.

—¿Quién de vosotros es Mala Sombra?

—Es *La Voz*, tranquilos —recomienda Mandrágora, bajito.

Sorpresa total, y generalizada. Nos miramos inquietos.

—No estamos todos —dice Omar—, falta Carlos.

Contesta La Voz:

—*Que Adelaida vaya en su busca. La acompañará la Guardesa, hasta la entrada que va a dar a las cocinas de la Casa Grande.*

Adelaida me mira con sus ojazos prometiendo amores o grandes males, y me dice:

—Voy a por Carlos, cuida de “eso” que tan mal ocultas bajo la camisa. Omar es un fino ladrón de cuerpos ajenos.

Entonces ocurren varias cosas: Cambia el tiempo como por ensalmo; el sol se multiplica sobre las nubes; la Guardesa acompaña, por entre las rocas, a mi prima, que se despide diciendo, ya en voz alta:

—¡Hasta pronto, primo, cuida del Diario!

Mandrágora me mira con *ojos grandes*. Omar, tiene el gesto borrascoso, pregunta:

—¿Qué ha querido decir, Adelaida?

—¿Qué..., qué?

—No es tan incomprensible mi pregunta.

—¿Qué tiene, *El Diario*, de Mala Sombra —interviene Zafra.

Las lágrimas se agolpan en mis ojos, amenazando una tormenta de llanto. Omar se apresura en mi ayuda, casi sonriente.

—¿En quién de vosotros está reencarnada Mala Sombra? —Pregunta Rita, inesperadamente.

—¿Qué te parece? —Contesta, Omar, hecho un brazo de mar— ¡Quizá seré yo!

—¡Oh! ¡No! —Yacud IV, quiere morir..., si pudiera, claro.

—¡Quizás, sí! —Replica, Omar, dejando bailotear en su ojazos negros de noche africana, la mayor de la comicidad, y señalándome con el dedo—, quizá, no ¡quizás será Alfredo!

—¡Mentira! —Grita fuera de sí, Yacud IV, *el Suicida*.

—Uno de vosotros es Mala Sombra, y vamos a descubrirlo ahora mismo. ¿Quién sabe de memoria la cianuración del sol? —Canturrea, Omar, mostrando los dientes en una sonrisa aviesa.

—¿Qué quieres decir? —Tartamudeo.

—Es lo importante, porque la primera parte se da graciosamente.

—¿La que hay en *El Diario*?

—La misma.

—Yo..., yo la entiendo, estudio química inorgánica... —casi estoy llorando—, espero que sea una triste confusión.

—¡Tu amada un hombre! —*El Trovador Errante*, está disfrutando de lo lindo.

—¡Y la tuya una muñeca! —Replica encendido de furia, Yacud.

De improviso los del FBI, secundados por el sargento, gritan, empuñando las armas.

—¡Quietos, están detenidos!

—¿Detenidos? ¡Ja! ¡ja! y ¡ja! —Escucho, a Omar, reír a carcajadas por primera vez en mi vida— ¡Vosotros si que estáis detenidos y para siempre en el filo de dos mundos!

Nada, ni nadie ha podido evitarlo, Omar, con la rapidez de un rayo, los pinta sobre su uña izquierda en el *Monolito de la Bruja*, allá en Tierras Rassas, convertidos en cardos borriqueros. Visto y no visto.

Isabel, se acerca a Omar, en una ráfaga luminosa, que de cuerpo carece, y con dulce acento, dice:

—Omar, siento no corresponder a tu amor, ni tener cuerpo para intentarlo. Es llegado el momento tan esperado. Alfredo, vamos, hijo. Y las dos figuras se funden en una.

Miro a todos con la mente desvalida de tristeza y temor, odiando ser el principio y la causa de tanto desmadre. Digo, gritando:

—¡Y Adelaida! —Ya en puro sollozo—, ¡sin ella no pienso ir a ninguna parte!

—Ya empezamos con los enamoricamientos —brama, Omar.

—Alfredo, confía en mí —susurra *La Voz*—, la presencia de Adelaida, sólo lograría retrasar el proceso, para el que se requiere tres elementos; el principio vital de tu existencia; la facultad que se te dará para producir el elemento, y que tu corazón esté limpio de sentimientos amorosos. Si confías en los actos, de tu propia naturaleza..., volveréis a encontraros, te lo prometo.

La gruta se abre. Ordena, *La Voz*:

—*Pasa, Alfredo la Ciencia de la Cábala te espera.*

Confundido, hasta extremos de locura, entro.

Después de muchas horas de fructífero trabajo, el cansancio me rinde. Sueño con mi madre que me sacude por un codo, al tiempo que susurra con su cálido acento:

—Alfredo, hijo, despierta.

Apódosis

—¡Alfredo, hijo, despierta!

—¡Chacha Luisa!

—*Vamos, querido. Tengo la autorización del Padre Prior. Los meses que faltan para tú mayoría de edad, los pasarás en casa*

—*¿En... en dónde estamos?* —*Farfullo, con la mente perdida.*

—*Nunca más tendrás que refugiarte en la soledad de esta cueva. Vamos, querido muchacho, te espera una gran sorpresa.*

—*¡Ha sido una pesadilla!*

—*Dormías como un bendito.*

Abrazo loco de contento a mi vieja chacha. Después de todo no ha salido tan mal el “sacrilegio” como diría el padre Nicodemus.

—*Iremos a la casa de mis padres —le pregunto, ya en camino hacia el Valle.*

—*Por lo pronto a la mía.*

—*No tengo más ropa que el hábito.*

—*El tiempo de las penurias ya pasaron.*

—*¿Y la sorpresa?*

—*Tus primos, Carlos y Adelaida, han quedado huérfanos de padre y madre. Perdiendo, además, casa y hacienda, en un incendio fortuito. Llegaran a las tres de la tarde. Ahora tendremos que pasar por una entrevista con el Cabildo.*

En casa de la Chacha Luisa, nos espera un notario y un cura de rostro seco y alargado; habla a la Chacha Luisa, de deberes y compromisos para conmigo y los otros dos huérfanos. Ella les escucha con gesto plácido. Promete cuidar de nosotros, tanto del cuerpo como del alma, en la fe cristiana.

Minutos después de conformados los papeleos, nos encaminamos a la estación. Veo como el campanero corre desde la cantina a la iglesia “llegará tarde”, pienso y sonrió.

Mis primos, Carlos y Adelaida bajan del tren.

Me llama la atención, hasta el extremo de sentir mareos, un libraco desteñido y húmedo que porta Carlos con gran cuidado, y la estrafalaria muñeca que se balancea en el regazo de mi prima.

—¿Qué es...? —Pregunto, a Carlos, con un hálito de miedo.

—¡Oh! nada, primo, un viejo recetario de mamá. Es lo único que se ha salvado del incendio.

—Y mi muñeca, también —interrumpe Adelaida, poniéndomela en los brazos—, ¿verdad que es bonita?

—Preciosos ojos sinoples —respondo, atragantado—, preciosos.

—¡Ah! Me olvidaba —Carlos, me entrega con muchos aspavientos, un arrugado legajo de papeles medio chamuscado—, es un diario, tiene el nombre de nuestra abuela Ana en la portada, dedicado en la contraportada a ti, lo encontré entre las pocas pertenencias de Omar, que no ardieron.

Camino a casa, la Chacha Luisa, pregunta en un hilo de voz.

—¿Y Omar, murió?

—Eso creen... sus restos no ha sido encontrados.